

TLATELOLCO MI AMOR

(antología homenaje, 1335-1985.)



Tlatelolco mi amor. (Antología Homenaje 1335-1986).

Coedición de solidaridad patrocinada por:

Centro de Información y Análisis sobre los Efectos de los Sismos. (CIASES)

Centro de Estudios Ecuménicos. (CEE)

Coordinadora de Cuartos de Azotea de Tlatelolco. (CCAT-CUD)

Miguel Concha. Gloria Guerrero y Victoria Guillén.

Portada: Gráfica: Rini Templeton. Diseño: Santiago.

Diseño : Santiago.

Editorial Antares. México. 1986.

TLATELOLCO MI AMOR

(antología homenaje 1335-1985.)

Daniel Molina Alvarez

...y deja rodar, volar, caer, como campanadas que ruedan entre las patas de los calzones, como campanadas que vuelan llamando a las conchas de trabucos que abaten murallas. Porque sólo así, a vuelo de pájaros, a vuelo de campana, a vuelo de palomas que se desprenden del campanil del templo del señor Santiago y se zambullen en las frondas de los árboles, puede contar lo que por estos rumbos ha pasado, el privilegio de maravillas y ostentos. Lo dicen los antiguos cronistas. Lo dicen los cartógrafos de los antiguos reinos, los creadores de mapamundis y mapacelis. Y los que en las paredes de la iglesia de Santiago Tlatelolco, cuando debían que cuando clamorean, que cuando tocan a occiso o llaman al alba o tocan a posa, liberan a viejos fantasmas."

Fernando del Paso, José Trigo.

PRESENTACION

Tanto como los árboles, son los libros seres vivos y por tanto únicos e irrepetibles. Por ello no es casual que expliciten su común linaje hermanándose en la posesión de hojas; y sin embargo, un árbol no lo hace una sola profusión foliar; ni un libro un rímero de hojas. En sendos casos, su vida se nutre de raíces en ocasiones insospechadamente profundas y fluye recorriendo extendidos e ignotos conductos capilares. Libros hay, promisorios, primaverales, maduros y henchidos de frutos; desnudos, secos, yermos; de la estación depende.

Y como seres vivos, tanto los árboles como los libros tienen su propia y vitaria historia; en realidad recordémoslo solo la vida tiene historia. En la presentación de esta antología, queremos simplemente relatar brevemente la historia de este libro y esbozar sus propósitos: Tlatelolco mi amor. Antología homenaje. (1335-1985), nace como una idea colecti-

"...y deja rodar, volar, caer las palabras: como albérchigos que ruedan entre las patas de los caballos, como campanadas que vuelan llamando a laudes, como piedras de trabucos que abaten murallas. Porque sólo así se puede contar la crónica prepóstera de Santiago Tlatelolco. Sólo así, a vuelo de pájaros, a vuelo de campanas, a vuelo de palomas que se desprenden del campanil del Templo del Señor Santiago y se zambullen en las frondas de los eucaliptos, se puede contar lo que por estos rumbos ha pasado, excerta y florilegio de maravillas y ostentos. Lo dicen los antiguos cronistas. Lo dicen los cartógrafos de los antiguos reinos, hacedores de mapamundis y mapacelis. Y lo dicen las campanadas de la iglesia de Santiago Tlatelolco, que lo mismo cuando doblan que cuando clamorean, que cuando tocan a occisa o llaman al alba o tocan a posa, liberan a viejos fantasmas."

los identifique y los aliente en las difíciles luchas del presente y del futuro.

Fernando del Paso. José Trigo.

Partimos además de las elementales convicciones de que nadie, ni individual, ni socialmente, está completo sin su pasado y de que tal y como lo señalara Ricardo Flores Magón: "el que no conoce la historia está condenado a repetir los mismos errores." Para desgracia de la historia nacional, su cultivo en México ha sido odioso monopolio

PRESENTACION

Tanto como los árboles, son los libros seres vivos, y por tanto únicos e irrepetibles. Por ello no es casual que expliciten su común linaje hermanándose en la posesión de hojas; y sin embargo, un árbol no lo hace una sola profusión foliar; ni un libro un rimero de hojas. En sendos casos, su vida se nutre de raíces en ocasiones insospechadamente profundas y fluye recorriendo extendidos e ignotos conductos capilares. Libros hay promisorios primavera; maduros y henchidos de frutos; desnudos, secos, yermos; de la estación depende.

Y como seres vivos, tanto los árboles como los libros tienen su propia y vicaria historia; en realidad -recordémoslo- solo la vida tiene historia. En la presentación de esta antología, queremos simplemente relatar brevemente la historia de este libro y esbozar sus propósitos: Tlatelolco mi amor. Antología homenaje. (1335-1985), nace como una idea colectiva de un grupo de personas y organizaciones a las que nos reunieron y hermanaron las tareas de solidaridad que realizamos hombro con hombro en Tlatelolco con posterioridad a los sismos de septiembre de 1985.

Con orgullo, veracidad y justeza podemos decir que la idea de esta antología nació en septiembre del 85 a los pies de las ruinas del Edificio Nuevo León de la Unidad Habitacional de Nonoalco-Tlatelolco, sin otro propósito que ofrecerla como homenaje a todos aquellos que han vivido, luchado y muerto en Tlatelolco a través de toda su larga, accidentada, trágica y hermosa historia. Nos animó para compilar estos textos, la intención de colocar a los Tlatelolcas de hoy frente al espejo de su grandioso pasado, para que explorando en sus reflejos busquen y encuentren una razón que los identifique y los aliente en las difíciles luchas del presente y del futuro.

Partimos además de las elementales convicciones de que nadie -ni individual, ni socialmente- está completo sin su pasado y de que tal y cómo lo señalara Ricardo Flores Magón: "el que no conoce la historia está condenado a repetir los mismos errores." Para desgracia de la historia nacional, su cultivo en México ha sido odioso monopolio

del poder: la iglesia jerárquica primero y el Estado después, así sea a través de la mediación de sus instancias académicas, han hecho de la historia una sordida apología de sus prejuicios y de sus intereses, privándonos a nosotros, los macehuales, la gente del común, de memoria y herencia; la presente antología la hemos concebido -colectivamente, repetimos- como un ejercicio elemental de reapropiación del pasado, como rechazo a la historia oficial y como disfrute comunal de nuestra herencia.

Para llevar adelante su publicación hemos contado con la inapreciable ayuda y solidaridad de numerosos compañeros: en primer lugar de quienes forman parte del Centro de Información y Análisis sobre los Efectos de los Sismos; la Coordinadora de Cuartos de Azotea de Tlatelolco y el Centro de Estudios Ecuménicos; de Rini Templeton, hoy ausente; el R.P. Miguel Concha y Victoria Guillén y Gloria Guerrero, sobrevivientes del Edificio Nuevo León de Tlatelolco. Nos auxiliaron con sus valiosas observaciones críticas y sugerencias: Elena Poniatowska, Carlos Monsivais, José Emilio Pacheco y Masae Sugewara.

Pretendemos con esta antología conservar vivo el Espíritu del 19, entendiendo como tal aquella potencia sin límites que permitió a los habitantes de nuestra ciudad asumir plenamente las tareas y consecuencias planteadas por los sismos de septiembre. Esta antología es también una ofrenda a nuestros muertos; recogiendo la tradición indígena, hemos reunido flores y cantos para ofrecerlos en forma de libro, en forma de escudo para usarlo en el combate contra el olvido, según la genial frase de Elena Poniatowska.

Asomémonos a Tlatelolco con idéntica avidez a la de Bernal Díaz del Castillo y contemplemos su espléndida visión; rememoremos con Cuauthémoc su rota grandeza y dejemos que Fray Juan de Torquemada nos embauque con sus piadosas e ingenuas mentiras; pensemos por un momento que sufrimos injusta prisión con Riva Palacio o con Francisco Villa; con los ferrocarrileros gritemos ¡Viva Vallejo!; dejemos que nos moje una lluvia de balas un 2 de octubre; y que nos abruma todo el peso del Edificio Nuevo León y entonces, y sólo entonces empezaremos a entender este libro y aprenderemos a decir con emoción y quedamente: Tlatelolco, mi amor.

Daniel Molina Álvarez. Septiembre de 1986.

Flay Juan de Torquemada.

Monarquía Indiana.

Libro Tercero. Capítulo XXIV.

FUNDACION capítulo I

De como se dividieron los Tlatelulcas y los Tenochcas Mexicanos y fundaron su parte en esta ciudad, haciendo cada parcialidad, barrio y mansión de población y se relata la razón de Acosta y Herrera acerca de estas divisiones.

Ya estaban los Mexicanos posesionados de este lugar del Tenochtitlan como propio y dado de su Dios, para que en él, no sólo viviesen, sino para que creciendo y multiplicando saliesen de aquellos cortos y encogidos límites y se extendiesen por las provincias y reinos de este mundo -nuevamente descubiertos- e hiciesen famoso su nombre entre todas las naciones de él; por lo que antes de llegar a este punto, decimos, que como el pueblo de México, desde su fundación, se iba ensanchando y no había un muro que lo cercase, sino que se iba extendiendo por los de la tierra firme, tratándose de los de la tierra firme.

Estando en este lugar, un día que se levantó una gran tempestad y mirando uno de ellos hacia el cielo, vio que se levantaba de entre carrizos y espadañas un poco más adelante del lugar donde estaban, hacia la parte del norte (que es esta donde la presente lo escribo, llamo a Tlatelulco) un viento de aire a manera de remolino, que parecía llegar con la punta al cielo, quedando la otra dicha extremidad de este dicho remolino o aire, entre las cañas y tular dicho; y parecían volar que era prodigio y señal representativa de alguna necesidad o acaecimiento, tomoles ganados de ellos o querer ver lo que aquello significaba, así que se fueron a verlo, en el lugar donde el remolino se hallaba, hallaron un montón de arena que hacía una gran figura de una flecha, y muy dispuesta para ser lanzada, y con ella se iba a arrojar.

En este lugar, que se llama Tlatelulco, se halló una flecha, sino también una vara enroscada, una flecha y una flecha, que todo junto puso en admiración a los que lo vieron.

Fray Juan de Torquemada.

Monarquía Indiana.

Libro Tercero. Capítulo XXIV.

De como se dividieron los Tlatelulcas de los Tenochcas Mexicanos y fundaron su parte en esta ciudad, haciendo cada parcialidad, barrio y mansión de por sí y se refuta la razón de Acosta y Herrera acerca de estas divisiones.

Ya estaban los Mexicanos posesionados de este lugar del Tenochtli como propio y dado de su Dios, para que en él, no sólo viviesen, sino para que creciendo y multiplicando saliesen de aquellos cortos y encogidos límites y se extendiesen por las provincias y reinos de este mundo -nuevamente descubierto- e hiciesen glorioso su nombre entre todas las naciones de él; pero antes de llegar a este punto, decimos, que como el sitio era estrecho y las gentes que lo moraban iban creciendo, vivían con cuidado de ensancharse y no hallaban manera conveniente por la opresión con que los de la tierra firme los trataban.

Estando en este cuidado los mexicanos y mirando uno de ellos hacía el cielo, vio que se levantaba de entre carrizos y espadañas un poco más adelante del lugar donde estaban, hacía la parte del norte (que es este donde la presente lo escribo, llamado Tlatelulco) un viento o aire a manera de remolino, que parecía llegar con la punta al cielo, quedando la otra dicha extremidad de este dicho remolino o aire, entre las cañas y tular dicho; y pareciéndoles que era prodigio y señal representativa de alguna necesidad o acaecimiento, tomoles gana a muchos de ellos de querer ver lo que aquello significaba. Vinieron a verlo, y en el lugar donde el remolino nacía, hallaron un montoncillo de arena, que hacía una plazoleta fuera del agua, y enjuta y muy dispuesta para poder edificar en ella.

En este lugar, no sólo hallaron la comodidad dicha, sino también una culebra enroscada, una rodela y una flecha, que todo junto puso en admiración y cuidado a los que lo vieron.

Estas gentes, que vinieron a ver esta maravilla que encontraron con este lugar fueron los Tlatelulcas, que ahora tienen este nombre; los cuales volviendo con este recado y visión a dar aviso a los de su parcialidad y familia, entraron todos en consulta, así hombres como mujeres, para determinar lo que este caso significaba. Salíó determinado que aquel lugar era para su vivienda, pués ellos lo habían visto, y no los otros que se llaman Tenochcas. Y como de muy atrás estaban amordazados (por lo que dejamos dicho de la piedra preciosa, que hallaron en el camino y que traían cuando venían marchando de su provincia y tierra y de los palillos donde se halló la invención del fuego) no traían aquella conformidad con que salieron; y ya por esto, o por otras cosas que también fueron sucediendo en el discurso de la jornada, no se querían, ni se amaban los unos a los otros como hermanos, parientes y amigos que eran (aunque para las cosas comunes de sus guerras y aflicciones nunca se deshermanaban) y así hallada ahora la ocasión de poderse apartar de ellos, lo hicieron, viniéndose a este dicho lugar, para lo cual lo comunicaron con los que en el otro dejaban.

Esto dicho, se halla en una de las Historias Antiguas de estas gentes Tlatelulcas, la cual tengo en mi poder. Otros dicen, que en este lugar donde estos pasaron, era donde enjugaban sus redes, después de haber pescado, y que los Tlatelulcas, por apartarse de estos otros, lo pidieron para su morada. Siendo esto así, no sé como dice Gomara, en el Libro de la Conquista de México, que primero fue fundado el barrio de Tlatilulco, que el de Tenuchtitlan; cosa muy apartada de lo que todos dicen, lo cual dice por estas palabras: primero que se poblase este barrio (de) México, estaba ya poblado el de Tlatilulco, que por comenzarlo en una parte alta y enjuta de la laguna, le llamaron así.

Esta división y partimiento hecha de estas dos parcialidades, dice Joseph de Acosta, que fue por ocasión de haberse dividido en cuatro parcialidades y cabeceras estas gentes fundadoras de esta ciudad; y que los viejos, que en esta repartición quedaron agraviados por no habérseles dado los oficios y dignidades que en ellas quisieran, hicieron

esta segregación y apartamiento. Lo mismo dice Antonio de Herrera en el Libro Segundo de su Historia Occidental de las Indias; y como éste dice las palabras formales que Acosta pone, y el dicho Acosta va diciendo las que halló escritas en unos papeles mal averiguados (que yo tengo en mi poder), no hay que culpar a entrambos que hablan muy de lejos y no entre personas que pueden sacarles de duda en lo que escribieron; y si me dicen, que por qué siendo papeles dudosos, digo yo también alguna cosa de lo que hay en ellos; pues siendo para ellos dudosos, también lo habrían de ser para mí, a esto respondo: que lo que digo en estos míos, que conforma con lo que ellos dijeron, no lo digo porque ellos lo dicen, sino porque son comunes, que por serlo tanto, conciertan todos en ello, que a ser particulares, hubiera de decirlas, por la duda grande que tengo de su verdad; porque en muchas cosas de las que he querido conferir con otras de otras Historias, las he hallado muy ajenas de las condiciones, que las dichas historias piden.

Confieso que así es verdad, que esta ciudad de México está repartida en cuatro barrios principales, y cada barrio de estos tiene otros menores y particulares, incluso en sí; y todos, así en común, como en particular, tienen sus mandones y gente que los tiene a cargo (como en otra parte decimos, tratando del buen gobierno de estas gentes), pero que esto haya tenido el principio arriba dicho, no lo hallo en ninguna historia tulteca, chichimeca, ni acolhua, ni tepaneca, ni mexicana, porque a ser así, en alguna de ellas se dijera como cosa principal y muy necesaria para el gobierno de estas gentes; antes es lo cierto, que los mismos señores lo ordenaron, para mejor gobernar sus repúblicas (como en otra parte decimos.)

También confieso, que estos mexicanos y Tlatelulcas, no sólo se hicieron contradicción y tuvieron sus cosquillas en los tiempos pasados, donde se trataban muy áspera y rigurosamente; pero en los presentes, también se hacen contradicción y tienen sus cosquillas los unos contra los otros, siendo estos Tlatilulcas algo más belicosos que los tenochcas, y así se verá, que en la Conquista, en sólo tres días vencieron los españoles toda la parte de Tenoch-

titlán (que ahora se llama México) y se recogieron los vencidos a esta parte de Tlatelulco, donde duró la guerra tiempo y espacio de noventa días, y conquistados éstos, quedó rendida toda la ciudad y la victoria cantada por los nuestros.

Y volviendo a nuestro propósito, digo que los Tlatelulcas divididos de los mexicanos, fundaron su ciudad en este lugar dicho, el cual en sus principios no se llamó Tlatelulco, que quiere decir Montón de Tierra echada a mano o terraplén, sino Xaltilulco, que quiere decir Montón de Arena, como en realidad de verdad la hallaron en este dicho lugar, el cual es ahora el que cae en esta plaza, sobre el cual está puesta la Horca de los Malhechores; pero como después se fueron segando las aguas con tierra y piedra, según cada cual podía, perdió el nombre de Xaltilulco y cobró el de Tlatilulco, que es el común con el que ahora se nombra.

Y esta parte de los Tlatelulcanos y la otra de los Tenochcas (aunque divididos en dos parcialidades) hacían una ciudad entera, la cual, toda junta, cuando llegaron los castellanos a ella tenía -por cuenta- ciento y veinte mil casas y en cada una de ellas de cuatro a seis y hasta diez vecinos. Y este fue el número de gente que vino multiplicando desde su principio y fundación hasta que fue rendida y desbaratada por nuestros castellanos, que (como decimos en otra parte) no fue de hombres el hecho, sino de Dios, que quiso hacer esta victoria, venciendo a tantos enemigos tan pocos cristianos como a la conquista vinieron.

Libro Segundo. Capítulo XI.

Donde se dice la pobre vida que estos mexicanos pasaban en los principios de la fundación de esta su Ciudad Mexicana y persecuciones que otras gentes les hicieron y se dice la causa de haberle puesto por nombre Tenochtitlán.

Ya decimos en el Libro de las Poblaciones, el origen y principio que tuvo esta ciudad de México, apareciendo en él

una peña y un tunal, nacido en ella y un águila caudal encima; todo lo cual apareció junto a unas aguas (según algunos dicen blancas, otros azules o verdes), y muy profundas. Lo que parece cosa fabulosa y más mentira y patraña que historia verdadera. Y no es ésta la ciudad primera que con portentos y prodigios, se dice, ha sido fundada en el mundo; porque la de Atenas, dice el Glorioso Padre San Agustín, en los Libros de la Ciudad de Dios, citando a Varrón, que cuando querían fundarla los atenienses; repentinamente apareció en aquel lugar un árbol de oliva, y en otro, ahí junto, una fuente que reventó de agua. El Rey Cecrops, que vio las repentinas visiones, y no sabiendo el fin que representaban, aunque entendía que era cosa importante y necesaria para la dicha fundación; por no errar, envió a consultar el caso al templo de Apolo, en Delfos, el cual respondió que la oliva representaba a la Diosa Minerva y el agua al Dios Neptuno, y que los nombres de estos dos dioses se ponían a la elección de los que querían fundar aquella ciudad. Y como entonces entraban las mujeres en consulta y consejo, juntamente con los hombres, (según prosigue luego el mismo Padre Agustín) votaron los unos y los otros por el nombre que se le había de dar a la ciudad. Las mujeres decían que el de Minerva y los hombres que el de Neptuno; y como estuviesen los votos partidos, puestos los hombres a una parte y las mujeres a otra, contaron los votos y hallaron haber uno más entre las mujeres, que entre los hombres, y prevaleciendo su parecer, diéronle el nombre que pedían de Minerva, que en griego quiere decir Athenas y de esta manera, se quedó esta celebrada ciudad con este dicho nombre.

De manera que cuando la ciudad de México haya sido nombrada en sus principios con este nombre de Tenuchtitlán, no fue sin causa, pues tuvieron motivo de haber visto la piedra y la tuna (como hemos dicho) que ambas cosas significan este nombre.

En este lugar se ranchearon (como decimos en el Libro de las Poblaciones), haciendo unas pobres y pequeñas chozas, rodeadas de carrizo y espadañas que ellos llaman xacalli y en otras provincias bahareques, en las cuales pasaban su vida, estrecha y pobrememente, por ser el lugar

muy pobre y desamparado; y como gente pobre y desamparada y guerreada de todas las poblaciones de la tierra firme, comían raíces de tule y otras yerbas que en el sitio y en sus alrededores se criaban.

Pero como la necesidad es madre de todas las invenciones y las industrias, enseñoles modo de pescar, haciendo redcillas y otras invenciones de yerbas con que pudiesen sacar el pescado que en esta laguna dulce se cria... Y aquí comenzaron las pescas en esta laguna, que hasta este tiempo dicho, no sabían de ellas los otros moradores de la tierra; y como les había sucedido bien y tenían ya manera de poderse mejor sustentar, fueron continuando la pesquería, de la cual tuvieron noticias los comarcanos de la tierra, los cuales vivieron mucho tiempo ignorantes de aquella, porque los mexicanos estuvieron trece años, desde que llegaron al sitio del tunal, hasta que se dividieron en dos barrios: que ahora son México y Tlatilulco.

Y en todo este tiempo, no hubo noticia de ellos entre las gentes que vivían a esta otra parte del Norte, por tener creído que estaban presos y cautivos en la tierra de los culhuas. Pero como los humos se divisaban, y algunos ruidos se habían de oír, vinieron al conocimiento de que en medio de estas aguas había algunas gentes pobladas. Aunque deseaban saber quiénes fuesen, no se atrevían por respeto de estar en medio de las aguas, (que entonces era esta laguna dulce muy honda), y por no atreverse a entrar en ella, por no saber modo de saber salir. Pero vinieron a entender que eran los mexicanos los que aquí se habían rancheado y hecho su población; y aunque muchas veces quisieron hacerles guerra, no osaban por la razón dicha.

Cuéntase, que el olor del pescado que comían los mexicanos, llegaba a las narices de las gentes comarcanas, y que envidiosos de ello, los quisieron desposeer del lugar y que nunca se atrevieron, temiendo el valor mexicano y recelando perecer en las aguas, que eran muy hondas y muy llenas de carrizos y espadañas; y que deseando comer de aquella comida y manjar, que ellos no alcanzaban; y no pudiendo por las dificultades que se les ofrecían,

vinóles un gran antojo, del cual antojo se hincharon las gargantas de todos los antojadizos y murieron muchos de ellos. Esto dicho, pase por cuento; por si hubiere quien quiere creerlo por verdad, podrá fundarse en esta razón: que el Demonio, que hacía favor a los mexicanos, usase de esta astucia para poder con ella atraer a los otros idólatras que lo supiesen a mayores cegueras y hay más aventajados y diabólicos servicios suyos; porque pudo haber fingido aquel olor, o tomar algún pescado y ponerlo invisiblemente en las narices de los que los oían, y que de esto pudiese nacer naturalmente aquella enfermedad de la garganta; y siendo la hinchazón de pujamiento de sangre y no haciéndole remedio ninguno, (por no ser conocido el mal) murieron de ello los que murieron.

A esto ayuda el decir de San Agustín, en el lugar arriba citado, que enojado Neptuno del agravio que le habían hecho los atenienses, en no haberlo recibido y honrado su nombre dándolo a la ciudad, sacó las aguas del mar de sus límites y cercó y las derramó por sus campos y dehesas y las destruyó todas. Y dice luego que esto no le es dificultoso al Demonio; pues si el mar (del cual dice el Santo Rey David en el Salmo, que le ha puesto Dios término y cerco, para que no pase punto adelante) salió tanto, que se derramó por las tierras atenienses e hizo tanto daño en ellas. Y esto por orden del demonio, que mucho que en esta ocasión hiciese este engaño entre los idólatras, sacando el olor del pescado tan fuera de las aguas que llegó a las narices de los comarcanos. Porque si le concedemos el poder de sacar las aguas de sus quicios, (como el Glorioso Doctor San Agustín se lo concede) también hemos de conceder esto; porque la misma fuerza es menester para lo uno, que para lo otro; y el Señor, que le dio libertad para un caso, se lo daría para el otro; y esto, por la manera y razón que ordenase y plugiese a su eterna y secretísima providencia y sabiduría, que muchas cosas que sabemos y no alcanzamos su secreto y no es porque no es hacederó, sino porque como no lo sabemos todo, nos espantan sus efectos y sólo nos queda lugar y licencia para admirarnos de ellos.

Puestos estos mexicanos en este lugar dicho, hicieron luego un altar a su Dios Huitzilopuchtli (como lo tenían de costumbre en todas las mansiones y paradas que hacían,

en especial en esta parte, donde ya sabían que habían de tener su permanencia y estar muy de asiento.) Pero como gente pobre y descarriada, no les llegó el posible adonde el deseo; y así les sucedió que el altar no fuese con aquel adorno, majestad y grandeza que ellos quisieran; pero formáronlo pobremente, según pudieron. Y colocado y puesto en él su diabólico ídolo, festejéronlo con las solemnidades que acostumbraban; y sucedió que saliendo de caza un mexicano llamado Xomimitl, en busca de algún animal irracional que poder traer para ofrecer a su dios, se encontró en el camino con un culhua, llamado Tlacochichil, y riñendo los dos (porque eran mortales enemigos, como ya hemos dicho, los de Culhuacan y los de México), venció el mexicano al dicho culhua, y maniatándolo lo trajo vivo con mucho contento y le presentó a los demás que estaban en su pueblo; y acordándose todos de la burla que su Rey Culhua les había hecho, cuando le pidieron reliquias para su altar en el barrio de Contitlán y les había dado aquellas cuatro cosas sucias y asquerosas envueltas en un paño (como ya dejamos dicho), tomaron de esto ocasión para matar a este cautivo y poner su corazón en medio del altar de su ídolo, para que las reliquias que usaban poner en ellas fuesen las más estimadas de la vida, como lo es el corazón, el cual es el primero que vive en cuerpo humano, (como dice el filósofo) y el último que muere. Hecho así, quedaron todos muy contentos de ver el buen anuncio y agüero con que comenzaban a fundar su ciudad, echando en sus cimientos corazones de hombres vencidos y vengándose juntamente de la que les hicieron en la burla dicha del altar.

Libro Segundo. Capítulo XII.

Del gobierno que tuvieron las dos repúblicas. Tenuchca y Tlatilulca, después que se dividieron y apartaron y se dice la primera elección de reyes que tuvieron.

Dicen que habiendo pasado veintisiete años que había que se gobernaban en común, los unos y los otros, les tomó gana de elegir rey, al cual reconociesen por mayor entre todos y a cuya voz acudiesen para las cosas, así de la paz como de la guerra.

Yo pienso que se movieron a ello por evitar confusión y particulares pretensiones, como las hay donde mandan muchos; y los primeros que pusieron en ejecución este pensamiento -según opinión de algunos- fueron los Tlatilulcas, cuyo primer rey fue Quaquahpitzahuac, hijo según dicen de Tezozomocli, rey de Azcaputzalco; en especial ví este caso en una de las historias de estos dichos Tlatilulcas, los cuales afirman haber tenido rey un año primero que los mexicanos; y aunque por historias Aculhuas y Mexicanas, se haya verificado haber tenido rey los mexicanos un año primero que los Tlatilulcas -con todo eso- hay de ellos quien lo niega y afirma lo contrario.

Pero para respuesta de este caso, no hallo otra sino la que dice Plutarco en la Vida de Theseo. El cual, tratando de Seirron, que unos dicen haber sido gran salteador de caminos y matador de hombres, y otros que lo niegan, pareciéndoles que de hombre que hubiese sido tal y de tan malos principios, no era razón de que se hiciese caudal ni cuenta en una tan señalada república, como fue la suya de la cual hubo muchos y muy grandes linajes, y se afirma de él haber muerto por sus propias manos al fortísimo Theseo. Dice luego Plutarco: así sobre este caso se hallan estas y otras contrariedades entre los escritores, así por ser el caso tan antiguo, que no consiente sacar al vivo la verdad de aqueste hecho, como por la natural inclinación de los hombres que por la mayor parte se inclinan en su favor, mitigando con el amor de la patria y de su gente los vicios que son dignos de reprehensión en los que los cometen, y ensalzando con grande aplauso y majestad de palabras sus virtudes.

De manera que sólo esta razón hallo que pueda haberles movido a estos Tlatilulcas que esto han afirmado, para cuya confirmación me sucedió -pocos años ha- en este mismo pueblo, que estando haciendo esta averiguación con un indio anciano de grande elocuencia y saber acerca de sus antiguallas, en presencia de otro no menos sabio y hábil que él, aunque más mozo, llamado Don Melchor de Soto, que fue colegial de Santa Veracruz y ahora es gobernador de esta parte de Santiago, quise contradecirle haber sido primero la elección de su rey, que la de los

tenuchcas o mexicanos; y concediendo conmigo este dicho indio Don Melchor, por las razones que le daba, que parecían convencerlos, me dijo el anciano y viejo: Que no estaba bien informado del caso y que los tenuchcas decían falsamente haber tenido primero rey que ellos, sólo por quererse llevar la gloria en todo, y vuelto al indio más mozo le dijo que en ninguna manera había de conceder conmigo, sino contradecir lo que yo afirmaba, aunque no fuera por más de la honra de su patria, pues lo era tan grande haberse constituido en república con género de gobierno monárquico.

Por manera que el amor de la patria, muchas veces se lleva tras sí la verdad y aún la niega, por ser cosa natural querer cada uno honrar y engrandecer el lugar y sitio donde se ha nacido, que todos tenemos como por madre que nos produjo. Y así dijo Cicerón cuando le mataban haber muerto por su patria tantas veces por él defendida. Pero como luego dice el mismo Plutarco, estos afectos particulares no es razón que sean mezclados con historias verdaderas, cuya majestad y gravedad debe ser inviolable y tenida por sacrosanta, como conservadora de la verdad y declaradora de los hechos ilustres y ciertos que han acontecido en todos los tiempos.

Verdad es, que en una Historia Mexicana ví como los Tlatilulcas tuvieron primero rey que los mexicanos, cuatro años antes, el cual pidieron al de Azcaputzalco, y les dió a Cuaucahpitzahuac, su hijo, y de aquí nace la confusión de los que dicen haber sido el primer rey mexicano de ahí; no diferenciando la división de estas dos parcialidades mexicanas y tlatelulcas. Y así, dejando con esto respondido a este caso, iremos a tratar del rey mexicano, que fue un año primero electo que el de Tlatilulco, lo cual manifestaremos en el capítulo siguiente, dejando al Tlatelulca que repose hasta otro lugar.

Libro Segundo. Capítulo XIV.

Del primer rey que los Tlatelulcas tuvieron, hijo de el emperador Tezozomocztzin, de Azcaputzalco tirano.

Viendo los Tlatelulcas que sus vecinos los tenuchcas habían elegido rey, luego pensaron en tenerle también ellos, porque

como gente que se había apartado y segregado y que hacía cuerpo de república por sí; así también quisieron tener rey, como le tenían ellos, y como el motivo de ellos -que ahora se llaman mexicanos- fue buscar cabeza que defendiese el cuerpo de la república de las torcidas voluntades y malos corazones, que ellos Tlatelulcas les tenían, haciendo la misma consideración y viendo que ya tenían rey, que no sólo podía defender a su gente, sino también sujetarlos a ellos, por verlos sin cabeza, tomaron el mismo acuerdo y para más reforzarlo y ponerlo en su punto y cumbre, determinaron de que el rey y señor que hubiesen de tener fuese de casta y sangre de reyes y no de la suya sola (como sus vecinos los mexicanos habían hecho) para lo cual fueron al rey Tezozomoczin, que tenía su corte en Azcaputzalco y al cual tributaban con el mismo tributo que los mexicanos y pidiéronle con humildad les diese uno de sus hijos por señor y rey, para tener cabeza y señor como sus vecinos los mexicanos le tenían y que sería gran merced la que en esto les haría; porque aunque era verdad que pudieran elegirlo de los de su pueblo con la misma licencia que los mexicanos para elegir el suyo, no querían sino recibirlo de su mano; porque así como le tenían por señor, le tuviesen de ahí en adelante como padre.

El emperador, concediendo con su petición, les dió por rey un hijo suyo llamado Cuaucauhpitzahuac, el cual trajeron los Tlatelulcas con muchas fiestas y regocijos a su ciudad y le coronaron por rey y sentaron en su silla y sirvieron como a tal. Esto, según algunos, fue un año después que los mexicanos tuvieron rey; otros dicen que este año fue antes y así sigue Acosta a los que dicen esto; pero aún en una Historia Tlatelulca he visto pintado este caso y pone al rey de México un año antes que al de Tlatelulco.

Y desde aquí comienza la nobleza Tlatelulca, que se precian más de tepanecas que de mexicanos; porque aunque es verdad que lo común del pueblo fue la sangre mexicana; los señores y principales, como emparentaron con estos dichos reyes, ya la sangre mezclada les hace preciarse de aquellos señores de donde descienden y tienen origen y esto he averiguado yo muchas veces con muchos de ellos.

Libro Segundo. Capítulo XXX.

Del segundo rey de Tlatelulco, llamado Tlahcateotl y de la muerte de su antecesor Cuacuauhpitezahuac.

Ya hemos dicho, que un año después que eligieron los mexicanos a Acamapichtli por su primer rey, fueron los Tlatelulcas a Azcaputzalco y pidieron a Tezozomoc uno de sus hijos para su rey y señor, lo cual Tezozomoc les concedió y les dió a Cuacuauhpitezahuac por rey de su ciudad, la cual rigió quieta y pacíficamente treinta y cinco años: Al cabo de los cuales murió, habiendo hecho muchos y muy suntuosos edificios, ensanchando esta parte de su ciudad todo lo más que pudo, cegando las aguas, haciendo acequias y otras huertas y jardines, con lo que en grande manera la hermoseo. Muerto pues este pacífico rey, quedaron los Tlatelulcas cuidadosos de poner en su lugar otro que le sucediese; el cual fue Tlahcateotl, que pusieron en la silla y trono del difunto, su antecesor. Aquí hay varios pareceres acerca de donde vino este segundo rey; porque unos dicen que estos reyes que hubo en este Tlatelulco, fueron todos azcaputzalcos. Otros dicen que muerto el rey Cuacuauhpitezahuac, fueron los Tlatelulcas a Tetzcuco a pedir a los aculhuaques rey, y que les dieron este dicho Tlahcateotl; pero sea lo uno o lo otro, la verdad es que este segundo rey se llamó Tlahcateotl y rigió esta ciudad y república treinta y siete años, contando el mismo en que fue muerto Cuacuauhpitezahuac y este en que fue nombrado por rey, hasta el último en que murió y en el cual fue nombrado otro; y fue elegido al deceno año del reinado de Huitzilihuitl y vivió todo el tiempo que reinaron en México Chimalpopoca y Itzcohuatl y diez años más del señorío y gobierno de Huehuemoteczuma, llamado por otro nombre Ilhuicamina.

No se dice de este rey cosa particular ninguna, o porque la historia de sus hechos se ha perdido, o porque no hubo que decir de él; sólo se cuenta que después de haber reinado el tiempo dicho murió; cuya muerte, dicen algunos haber sido a traición, yendóse hacia Tetzcuco a favorecer del rey Netzahualcoyotl, que ya entonces lo era muy poderoso (como veremos después) al cual alcanzaron los señores sus contrarios y enemigos, que supieron su huída y lo mataron en el pueblo de Atzumpan, que es la parte donde lo alcanzaron y para mayor afrenta suya, lo ahorcaron y después quemaron su cuerpo.

Otra historia cuenta su muerte de diferente manera, diciendo que encontrados los mexicanos y Tlatelulcas, por las diferencias que de ordinario entre sí tuvieron, llegaron a términos de quererse asolar los unos a los otros; pero como ya a esta sazón ya los mexicanos eran señores de mucha parte de esta tierra, debajo del señorío y gobierno del primer Moctezuma Ilhuicamina y eran más poderosos que estos Tlatelulcas, por el mayor gentío que a su obediencia tenían. Por esto quisieron de secreto y escondidamente dar sobre ellos y acabarlos, de lo cual el rey Tlahcateotl estaba muy ignorante. Tenía este rey en su casa un perro y revestido del demonio (o el mismo Demonio que tomó figura suya) dicen que le habló una noche y le dijo: Haz buen corazón (oh rey) a las cosas de fortuna y ten por cierto que de aquí a quince días haz de morir y yo contigo. Espantado el rey de oír hablar a su perro y de las nuevas tan rigurosas que le daba de su fin y acabamiento en tan breves días, preguntóle la causa. A lo cual el perro respondió: que era que los mexicanos aborrecían el nombre de Tlatelulco y que si el moría solo cesaría la pasión que los enemigos tenían contra todo el pueblo; a lo cual el rey Tlahcateotl, con grande ánimo y esfuerzo respondió: que nunca sus dioses permitiesen que tal ruina por su pueblo viniese, ni que se dijese que en su tiempo había sucedido tal cosa por no querer él poner a riesgo su vida y que quería ser el primero que muriese y ofrecerse al pueblo, porque su pueblo no pereciese.

Concertando pues los dos el modo que había de haber en el caso, dejó el rey cumplir los quince días, y pasados, salió de su palacio muy secretamente pasadas algunas horas de la noche y llevóse consigo su perro y llegando al del rey Ilhuicamina dijo a los guardias que estaban a las puertas de las casas reales que diesen aviso al rey Motecumatzin de su venida; la cual sabida por el rey, mandóle aposentar en una sala, como acostumbraban a recibir a los señores. Y a muy breve rato de la estada del rey Tlahcateotl en la sala, le envió Motecuhzoma una rodela y una flecha que es la señal que ellos tenían de sus desafíos. Admitiéndola el rey y aceptó el desafío que le hacía; lo cual sabido por Motecuhzoma y pareciéndole que era mucho atrevimiento de Tlahcateotl en admitir su desafío, por ser rey tan poderoso, envióle muy enojado

cuatro capitanes para que los matasen; a los cuales acometió el perro y derribándolos en el suelo daba lugar a que el rey Tlahcateotl los matase.

Fue oído el ruido en palacio y llegando la gente a saber el caso, vieron lo que pasaba y fueron con estas nuevas al rey Motecuhzoma, y enviando otras gentes de nuevo para que ejecutasen su propósito y matasen a Tlahacateotl, les sucedió lo que a los demás; y viendo su valentía y la ferocidad del perro y que no bastaban fuerzas humanas contra los dos, admirados y espantados de lo que veían, determinaron de tapiar las puertas y destecháronla por lo alto y tirándoles muchas flechas murieron amo y perro con esta astucia, aunque vendiendo primero muy bien sus vidas, quitándolas a muchos de los enemigos que les acometieron y murió Tlahcateotl muy alegre y contento, sabiendo que por este modo dejaba libre su ciudad.

Si esta muerte y caso pasó, como tengo dicho, no sé por cierto que más hizo el rey Codro en defensa de los atenienses, que estando confrontado él y su ejército contra los megarenses, y sabiendo por respuesta del Oráculo de Apolo, que el ejército y campo del rey que en la batalla muriese, había de vencer y cantar victoria de su enemigo; él, como valeroso capitán y hombre esforzado y no estimando la vida, por dejar gloriosa su fama, se disfrazó para no ser conocido y en traje de humilde soldado se metió en lo más riguroso y fuerte de la batalla y se ofreció en ella a la muerte, por dejar a su pueblo en los brazos de la vida; llevando esta inmortal gloria de haber muerto él solo, por dar vida a muchos que le seguían. Esto mismo me parece que puede cantar la fama de este valeroso rey Tlahcateotl, pues quiso morir él porque su pueblo viviese.

Libro Segundo. Capítulo XLVI.

De la muerte de Tlahcateotl, rey de Tlatelulco y sucesión de Cuauhtlatohua, en el mismo reinado, y de su muerte y de algunas guerras que el rey Motecuhzoma tuvo contra otras gentes y provincias de esta Nueva España.

Después de haber gobernado Tlahacateotl, hijo del emperador Tezozomocli, este pueblo de Tlatelulco con alianza

y amistad que con otros pueblos y provincias tenía, murió al cabo de muchos años de su gobierno, al cual siguió en él Cuauhtlatohuatzin, que unos dicen vino de Azcaputzalco -de donde Tera natural el primer rey- y otros que fue de los mismos que habían nacido en este pueblo; y yo me atengo a esta verdad, porque para originar una república basta un primer buen principio y que después de este se van sucediendo los demás que le siguen. Finalmente, sea lo uno o lo otro (aunque, como digo, tengo esto segundo por verdad) lo que hay que decir en este caso es que Cuauhtlatohua no debía de ser de ánimo tan quieto y pacífico como su antecesor Tlahcateotli; y como se veía rey, debía de quererlo ser absoluto y único de esta parte de Tlatilulco y de esa otra de Tenochtitlan, donde a la sazón reinaba Itzcohuatl, antecesor de Mothecuzoma, que después le sucedió. Con este pensamiento, envió sus secretos embajadores a muchas partes de esta Nueva España, pidiéndoles ayuda y socorro para destruir a sus vecinos los tenochcas. Pero, aunque así lo pensó y tuvo mucha parte recogida de gente, no llegó a ejecución; porque como lo supo el rey Itzcohuatl, puso en defensa y arma, por lo cual Totoquiuhatzin (sic), desistió de su pretensión, porque tuvo al enemigo en opinión de muy fuerte y él no bastante para conseguir su intención.

De esta vez, quedaron estos dos reyes enemistados y puesto muro muy grande entre ellos para su comunicación; aunque es verdad, que los populares del pueblo se trataban, comunicaban y continuaban en sus mercancías y contratación. Vivieron estos dos reyes enemistados siempre, y con esta enemistad murió Itzcohuatl y con ella misma entró en su reinado Mothecuzoma, que, (como hemos dicho) le sucedió; y como no cesase Cuauhtlatohua de pretender querer matarle y hacerse señor de todo México y por consiguiente manera de todos sus sujetos y aliados. Enojado de ello Mothecuzoma, hizóle guerra en la cual murió el dicho Cuauhtlatohua y cesaron los bandos que entre los dos traían; pero no los rencores y malas voluntades que los unos y los otros se tenían.

Después que Mothecuzoma tuvo esta batalla contra los Tlatilulcas, en la cual mató a su rey, hizo guerra...

Libro Segundo. Capítulo L. (Fragmentos)

De como Moquihux, rey y señor de Tlatilulco, casó con hija de Tezozomocli de México, hermano de Tizoc, Axayacatl y Ahuizotl, que fueron reyes mexicanos y de la guerra de Chalco y otras cosas.

Después que vinieron los mexicanos, aculhuas y tepanecas con victoria (de) Cuetlaxtlan, estuvieron algunos días sin guerra y Motecuhzoma Ilhuicamina, conociendo el valor de Moquihux, señor de Tlatelulco, ordenó de casarlo con (una) hija de Tezozomocli, hermana de Axayacatl, que reinó después de él. Cuyo casamiento fue ordenado por este dicho rey y por Netzahualcoyotl, que lo era de Tetzcuco, el cual se celebró con mucha majestad y pompa; fue llevada a su casa con la solemnidad que pedían tales señores y diéronle muchas tierras en esta parte de México, en un barrio que se llama Aztacalco, saliendo al bosque de Chapultepec.

Al año siguiente (de la guerra con Chalco) se amojonaron los tenochcas y Tlatelulcas, haciendo una muy grande y muy ancha zanja que dividió a los unos de los otros y metieron el agua en la plaza y mercado de esta dicha parte de Tlatelulco, concurriendo a su obra todos juntamente, por ser el mercado común a unos y otros.

Libro Segundo. Capítulo LV. (Fragmento)

De la elección del rey Axayacatl, sexto rey mexicano, y muerte de Totoquihuatzin, rey de Tlacupa y principio de las disensiones entre este rey de México y el de Tlatelulco, su cuñado.

Por este tiempo, Moquihux, señor de Tlatelulco, cuñado de este rey Axayacatl, casado con su hermana, mandó hacer otro templo que se llamó Cohuaxolotl, sólo para engañar

a los tenochcas; y de aquí comenzó a haber disensiones entre estas dos parcialidades, resucitando sus pasiones antiguas (como si no fueran todos unos mismos y de una misma sangre y familia) de donde Axayacatl quedó algo disgustado con Moquiuiux, su cuñado y Moquiuiux se mostró también desabrido con Axayacatl. A esto se junto que el de Tlatelulco no queriendo bien a su mujer, hermana de Axayacatl, no la trataba con amor, ni con aquel respeto que se debía a una hermana de tan gran rey, como era el de México.

Libro Segundo. Capítulo LVIII.

Que prosigue el reinado de Axayacatl, de México y la guerra que tuvo con los Tlatelulcas, donde fue muerto su rey Moquiuiux y sujeto su reino al de México.

En el primer año de la elección de Axayacatl, sexto rey de México, dice, que temblaron tres cerros altos en la provincia de Xuchitepec (que es en la costa de Anahuac) pronosticando que el inusitado temblor y movimiento a los naturales de aquella tierra la sujeción en que Axayacatl los había de poner. Comenzó luego (siguiendo los hechos de su antecesor) a asolar tierra, por tener ya sujetas las comarcanas, y metiéndose por Anahuac, venció a los cuetlachtecas y pasó a los xuchitepecas y también los venció y cautivó (como tres años antes sus bailadores cerros se lo habían pronosticado) que fue el año primero de la elección de este rey (como ya hemos dicho) vino con aquella victoria y haciendo una grande fiesta a su celebrado Dios Huitzilopochtli, le ofreció muchos esclavos en sacrificio en el Momoztli o templo de Tlatelulco.

Tenía este rey casada una hermana con el señor de aquella parte (como dejamos dicho) el cual, como fuese soberbio y algo suelto en la vida y deshonesto, sentíalo mucho la mujer y con el dolor de los celos fuese con la queja a su hermano. El rey Axayacatl le habló algunas veces, rogándole que tratase bien a su hermana, (a) la cual Moquiuiux aborrecía, o ya por haberle causado enfado su comunicación (como a muchos casados acontece), o ya por no poder sufrir los celos que de ordinario le pedía. Ayudaba a esta mala voluntad que a su mujer tenía, la que tenía también a su hermano Axayacatl, por verle mayor señor y de mayor reino que él y deseaba tener ocasión de venir con él a

las manos, para ver si le podía quitar su reino y hacerse señor de él. Para esto hizo llamar a consejo a todos los más valerosos capitanes y soldados de experiencia, para tratarles su intento y pedir parecer acerca del medio que tomaría para efectuar su voluntad. Ellos le dijeron que para acometer tan singular empresa, era necesario que fuese con mucho secreto y que se aliase con los más pueblos que pudiese, y que de esta manera le podría acometer de improviso y descuidadamente. Parecióle bien el consejo y púsole en ejecución.

La señora mexicana, aunque era su mujer y tenía cuatro hijos de él, como estaba sentida del mal trato que con ella tenía, tiróle más la Patria y sangre de hermano, que la que en sus entrañas había concebido con Moquihuíx; y sabiendo lo que se trataba entre los Tlatelulcas, avisólo a su hermano. Con este aviso comenzó Axayacatl a vivir con cuidado y prevención; y Moquihuíx, pensando que su hecho estaba muy secreto, envió a muchos señores y reyes (que le pareció que le ayudarían contra el mexicano) a pedirles favor. Quisóse aliar con los de Tlacupa y Tetzcuco, los cuales no acudieron; pero otros aceptaron su embajada y le dieron palabra de ayudarle, que fueron los de los pueblos de Chalco, Xilotepec, Tultitlán, Tenayucan, Mexicacatcinco, Huitzilopuchco, Xuchimilco, Cuitlahuac y Mizquic; los cuales le enviaron a decir que ellos lo tomaban a su cargo y que cuando comenzase la guerra, saldrían al través a cogerles las espaldas y que de esta manera le prometían su ayuda.

Más los de Quachpanco, Metlatcinco y Huexotcinco, que eran enemigos de los mexicanos, luego enviaron palabras de venir en su ayuda al mismo pueblo. También fueron convidados los de Colhuacan, a todos los cuales envió Moquihuíx muchos y muy ricos y preciados presentes de rodelas y otras armas muy bien labradas. Llegó la pasión de Moquihuíx a término que obligó a su mujer a que se fuese de casa y se entrase por las puertas de su hermano el rey con sus cuatro hijos, de lo que los Tlatelulcas se mostraron en grande manera agraviados y con el pesar de este hecho ya no se trataban con los mexicanos con el amor que se solían; antes cuando se encontraban en partes, que a su salvo pudiesen, los trataban muy mal y los mataban

si podían; y de palabra se injuriaban unos a otros, en especial las mujeres, cuya lengua es más feroz y cruel, cuando la pasión y (la) ira la gobierna y rige. Y esto encendía más el fuego de la una y otra parte y se apercibían a mayor y rigurosa venganza.

Hecha ya (pues) esta prevención por el rey y requeridos los aliados, se volvió otra vez a juntar sus consejeros y mayores de su pueblo en los cuales tenía puesta la fuerza de su confianza, y renovándoles la memoria del caso les dijo: que aunque su ánimo y valor le aseguraban del que poniendo la mano en guerra saldrían con ello; con todo recelaba no (se) acobardasen algunos, viendo que se hacía contra su propia sangre.

Entonces se levantó un anciano sacerdote, llamado Poyahuitl y en nombre de todos dijo: que acudirían a darle su ayuda como señor y que morirían en ella, sin mostrar pelo de cobardía y que para mayor firmeza de lo prometido, serían los primeros que acometerían al enemigo y que para ver el fin que esta guerra podía tener, quería(n) hacer las ceremonias que en tales actos se acostumbra(n) y tomar un brebaje que solían entonces.

Moquihux agradeció su buena determinación y ofrecimiento y mandó que se lavase la piedra donde se hacían los sacrificios y de que de las lavazas (escurrimientos) que corriesen se ordenase el bebedizo de aquel agüero, (porque con ella) se hacía y confeccionaba). Hecha la bebida, fuese repartiendo por orden por todos los capitanes y soldados, comenzando desde el mismo rey; y dicen que después de haber bebido este diabólico brebaje, se encendieron tanto el coraje y ánimo que desde entonces les parecía largo el tiempo que corría sin poner en ejecución lo determinado. Este hecho fue luego sabido por Axayacatl, porque de los mismos que a él asistieron hubo quien se lo dijo, y como habían jurado de asolar a los mexicanos y raer de la memoria el nombre de los tenuchcas, que tanto hasta entonces se gloriaban de invencibles mexicanos.

Esto no supo Moquihux, y creyendo que el caso estaba muy secreto, llevó a todos los más que pudo a un cerrillo, que

está junto de nuestra Señora de Guadalupe, llamado Zaca-huitzyo (fingiendo ir a otra cosa) e hizo un solemne sacrificio y ratificó en él los corazones de sus capitanes y muchos de sus aliados y confederados y determinaron el tiempo y nombraron el día, que había de ser a los ochenta venideros. Determinaron también, que se pasasen los días aciagos intermedios, porque sin azar ninguno se consiguiese la victoria.

Esto quedó en este punto y las cosas se fueron disponiendo y a los diez días del mes tecuilhuítl (que era el postrero del año de los mexicanos) fueron muertos los cautivos que representaban la figura de los dioses Chanticon y Coahuaxotl y les ayunaron su celebración y muerte, y les cantaron sus funestos cantos: apercibió a los aliados y enviéles a decir que él quería hacer el primer acometimiento, y que después de que acudiésen ellos y que todos juntos acometerían y les sería fácil asaltar la ciudad y vencer (a) sus moradores. El gobernador y cacique de Culhuacan (que era hombre poderoso y de mucha gente) le dijo que no se moviera de su casa, sino que estuviese apercibido con su gente y que él con la suya acometería a los mexicanos y que luego haría demostración de que huía, para que lo siguiesen, y que cuando estuviesen fuera, él saliese con los suyos, tomándoles las espaldas, y que puestos en medio, darían fin de ellos. Este consejo no debió de parecerle bien a Moquihuix y aunque lo oyó, no lo puso en ejecución (que si lo hiciera, no parece malo, sino muy bueno). Con esto se despidieron y todos los de la laguna que ayudaban a Moquihuix, se pusieron en arma, para hacer lo concertado. Hizo llamar un día antes de darla, a la nobleza de su pueblo y dióles armas a todos, muy galanas, y a otros señores convecinos, que ya habían entrado en secreto en la ciudad, estando otros muchos a la mira para ayudarles cuando los viesen envueltos con los enemigos.

Hecho esto, se fueron al templo de Huitzilopuchtli, y volvieron a hacer la ceremonia idolátrica del itzactli (que es la bebida pasada, condicionada con muchas diabólicas ceremonias) y hecha una muy profunda humillación al ídolo, le pidieron favor contra sus enemigos y pasaron por delante de él en grande orden y concierto (como los nuestros suelen

hacer su alarde), salieron del templo ya muy tarde, a tiempo que la gente del mercado era mucha (porque como ya hemos dicho, el de Tlatilulco era el general de esta ciudad). Aquí hicieron los mexicanos una entrada este día y mataron algunos forasteros, escapándoseles muchos por los pies. A este alboroto acudieron los Tlatelulcas y comenzaron a herir en ellos, hasta que los retiraron a su pueblo, y en la refriega quedaron muertas muchas mujeres, que como más atrevidas, debían de hablar con la libertad que suelen, y de los hombres cautivaron los que pudieron y los llevaron al templo de Tillan a sacrificar al Demonio. cuyo era.

Dicen de este mal rey, que era tan vicioso, que este día (con los otros antes) se entraba en los recogimientos de las mujeres y que a las que mejor le parecían, de las que servían de tejer los ornamentos y vestiduras de la Diosa Chanticon, las violaba, con lo que causó grandísimo escándalo en la república. Y no contento este hombre bestial de cometer este escandaloso pecado, hizo traición también a muchos de sus mayordomos y capitanes, de lo que todos estaban muy sentidos y aún con ánimo más de matarle, que de matar a su enemigo; y esto tuvieron los Tlatelulcas por muy grande azar, y sin haber peleado, ya se tenían por vencidos. Pero Moquihuix, que nada de esto lo acobardaba, hizo poner su gente en orden para dar la batalla y comenzóla, no guardando el orden dado, pareciéndole que solo bastaba para cantar la victoria.

Había ordenado, a esta sazón el mexicano una gran fiesta y venían gentes suyas y otras del reino de Tetzcuco con muchas cosas de aderezo para su celebración, y llegando aquí, los mataron los Tlatelulcas. Ya a estas horas, se iba poniendo el sol, y al mismo punto salieron cuatro mujeres hechiceras y brujas, vestidas muy galanamente, las cuales se llamaban Cihuatetehuitl, con unas escobas de popote que son troncos de yerba muy delgados e iban bailando con ellas. Estas pajas, todas habían pasado por la lengua estas mujeres y sacándose sangre con ellas, a manera de penitencia que habían hecho a su Dios Huitzilopuchtli y en el de Tillan, y pasando por las puertas de los mexicanos quemaron sus escobas, como significando en ello que así habían de ser quemados otro día. Salieron con estas, otras cuatro mujeres (de las que solían haber de amores) e iban dando voces y diciendo: Mexicanos, ahora no ha de quedar

de vosotros, porque nuestro rey Moquihux os ha de asolar y acabar a todos y esto ha de ser antes que comamos, y a pura navaja y pedernal os hemos de cortar los cuerpos en muy menudas tajadas. A lo cual los mexicanos callaban; porque aunque eran animosos, no sabían esto que pasaba, ni el fin de este suceso.

Comenzáronse a inquietar los Tlatelulcas esta noche y luego al amanecer comenzaron a escaramuzar, haciendo acometimientos... Los mexicanos lo estorbaban y con la mayor fuerza que podían se lo impedían; pero viendo que el impetu del enemigo era soberbio y que la cosa iba de veras, comenzaron con coraje los mexicanos a tomar sus armas... Subióse Moquihux en lo más alto de su templo y comenzó a animar (a) su gente, para que les entrasen de golpe a los mexicanos. Pero Axayacatl que supo la ejecución de la guerra, salió con los suyos al encuentro y comenzaron a herirse unos a otros como mortales enemigos. Ya Xiloman, señor de Culhuacan, había venido con su gente al pueblo de Acachinantlán, donde era el concierto que se pudiese para acometer y hacer luego su retirada, para que el rey Moquihux, con los que tenía en su pueblo los siguiese; pero supo que quebrando el orden había hecho el acometimiento primero, de (lo) que quedó corrido y enojado, y con este enojo que cobró, no quiso llegarse a la ciudad; antes se retiró con ira y mandó a su gente que cerrase las acequias, para que no pasasen canoas al socorro. Súpolo Axayacatl y mandó a sus mexicanos que las abriesen y así se hizo y entraron los de la redonda de la ciudad a ayudarle, como los tenía concertados y prevenidos.

Fue la batalla este día muy reñida entre estos dos pueblos; pero no se reconoció ventaja más de la una parte que de la otra; y así se dividieron y apartaron, porque los dividió y apartó la noche. Los de los barrios contiguos de Tlatelulco, que eran de mexicanos, viendo que no habían tenido suerte ninguna buena aquel día contra sus enemigos, quemaron sus casas y las desampararon; pero al despartirse, cogieron los Tlatelulcas veinte mexicanos, los cuales aquella noche sacrificaron al Demonio.

Esta noche, es de creer, que la pasarían los dos reyes cuida-

dosamente, previniendo cada cual las cosas necesarias para el día siguiente. El cual venido, cada uno de los dos se pusieron en sus lugares para animarlos y esforzarlos a la batalla, y prevenido todo y hecha la señal, comenzaron los Tlatelulcas su combate y los mexicanos a defenderse, lo cual duró por un rato; pero como el Tlatelulca tenía menos gente, por habérsele ido el de Culhuacan y otros muchos pueblos aliados con él, y al mexicano le hubiese entrado mucho socorro, comenzaron a venir sobre sus enemigos con tanto ímpetu, que ya no sólo trataban de defender sus casas, sino también entrarles a sus contrarios por las suyas.

Duró algunas horas el ímpetu de la batalla, pero al encumbrarse el sol por el cielo, comenzó a reconocer la gente de México que hacían ventaja a los de Tlatelulco y con esto fue grande el esfuerzo que cobraron. Axayacatl, que no ignoraba la ventaja de los suyos y conoció la ruina y flaqueza de los contrarios, envió gente por las calzadas que entran en esta parte de Tlatelulco y tómoles los caminos. Pusó a un valeroso capitán, llamado Atzacualco, en la punta de la albarrada con gente. La calzada de Guadalupe, dió a Cahualtzin y esta otra parte de Quepupan (sic) encomendó a otros valerosos capitanes, y los demás (en) cuenta fueron Ahuizotl y Tizoc, sus hermanos, que después fueron reyes, y a otros, llamados Tlilpotoncatzin, Xippilli, Totomotzin, Tzontemoctzin, Tenamatzin y otros muchos, tan nobles en sangre, como valerosos en sus personas; y ello hizo, como por aquella parte eran vecinos, pudieran entrarle por ella los enemigos y ganarle la ciudad. Comenzaron, con este nuevo orden a acometerse los unos a los otros con mucho y más nuevo ánimo; pero como los Tlatelulcas estaban cercados y acudían a todas partes, a ninguna era con fuerza, por tenerla dividida y apartada.

No bastaban las voces de Moquihuíx a dar ánimo a sus soldados, antes parece, que con ellas se desanimaban para pelear y cobraban ánimo para indignarse contra él por haberles hecho tomar las armas contra los mexicanos, con los cuales tenían amistad y estaban contentos, y viéndose tan apretados, comenzaron todos a desmayar y otros a huir

y los que no podían por tierra, se metieron por agua entre los tulares y cañizos, por defender en ellos las vidas.

Llegaron de tropel los mexicanos con otros pueblos de la laguna que los socorrieron y acometieron a la gente que estaba alrededor del templo guardando la persona de su rey, y dando sobre ellos, los desbarataron. Muchos de los propios Tlatelulcas que se veían morir y acabar sin remedio, y oían las voces de Moquihuíx que los animaba, le decían: Bujarrón, afeminado, baja acá y toma las armas, que no es de hombres estar mirando en la guerra a los que pelean, y si no, nosotros subiremos allá a derribarte del templo, por habernos metido en guerra que jamás quisimos.

Fueron subiendo los mexicanos a lo alto del templo, y uno de ellos, llamado Quetzalhua, se llegó a él, que estaba peleando y defendiéndose valerosamente y lo arrojó de las gradas abajo, por donde vino rodando y llegó al suelo casi muerto. De ahí lo llevaron a la presencia del rey mexicano, el cual el mismo le abrió el pecho y le sacó el corazón, en el barrio de Copolco, que está vecino de Tlatelulco, aunque cuando llegó a sus manos iba ya muerto del golpe grande que dió cuando cayó del templo. Entraron en esta sazón los pueblos de Xuchimilco, Cuitlahuac, Mizquic, Mexicatzinco y Huitzilopochtco a ver lo que pasaba; pero ya era muerto el rey y casi acabada la batalla y los Tlatelulcas puestos en huida; y así se volvieron a sus casas, sin ayudar a los unos, ni a los otros. Quedaron vencidos los Tlatelulcas y muertos en la batalla cuatrocientos y setenta, entre los cuales murieron muchos capitanes de valor y esfuerzo, y también de los mexicanos otros; aunque con haber alcanzado victoria, no sintieron la pérdida de su gente. Esta guerra pasó así y por las causas dichas y no porque se le habían rebelado los Tlatelulcas al mexicano, como dice Acosta; pues por lo dicho en esta larga Historia, dejamos probado tener rey los unos, como lo tenían los otros y ser repúblicas de por sí cada una; ni tampoco prendió al rey tlatelulcate el mexicano, sino que ya muerto le sacó el corazón, como ya dejamos dicho.

Aquí dicen algunos que los que se metieron en las aguas de la laguna, se pusieron en traje de unos pájaros, que

llaman Yacacim, y que después de rendida la gente, y apoderándose los mexicanos de los Tlatelulcas, los sacaron del agua -y por escarnecer y burlar de ellos- les hacían graznar como aquellos pájaros yacacimes, cuya figura ellos tomaron; y de aquí nació llamarles de presente yacacimes (de que se corren grandemente y aún dicen palabras muy pesadas en retorno, porque nace el nombre de un tan afrentoso caso.) Aquí feneció el reinado de Tlatelulco, y nunca más tuvo rey y fue después gobernado por gobernadores nombrados por los reyes mexicanos, aunque siempre eran de los del mismo pueblo.

Sosegada la gente y entregada por tributaria de Axayacatl, hicieron justicia pública en el mercado del dicho barrio de Tlatelulco de Ehacatzitzimitl y Poyahuitl, por haber sido sospechosos en la sedición y alboroto de esta guerra y fueron muertos con ellos otros muchos de muy grande valor y esfuerzo. A poco tiempo después, mataron a Xiloman, señor de Culhuacán, que se había aliado con el Tlatelulca y otros veinte de sus capitanes. También murieron los gobernadores de Cuitlahuac, Cihuanenemitl y Tlatlatl, y otro día adelante, mataron a Quahyacatl de Huitzilopochtco; y con estas muertes y guerra, quedó por entonces pacífica esta ciudad, y los Tlatelulcas reconocían por señor a Axayacatl, el cual vengó sus afrentas y las de su hermana, mujer que había sido de Moquihui, cuyo nombre entre los Tlatelulcas -hasta hoy día- es como el de Tarquino en Roma, que no le nombran, ni le cuentan entre sus reyes, y con razón, pues fue tan ruin y malo y que tanta afrenta les causó a estas gentes, que vivían contentos y honrados, con el gobierno del rey, como lo tenían los mexicanos.

Relato de la Conquista por un Autor Anónimo de Tlatelolco.
Redactado en 1528.

CONQUISTA

capítulo

Versión directa del náhuatl de Angel de Angulo.

RELATO DE LA CONQUISTA.

II

1. Año 13-Conejo. Fueron vistos los españoles en el agua.

2. Año 1-Caña. Salieron los españoles en el palacio de Tlayácac. Con esto ya viene el capitán.

3. Cuando hubo salido al palacio de Tlayácac luego le a dar la bienvenida al Cuexlaxteca. Por esto mandó a darles allá soles de metal fino, uno de amarillo y de blanco. Y un espejo de colgar atrás una gran de oro, un jarrón de oro, abanicos de plumas de de quetzal, escudos de concha nácar.

4. Delante del capitán se hacen sacos. Se miró por ello. Porque le deban al capitán sacos de cazoleta del Aguila." Por esto maltrató al que sacó un cazoleta con una espada. Con esto se mandaron los que fueron de bienvenida.

5. Después de esto se fue al capitán de Tenochtitlan por mandato de Motecuhzoma. Por esta razón fue a encontrar al capitán. Este fue el oficio que hizo de Cuetlaxtlan.

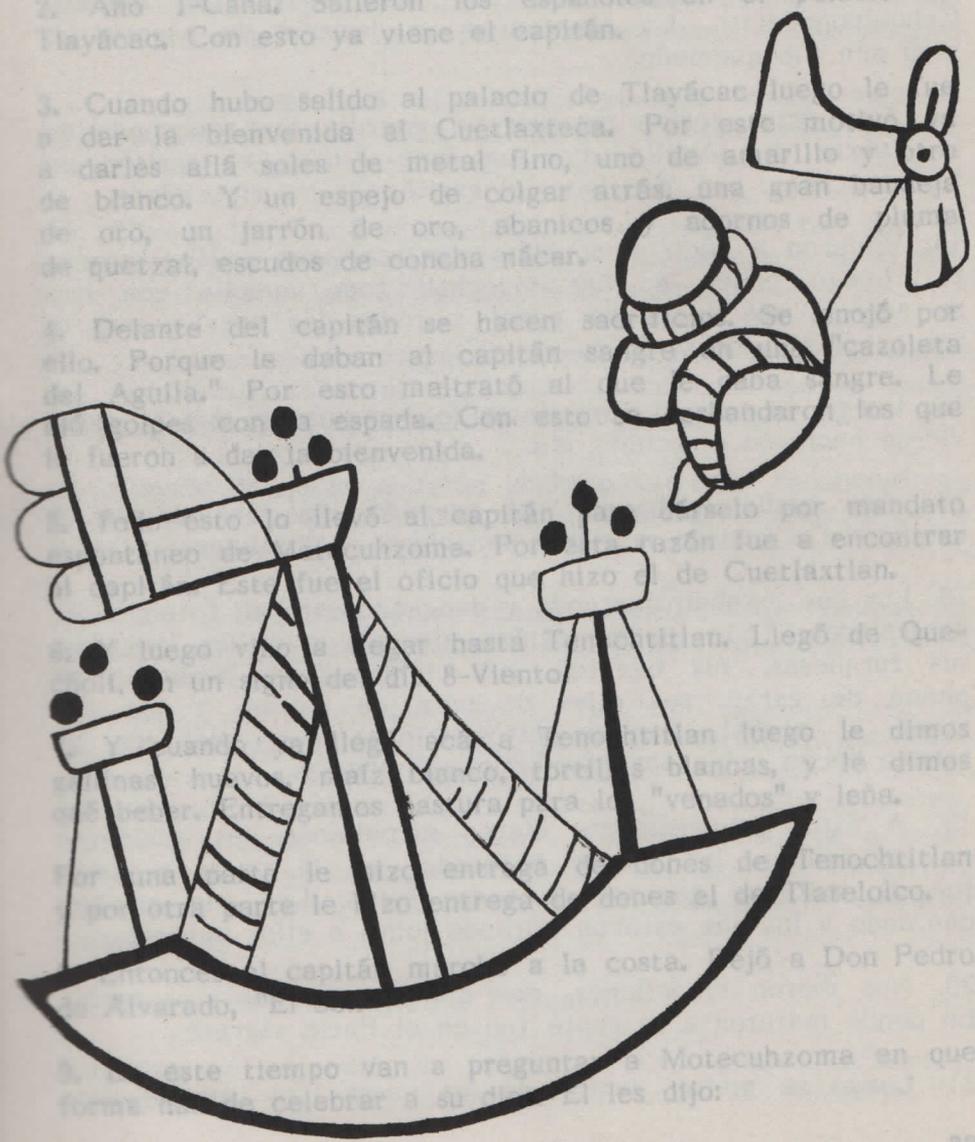
6. Luego vino a ver hasta Tenochtitlan. Llegó de Querétaro un viento de 8-Viento.

7. Y cuando los españoles a Tenochtitlan luego le dimos un regalo de mantas blancas, y le dimos un regalo de "vencidos" de leña.

8. Por una razón le hizo entrega de los regalos de Tenochtitlan por el oficio que le hizo entrega de los regalos el día de Tlatelolco.

9. Entonces el capitán miró a la costa. Dijo a Don Pedro Alvarado, "¿Qué ves?"

10. En este tiempo van a preguntar a Motecuhzoma en que forma se debe celebrar a su dios. El les dijo:



Relato de la Conquista por un Autor Anónimo de Tlatelolco.
Redactado en 1528.

Versión directa del náhuatl de Angel María Garibay K.

RELATO DE LA CONQUISTA.

1. Año 13-Conejo. Fueron vistos los españoles en el agua.
2. Año 1-Caña. Salieron los españoles en el palacio de Tlayácac. Con esto ya viene el capitán.
3. Cuando hubo salido al palacio de Tlayácac luego le fue a dar la bienvenida al Cuetlaxteca. Por este motivo va a darles allá soles de metal fino, uno de amarillo y otro de blanco. Y un espejo de colgar atrás, una gran bandeja de oro, un jarrón de oro, abanicos y adornos de pluma de quetzal, escudos de concha nâcar.
4. Delante del capitán se hacen sacrificios. Se enojó por ello. Porque le daban al capitán sangre en una "cazoleta del Aguila." Por esto maltrató al que le daba sangre. Le dió golpes con la espada. Con esto se desbandaron los que le fueron a dar la bienvenida.
5. Todo esto lo llevó al capitán para dárselo por mandato espontáneo de Motecuhzoma. Por esta razón fue a encontrar al capitán. Este fue el oficio que hizo el de Cuetlaxtlan.
6. Y luego vino a llegar hasta Tenochtitlan. Llegó de Quecholi, en un signo del día 8-Viento.
7. Y cuando ya llegó acá a Tenochtitlan luego le dimos gallinas, huevos, maíz blanco, tortillas blancas, y le dimos qué beber. Entregamos pastura para los "venados" y leña.
Por una parte le hizo entrega de dones de Tenochtitlan y por otra parte le hizo entrega de dones el de Tlatelolco.
8. Entonces el capitán marchó a la costa. Dejó a Don Pedro de Alvarado, "El Sol."
9. En este tiempo van a preguntar a Motecuhzoma en que forma han de celebrar a su dios. El les dijo:

10. Ponedle todo lo que es su atavío propio. Hacedlo.
11. En este tiempo fue cuando dio órdenes El Sol (Alvarado): ya está atado preso Motecuhzoma y el Tlacochealcatl de Tlatelolco, Itzcohuatzin.
12. Fue cuando ahorcaron a un principal de Acolhuacan, de nombre Nezahualquentzin junto de la albarrada.
13. En segundo lugar, murió el Rey de Nauhtla, llamado Cohualpopocatzin. Lo asaetearon, y después de asaetearlo, vivo aún fue quemado.
14. Con este motivo estaban en guardia los tenochcas de la Puerta del Aguila. Por un lado estaba el garitón de los tenochcas; por otro lado, el garitón de los tlatelolcas.
15. Vinieron a decir a aquéllos que ataviaron a Hitzilopochtli. Luego ponen a Huitzilopochtli todo aquello con que se adorna, sus ropas de papel y todos los atavíos que le son propios. Todo se lo pusieron.
16. Luego ya cantan sus cantos los mexicanos. Así lo estuvieron haciendo el primer día.
17. Aún pudieron hacerlo el segundo día: comenzaron a cantar y fue cuando murieron tenochcas y tlatelolcas.
18. Los que estaban cantando y danzando estaban totalmente desarmados. Todo lo que tenían era sus mantillos labrados, sus turquesas, sus bezotes, sus collares, sus penachos de pluma de garza, sus dijes de pata de ciervo. Y los que tañen el atabal, los viejecitos, tienen sus calabazos de tabaco hecho polvo para aspirarlo, sus sonajas.
19. A éstos primeramente dieron empellones, los golpearon en las manos, les dieron bofetadas en la cara, y luego fue la matanza general de todos éstos. Los que estaban cantando y los que estaban mirando junto a ellos murieron.
20. Nos dieron empellones, nos maltrataron por tres horas. En donde mataron a la gente fue en el Patio sagrado.
21. Luego se meten dentro de las casas (del templo) para

matar a todos; a los que acarreaban el agua, a los que traían la pastura de los caballos, a las que molían, a los que barrían, a los que estaban de vigilancia.

22. Pero el rey Motecuhzoma acompañado de Tlacochcalcatl de Tlatelolco, Itzcohuatzin, que daban de comer a los españoles, les dicen:

23. Señores nuestros...¡Basta! ¿qué es lo que estáis haciendo? ¡Pobres gentes del pueblo...! ¿Acaso tienen escudos? ¿Acaso tienen macanas? ¡No más andan enteramente desarmados...!

24. Cuando llegó acá el capitán ya nos habían matado. El Sol. Hacía veinte días de que el capitán había partido para la costa cuando nos mató a traición El Sol.

25. Cuando llegó acá el capitán no fue recibido con guerra; en paz y calma entró acá. Hasta el día siguiente lo atacamos con fuerza y así dió principio la guerra.

26. En consecuencia luego salieron de noche. En la fiesta de Tecuilhuítl salieron; fue cuando murieron en el canal de los Toltecas. Allí furiosamente los atacamos.

27. Cuando de noche salieron primero fueron a reconcentrarse en Mazatzintamalco. Allí fue la espera de unos a otros cuando salieron de noche.

28. Año 2-Pedernal. Fue cuando murió Motecuhzomatzin; también en el mismo tiempo murió el Tlacochcalcatl de Tlatelolco, Itzcuahtzin.

29. Cuando se fueron (los españoles) fueron a asentarse en Acueco. Los echaron de allí. Fueron a situarse en Teuhalhueyacan. Se fueron para Zoltepec. De allí partieron, fueron a situarse en Tepotzotlan. De allí se fueron a establecerse en Tenazcalapan. Allí los salieron a encontrar; les dieron gallinas, huevos, maíz en granos. Allí tomaron resuello.

30. Ya se fueron a meter a Tlaxcala.

Entonces se difundió la epidemia: tos, granos ardientes, que queman. Cuando ha pasado un poco la epidemia, ya

se ponen en marcha. Van a salir a Tepeyácac, fue el primer lugar que conquistan.

31. Se van de allí: cuando es la fiesta de Tomar Licor (Tlahuano), van a salir a Tlapechhuan. Es Izcalli.

32. A los doscientos días vinieron a resultar; se vinieron a situar en Tetzoco. Estuvieron allí cuarenta días.

33. Luego ya vienen, de nuevo vienen en seguimiento de Citlaltepec. A Tlacopan. Allí se establecen en el palacio.

34. Y también se metieron acá los de Chiconauhtla, Xaltocan, Cuauhtitlan, Tenayucan, Azcapotzalco, Tlacopan, Coyoacan.

Por siete días nos están combatiendo.

35. Estaban solamente en Tlacopan. Pero luego de nuevo retroceden. No más se van todos juntos y por allá van a salir, para establecerse en Tetzoco.

36. Ochenta días y otra vez van a salir a Huaxtepec, Cuauhahuac. De allá bajaron a Xochimilco. Allí murió gente de Tlatelolco. Otra vez salió (el español) de allí; vino a Tetzoco, allí también fue a situarse. También en Tlaliztaca-
pa murieron gentes de Tlatelolco.

37. Cuando él se fue a situar a Tetzoco fue cuando comenzaron a matarse unos contra otros los de Tenochtitlan.

38. En el año 3-Casa a sus príncipes el Cihuacóatl Tzihuacpopocatzin y a Cicpatzin Tecuecuenotzin. Mataron también a los hijos de Motecuhzoma Axayaca y Xoxopehuacloc.

39. Esto más: cuando fueron vencidos los tenochcas se pusieron a pleitear unos con otros y se mataron unos a otros. Esta es la razón porque fueron matados estos principales: conmovían, trataban de vencer al pueblo para que se juntaran maíz blanco, gallinas, huevos, para que dieran tributo a aquéllos (los españoles.)

40. Fueron sacerdotes, capitanes, hermanos mayores los que hicieron estas muertes. Pero los principales jefes se enojaron porque habían sido muertos aquellos principales.

41. Dijeron los asesinos:

-¿Es que nosotros hemos venido para hacer matanzas? Ultimamente, hace sesenta días que hubo muertos a nuestro lado...¡Con nosotros se puso en obra la fiesta del Toxcatl...!

42. Ya se ponen en pie de guerra, ya van a darnos la batalla (los españoles.) Por espacio de diez días nos combaten y es cuando vienen a (a)parecer sus naves por Nonoalco, en el punto llamado Mazatzintamalco.

43. Cuando las naves llegaron acá, llegaron por el rumbo de Iztacalco. Entonces se sometió a ellos el habitante de Iztacalco. También de allá se dirigieron acá. Luego se fueron a situar las naves en Acachinanco.

44. También desde luego hicieron sus casas de estancamiento los de Huexotzinco y Tlaxcala a un lado y a otro del camino. También dispersan sus barcas los de Tlatelolco. Estos están en sus barcas en el camino de Nonoalco, en Mazatzintamalco están sus barcas.

45. Pero en Xohuiltitlan y en Tepeyácac nadie tiene barcas. Los únicos que estamos en vigilancia del camino somos los de Tlatelolco cuando aquéllos llegaron con sus barcas. Al día siguiente las fueron a dejar en Xoloco.

46. Por dos días hay combate en Huitzilan. Fue cuando se mataron unos a otros los de Tenochtitlan. Se dijeron:

- ¿Dónde están nuestros jefes? ¿Tal vez una sola vez han venido a disparar? ¿Tal vez han hecho acciones de varones?

47. Apresuradamente vinieron a coger a cuatro; por delante iban los que los mataron. Mataron a Cuauhnochtli, capitán de Tlacatecco, a Cuapan, capitán de Huitzinahuac, (los dos) sacerdotes; al sacerdote de Amantlan, y al sacerdote de Tlalocan. De modo tal, por segunda vez, se hicieron daño a sí mismos los de Tenochtitlan al matarse unos a otros.

48. (Los españoles) vinieron a colocar dos cañones en medio del camino a Tecaman mirando hacía acá. Cuando dispararon los cañones la bala fue a caer en la Puerta del Aguila.

49. Entonces se pusieron en movimiento juntos los de Tenochtitlan. Tomaron en brazos a Huitzilopochtli, lo vinieron a meter a Tlatelolco, lo vinieron a depositar en la Casa de los Muchachos que está en Amáxac. Y su rey vino a establecerse a Acacolco. Era Cuauhtemotzin.

50. Y eso bastó: los del pueblo bajo en esta ocasión dejaron su ciudad de Tenochtitlan para venir a meterse a Tlatelolco. Vinieron a refugiarse en nuestras casas. Inmediatamente se instalaron por todas partes en nuestras casas, en nuestras azoteas.

51. Gritan sus jefes, sus principales y dice:
- Señores nuestros, mexicanos, tlatelolcas...

Un poco nos queda... No hacemos más que guardar nuestras casas.

No se han de adueñar de los almacenes del producto de nuestra tierra. Aquí está vuestro sustento, el sostén de la vida, el maíz.

Lo que para vosotros guardaba vuestro rey: escudos, insignias de guerra, rodela ligera, colgajos de pluma, orejeras de oro, piedras finas. Puesto todo es vuestro, propiedad vuestra.

No os desanimeis, no perdais el espíritu. ¿A dónde hemos de ir?

¡Mexicanos somos, tlatelolcas somos!

Inmediatamente tomaron de prisa todas las cosas los que mandan acá, cuando ellos vinieron a entregar las insignias, sus objetos de oro, sus objetos de pluma de quetzal.

52. Y éstos son los que andan gritando por los caminos y entre las casas y en el mercado:

Xipanoc, Teltlyaco, el vice Cihuacóatl Motelchiuh, cuando era de Huitzinahuac, Xochitl, el de Acolnahuac, el de Anahuac, el Tlacochealcatl, Itzpótonqui, Ezhuahuacatl, Coaihuatl, que se dió a conocer como jefe de Tezcacoaco, Huanitl, que era de Mixoatlaliltac, el intendente de los templos, Tentil. Estos eran los que anduvieron gritando, como se dijo, cuando se vinieron a meter a Tlatelolco.

53. Y aquí están los que los oyeron:

Los de Coyoacan, de Cuauhtitlan, de Tultitlan, de Chiconauhtla, Coanacotzin, el de Tetzaco, Cuitlahuac, el de Tepechpan, Itzyoca. Todos los señores de estos rumbos oyeron el discurso dicho por los de Tenochtitlan.

54. Y todo el tiempo en que estuvimos combatiendo, en ninguna parte se dejó ver el tenochca; en todos los caminos de aquí; Yacocolco, Atezcapan, Coatlan, Nonohualco, Xoxohuitlan, Tepeyácac, en todas estas partes, fue obra exclusiva nuestra, se hizo por los tlatelolcas. De igual modo, los canales, también fue obra nuestra exclusiva.

55. Ahora bien, los capitanes tenochcas allí (en su refugio de Tlatelolco), se cortaron el cabello, y los de menor grado, también allí se lo cortaron, y los cuachiques, y los otomíes, de grado militar, que suelen traer puesto su casco de plumas, ya no se vieron en esta forma, durante todo el tiempo que estuvimos combatiendo.

56. Por su parte, los de Tlatelolco rodearon a los principales de aquéllos y sus mujeres todas las llenaron de oprobio y los apenaron diciéndoles:

- ¿No más estáis allí parados...? ¿No os da vergüenza? ¡No habrá mujer que en tiempo alguno se pinte la cara para vosotros...! Y las mujeres de ellos andaban llorando y pidiendo favor en Tlatelolco.

57. Y cuando ven todo esto los de esta ciudad alzan la voz, pero ya no se ven por ninguna parte los tenochcas. De parte de los tlatelolcas, pereció lo mismo el cuauchic que el otomí y el capitán. Murieron a obra del cañón, o del arcabuz.

58. En este tiempo viene una embajada del rey de Acolhuacan, Tecocolitzin. Con los que vienen a conferenciar en Tlateloco son: Tecucyuhuacatl, Tepantemoctzin, Tezcacohuatl Quiyotecatzin, el Tlacateccatl Temilotzin, el Tlacochealcatl Coyohuehuetzin y el Tziuhtecpanecatl Matlalacatzin.

59. Dicen los enviados del rey de Acolhuacan Tecocolitzin:

- Nos envía acá el Señor de Colhuacan Tecocolitzin. Dice esto:

" Oigan por favor los mexicanos tlatelolcas:

Arde, se calcina su corazón y su cuerpo está doliente.

De igual modo a mí me arde y se calcina mi corazón.

¿Qué es lo poquito que yo tengo? De mi fardo, del hueco de mi manto, por dondequiera cogen: me lo van quitando. Se hizo, se acabó el habitante de este pueblo."

60. Pues digo:

" Que por su sola voluntad lo disponga el tenochca: que por su propio gusto perezca: nada ya haré en su favor, ya no esperaré en su palabra.

¿Qué dirá? ¿Cómo dispondréis los poquitos días? Es todo: que oigan mis palabras."

61. Ya le retornan el discurso los señores de Tlatelolco, le dicen:

- Nos haces honor, oh tu capitán hermano mío:

¿Pues qué, es acaso nuestra madre y nuestro padre el chichimeca habitante de Acolhuacan?

62. Pues aquí está: lo oyen: Sesenta días van de que tiene intención de que se haga como él lo ha dicho. Y ahora no más lo he visto: totalmente se destruyen, no más dan gritos: pues unos se conservan como gente de Cuauhtitlán,

otros como de Tenayucan, de Azcapotzalco, o de Coyoacan se hacen pasar.

63. No más esto veo: y es que ellos gritan que son tlatelolcas. ¿Cómo lo hare?

¡Se ha satisfecho su corazón, ha tenido el gusto de hacerlo, le ha salido bien, le vino como deslizado...! ¡Ah, ya estamos haciendo el mandato y la disposición de nuestro señor! ¡Hace sesenta días que estamos combatiendo...!

64. Vino a amedrentarlos de los españoles, a dar gritos el llamado Castañeda, en donde se nombra Yauhtenco vino a dar gritos. Lo acompañaban tlaxcaltecas, ya dan gritos a los que están en atalaya de guerra junto al muro en el agua azul, son el llamado Itzpalanqui, capitán de Chapultepec, dos de Tlapala, y Cuexacaltzin.

65. Viene a decirles:

- ¡Vengan acá algunos!

Y ellos se dicen:

- ¿Y qué querrá decir? Vayamos a oirlo.

Luego se colocan en una barca y desde lejos dispuestos le dicen a aquél:

- ¿Qué es lo que queréis decir?

66. Ya dicen los tlaxcaltecas:

- ¿Dónde es vuestra casa? (laguna en el texto...)

Dicen:

- Está bien: soís los que son buscados. Venid acá, os llama el "dios" capitán.

67. Entonces salieron, van con él a Nonohualco, a la Casa de la Niebla en donde están el capitán Malintzin y El Sol y Sandoval. Allí están reunidos los señores del pueblo, hay parlamento, dicen al capitán:

-Vinieron los tlatelolcas, los hemos ido a traer.

Dijo Malintzin a ellos:

68. Venid acá: dice el capitán:

¿Qué piensan los mexicanos? ¿Es un chiquillo Cuauhtémoc?

¿Qué no tiene compasión de los ninitos, de las mujeres?

¿Es así como han de perecer los viejos?

Pues están aquí conmigo los reyes de Tlaxcala, Huexotzincó, Cholula, Chalco, Acolhuacan, Cuauhnahuac, Xochimilco, Mizquic, Cuitlahuac, Culhuacan.

69. Ellos dijeron:

¿Acaso de las gentes se está burlando el tenochca? También su corazón sufre por el pueblo en que nació. Que dejen solo al tenochca; que sólo y por sí mismo...(laguna del texto) vaya pereciendo... ¿Se va a angustiar acaso el corazón del tlatelolca, porque de esta manera han perecido los mexicanos, de quienes él se burlaba?

70. Entonces dice a los señores:

- ¿No es acaso de este modo como lo decís, señores?

- Dicen ellos:

- Sí. Así lo oiga nuestro amo el "dios": déjad sólo al tenochca, que por sí solo perezca...¡Allí está la palabra que vosotros teneís de nuestros jefes!

71. Dijo el "dios":

- Id a decir a Cuauhtémoc: Que tomen acuerdo, que dejen solo al tenochca. Yo me iré para Teucalhueyacan: como ellos hayan concertado allá me irán a decir sus palabras. Y en cuanto a las navés, las mudaré para Coyoacan.

72. Cuando lo percibieron, luego le dijeron:
- ¿Dónde hemos de coger a aquéllos que andan buscando?
¡Ya estamos al último respiro, que de una vez tomemos algún aliento...!
73. Y de esta manera se fue a decir delante de los tenochcas. Allá con ellos se hizo junta. Desde las barcas no más se gritó. No era posible dejar solo al tenochca.
74. Así las cosas, finalmente, contra nosotros se disponen a atacar. Es la batalla. Luego llegaron a colocarse en Cuicuilco y en Cazcacuahuac. Se ponen en actividad con sus dardos de metal. Es la batalla de Coyohuehuetzin y cuatro más.
75. Por lo que hace a las naves de ellos, vienen a ponerse en Texcopan. Tres días es la batalla allí. Vienen a echarnos de allí. Luego llegan al patio sagrado: cuatro días es la batalla allí.
76. Luego llegan hasta Yacocolco: es cuando llegaron acá los españoles, por el camino de Tlilhuacan.
77. Y esto fue todo. Habitantes de la ciudad murieron dos mil hombres exclusivamente de Tlatelolco. Fue cuando hicimos los de Tlatelolco armazones de hileras de cráneos (tzompantli). En tres sitios estaban colocados estos armazones. En el que está en el Patio Sagrado de Tlilan (Calco: "casa negra"), es donde están ensartados los cráneos de nuestros amos (españoles.)
78. En el segundo lugar, que es Acacolco también están ensartados cráneos de nuestros amos y dos cráneos de caballo.
- En el tercer lugar que es Zacatla, frente al templo de la Mujer (Cihuacóatl), hay exclusivamente cráneos de tlatelolcas.
79. Y así las cosas, vinieron a hacernos evacuar. Vinieron a estacionarse en el mercado.

Fue cuando quedó vencido el tlatelolca, el gran tigre, el gran águila, el gran guerrero. Con esto dió su final conclusión la batalla.

80. Fue cuando también lucharon y batallaron las mujeres de Tlatelolco lanzando sus dardos. Dieron golpes a los invasores; llevaban puestas insignias de guerra; las tenían puestas. Sus faldellines llevaban arremangados, los alzaron para arriba de sus piernas para poder perseguir a los enemigos.

81. Fue también cuando le hicieron un doselete con mantas al capitán allí en el mercado, sobre un templete. En el mercado la batalla fue por cinco días.

82. Y todo esto pasó con nosotros. Nosotros lo vimos, nosotros lo admiramos: con esta lamentosa y triste suerte nos vimos angustiados.

(El texto del Manuscrito A está muy viciado; tomamos del Manuscrito B la parte que sigue, reconstruída en algunas frases.)

83. "En los caminos yacen dardos rotos,
los cabellos están esparcidos.
Destechadas están las casas,
enrojecidos tienen sus muros.
Gusanos pululan por calles y plazas,
y en las paredes están salpicados los sesos.
Rojas están las aguas, están como teñidas,
y cuando las bebimos, es como si bebiéramos agua"
(de salitre.)

84. Golpeábamos, en tanto, los muros de adobe,
y era nuestra herencia una red de agujeros.
Con los escudos fué su resguardo,
pero ni con escudos puede ser sostenida su soledad.
Hemos comido palos de colorín (eritrina),
hemos masticado grama salitrosa,
piedras de adobe, lagartijas, ratones, tierra en polvo,
(gusanos..."

85. Comimos la carne apenas, sobre el fuego estaba puesta. Cuando estaba cocida la carne de allí la arrebataban, en el fuego mismo, la comían.

86. Se nos puso precio. Precio del joven, del sacerdote, del niño y de la doncella. Basta: de un pobre era el precio sólo dos puñados de maíz, sólo diez tortas de mosco; sólo era nuestro precio veinte tortas de grama salitrosa.

Oro, jades, mantas ricas, plumajes de quetzal, todo eso que es precioso, en nada fue estimado.

87. Solamente se echó fuera del mercado a la gente cuando allí se colocó la catapulta.

88. Ahora bien, a Cuauhtémoc le llevaban los cautivos. No dejan así. Los que llevan a los cautivos son los capitanes de Tlacatecco. De un lado y de otro les abría el vientre Cuauhtemotzin en persona y por sí mismo.

89. Fue en este tiempo cuando vinieron a dejar al Acolnahuaca Xóchitl, que tenía su casa en Tenochtitlan. Murió en la guerra. Por veinte días lo habían venido trayendo con ellos. Vinieron a dejarlo al mercado de Tlatelolco. Flechas lo cazaron. Ya no se dicen tenochcas. Cuando lo vinieron a dejar fue así: lo venían trayendo de ambos lados cogido, y traen una ballesta, un cañón cuando vienen a pararlo en el lugar donde se vende el incienso. Luego gritan: ¡Vendrá arena...!

90. Luego van los de Tlatelolco, van a recogerlo. Va guiando a la gente el capitán de Huitznahuac, un huasteco.

Cuando hubieron recogido a Xóchitl viene a dar cuenta (a Cuauhtémoc) el capitán de Huitznahuac, viene a decirle:

- Viene a traer un recado Xóchitl.

91. Y Cuauhtémoc conferenció con Topantemoc:

- Tu irás a parlamentar con el capitán.

Durante el tiempo en que fueron a dejar a Xóchitl estuvo en paz el escudo, ya no hubo combates, ya no se cogía prisionero a nadie. Luego lo llevan, lo vienen a poner en el templo de la mujer (Cihuacōatl) en Axocatzinco.

92. Cuando lo han colocado allí, luego van a decir al rey de los tenochcas Tepantemoctzin, Coyohuehuetzin y Temilotzin. Le dicen:

- Príncipe mío: han venido a dejar a uno de vuestros magistrados. Xóchitl, el de Acolnahuac. Diz que te ha de dar su recado.

Respondió luego y dijo:

- ¿Y vosotros que decís?

Inmediatamente todos alzaron el grito y dijeron:

- Que no lo traigan acá...ha venido a ser como nuestra paga. Ya hicimos agujeros con papel, ya hicimos agujeros con incienso. Que oiga solamente su mensaje el que lo ha ido a recoger.

93. Por tanto, inmediatamente va el capitán de Huitzinac, el huasteco a ver cómo es el mensaje que viene a dejar.

El Acolnahuac Xóchitl dijo: Os manda decir el "dios" capitán y Malintzin:

Oigan, por favor, Cuauhtémoc, Coyohuehuetzin, Topantemoc:

¿No tienen compasión de los pobres, de los niñitos, de los viejitos, de las viejitas? ¡Ya todo acabó aquí! ¿Acaso todavía pueden las vanas palabras? ¡Todo está ya!

Vengan mujeres blancas, maíz blanco, gallinas, huevos, tortillas blancas. Aún se le permite: ¿Qué dice? ¡Que por su propia voluntad se someta el tenochca, o que por su propia voluntad perezca...!

94. Cuando hubo recibido el mensaje el capitán de Huitnahuac, el huasteco, luego va a dar la palabra a los señores de Tlatelolco y allí al rey de los tenochcas, Cuauhtémoc.

Y cuando oyeron el mensaje que les vino a comunicar el Acolnahuac Xōchitl luego se ponen en deliberación los señores de Tlatelolco. Dicen:

- ¿Qué es lo que decís vosotros? ¿Qué determinación tomaís?

95. Dijo a esto el Tlacoachcalcatl Coyohuehuetzin:

- Habladle al huasteco...(laguna).

Y dice (a los agoreros):

- Venid, por favor: ¿Qué miraís, que veís en vuestros libros?

Le dice el sacerdote, el sabedor de papeles, el que corta papeles:

96. Príncipe mío: Oíd lo que de verdad diremos:

Solamente cuatro días y habremos cumplido ochenta. Y acaso es disposición de Huitzilopochtli de que ya nada suceda.

¿Acaso a excusas de él teneís que ver por vosotros? Dejemos que pasen estos cuatro días para que se cumplan ochenta.

97. Y hecho esto, no se hizo caso. Y también nueva cuenta empezó la batalla. De modo que solamente fue a presentarla, a darle comienzo a la guerra el capitán de Huitznahuac el huasteco.

98. Por fin de cuentas todos nos pusimos en movimiento hacia Amāxac. Hasta allá llegó la batalla. Luego fue la dispersión, no más por las cuestas están colocadas las gentes. El agua está llena de personas; los comienzos de los caminos están llenos de gentes.

99. Este fue el modo como feneciō el Mexicano, el Tlatelolca. Dejó abandonada su ciudad. Allí en Amāxac fue donde estuvimos todos. Y ya no teníamos escudos, ya no teníamos macanas, y nada teníamos que comer, ya nada caminos. Y toda la noche lloviō sobre nosotros.

100. Ahora bien, cuando salieron del agua ya van Coyohuehuetzin, Tepantemoctzin, Temilotzin y Cuauhtemoctzin. Llevaron a Cuauhtemoctzin a donde estaba el capitán, y don Pedro de Alvarado y Malintzin.

101. Y cuando aquellos fueron hechos prisioneros fue cuando comenzó a salir la gente del pueblo a ver dónde iba a establecerse. Y al salir iba con andrajos, y las mujercitas llevaban las carnes de la cadera casi desnudas. Y por todos lados hacen rebusca los cristianos. Les abren las faldas, por todos lados les pasan la mano, por sus orejas, por sus senos, por sus cabellos.

102. Y esta fue la manera como salió el pueblo; por todos los rumbos se esparció; por los pueblos vecinos, se fue a meter a los rincones, a las orillas de las casas de los extraños.

103. En un año 3-Casa fue conquistada la ciudad. En la fecha en que nos esparcimos fue en Tlaxochimaco, un día 1-Serpiente.

104. Cuando nos hubimos dispersado, los señores de Tlatelolco fueron a establecerse a Cuauhtitlan: son Tepantemoctzin, el Tlacochtecatl Coyohuehuetzin y Temilotzin.

105. El que era gran capitán, el que era gran varón solamente por allá va saliendo y no lleva sino andrajos. De modo igual, las mujeres, solamente llevaban en sus cabezas, trapos viejos, y con piezas de varios colores habían hecho sus camisas.

106. Por esta causa están atligidos los principales y de eso hablan unos con otros: ¡hemos perecido por segunda vez!

107. Un pobre hombre del pueblo que iba para arriba fue matado en Otontlan de Acolhuacan traicioneramente. Por tanto se ponen a deliberar unos con otros los del pueblo que tienen compasión de aquel pobre. Dicen:

- Vamos, vamos a rogar al capitán nuestro amo.

108. En este tiempo se hace requisa de oro, se investiga a las personas, se les pregunta si acaso un poco de oro tienen, si lo rescataron en su escudo, o en sus insignias de guerra, si allí lo tuvieron guardado, o si acaso su bezote, su colgajo del labio, o su luneta de la nariz, o tal vez su dije pendiente, todo cuanto sea, luego ha de juntarse.

109. Y hecho así, se rejunto todo cuanto su pudo descubrir. Luego lo viene a presentar uno de sus jefes, el Cuezalcaltzin de Tlapala, Huitzilitzin, de Tepenecapan, el capitán de Huitzinahuac, el huasteco, y Potzontzin de Cuitlachcohuacan.

110. Estos van a entregar el oro a Coyoacan. Cuando han llegado allá, dicen:

- Capitán, señor nuestro, amo nuestro: Te mandan suplicar los señores tus vasallos los grandes de Tlatelolco. Dicen:

111. Oiga por favor el señor nuestro amo:

Están afligidos sus vasallos, pues los afligen los habitantes de los pueblos en donde están refugiados por rincones y esquinas.

Se burlan de ellos el habitante de Acolhuacan y el Otomí, los matan a traición.

Y esto más: Aquí está esto con que vienen a implorarte: esto es lo que estaba en las orejeras y en los escudos de los dioses de tus vasallos.

112. En su presencia colocan aquéllo, lo ponen en cestones para que los vea. Y cuando el capitán y Malintzin lo vieron, se enojaron y dijeron:

- ¿Es acaso eso lo que se anda buscando? Lo que se busca es lo que dejaron caer en el Canal de los Toltecas. ¿Dónde está? ¡Se necesita!

113. Al momento le responden los que vienen en comisión:

- Lo dió Cuauhtemoctzin al Cihuacóatl y a Huiznahuacatl. Ellos saben donde está que les pregunten.

114. Cuando lo oyó finalmente mandó que les pusieran grillos, que los encadenaran. Vino a decirles Malintzin:

- Dice el capitán que se vayan, que se vayan a llamar a sus principales. Les quedó agradecido. Puede ser que de veras estén padeciendo los del pueblo, pues de él se están mofando.

115. Que se vengan, que se vengan a habitar sus casas de Tlatelolco; que en todas sus tierras vengan a establecerse los tlatelolcas. Y decid a los señores principales de Tlatelolco: Ya en Tenochtitlan nadie ha de establecerse, pues es la conquista de los "dioses", en su casa. Marchaos.

116. Hecho así, cuando se hubieron ido los embajadores de los señores de Tlatelolco, luego se presentaron ante (los españoles) los principales de Tenochtitlan. Lo hacen hablar.

117. Fue cuando le quemaron los pies a Cuauhtemotzin. Cuando apenas va a amanecer lo fueron a traer, lo ataron a un palo en casa de Ahuizotzin en Acatliyacapan.

Allí salió la espada, el cañón, propiedad de nuestros amos.
(Laguna en el texto.)

118. Y el oro lo sacaron de Cuitlahuactonco, en casa de Itzpotonqui. Y cuando lo han sacado, de nuevo llevan atados a nuestros príncipes hacia Coyoacan.

119. Fue en esta ocasión cuando murió el sacerdote que guardaba a Huitzilopochtli. Le habían hecho investigación sobre dónde estaban los atavíos del dios y los de el Sumo Sacerdote de Nuestro Señor y los del Incensador (máximo.)

Entonces fueron hechos sabedores de que estaban en Cuauhchichilco en Xaltocan; que los tenían guardados unos jefes.

Los fueron a sacar de allá. Cuando ya aparecieron los atavíos, a dos ahorcaron en medio del camino a Mazatlan.

120. Fue en este tiempo cuando comenzó a regresar acá el pueblo bajo, se vino a establecer en Tlatelolco. Fue el año 4-Conejo.

Luego viene Temilotzin, viene a establecerse en Capultitlan. Y don Juan Huehuetzin se vino a establecer en Aticpac.

Pero Coyohuehuetzin y Tepantemoctzin murieron en Cuauhtitlan.

121. Cuando vinimos a establecernos en Tlatelolco aquí solamente nosotros vivimos. Aun no se venían a instalar nuestros amos los cristianos. Aun nos dejaron en paz, todos se quedaron en Coyoacan.

122. Allá ahorcaron a Macuilxochitl, rey de Huitzilopochco, y luego al rey de Culhuacan, Pizotzin. A los dos allá los ahorcaron.

Y al Tlacatecatl de Cuitlahuac y al Mayordomo de la Casa Negra los hicieron comer por los perros.

También a unos de Xochimilco los comieron los perros.

123. Y a tres magos de Ecahatl de origen tetzcocano los comieron los perros. No más ellos vinieron a entregarse. Nadie los trajo. No más venían trayendo sus papeles con pinturas (códices.) Eran cuatro, uno huyó: sólo tres fueron alcanzados, eran de Coyoacan.

124. En cuanto a los españoles, cuando han llegado a Coyoacan, de allí se repartieron por los diversos pueblos, por dondequiera.

125. Luego se les dieron indios vasallos en todos estos pueblos. Fue entonces cuando se dieron personas en don, fue cuando se dieron como esclavos.

126. En este tiempo también dieron por libres a los señores de Tenochtitlan. Y los libertados fueron a Azcapotzalco.

127. Allí (en Coyoacan) se pusieron de acuerdo (los españoles) de cómo llevarían la guerra a Metzititlan. De allá se volvieron a Tula.

128. Luego ya toma la guerra contra Uaxacac el capitán. Ellos van a Acolhuacan, luego de Metzititlan, a Michoacan... (acaba el Ms. A y sólo se halla en el Ms. B lo que sigue):

129. No más aquí acaba. Ya se refirió como fue hecho este papel.

La referencia del final del Ms. B alude a esta inscripción del Ms. que nos da razón de su origen. Debe conocerse para darle el valor que tiene. Es de este tenor:

Este papel fue escrito así; ya hace mucho tiempo que se hizo aquí en Tlatelolco, en el año de 1528.

Hasta que vinieron los castellanos muy bien se enlaza todo aquí y en que forma salieron de Teoculhuacan Aztlan. Pues todo se verá aquí.

En esta versión se da únicamente lo que se refiere a la Conquista y que se halla de la p. 27 a la p. 38, con el que concluye el Ms. A.

COLONIA

capítulo

III

...De improviso se escuchó la voz del jefe de los hombres. El señor rompió, con palabras patéticas, su sombría mudez, para cantar un himno a su stirpe y a su propia gran historia pasada.

En 1525, con motivo de las exigencias de los texcocanos relativas a la jurisdicción de las aguas del lago, Cuahtémoc expidió un decreto con el solo pretexto de aclarar los límites antiguos con los tlacatecuhtlis, recuerda a los teules que él es grande por su estiglo, justa su defensa.

Esta cédula atestigua la autoridad que el tlacatecuhtli conservaba todavía entre los caudillos y por encima de los pueblos que habían conquistado y vencieron. Comienza con una añoranza por los primitivos pobladores aztecas. Ellos llegan a la laguna y encuentran el lago coronado de "olas como platos brillantes como el oro, fragantes, donde fundamos nuestra ciudad Tlatelolco..., que nos ha costado mucho trabajo." Y una vez fundado el pueblo, la gente en multitud y los viejos de la tribu recordaron "en sí lo que se corazonaba por los trabajos y desdichas que habían padecido y cantaron con gran tristeza y ternura un sonoro canto; los viejos tocaron su instrumento: el engarzado en latón y esmaltado en ricas piedras, el que llamamos... en este tiempo pudieron elegir al que hubo de ser señor de ellos, el que los había de gobernar... con entereza, poseyó sus corazones."

Cuahtémoc renueva la historia gloriosa, explica cómo de la miseria y de la nada los tlatelolcates salieron con su esplendor: "estando en la laguna entre los carrizos



Héctor Pérez Martínez.

Cuahtémoc. Vida y muerte de una cultura.

Capítulo XIV.

"Años de cautiverio."

(Fragmento)

...De improviso se dejó escuchar la voz del jefe de los hombres. El señor rompió, con palabras patéticas, su sombría mudez, para recordar en un himno a su estirpe y a su propia grandeza, el roto pasado.

En 1525, con motivo de algunas exigencias de los texcocos relativas a la jurisdicción de las aguas del lago, Cuahtémoc expidió una cédula en la que, so pretexto de aclarar los límites antiguamente convenidos, recuerda a los teules que él es grande, fuerte su prestigio, justa su defensa.

Esta cédula atestigua la autoridad que el tlacatecuhtli conservaba todavía sobre sus caudillos y por encima de los pueblos que le combatieron y vencieron. Comienza con una añoranza de los primitivos pobladores aztecas. Ellos llegan al Anáhuac y encuentran el lago coronado de "olas como plata, brillantes como el oro, fragantes, donde fundamos nuestro pueblo Tlatelolco..., que nos ha costado muchísimo trabajo." Y una vez fundado el pueblo, la gente en quietud y paz, los viejos de la tribu recordaron "en sí lo que su corazón sentía por los trabajos y desdichas que habían padecido, y cantaron con gran tristeza y ternura un sonoro canto; los viejos tocaron su instrumento: el engarzado en plata y esmaltado en ricas piedras, el que llaman teponaxtle. Y en este tiempo pusieron o eligieron al que hubo de ser señor de ellos, el que los había de gobernar, y entonces, sólo entonces, sosegaron sus corazones."

Cuahtémoc renueva la historia gloriosa, explica cómo de la miseria y de la nada los tlatelolcas hicieron su esplendor: "estando en la laguna entre tulares y carrizos

y acordándose de los trabajos y calamidades que pasaron cuando vinieron, y que fallecieron muchos en el año (en que reinaba el signo o planeta conejo...)", y también hacían memoria de las guerras que hicieron..., porque "en Culhuacán tuvimos -dice- una gran batalla y vencieron a los de Culhuacán y vinieron caminando los mexicanos por la laguna, se cobijaron con la lama del agua, viviendo entre carrizos y tulares y trayendo cargadas sus armas, y no dejando sus rodelas de preciosas y ricas plumas."

Los tlatelolcas buscan por entre la laguna hasta hallar "un montoncito y la valerosa águila parada encima de él, la que llaman Xaltelolco." Entre los carrizos la gente se puso a llorar. Sobre el montón de tierra fundaron el gran pueblo y fueron dueños de la laguna y de los montes "y nadie ha de decir que es suyo, sino que son dueños los hijos nuestros, para que lo gocen."

Aquí Cuauhtémoc lanza un reproche a los españoles. Esta tierra sobre la que hoy los teules posan la planta, es de los mexicanos: ellos la encontraron, la engrandecieron, la hicieron rica y poderosa, y sólo ellos han de gozarla. Pero arrasada Tenochtitlán, destruido Tlatelolco, caídos los templos y palacios, no les queda a los indios sino esa tierra desnuda, que tampoco es de ellos sino de los españoles. Los caudillos levantarán sus viviendas para servir a los teules.

Cuauhtémoc quiere ignorarlo todo. Sigue recordando el pasado. La laguna les fue disputada por Netzahualcōyotl, señor de Texcoco, quién mandó depositar una macana chichimeca en terrenos del pueblo, en señal de guerra. Las armas aztecas vencieron al señor acolhua, y el jefe de Tlatelolco compartió entonces el lago con el señor de Tenochtitlán. En medio de las aguas se encontraron los dos jefes, detuvieron sus canoas, sosegaron los remos y amistosamente, en paz y buena conformidad, se consultaron.

Cuauhtémoc, el vencido, recrea su poder: "...yo, el gran señor Cuauhtemotz'in -afirma- dejó esto a los hijos para que sepan cómo alcanzaron esta tierra los antiguos, nues-

tros antepasados y abuelos nuestros, que fue en el año en que reinaban las cuatro cañas, que los antiguos tenían por su calendario, que viene a ser el mil cuatrocientos treinta y un años."

De ellos, pues, de los indios, es el Anáhuac. Es la afirmación de su poder y su calidad revive la protesta.

Luego la cédula hace una alusión enternecida a su destino y su esfuerzo, justifica su guerra, se levanta más airada aún, para desconocer los poderes que le arrebataron imperio y vasallos: "Yo, el gran señor Cuauhtemotzin, nunca dejé de cuidar las aguas o la laguna, todo aquello que nos pertenece, que siempre lo defendí yo con mis valerosos capitanes en grandes guerras, mirando lo venidero."

¿Qué ha sido lo venidero? La desolación y la ruina. Pero aún dentro de ellas alienta el vigor de la tribu. Los indios debían defender ese patrimonio formado al amparo de la sangre. Cuauhtémoc, junto con la cédula, deja un plano que muestra la división de la laguna entre mexicanos y tlatelolcas, y estas observaciones finales: "...y por eso los dejó amparados, yo, el gran señor Cuauhtemotzin, señor de Tlatelolco; así lo hagan los que tuvieren mando y señorío sobre la tierra, que los amparen a los pobres como yo los he amparado y defendido..., como lo saben mis capitanes y soldados, que pasó delante de ellos cuanto he dicho y declarado aquí."

El los amparó cuanto pudo. Su manto cobijó a la gente como la sombra del árbol que se nombra pochotl. Armó su brazo y dió el ejemplo en la guerra. En la agonía les enseñó la dignidad.

Después de estas órdenes, de tal remuneración orgullosa, el jefe de los hombres retorna a su mudez. Día a día su fuerza disminuye, en tanto la de Cortés cobra mayores ímpetus: "cada acto de su vida fue un avance gigantesco. Aún los errores aureolaban su nombre." Iban por caminos distintos hacia la fama y la inmortalidad, El de Cuauhtémoc sería el del silencio y el dolor.

Unos Anales Coloniales de Tlatelolco, 1519-1633

Traducidos y anotados por Byron Mc Afee y R.H. Barlow

Están catalogados estos anales en el valioso Inventario de los Documentos de la Colección Boturini por Vicente de la Rosa y Saldívar, encontrado por la señorita Eulalia Guzmán y publicado en las Memorias de la Academia, Tomo V, No. 3, págs. 237-301 en los siguientes términos:

"(LEGAJO 3) CUADERNO 6o en dicho papel (europeo), sin autor, fojas 5.

En el cual se refiere la entrada de los españoles en este Reyno. De algunos cometas que hubo: enfermedades que padecieron los indios: guerra que tuvieron los de Tlatilulco sin expresar con quien: llegada de los padres franciscanos, muerte de éstos y otras cosas sin ninguna claridad; pues sólo se citan los años en que acaecieron por unos apuntes muy sucintos sin dar razón por menor de los pasajes que acaecieron y precedieron, ni encontrárseles substancia alguna, siguiendo sentar en las demás fojas los guardianes que hubo en el colegio de Santiago Tlatilulco, su reedificación y materiales con que se hizo la obra, concluyendo con poner una noticia de la novena que en obsequio de nuestra Señora de los Remedios se hizo en esta ciudad el año de 1641 por la escasez de agua que hubo en aquel tiempo, como corrientemente se acostumbra hasta el día. Por lo que atendiendo a lo conciso de dichas noticias y carácter de toda certidumbre, omito su traducción.

Una foja de papel indiano con un pedazo del europeo en que se asentaban los sugetos que estaban empleados en varios oficios sin expresar cuáles eran éstos ni en que años los servían, está puesta con el No. 7."

Debió de haberse perdido una hoja más, entre las fechas del inventario (1791) y la de la copia que hizo Chimalpopoca Galicia (18..) que nos sirve de original, puesto que los anales como los conocemos a través de Chimalpopoca no llegan hasta 1641, sino solamente hasta 1633.

Unos anales coloniales de Tlatelolco, 1519-1633

(Traducción)

Aquí empieza el año en que llegaron los españoles aquí a la (Nueva) España.

1519. 1. Acatl

Vinieron a llegar los españoles. Y humeaba la estrella. Al verla los viejos lloraban mucho. Y salía sangre de las orejas de la gente. Y (la gente se curó con popote silvestre, con él se curaba, con él se sanaba. Entonces fue cuando enojaron mucho a Moctezuma.

1520. 2. Tecpatl

Aquí está el año en que fueron en seguida los castellanos a establecerse en Tlaxcala y Tepeyaca.

1521. 3. Calli

(A todo el mundo les sobrevino aquí en Tlatelolco México). Se hizo la guerra en Tlatilolco a 10 días del mes de agosto.

1522. 4. Tochtli

1523. 5. Acatl.

En este año 7 (...) partieron para Hueyollan.*

* Historia de los Mexicanos por sus Pinturas (Pomar, 1941): "El Marqués...se fue a Honduras (dícese en indio Guaimula)."

1524. 6. Tecpatl

No pasó nada.

1525. 7. Calli

1526. 8. Tochtli

1527. 9. Acatl

Se estrenó el templo aquí en Tlatelolco.*

* Los Anales de Juan Miguel confirman el dato. Motolinía (Memoriales, 144) describe esta iglesia primitiva: "...el otro barrio llaman (c. 1540) Santiago de Tlatilulco, y aunque hay muchas iglesias, en esta parte Santiago es el (sic) principal y la mayor, ca es una iglesia de tres naves, y la misa que le dice a los indios de la mañana cada día se hinche (sic) de gente, y por de mañana que abran (sic) la puerta, ya los indios están esperando, porque como no tienen mucho que ataviarse ni que afeitarse, en esclareciendo tiran para la iglesia." Es probable que fuera en esta iglesia primitiva que se enterró a Fr. Bartolomé de Olmedo, quien murió poco después del sitio.

Parece que hubo alguna reconstrucción por 1571 cuando "se estrenó la iglesia aquí en Tlatelolco" según este mismo ms. (Abajo). Escriben los autores de Iglesias de México, 6: (Toussaint, Benítez y Atl), que "...Su primitiva iglesia, del tipo que ya conocemos, fue sustituida por una de tres naves, tipo basílica sin duda, que con el tiempo se arruinó y fue reedificada a principios del siglo XVII."

La iglesia primitiva contenía una pintura mural que narraba cómo Cortés, al punto de morir en una zanja del barrio de Atezcampán, fue salvado por la intervención del Señor Santiago de Santa María (Tlatelolco a través de los tiempos: VI, artículo 9). Atezcampán corresponde a la región sur de la plaza de Santiago.

1528. 10. Tecpatl

Vino a llegar Guzmán.*

* ¿De la Huasteca (para salir al occidente)?

1529. 11. Calli

Se partió para Colhuacán.*

* Aubin dice 1528. El Telleriano dice 29, y habla de cómo "les venía trabajo a los naturales yendo los cristianos allá."

Guzmán tuvo preso al Calzonzin en Tlatelolco, "en las casas donde posaba" antes de llevarlo preso para Michoacán.

y su muerte en la referida expedición. Un "naguatato de la ciudad de Michoacán" de nombre Gonzalo Juárez testificó en 1531, tres años después de la expedición, "que vido llevar al Calzonci, a Godoy, y ansimismo a don Pedro (Ganca o Cuirananguari), su hermano, señores de la provincia de Mechoacan, a la ciudad de México, al Tlateluco (sic)" a su casa,, "donde los vido presos varias veces." Agrega que "sabe que llevó preso Nuño de Guzmán al dicho Calzonci: con unos grillos y una cadena en una hamaca." (Boletín del Archivo General 9: 361-362, 376) México, julio-septiembre, 1938.

1530. 12. Tochtli

Fue cuando fueron a Yopitzinco los mexica-tlatelolca en són de conquista.*

* Llevados por el Gutierre de Badajoz, que había sido el conquistador efectivo del cu de Tlatelolco, último reducto serio de la ciudad de México. Los yopes eran una tribu situada al noroeste de Acapulco, a la cual las tropas de Moctezuma nunca lograron vencer. (Tlatelolco a través de los tiempos II, artículo 7).

1531. 13. Acatl

Fue cuando vinieron los sacerdotes, los religiosos franciscanos, doce personas.*

* Aubin dice 1532.

1532. 1. Tecpatl

Vinieron a llegar de Colhuacan, los mexica-tlatelolcas que se habían ido a conquistar.*

* En 1532 (Código Aubin) ó 1533 (Chimalpain) se representó una comedia en Santiago Tlatelolco, sobre el Juicio Final. "Mucho maravillaron y admiraron los mexicanos." (Chimalpain). En tiempos de don Juan Quaviconoc, cuarto gobernador de Tlatelolco "...se hizo la representación del juicio en el dicho pueblo de Tlatelolco, que fue cosa de ver." (Sahagún, Lib. VIII, cap. 2). Se conserva un texto ms. nahuatl del Juicio Final de la cual hay copia fotostática en la biblioteca particular del señor Mc Afee y micro

película en la Biblioteca Franklin de esta ciudad.

1533. 2. Calli

Contestaron en latín los colegiales. Al que contestaron fue el (Vir)rey D. Antonio de Mendoza, saludándolo. Esto nos salvó de muchas cosas que nos iban a suceder.*

* El dato parece corresponder al año siguiente, donde se da la noticia de la llegada de Mendoza, que en realidad fue en 1535. "Los colegiales" serían los alumnos de un prototipo del Colegio de Sta. Cruz, fundado en 1536. Los anales de Juan Miguel dicen que en 1533 hablaron en latín los colegiales de Tlatelolco.

1534. 3. Tochtli

Entonces vino el (Vir)rey, Don Antonio de Mendoza.*

* Juan Miguel coincide en dar esta fecha y lo mismo el Códice Telleriano Remense.

1535. 4. Acatl

1536. 5. Tecpatl*

* "El 6 de enero de 1536, fundóse el Imperial Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, y a su inauguración concurrió Sahagún y desde entonces permaneció en él, hasta 1540, por lo menos, instruyendo a los indígenas que allí se educaban, algunos de los cuales fueron más tarde sus más eficaces colaboradores. Al mismo tiempo desempeñó el cargo de intérprete en algunos procesos contra indios idólatras y hechiceros." (Jimenez M., Sahagún, Historia, 1938, I; XVII).

1537. 6. Calli*

* En 1537, hubo una conspiración de negros e indios de México, (Bancroft, History of Mexico, 2: 537) y como resultado "murieron los negros de Tlatelolco." (Anales de Tecamachalco).

1538. 7. Tochtli

Fueron los tlatilolca a Miztlán;* fueron a conquistar.

* ¿El Miztlán cerca de Playa Vicente, Veracruz y supuesto epónimo de la nación mixteca?

1539. 8. Acatl

Por primera vez fue cuando hubo bautismo en Tlatilolco.

1540. 9. Tecpatl

Fueron a conquistar a Yancuictalpan* (Tierra Nueva) los mexica-tlatilolca.

* La expedición de Francisco Vázquez de Coronado al Nuevo México. El Códice Aubin la coloca en 1539, da un dibujo y consigna la muerte del señor tenochca, don Diego Vanitzin (¿en dicha expedición), Juan Miguel habla de expediciones en estos años, sin expresar a dónde.

1541. 10. Calli

En él partió para Xochipillan, y anteriormente fue el Virrey) don Antonio de Mendoza.*

* La guerra del Mixton. El Códice Aubin también consigna el dato.

1542. 11. Tochtli

Se vino, se regresó de Xochipillan. Y también fue cuando se llegó a Culhuacan; al regresar, vinieron a encontrarse con los conquistadores mexica-tlatelolca.*

* Es decir, las tropas de Nuño de Guzmán se encontraron con las del Virrey Mendoza, símbolo de las escenas de destrucción que por donde quiera había en aquellos años de temor. Dice el Códice Aubin que "fue cuando entraron completamente los que fueron a Xochipillan." Fue en la guerra que tuvo don Antonio de Mendoza "con los chichime-

meca de Nochiztlan, Xuchipila, y Tetotlán y los de Sábola", don Martín Cuauhtzin Tlacatecatl, y gobernó en Tlatelolco desde su regreso en 1542 hasta 1548. (Tlatelolco a través de los tiempos, artículo 8; Sahagún, libro VIII, capítulo 2.)

1543. 12. Acatli

1544. 13. Tecpatl

Fue cuando por primera vez la enfermedad del sarampión se extendió.

1545. 1. Calli

Fue cuando se nos salió sangre de las narices, por lo cual se moría la gente.*

* El terrible cocoliztli del '45.

1546. 2. Tochtli

Hubo enfermedad muy grave.*

* Durante la peste de 1546, fue Fr. Bernardino de Sahagún uno de los que se enfermaron en Tlatelolco, y fue llevado al convento de San Francisco en Tenochtitlan para su curación. (Jimenez M. Sahagún, 1938, XVII.)

1547. 3. Acatli

Fue cuando por primera vez, entró nuestro precioso Salvador el Santísimo Sacramento, aquí a la Ciudad de México-Santiago Tlatelolco. Ahora aquí nos lo guarda el convento iglesia.*

* Confirma el dato, Juan Miguel.

1548. 4. Tecpatl

1549. 5. Calli

Fue cuando hubo paperas, con ellas se murió. Y murió D. Juan de Zumárraga, arzobispo que fue de esta ciudad.

de México.*

* Murió Zumárraga el 3 de junio.

1550. 6. Tochtli

Fue cuando el Acuecuexatl vino a extenderse en el tiempo de don Luis de Velasco el Viejo, el primero que vino.*

* El manantial de Coyoacán, que en 1500 había inundado la ciudad (Anales de Cuautitlán, párrafo 207), en cuyo tiempo "fue a inundar por entero a Tepetzinco." (El Peñón de los Baños).

1551. 7. Acatli

1552. 8. Tecpatli*

Fue cuando hubo expedición a Zacatlán (Zacatecas). Fueron de conquista los tlatelolca-mexicas.**

* En 1552, dos alumnos indígenas del Colegio de Santa Cruz completaron el herbario conocido por sus nombres -Badiano y de la Cruz-, símbolo del florecimiento del Colegio en aquellos años. Ocuparon puestos importantes en el Colegio en 1552, don Pablo Nazareo de Xaltocan y don Antonio Valeriano, siendo Rector don Pablo y Lector don Antonio. (García Icazbalceta, Nueva Colección de Documentos, 2: 241-250): y en este año hizo fuertes donaciones al Colegio, don Antonio de Mendoza.

** Juan Miguel confirma el dato, pero el Códice Aubin dice 1552. "El capitán general Nicolás de San Luis Montañez en 1552 continuó la campaña contra los chichimecas hostiles de Zacatecas. En 1552 marchó contra un famoso capitán llamado Maxorro con el pequeño ejército que había formado en Tula, venciéndolo en cada encuentro, y por fin tomándolo preso. El resultado de esta campaña fue la conversión de Maxorro y sus caciques principales, siendo bautizados por el capellán del ejército Fr. Juan de Quemada. Se fundaron a San Felipe Ixtlahuaca y a San Miguel el Grande, más tarde Allende, para la protección de viajeros." (Bancroft, History of México, 2: 545.)

1553.

1554. 10. Tochtli

1555. 11. Acatl

Entonces por segunda vez nos inundamos. Entonces se compuso la bardà de piedra.* entonces el (Vir)rey fue Don Luis de Velasco.

Se instaló como juez, don Esteban de Guzmán.** Vino de Tlaxcala aquí a Tlatelolco para tomar posesión. Aquí estuvo en nuestro palacio municipal.

* El Códice Aubin amplifica el dato explicando que "se puso una césped en San Lázaro, donde hay casas. Nuevamente se empezó el jueves 28 de febrero." También habla del asunto Juan Miguel.

** Fue vecino de Xochimilco, y es cierto que fue juez de Tenochtitlan a partir de 1555, pero vino a Tlatelolco solamente desde el 28 de octubre de 1560, o bien una semana después. Le tomó residencia a don Diego de Mendoza, Gobernador de Tlatelolco. En los documentos escritos cuando Valderrama les tomaba residencia a los oidores (1564) tenemos un retrato de don Esteban. (Véase Tlatelolco a través de los tiempos. VI, artículo 7, Apéndice, donde se publica el glifo de don Esteban.)

1556. 12. Tecpatl*

* Pasa por encima el advenimiento de don Felipe al trono de España.

1557. 13. Calli

Fue cuando aparecieron los chapolines.*

* El Códice Aubin habla de los chapolines en 1558 diciendo que pasaron por Cuauhtitlán el 28 de mayo, y Juan Miguel dice que fue en 1558.

1558. 1. Tochtli

Fue cuando los mexica ataron sus años.

* Murió Zumárraga el 1559. 2. Acatl

Fue cuando vino el Virrey Don Luis de Velasco.*

* Vino de regreso de Veracruz en junio de 1559, después de embarcar a los que iban para la Florida bajo Tristán de Luna y Arellano. El Códice Aubin consigna el mismo dato. Para una pintura casi contemporánea de la expedición consultése la lámina E del presente anal.

1560. 3. Tecpatl*

* Desde 1560 a 1565, residió nuevamente en Tlatelolco Fr. Bernardino de Sahagún, durante cuyo tiempo revisó y rehizo completamente su vasta obra, en forma de los "Códices Matritenses." (Jiménez Moreno, Sahagún, 1938 I, XVII y tabláp. XL.)

1561. 4. Calli

Fue cuando regresaron los que fueron a la Florida, los tlatilolca. A nadie digno de conquistar vieron. Cuando llegaron estaba lleno de agua, así nomás regresaron los mexica-tlatelolca.*

* Sufrieron del tiempo tropical, con fuertes vientos y lluvias que perjudicaron la expedición.

1562. 5. Tochtli

Entonces abandonó su mando D. Diego Mendoza (de Austria Moctezuma), que fue gobernador aquí en Tlatilolco Ciudad de México. Se le hizo residencia; se habló mucho de él, fue sacado aquí de nuestro palacio municipal de Tlatelolco. Y fue también cuando murió Diego de Mendoza.*

* Don Diego de Mendoza de Austria Huitznahuatlailotlac Imayantzin gobernó en Tlatelolco desde 1549 a 1562. (Tlatelolco a través de los tiempos. II, artículo 8.) "En tiempos de éste, fue otra pestilencia de las paperas con que se murieron muchos." (Sahagún, Lib. VIII, cap. 2.)

1563. 6. Acatl

1564. 7. Tecpatl

Entonces murió D. Luis de Velasco. Fue cuando se notificó el tributo. Resistieron los tlatelolca. A los que vinieron a decirlo, los apedreaban, no aceptaban que se hiciera tributo. Y fue cuando hubo alborotos. Y los que cayeron presos, los iban encarcelando a prisión perpetua (...) se esclavizaron con el Marqués. Así sucedió.*

* El visitador Valderrama que llegó en 1563 aumentó el tributo a lo doble, a pesar de las peticiones de los indígenas y la intervención del Virrey. También impuso el tributo a México, que antes estaba exento. Como resultado, ganó para sí el sobrenombre de "afligidor de los indios." (Bancroft, 2; 586-587, Torquemada I, 624-625.) El Códice Aubin, que también habla de los disturbios, dice que el tributo era de un peso tres tomines y que se publicó el 13 de julio de 1564. Asimismo Juan Miguel habla de dificultades en Tlatelolco en 1564.

1565. 8. Calli

1566. 9. Tochtli

Fue cuando llegó el (Vir)rey Don Gastón de Peralta.*

* En 1566, fue guardián en el convento de Tlatelolco, Fr. Luis Cal, que fue detenido en la conspiración de los hermanos Avila. (Bancroft, History of Mexico 2: 618, nota 15.) (Véase abajo, donde equivocadamente se refiere este episodio al año de 1568.)

1567. 10. Acatl

Fue cuando se instaló como juez gobernador, D. Miguel García (Oquiztzin), aquí en la ciudad de México Santiago Tlatilolco.

1568. 11. Tecpatl

Fue cuando fue degollado Alonso Dávila.* El que (lo) juzgó, fue el Doctor Zaynos que era presidente aquí de la Real Audiencia.

* Alonso de Avila fue degollado no en 1568, sino el 3 de agosto de 1566, por su parte en la allegada conspiración para independizar a México. Su casa fue demolida y la tierra sembrada con sal. El Códice Aubin consigna el mismo dato. Por otro lado, podemos agregar un dato referente a 1568, que calla estos anales, pero que figura en los de Tecamachalco al efecto de que "era guardián de Tlatelolco Fr. Juan de Mansilla."

1569. 12. Calli

Fue cuando vino el (Vir)rey Don Martín Enriquez, aquí a la Nueva España.

1570. 13. Tochtli

Fue cuando se empezó el templo de Santa Catalina Macehualpan.

1571. 1. Acatl

Fue cuando se estrenó la iglesia aquí en Santiago Tlatelolco y cuando llegó el inquisidor del Santo Oficio.

1572. 2. Tecpatl*

* En este año fue enterrado en el convento de Tlatelolco, el famoso capitán general de los chichimecas don Juan Bautista Valerio de la Cruz.

1573. 3. Calli

Fue cuando se empezó la iglesia mayor, la nueva que está allí ahora.*

* Lo confirma Juan Miguel.

1574. 4. Tochtli*

* En 1574, Fr. Bernardino de Sahagún tuvo a su cargo la administración del Imperial Colegio de la Santa Cruz. (Jiménez Moreno, Sahagún, 1938, I; XVIII.)

1575. 5. Acatl

También fue cuando vino el agua al mercado de San Juan.

1576. 6. Tecpatl

Fue cuando salió la gran enfermedad desastroza, y cada quien quedó picado, y entre los principales. Nos envió una pestilencia nuestro querido Salvador Jesu Cristo, en todo el mundo, no solamente aquí.*

* En 1576 se inició la construcción de las casas del Ayuntamiento de Tlatelolco o Tecpan, cuya obra duró ocho años. (Códice del Tecpan de Tlatelolco, Investigaciones Históricas, T.I., número 3, pp. 243-264.)

1577. 8. Tochtli

Salió la enfermedad, dos años duró, terminando entonces. Y la muerte (siguen trece palabras confusas, que incluyen una referencia a San Martín.) Fue cuando aquí murió el padre guardián Fray Gabriel; también cerró (la lista de las víctimas) nuestro reverendo padre.

1578. 8. Tochtli*

* En 1578, según Mendieta (688), "murió Fr. Francisco de las Navas...siendo guardián del convento de Tlatelulco."

1579. 9. Acatl*

* En este año fue como juez de Tepeyacac, don Miguel García Oquitzin, Gobernador de Tlatelolco. (Tlatelolco a través de los tiempos XI, artículo 7.)

1580. 10. Tecpatl

Fue cuando llegó el (Vir)rey D. Lorenzo Suárez (de Mendoza), Conde de la Coruña.*

* "...Salieron a encontrarle con banderas", según el Códice Aubin, que pinta también el glifo del Virrey y una bandera.

1581. 11. Calli

Fue cuando murió D. Miguel García (Oquitzin), que fue juez gobernador aquí en Tlatelolco.*

* Empezó a gobernar en 1567.

1582. 12. Tochtli

1583. 13. Acatl

1584. 1. Tecpatl

Fue cuando se asentó como jefe espiritual D. Pedro Moyá de Contreras arzobispo aquí en la Audiencia Real.*

* El sábado 7 de octubre, según el Códice Aubin. Bajó el año de 1586, agrega que "la primera cosa que vino a realizar, fue que compuso la iglesia mayor y destituyó a los regidores españoles."

1585. 2. Calli

Fue cuando vino el (Vir)rey el Marqués de Villamanrique (Manrique de Zúñiga.)

1586. 3. Tochtli

1587. 4. Acatl

1588. 5. Tecpatl

1589. 6. Calli

1590. 7. Tochtli

Fue cuando se instaló D. Gaspar de Mendoza como juez gobernador aquí en Tlatelolco Santiago, y fue cuando vino D. Luis de Velasco (Vir)rey.*

* Don Gaspar de Mendoza gobernó entre 1590 y 1594, según estos anales. El 5 de febrero de 1590 se enfermó fatalmente en Tlatelolco Fr. Bernardino de Sahagún, y murió en Tenochtitlan, donde fue enterrado en el convento mayor. (Chimalpahín, Diario ms y Jiménez Moreno, Sahagún, 1938, XVIII-XIX.)

1591. 8. Acatli

1592. 9. Tecpatli

1593. 10. Calli

Fue cuando vino a extenderse el sarampión, de que hubo muertos. (Fue) el cocolistli.

1594. 11. Tochtli

Fue cuando murió D. Gaspar de Mendoza que era juez gobernador aquí en Tlatelolco. Y a los cuatro días solamente, en seguida se instaló D. Melchor de Mendoza que se hizo juez gobernador aquí en Tlatelolco.

1595. 12. Acatli

1596. 13. Tecpatli

Fue cuando se quemaron los Carvajales allá en San Hipólito en la fiesta de Santa María de la Concepción, ya en la noche. Y fue cuando sopló un viento fuerte, y cuando se plantaron árboles en la alameda.

1597. 1. Calli

Fue cuando vino el (Vir)rey D. Gaspar (de Zúñiga) Conde del Monterrey, y se derrumbó el Quetzalpetl de Texcoco* y cuando murió Doña Inés García, hija de Don Martín.**

* Los Anales de Juan Miguel consignan los mismos datos de la llegada del Virrey y derrumbe del Quetzalpetl. Los títulos de Tetcotzinco (Tlalocan 2: 110-127) hacen alusión al "...Quetzalpetl, que allí de veras está Quetzalcoatl" y narra como Netzahualcoyotl hizo merced del cerro, al señor de Tetzocotzinco.

** En septiembre de 1597, fue guardián del monasterio de Tlatelolco Fr. Pedro Oroz, (Biblioteca Pública del Estado de Jalisco, Ms. número 52, p. 17); sin embargo murió antes de terminar el año (Ocaranza, 177, el cual cita a Torquemada, parte 3, libro 20, capítulo 67.)

1598. 2. Tochtli

Fue cuando humearon tres estrellas.

1599. 3. Acatl*

* Pasa por encima la muerte de don Felipe de España, dato que consigna el Códice Aubin.

1600. 4. Tecpatl*

* Se publicó en el convento de Tlatelolco en 1599 el "Confesionario en Lengua Mexicana y Castellana" (primera parte) de Fr. Juan Bautista 1555-1615, guardián. La obra se completó en 1600. El mismo fraile intervino activamente en la reconstrucción del templo; véase abajo, año 1603.

1603. 7. Acatl

(Fue) cuando se derrumbó aquí el templo de Santiago Tlatelolco. Cuando (fue) guardián el padre Juan Mazorra, comenzó a derrumbar el templo, y llegó el (Virrey) D. Juan (de Luna). Entonces llegó el padre Fray Francisco Cabo* y vino a hacerse guardián y el templo ya estaba en pie, y él derrumbó la capilla del Sacramento y él lo tiró; grandes piedras se tiraron. Pero no duró mucho tiempo, nuestro querido; enseguida murió. Y entonces llegó nuestro querido Padre Fray Juan de Torquemada, Guardián aquí en el convento de Santiago, el cual llegó aquí en julio, a los 22 días, fiesta de Santa María Magdalena. Y él terminó esta iglesia del convento en Santiago Tlatelolco. Puso toda la bóveda y el tezontle se trajo (?) de Hastatahuacán. Y cuando ya estuvo puesto, enseguida también comenzó el retablo a labrarse y se hicieron las paredes y vino (él que) había ido entre el pueblo para recoger la limosna, el dinero que aquí se iba a necesitar para comprar el carbón, cuando fue guardián Fray Juan Bautista.**

* Mejor: Fr. Francisco de Gamboa, según el diario de Chimalpahín (inédito) ms. 220 de la Biblioteca Nacional de París, p. 34 y el Códice Aubin, 1604.

** Fr. Juan Bautista "era guardián...de Tlatelolco en 1600, en cuyo convento residió durante ocho años; de Tacuba en 1605..." según Medina, Imprenta en México, I: 345.

1604. 8. Tecpatl

Fue cuando se hizo congregación, se reunió a la gente. Y se hizo el camino que va derecho a Tepeyacac.*

* "Aquí murió nuestro reverendo padre Fray Francisco de Gamboa guardián que fue de Tlatelolco, el jueves día de Santa María Magdalena (22 julio)." Códice Aubin.

1605. 9. Calli

1606. 10. Tochtli

1607. 11. Acatl

Fue cuando otra vez vino D. Luis de Velasco (Vir)rey por segunda vez. Vino aquí a esta ciudad de México.

1608. 12. Tecpatl

Fue cuando se instaló D. Melchor de Soto como juez gobernador aquí en la Ciudad de México Tlatelolco.*

* Gobernó hasta 1618, según estos anales. Antes era gobernador de (Cui)tlahuac. Era uno de los fundadores de la cofradía del Niño Perdido. (Tlatelolco a través de los tiempos IX, artículo 7.)

1609. 13. Calli

Aquí se fundó la cofradía de San Diego y despedimiento (sic) con cuyo motivo hubo una procesión el miércoles.

1610. 1. Tochtli

Fue cuando se instaló el arzobispo D. Fray García de Guerra, presidente que era de la audiencia real, sacerdote de Santo Domingo.

Y fue cuando se terminó el templo aquí en la ciudad de México Santiago Tlatelolco, cuando fue abierto en el día de Santiago, cuando vino a recibir el hábito de Santiago el señor don Bernardo Altamirano, y este templo lo acabó el muy reverendo Padre fray Juan de Torquemada, guardián aquí en el convento e iglesia de Tlatelolco en verdad, en siete años se acabó, fue a terminarse en 1610.*

* El diario ms. de Chimalpahín, que se conserva en la Biblioteca Nacional de París, habla del asunto en estos términos: "Hoy sábado a las dos horas, ya en la tarde del 24 de julio de 1610 cuando fue la víspera de Santiago Apóstol, fue cuando se inauguró el templo, cuando se terminó la iglesia de Tlatilolco. Allá se fue a que se le diera en el nuevo templo en la referida víspera, su encomienda de Santiago, el joven don Fernando Altamirano hijo, prole de don Juan Altamirano y doña María de Tircios, hija del señor don Luis de Velasco Marqués de Salinas, Virrey que ahora está gobernando. A su nieto el referido joven don Fernando Altamirano, capitán de guardia, la referida encomienda, se la dió nuestro gran señor que está allá en España, don Felipe III.

Y también fue cuando se colocó el nuevo retablo. Y hasta el día siguiente, el domingo, precisamente en la fiesta de Santiago el 15 de julio, hubo alegría, la fiesta se hizo en Tlatelolco, porque se abrió la iglesia. La acabó con su mano, el Padre Fr. Juan de Torquemada vino a terminarla."

Agrega la obra Iglesias en México 6: 26 (Toussaint, Benítez y Atl) que "...el notable historiador (Torquemada) que nunca había estudiado arquitectura, tuvo que hacer su aprendizaje en los libros de arte que llegaron a sus manos y así dió cima a su tarea."

"El retablo del templo de Tlatelolco era obra notable por sus estatuas como por sus pinturas, debidas éstas al pincel de Baltasar de Echave, el viejo. Sólo dos se salvaron y se conservan hoy en la Academia de San Carlos de México, una Visitación y una Aparición de Cristo y la Virgen de San Francisco. Fueron sustituidas por copias en el retablo, y debemos haberlas conservado a don Bernardo Couto..."

1611. 2. Acatl

Fue cuando hubo eclipse en las vísperas de San Bernabé, a las tres. Oscureció mucho y aparecieron las estrellas. Y fue cuando vino el Virrey Don Diego Fernández, (de Córdoba, Marqués de Guadalcázar.)

1612. 3. Tecpatl

1613. 4. Calli

1614. 5. Tochtli

1615. 6. Acatl

1616. 7. Tecpatl

1617. 8. Calli

1618. 9. Tochtli

Fue cuando murió don Melchor de Soto, juez gobernador que fue aquí en la ciudad de México Santiago Tlatelolco, y en seguida fue cuando también vino a instalarse don Melchor de San Martín, haciéndose juez gobernador aquí en Tlatelolco.*

* Don Melchor fue nombrado Gobernador el 6 de marzo de 1621; asistió a las ceremonias que hubo en Tenochtitlan por la coronación de Felipe IV, y murió encarcelado en 1623, como se ve abajo. (Tlatelolco a través de los tiempos IX, artículo 7.)

1619. 10. Acatl

Fue cuando vino a pararse en el cielo el cometa. Y fue cuando apareció Santa María Concepción.

1620. 11. Tecpatl

1621. 12. Calli

1622. 13. Tochtli

1623. 1. Acatl

Fue cuando se instaló don Juan de Alcazar como juez gobernador aquí en la Ciudad de México Santiago Tlatelolco, y fue cuando murió Melchor de San Martín juez gobernador que fue aquí en Tlatelolco. Y en el tiempo de su mando, estaba encerrado en la cárcel de abajo a causa del tributo, estuvo encerrado el señor don Melchor de San Martín juez gobernador, y Antonio de Santiago Alcalde. Seis meses estuvieron presos. Y dos alcaldes no fueron encarcelados, nada más aquí andaba. También un vecino de Amaxac, Bartolomé Toribio y este (...) que vivía en Atepetlac* no sufrieron, cuando vinieron a aprender al señor gobernador y a Antonio de Santiago. A fines de julio, vino a comenzar, vinieron a prenderlos. Todo el tiempo sufrieron encarcelamiento; salieron todos en vísperas de la pascua de Semana (Santa).**

* Un traslado de los indios sujetos a la doctrina de Tlatelolco en este mismo año de 1623 (Tlatelolco a través de los tiempos IX, artículo 6), empieza con "la parcialidad de Santa María Concepción Amaxac" con 1 084 vecinos. En el documento referido, suple a Santa Lucía Telpochcallitlan. Tanto Santa María como Santa Lucía se encontraban al Oriente de la plaza de Santiago, según el mapa de Alonso de Santa Cruz; la de Santa María siendo la más al oriente. Esta Santa María es "la Concepción" del mapa de Alzate de 1772. Atepetlac es más oscuro. Un ms. de 1621 (No. 188-333-298 del Museo Nacional, 70) lo llama la Magdalena Atepetlac. Vetancourt dice "Santa Magdalena Atepetlac Coatlayauhcan." Sin mayores detalles, ni uno ni otro dato sirve para localizarlo.

** En 1623, fue guardián del convento de Tlatelolco, Fr. Rodrigo Alonso. (Tlatelolco a través de los tiempos IX, artículo 6, Apéndice.)

1624. 2. Tecpatl

Fue cuando murió nuestro reverendo padre fray Juan de Torquemada, el martes, primero de enero del año nuevo.

No estaba enfermo: a la media noche subió al coro, fue a decir maitines. Y al terminar, les dijo a los hermanos: "Ayudadme, apretadme el pecho." nomás en seguida murió, en presencia de todos los religiosos, hasta el guardián estaba allí en el convento de San Francisco. Y lo vieron morir. Y allá se enterró en el altar mayor, a mano derecha, en San Francisco, fue enterrado a las cinco horas de la tarde.

Y aquí en la Ciudad de México Santiago Tlatelolco, también fueron los vecinos de aquí, los cofrades a llevar la imagen de cruz, y los cantores y colegiales muchachos y los principales y las mujeres estaban llorando cuando se iba por la calle; por él dicen responso, uno aquí en Alcotipac, el segundo en Atezcapan, también en Alcotipac, en Alcotipac el tercero donde habíamos llegado. El cuarto en frente de Santa María la Redonda, el quinto en la Concepción, el sexto en Santa Isabel. Ya encontró la imagen de cruz en la iglesia de San Francisco.*

A 18 de marzo, aquí otra vez hubo eclipse de sol, a las nueve horas, y al sonar las diez, se aclaró. A mediodía, hubo como oleadas: soplabá.

Y él, el (Vir)rey, don Diego de Gelves, marqués Conde de Priecos quería subyugar y matar a don Melchor y hubo excomuni6n, y quemaron el real palacio, y (lo) apedrearon los mestizos y mulatos.

Iban a matar a nuestro gobernante, y cuando éstos querían aplacar a Don Melchor. Y le dieron un papel al arzobispo para que fuera al destierro, pero no fue, ya no entra su casa, entonces fue derecho a Tepeyacac. Mucho le lloró la salida, se llevó el Santísimo Sacramento. Va cuidándolo un capitán General (Vir)rey...Entonces se fue (el arzobispo) a Ecatepec, se fue directamente para San Juan Teotihuacán. Y...hubo mucha guerra, aquí en palacio, aventó para acá el arcabuz, y se alborotaron mucha gente mestiza y mulata, y algunos indígenas. Decían: "Esforzaos, que ya se fue el arzobispo, se llevó el Santísimo sacramento."**

* De este itinerario, a pesar del misterioso "Alcotipac" (¿

encima del arco?) podemos localizar a Atezcapan, donde estaba la ermita de San Martín y que corresponde al sur de la plaza, a Santa María la Redonda más al sureste, y finalmente a San Francisco, en el corazón de Tenochtitlan.

** Para una curiosa metamorfosis de estos acontecimientos, según los indígenas, véase el ms. que describe el inventario de Boturini de 1791, legajo I, cuaderno 2. "...el dicho arzobispo se salió de esta ciudad metiéndose dentro del agua por cuya causa se volvió pescado, llevándose en la boca el Santísimo Sacramento" hasta Teotihuacan. (Memorias de la Academia Mexicana de Historia, 5: 260, Julio-septiembre, 1946.) El arzobispo fue Juan Pérez de la Serna y su rival, el Márques de Gelves.

1625. 3. Calli

Fue cuando vino el visitador.

1626. 4. Tochtli

1627. 5. Acatl

En junio vino a inundarse la Ciudad de México, hoy viernes 14 de mayo.

Fue cuando fue descubierto nuestro Señor Jesu Cristo crucificado que sudó allá en frente de Santa Ana* cerrado en su nicho.

Hoy, 25 de noviembre, fue cuando se aplacaron los señores, vino de Castilla un papel, con motivo de la discusión acerca del (Vir)rey don Diego de Gelves.

* Santa Ana Atenantitch, la única de las ocho ermitas de Tlatelolco que sobrevive; situada en la calle de Peralvillo y la Calle Real de Santiago. Juan Miguel dice simplemente que en 1627 entró el Santo Cristo a Tlatelolco.

1628. 6. Tecpatl

Hoy domingo 26 de noviembre fue cuando se le dio su mando al Arzobispo (Manso y Zúñiga) aquí en la ciudad de México.

1629. 7. Calli

Hoy viernes a 28 de septiembre fue cuando aquí vino a inundarse la ciudad de México, y mucha gente se huyó, castellanos e indios, y mucha gente murió.*

Hoy lunes 5 de febrero fue cuando se hizo la fiesta de San Felipe de Jesús, mártir, y su madrecita murió el martes a 20 de febrero.** Y también fue cuando murió el marqués del Valle; allá fue enterrado en San Francisco de México, y los huesos de su primer antecesor el Marqués del Valle se fue a recogerlos a Tezcoco donde estaban enterrados.***

* De la inundación de 1629, trae una larga descripción el Br. Alonso Franco en su Historia de la Provincia de Santiago, capítulo II. "En barcas curiosas y con mucha decencia se llevaba el Santísimo Sacramento a los enfermos. Vi el de la catedral muy pintado y dorado su tapete y silla donde iba sentado el cura y haciéndole sombra otro con un quitasol de seda; acompañábanla otras canoas en que llevaban luces y la campanilla que se acostumbra delante para avisar a los menos atentos."

** Fue cuando se recibió la noticia de la beatificación de San Felipe, en el aniversario de su martirio.

*** A la muerte del último descendiente varón de Cortés, D. Pedro, acaecida el 30 de enero de 1629, trasladaron los huesos de Texcoco al templo franciscano de Tenochtitlan. Véase Alamán, Disertaciones.

1630. 8. Tochtli

Hoy viernes a 20 de septiembre, en las vísperas de San Mateo, por fin vino a inundarse, por fin se verificó la huída. Castellanos e indios cargaban a sus hijos y bienes... todo lo embarcan; tráen a sus muertos. Daba mucha lásti-

ma, nomás en las embarcaciones morían los enfermos, que ya no podían llegar a sus casas. Al muerto lo llevaban, nada más lo envolvían, luego otra vez lo traían para enterrarlo.

1631. 9. Acatl

Fue cuando hubo eclipse de sol a las tres horas. Pronto salió otra vez; no duró mucho.

Y fue cuando vino a Tepeyacac la Reina (del Cielo), Nuestra Señora de Guadalupe.*

* Dice Juan Miguel que "regresó." (Hualmohuicac.)

1632. 10. Tecpatl

1633. 11. Calli

Fue cuando (¿bajó?) el agua, y fue cuando nos (vino) una epidemia fuerte.*

* En 1633, fue guardián del convento de Tlatelolco, Fr. Juan Bautista de la Barrera, según el Libro de Casamientos del mismo pueblo, ms. No. 145 de la Colección Ayer, Newberry Library, Chicago.

1641. 6. Calli

Según el Inventario de la Colección de Boturini, el documento concluía con:

"una noticia de la novena que en obsequio de nuestra Señora de los Remedios se hizo en esta Ciudad el año de 1641 por la escasez de agua que hubo en aquel tiempo."*

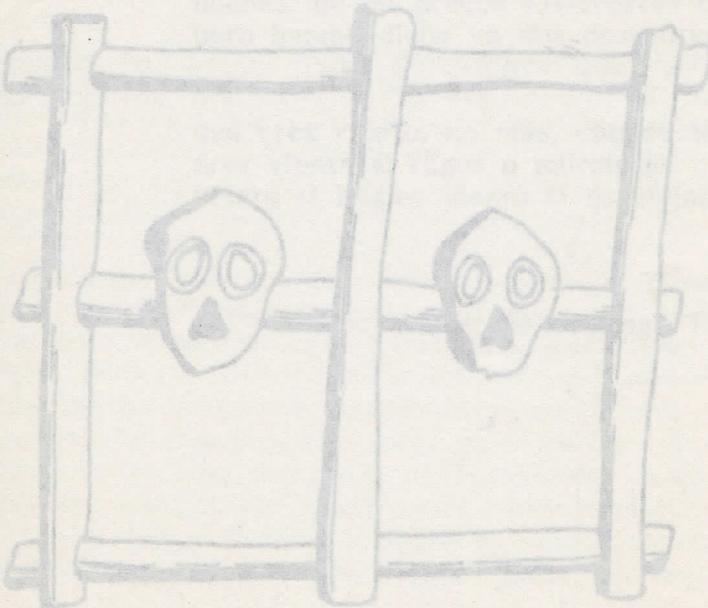
Además trae la noticia de que: "una foja de papel indiano, añadido con un pedazo del europeo en que se asentaban los sugetos que estaban empleados en varios oficios sin expresar cuáles eran éstos ni en que año los servían, está puesta con el No. 7."

* Sin embargo, los Anales de Juan Miguel hablan tanto de dificultades por el agua como de Nuestra Señora de los Remedios en 1651, una década después, haciendo sospechar que haya algún error en el manuscrito que aquí citamos.

PRISION DEL VIENTO

capítulo

IV



PRISION DEL VIENTO

capítulo

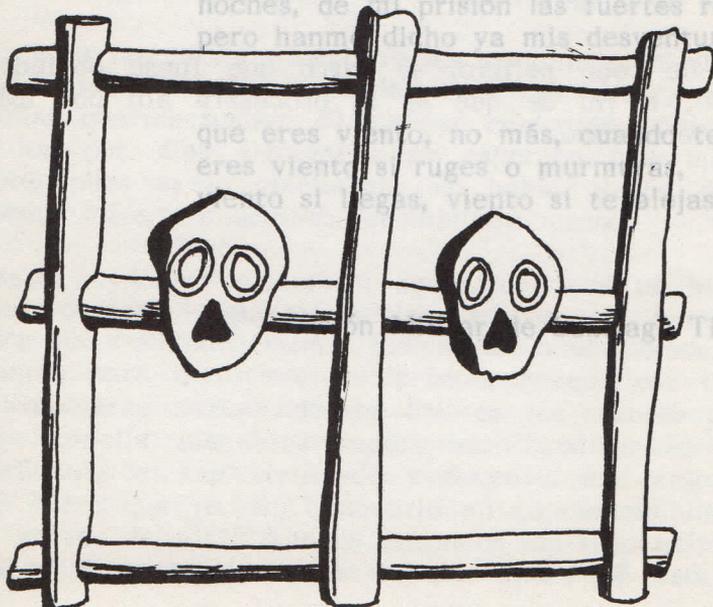
IV

Quando era niño, con pavor te oía
en las puertas gemir de mi aposento
doloroso, tristísimo lamento
de misteriosos seres te creía.

Quando era joven, tu rumor decía
frases que adiviné mi pensamiento,
y cruzando después el campamento;
"Patria", tu ronca voz me repetía.

Hoy te siento azotando, en las oscuras
noches, de mi prisión las fuertes rejas;
pero han mudado ya mis desoladas

qué eres viento, no más, cuando te quejas,
eres viento, ruges o murmulas
si llegas, viento si te alejas.



Al viento

Cuando era niño, con pavor te oía
en las puertas gemir de mi aposento
doloroso, tristísimo lamento
de misteriosos seres te creía.

Cuando era j6ven, tu rumor decía
frases que adivin6 mi pensamiento,
y cruzando despu6s el campamento,
"Patria", tu ronca voz me repetía.

Hoy te siento azotando, en las oscuras
noches, de mi prisi6n las fuertes rejas;
pero hanme dicho ya mis desventuras

que eres viento, no m6s, cuando te quejas,
eres viento si ruges o murmuras,
viento si llegas, viento si te alejas.

Prisi6n Militar de Santiago Tlatelolco

Emiliano Zapata y el agrarismo en México.

Tomo II. Capítulo VIII.

Prisión de Francisco Villa

Francisco Villa, quien poco antes fue nombrado por el Presidente Madero general honorario y que combatía en el norte contra los orozquistas, bajo las órdenes de Victoriano Huerta, quien había sucedido en el mando al suicida general José González Salas, llegó custodiado a la capital de la República el día 4 y fue internado en la penitenciaría del Distrito Federal.

Como se sabe, Francisco Villa, con su carácter indomable, no atendió ciertas órdenes de Huerta, quien mandó aprehenderlo y dió instrucciones para que se le fusilara, lo cual no se llevó a cabo, gracias a la intervención muy oportuna que se hizo en su favor.

Para alejarlo de todo peligro, se logró que fuese enviado a la metrópoli, a fin de que se le procesara allí por los cargos que se le hacían.

Martín Luis Guzmán.

Memorias de Pancho Villa.

Capítulo XX.

De la penitenciaría, Pancho Villa es llevado a Santiago Tlatelolco y allí Carlos Jáuregui le sugiere la idea de la fuga.

A los cuatro días de mi encierro en la Penitenciaría vino a tomarme la primera declaración un juez militar nombrado Santiago Méndez Armendáriz. Era un señor joven, de afectuosos modales, de mucha civilización.

Entrando me dice.

- Parece que lo acusan de muchos crímenes, señor general.

Yo le digo.

- Señor, no creo que cometa crímenes un hombre que anda luchando por el beneficio de la patria.

Y como me hiciera luego varias preguntas, le dí los detalles de mi aprehensión y fusilamiento, es decir, de cómo me habían querido fusilar. El me oyó con mucha calma, y cuando a los dos días siguientes yo esperaba que me diera por libre, pues es lo cierto que no había ningún delito en los hechos míos, me declaró formalmente preso.

Hasta donde yo columbro, aquel juez era un honrado señor que no creía siquiera en los delitos que me acumulaban, pero que teniendo estimar buenas las acusaciones del general Huerta para confirmar mi prisión, porque esa complacencia del gobierno se consideraba útil en los trances de la política, cumplía mandatos superiores. También es verdad que mirándolo yo tan civilizado y decente, me preguntaba entre mí: "Será que yo, sin conocerlo mi conciencia, habré cometido graves delitos?" Aunque entonces me respondía yo mismo: "Si yo he cometido esos delitos, ¿por qué este señor juez

que me pone preso me trata con tan grandes consideraciones?"

Seis días después de aquello volvió a verme el dicho juez. Me saludó con buen cariño. Su primera pregunta fue que "por qué había yo saqueado Parral"; y en seguida me dijo que "le repitiera los detalles de mi insubordinación hacia el general Huerta, cuando pretendí echarme sobre el ejército con toda mi gente", y que "había pruebas de mi desobediencia al general en jefe y de haber yo robado en Parral la suma de ciento cincuenta mil pesos, de la cual tenía que darle cuenta con todos los capítulos de la distribución."

Al ver yo que de aquella manera se pretendía aniquilarme, le respondí:

- Señor juez, ese dinero que a usted le cuentan que yo he robado, yo no robé. Fue un préstamo que impuse al comercio de Parral para gastos de la guerra, con autorización legítima del gobierno de Chihuahua, y por lo cual responde el dicho gobierno. Creo yo que la distribución de esos fondos no es usted a quien deba rendirla, sino al gobernador de Chihuahua, que me facultó y me sostiene en mis actos, o cuando más el Supremo Tribunal de aquel estado. Pero viva usted seguro que si aquel gobierno o aquel tribunal me ordenan que a usted le rinda cuentas, estoy pronto a rendirlas. El señor juez no tiene por qué saber, pero infórmese y lo confirmará, que una vez, siendo yo muchacho, tuve cincuenta mil pesos que todos los repartí entre los pobres, pues yo nunca he tomado dinero ajeno para mí, salvo la grave peripecia de faltarme para mis más urgentes necesidades. Y tocante a lo demás, a la insubordinación y la desobediencia, la verdad, señor, que ni le hablo. Que alguna vez se hayan cruzado expresiones descompasadas entre el general Huerta y yo no es insubordinación, son circunstancias de la guerra, cuantimás que, si las hubo, las cosas acabaron por armonizarse. Sucede, señor juez, que la malquerencia de mis enemigos busca el apoyo de cuentos como el de mi desobediencia frente al enemigo. ¿Desobedecer era el cargar yo y mis fuerzas con los grandes trabajos de la campaña?" "Sí es verdad, y no lo niego, que exprese yo alguna vez cómo me consideraba"

a las órdenes directas del señor Presidente de la República, y que mirando el trato poco justiciero que nos daban a mí a y mi gente, dije que quería recibir instrucciones del señor Madero tocante a la campaña.

Pero ¿quién puede con buen ánimo apreciar en eso una desobediencia? ¿Va a creer el señor juez el solo dicho del general Huerta, que es mi enemigo, y las palabras mentirosas de oficiales que el dicho general tiene a su orden, enemigos todos ellos de nosotros los hombres revolucionarios? Volviendo al saqueo, yo le prometo señor juez que es una mentira como las otras. Se necesitaba dinero para la tropa, pues la guerra, según saben los que la hacen, no progresa sin dinero; yo lo mandé buscar, y como el señor de un banco se resistiera, dispuse yo que se le amenazara, como es natural en los trances militares, y así se avino él a prestar su ayuda a la causa del pueblo. Conforme a mi juicio, esto no es saquear. ¿Pues cómo había yo de saquear Parral, que es la población donde yo fui a crearme hombre y a la que tan grandes cosas le debo? No, señor juez. Pasa que en los bancos hay dinero, y que si ese dinero, cuando la causa del pueblo está en peligro, no se entrega de propia voluntad, los defensores legítimos del pueblo tienen el deber de tomarlo si les hace falta.

Cuatro meses se necesitaron para comprobar al juez, y a todas las conciencias, y a todos los escrúpulos, que yo había sido autorizado para imponer aquel préstamo, y que mi campaña le costaba al erario medio millón de pesos y no los ciento cincuenta mil de que el señor juez me exigía cuentas. Esto conseguí yo por medio del Supremo Tribunal de Chihuahua y del gobernador del Estado, don Abraham González.

Destruído aquel cargo, que me molestaba no tanto por la prisión, cuanto porque así trataban de hacerme aparecer como hombre distinto de lo que yo era, quedaba en mi contra lo que nombraban ellos "haberme insubordinado" y "haber desobedecido". El juez me hacía preguntas, y me llevaba, y me traía, y me acorralaba. Un día, cansado yo, le dije:

- Creó yo, señor juez, que van siendo demasiadas preguntas tocante a estos delitos. Usted sabe de sobra que no existió la insubordinación ni que sea verdad que yo desobedeciera. ¿En que lo mortificó yo a usted para que de ese modo trate de comprometerme? ¿Es usted representante de la justicia o amigo de mis enemigos? Porque yo no reclamo su favor, señor juez, ni el del Gobierno, ni el de nadie, pero si exijo la justicia que se me debe. Y me parece a mí que con sus providencias, usted, que es hombre de honor, está manchándome a mí, que también soy hombre honrado, y eso resultará un día en desdoro de su persona.

Oyendo aquellas palabras mías, y mirándome de manera que yo conocí la verdad de su ánimo, me respondió él:

- Amigo Villa, no sabe usted cuánto deploro que su causa haya venido a mis manos,

Yo le dije:

- Pues no lo deploro señor. Siendo un hombre honrado, límitese al cumplimiento del deber. Creo yo que la justicia, como la guerra, ha de guardar horas amargas para quienes la hacen. Cuando así sea, el amargor de la vida no está en perder con los actos de la autoridad o de las armas, sino en perder mal, es decir, en perder sintiendo la desazón del ánimo que sufrimos delante del deber no cumplido.

Pero como yo comprendiera, por aquellas palabras del juez, que muchas influencias ocultas se movían en mi contra, decidí, lleno de tristeza, no volver a declarar. Es decir, que renuncié a defenderme. Pensaba que acaso se cobijara en mi destino que yo, que no había sucumbido bajo las balas de la tiranía ni en los combates de la guerra, hallara mi perdición abandonado a la nombrada justicia de ahora, que era igual a la de siempre.

Lo que me dolía mucho era la ingratitud.

A mí me tenían incomunicado en la Penitenciaría, es decir, sometido al régimen que nombran de completo aislamiento. Reflexionaba yo muchas veces que por qué me trataban

así, aun siendo cierto que yo fuera uno de los mayores criminales; pero sobrellevaba aquello resignadamente, en espera de que las confabulaciones en mi contra se aclararan, pues quería dejar buen recuerdo de mí en las desgracias de la cárcel, como, a lo que pienso, lo había dejado en el batallar de la guerra. Aunque la verdad es que allí pasaba yo sufrimientos grandes, cuando no por la soledad, que a eso venía acostumbrado desde los comienzos de mi vida, si por el encierro y la quietud. Porque va mucha diferencia entre la grande soledad de la sierra, donde son compañeros de la vida los arroyos y las montañas, y la soledad de la cárcel, donde las paredes no dejan ver más que a uno mismo y el reposo de todos los días fatiga más que las más arriesgadas empresas.

Queriendo distraerme con algo, un día pregunté al juez si era verdad que había libros que acaparaban el ánimo de quienes los leían. Me contestó que sí. Le dije yo entonces:

- Señor juez, si usted puede surtirme con alguno de esos libros, yo se lo agradeceré mucho, pero más todavía si el libro que me trae habla de hombres de armas o de peripecias tocantes a la guerra.

Y así fue. El juez me trajo un libro sobre la historia que nombran de "Los tres mosqueteros", y leyéndola yo, encontré grande consuelo en contemplar con la imaginación del ánimo las valerosas acciones de aquellos hombres de otros tiempos.

Más a pesar de la dicha ayuda, seguía agotándome la incomunicación. Cansado de vivir así, un día, al regresar del baño, sentí el impulso de rebelarme. Dije con grande resolución al vigilante de la crujía:

- Oiga, señor: yo ya no entro al calabozo.

- ¿Por qué no entra usted?

- Porque si aquí reina la tiranía contra los hombres, quiero ver en qué ley, en qué ordenanza, en qué reglamento se basan los carceleros de esta cárcel para tener incomunicado por más de tres meses un hombre que está bajo juicio y que, además, es inocente. Entiéndalo bien, señor: yo no

soy un criminal que cumple condena, soy un hombre sujeto a proceso, y como ya estoy harto de tanta incomunicación no la sufriré de aquí en adelante.

El me dice.

- ¿Conque no entra?

- No, señor. No entro.

- Pues orita veremos si entra o no entra.

Y diciendo esto se fue, y a los pocos minutos volvió con cuatro carceleros armados de pistolas y garrotes.

Amenazándome, a una voz me dijeron todos:

- ¿Conque no entra usted en el calabozo?

- Ya les dije que no. Me meterán muerto, pero no entro de mi voluntad.

Entonces deliberaron en presencia de la mucha decisión mía y resolvieron llevar el caso a conocimiento del señor Liceága. El vino en persona y me dijo con buenas palabras:

- Oiga usted, Villa: ¿por qué no quiere entrar a su celda?

Le expresé yo:

- Porque ya llevo más de tres meses incomunicado, y supongo que no hay un reglamento o ley que autorice a los carceleros de esta cárcel a guardar así en un separo un hombre que está bajo juicio y que es inocente, según se tendrá que corroborar. Mientras usted, señor director, no me muestre en virtud de qué orden legal se me mantiene incomunicado tanto tiempo, yo creeré que sólo se debe a un abuso de usted y de los hombres que por tener la justicia en sus manos tratan como bestias a toda la gente que aquí cae. Esto es lo que exijo, señor: que se me justifique legalmente mi incomunicación, pues yo sabré objetarla en el campo de las leyes. Y si no, señor, valore usted en su

conciencia la forma como se me está tratando. ¿Usted lo cree de justicia?

Reflexionando un momento sobre el contenido de mis palabras, don Octaviano Liceága me contestó lo siguiente:

- Permanezca usted en la crujía mientras consulto al Ministerio de Gobernación.

Y se retiraron él y sus guardianes.

La tarde de ese mismo día volvió a verme el señor Liceága. Me dijo él:

- La Secretaría de Gobernación autoriza que permanezca usted en la crujía para que no siga aislado. Yo le suplico, Villa, que no hable con los reos comunes.

Así fue. Desde aquella mañana de mi rebelión ya no me tuvieron encerrado siempre en la celda. Ahora me paseaba por toda la crujía y recibía el sol, lo que tanta falta estaba haciéndome, acostumbrado yo a los aires de la sierra y al grande ejercicio de los hombres de a caballo.

Más aquel pequeño alivio de mi suerte duró muy poco tiempo, porque al cumplirse los cuatro meses de mi encierro en la Penitenciaría, me sacaron de allí para llevarme a la Prisión Militar de Santiago Tlatelolco.

En esa otra cárcel me destinaron un alojamiento independiente, que estaba en los corredores altos. Cuando lo recibí no era más que un muladar, o sea, que parecía imposible ocuparlo, por su mucha inmundicia y pestilencia. Después conseguí que de mi peculio lo limpiaran y blanquearan, y que lo pintaran de aceite; luego mandé traer una cama y un colchón, y en seguida compré una alfombra, unas sillas y otros muebles. De este modo, dedicando cada día mi pensamiento y mi acción a lograr cada una de aquellas pequeñas cosas, con el mismo impulso con que antes me había dedicado al logro de cosas grandes, al poco tiempo me maravillaba yo de ser dueño de unas habitaciones de tanto lujo. Pensaba yo: "¿Estará en mi destino hallar en

la cárcel mi mayor comodidad?" Porque así es la vida nuestra, es decir, de los hombres que nos vemos en el trance de luchar por la grande causa del pueblo: en el triunfo de la acción todo queda a nuestro arbitrio y podemos despreciarlo, mientras que en los sinsabores de la desgracia, negándonosnos todo, nada nos satisface.

Como al principio el jefe de aquella prisión, un coronel de nombre Sardaneta, que luego cambiaron por otro nombrado Mayol, tenía órdenes rigurosas de no permitirme visitas, yo entonces no tenía ninguna, o casi ninguna. Según creo, aquella era muy grande injusticia, supuesto que a otros presos: generales, jefes, oficiales y soldados de tropa, el dicho director si les consentía que amigos y parientes los visitaran. Pero luego las cosas cambiaron para mí y pronto empecé a tener quien me visitara; y después, alargándome en las licencias de aquel nuevo trato, conseguí que pasara a verme a mis habitaciones una muchacha, nombrada Rosita Palacios, que era persona de muy buenos modales y que alivió mucho la dureza de mi soledad. Aquella Rosita me hizo objeto de muy amables atenciones.

Con las dichas cosas, y de tal modo, semanas y meses se iban pasando y la justicia no se acordaba de mí. Para entretener mis ocios decidí entonces aprender a escribir en máquina y algo de contabilidad, dos conocimientos, a lo que dicen, muy convenientes en la vida de los negocios. Lo de escribir con máquina se me ocurrió porque el licenciado Bonales Sandoval, defensor mío, había hecho que yo comprara una para que en el juzgado sacaran copia de todas las constancias de mi proceso, pues decía él que las dichas copias le hacían falta y yo quería que las recibiera pronto.

Y sucedió que una mañana, al presentarme en el juzgado a recoger mi máquina de escribir, que ya la copia del proceso se había hecho, encontré allí con que estaba solo, como otras veces, al escribiente del dicho juzgado, un jovencito de nombre Carlos Jáuregui, con el cual me gustaba platicar porque era muchacho muy caballeroso y de mucha corrección. Yo le dije:

- Buenos días, amiguito. ¿Qué hay de nuestro asunto?

Pero queriéndole yo expresar con esas palabras que qué me decía de mí máquina, él entendió que yo me refería a mi proceso y a mi situación de prisionero, cosas de las que ya habíamos hablado mucho, habiéndome él ya dicho que mi proceso andaba mal, aunque no por mis delitos, que a su juicio ninguno había yo cometido, sino por haber fuerzas superiores empeñadas en mi cautiverio.

Me contestó él;

- Oiga, mi general: ¿por qué no se escapa usted de esta cárcel? Aquí, créamelo, corre muchos peligros, y según va su proceso no espere que nunca lo suelten, como ya se lo he dicho. Si usted quiere, yo lo ayudo a que se escape. Mire: limo este barrote de la reja y por el juzgado salimos juntos los dos.

Como yo viera muy grande sinceridad en aquellas palabras, pensé entre mí: "¿Por qué no ha de decir verdad este muchachito?" Más no queriendo expresar mi pensamiento, sólo le contesté:

- ¡Ande, ande! ¡Qué cosas dice!

Aunque añadí luego:

- Muy bien, amiguito. Vamos a ver que pienso yo más despacio tocante a ese negocio.

Y me volví a mis habitaciones sin hablarle de la máquina de escribir.

Capítulo XXI

Francisco Villa rechaza las ofertas de los enemigos de Madero y con la ayuda de Carlos Jáuregui se dispone a huir.

La tarde de ese día, y todo el otro día siguiente, yo no hice más que reflexionar sobre los caminos de mi fuga.

Una mañana le dije:

Me decía yo: "Carlitos Jáuregui tiene razón: este juez no puede hacerme justicia, y Victoriano Huerta sigue persiguiéndome, y el gobierno del señor Madero me abandona en manos de mis enemigos."

Porque yo había escrito al señor Madero, siguiendo consejos del juez, una carta en la que le explicaba la verdad de mi situación y el origen de mis penalidades. Y también le decía, porque el juez así me lo aseguró, que siendo yo un acusado militar, estaba en el arbitrio del Presidente de la República mandar que mi proceso se cancelara. Pero la respuesta fue tan desconsoladora que yo no pude creer en tan grande ingratitud y comprendí que al señor Madero lo cercaban mis enemigos, y que lo engañaban no dejándole abertura por donde le alcanzara la verdad.

Empecé, pues a tomar mis providencias para escaparme. Y sucedió que pasadas unas semanas, ya tenía yo en mi poder llaves falsas para todas las puertas que había desde mis habitaciones hasta la azotea de aquella cárcel. Esto lo conseguí con la ayuda de un capitán, que se hizo amigo mío y a quién tocó cuidar del llavero, y pensando que conforme llegara yo a la azotea me sería más fácil descolgarme hasta la calle.

Pero la verdad es que mientras andaba en aquellos trabajos no me había olvidado de las ofertas de Carlitos Jáuregui, teniéndolas por muy provechosas, y por eso me propuse conocerlo mejor y llegar al fondo de su ánimo. Una mañana que fuí al juzgado lo encontré solo. Yo le dije:

- Muchachito, vengo por mi máquina de escribir.

El me contestó:

- Su máquina aquí está, **mi general**; pero yo no puedo dársela sin una orden del juez.

Y me añadió luego, bromeándose conmigo:

- Si yo pudiera disponer de su máquina, ¿sabe, **mi general**, lo que haría con ella?

- ¿Qué haría con ella, muchachito?

- Llevarla al empeño, para ver cuánto me daban.

Le contesté yo:

- Pues, amiguito, haría usted muy bien, porque la juventud con pobreza no es juventud, y no es justo que unos tengamos mucho y otros nada. Quiero decir que los pobres que trabajan y no ganan bastante con su trabajo tienen derecho a tomar parte de la riqueza de los ricos, ¿o no sabe acaso que por eso andamos en nuestras luchas los hombres de la Revolución?

Y saqué un billete de a cien pesos y se lo dí para que se ayudara, diciéndole:

- Tome esto para que se compre dulces, muchachito. Y si puede, venga esta tarde a mi cuarto para que hablemos tocante al negocio que me propuso el otro día.

Así fue. Carlitos vino a verme aquella misma tarde, y como yo descubriera en todas sus palabras la grande sinceridad que antes he indicado, le conté cómo había decidido escaparme, y cómo pensaba hacerlo, y cómo tenía ya en mi poder las llaves que me hacían falta. Más oyendo él aquellos planes míos no los aprobó, por parecerle que mi salida era así muy arriesgada y difícil, y volvió a decirme que el medio que él me proponía era el mejor y me aseguró que el me ponía en la calle sin peligros ni sorpresas.

No quedamos esa vez en nada definitivo. Yo seguí yendo a verlo al juzgado cuando calculaba encontrarlo solo, que era en las horas que el juez y el secretario pasaban en los consejos de guerra, sabedor yo de que también entonces el otro escribiente, que era muy borracho, se salía a beber, y Carlitos siguió visitándome en mi cuarto. Así se acrecentaron nuestras ligas de amistad, y de ese modo, cuando ya le había dado yo espontáneamente más de quinientos pesos, con ánimo de que me cogiera cariño, estuve cierto de la lealtad suya y de su desinterés.

Una mañana le dije:

- Muchachito, tiene usted razón. Lime la reja y vámonos por el juzgado y por la puerta principal de esta cárcel. Pero ¿no le parece que saliendo así con usted van a tomarme por un licenciado?

Me contestó:

- Si, mi general. Y conviene que parezca usted un licenciado.

- Bueno, entonces voy a ser el licenciado don Jesús José Martínez. ¿Le parece?

Y en otras conversaciones más, concertamos todo nuestro plan de acción, que sería de la siguiente manera: por la reja me pasaría yo al juzgado una tarde a las tres; allí me vestiría de licenciado Martínez; saldría a la calle acompañado de Carlitos, que al pasar por la guardia iría hablando de leyes y procesos, y llegando a la calle me recibirían y se juntarían conmigo mi hermano Hipólito, Tomás Morales y Blas Flores, que para eso llamaría yo a la capital, y con los cuales me dirigiría a caballo hasta Chihuahua.

Encargué también a Carlitos que, según fuera limando la reja, me trajera dos pistolas y cien cartuchos y comprara y escondiera en buen lugar las ropas para mi disfraz de licenciado. Luego, como me convenciera él de los muchos peligros de salir de México a caballo, decidimos que primero me iría yo a Toluca en automóvil, y ya en Toluca tomaría mis providencias para lo que más me conviniese.

Aquella idea mía de las pistolas salió muy bien. Me las compró Carlitos y me las trajo junto con los cien cartuchos. Yo empezaba así a tener en él muy honda confianza; pero al ver aquellas armas en mis manos me asaltó una duda, sin saber yo por qué. Entonces le dije:

- Y ahora ya lo sabe, muchachito: al primer movimiento de traición que yo observe, usted será el primero que reciba mis balazos.

El me contestó, con voz de quien conoce hasta dónde puede

alcanzar en su obra la buena fé cuando es lazo entre los hombres:

- Si hay traición, mi general, razón le sobrar  para matarme.

!Buenas palabras, en verdad!, y que mucho me ayudaron a conocer la disposición del ánimo de aquel muchacho.

Lo que no progresaba muy aprisa, según sabía yo por Carlitos, era la limadura de la reja. Me contaba él que las seguetas se le rompían, y que chirriaban de grande manera aún unt ndolas de aceite, por lo que había peligro de que aquel chirrido lo descubriera al correrse y oirse por todo el pasillo de los juzgados.

Le decía yo:

-  Cierra usted bien la puerta que da al pasillo, Carlitos?

- !Pues no había de cerrarla, mi general!

Entonces, como aquel muchacho tenía grande penetración, ideó trabajar de preferencia a la hora en que la banda tocaba el toque de rancho, porque sonando el dicho toque, todos aquellos pasillos se quedaban desiertos.

Sería el 18   20 de diciembre cuando vino a verme, ya casi terminado el corte de la reja, mi hermano Hipólito, que llevaba días de estarme visitando y que se hallaba en México junto con Blas Flores. Me dijo él:

- He cavilado mucho sobre el modo como te piensas escapar. Hasta he reconocido con Jáuregui el camino de Toluca. Opino yo que no debes hacer tu fuga de ese modo, pues me parecen muchos los peligros que corres.

Yo entonces quise apartar a mi hermano de aquella opinión, más como no lo consiguiera, le ordenó que de nuevo hablara con Jáuregui, esperando que así se convenciera, o para que Jáuregui, si las razones de Hipólito eran buenas, pensara con reposo que podría convenirnos más en el trance en que nos hallábamos.

Y sucedió que pasada entre ellos aquella conversación. Carlitos vino a decirme que Hipólito no se hallaba en lo justo, y que el plan de fuga era muy bueno, y que si yo no quería intentarlo, que no lo intentara, pero que él se comprometía a ponerme en la calle sano y salvo, y a llevarme hasta Toluca si a mí me parecía.

Entonces le expresé yo estas palabras:

- Bueno, muchachito. Si tan seguro así está, despache a mi hermano y a Blas Flores para Chihuahua y disponga mi salida para el día 24. Más viva seguro que usted me responde de todo lo que me pase.

Así fue. Se fueron mi hermano y Blas; Carlitos compró para embarcarse hacia La Habana el día 25 en Veracruz, y de ese modo quedaron concertadas y ultimadas todas las providencias para hacer mi fuga el día 24 a las tres de la tarde.

Ocurrió entonces que, teniendo ya todo listo para la acción, aquel mismo día 24 me anunciaron para la tarde la visita de un licenciado amigo mío, de nombre Antonio Tamayo, y a última hora tuvimos que aplazar nuestro propósito, con riesgo de que la tardanza se convirtiera en embarazo. Porque es lo cierto que yo había dejado traslucir algo de mis intenciones en pláticas con el general Bernardo Reyes, que también estaba preso y yo siempre deseoso de hablar con él. Y como aquel señor, muy lleno de visitas, y muy ansioso de verse diario junto a la fama, podía referir a otros lo que yo le había esbozado, de allí podía originarse que en la prisión me empezaran a tomar como punto de vista.

Confirmando yo ahora que aquellos temores míos no carecían de fundamento, pues luego supe que un día, durante nuestras agencias el general Reyes había llamado a Carlitos Jáuregui, que era ahijado suyo, para preguntarle que qué tratos traía conmigo, que por qué me visitaba tanto, y años después vino a mi conocimiento que un amigo del dicho general, nombrado Espinoza de los Monteros, andaba contando cómo debía yo al general Reyes haberme fugado de Santiago

Tlatelolco, lo que no era verdad. Hice yo mi salida de Santiago gracias a mis propias providencias y a la grande ayuda de Carlos Jáuregui. O sea, que con mucha inteligencia y lealtad, Carlitos puso en obra lo que yo ni nadie hubiéramos podido hacer sin aquel concurso tan valioso.

Esa tarde que indico vino el licenciado Tamayo. Me abrazo con amistad muy cariñosa. Me dijo luego:

- Pancho, vengo a hacerte unas proposiciones que mucho te interesarán. Son proposiciones para las cuales estoy plenamente autorizado. Tú, Pancho, eres hombre que seguramente ha venido al mundo para hacer grandes servicios a la patria, y no es provechoso ni humano que por inicuas venganzas, y por ingratitudes que después recordarás con amargura, estés sufriendo prisiones en esta cárcel y anulándote para siempre. Comprenderás que el gobierno de Madero no puede durar, ni es conveniente ni patriótico que dure, y que la salvación del país está en que dicho gobierno desaparezca. Te quiero decir, Pancho, que se prepara ya el golpe definitivo; dentro de muy poco tiempo ha de estallar aquí mismo, en la capital, el movimiento militar y civil que derrumbe a este gobierno. Altos personajes del Ejército y la política están concordes en ese punto. Pues bien, Pancho, yo vengo provisto de amplios poderes, dados a mí por personas que hoy ocupan alto rango en el Gobierno, para proponerte que te unas a ese movimiento, que es necesario y saludable, y que por ello y para ello se te otorgará tu libertad. A cambio de darte libre, sólo se te pide que firmes tu adhesión al golpe político que se prepara, y de este modo te salvas tú de esta prisión, donde seguramente te espera ser otra víctima. Anímate, Pancho, y resuélvete: seis días después de firmar tú esa adhesión te hallarás en el goce de tu libertad más completa. ¿Aprecias bien lo que esto significa?

Oyendo yo aquellas palabras, sentí que toda mi cólera y toda mi vergüenza de hombre se me revolvían dentro de mi cuerpo. Pero como ya sabía yo, por las enseñanzas de la vida, que hay horas en que la reserva es lo verdaderamente útil a la causa del pueblo, y no los arrebatos de la indignación, le hice al licenciado Tamayo el hincapié de estarlo escuchando con mucho interés, y a seguidas le expre-

sé estas palabras:

- Mucho le agradezco, señor licenciado, esto que por mí hace. Nomás le suplico que me conceda un plazo de tres días para pensar a conciencia y resolver sin ninguna precipitación. Hay pasos en la vida que han de calcularse mirando todas las consecuencias, y no puede esperarse que un hombre los dé sin considerarlos con mucho detenimiento, cuanto más si en ellos se juega uno la libertad y la vida.

Me contestó:

- Te concedo, Pancho, plazo de tres días, y espero que te resolverás a no ser una víctima de esta prisión. Pasado ese plazo volveré, trayendo el escrito para que lo firmes, y seis días después recibirás la libertad más completa. Conque no debes olvidarlo.

Y se fue. Se fue después de darme otro abrazo y unas palmaditas.

Cuando yo ví que me dejaba solo aquel hombre que me había hablado de ese modo, me encerré en mi cuarto y me puse a llorar de que se traficara así con la conciencia de los más leales servidores del pueblo. Porque era lo cierto que a mí me venían a ofrecer mi libertad los enemigos del Gobierno, o sea, los mismos que me la habían quitado, porque yo no había de traicionar ese gobierno jamás, y era justamente aquel gobierno el que me tenía preso para dar gusto a los hombres que buscaban hundirlo. Y pensé entre mí: "Sí, señor: yo recobraré mi libertad, más que sea con riesgo de mi vida: pero será para pelear por el señor Madero, no para unirme a sus enemigos. El es ahora, como contra Porfirio Díaz en 1910, y contra Pascual Orozco en 1912, el defensor de los derechos del pobre, que se aprontan a combatir con sus armas nuestros enemigos de siempre."

Otro día siguiente dije a Carlitos Jáuregui:

- Muchachito, mañana nos salimos de aquí a las tres. ¿Estará todo dispuesto?

Y como él me asegurara que sí, le recordé que el automóvil tenía que esperarnos cerca de la prisión, y estar ya contratado para llevar a Toluca al licenciado Jesús José Martínez. También nos concertamos sobre otros detalles; y para disponer yo de mayor libertad de movimientos, me ofreció Carlitos me mandaría boleta con órdenes de presentarme al juzgado a las tres, y que, llegando yo, él ya estaría allí.

Así se hizo. De modo que al otro día, al acercarse la hora, me escondí las pistolas debajo de la camisa; puse en un pañuelo los cartuchos, y envolviéndome en un sarape, pues tuve la fortuna de que hiciera frío, me salí a pasear por el corredor, igual que otras veces. Desde días antes, para no llamar la atención, me había cambiado mis zapatos de una pieza por otros de catrín, de color negro, conforme a las recomendaciones de Carlitos, y me había puesto unos pantalones de color azul marino, según puede llevarlos un licenciado.

Conforme me paseaba, me acerqué al cuarto del teniente coronel, segundo jefe de aquella prisión. Le digo yo desde la puerta:

- Buenas tardes, señor teniente coronel

El me responde:

- Buenas tardes, mi general. ¿Qué milagro que viene usted por aquí?

- Pues visitándolo nomás, para pasar el rato, que son muy largas las horas en la vida de los presos.

El se levantó entonces del catre donde estaba recostado, y yo, tomándolo de un brazo, lo saqué a dar conmigo una vuelta por el corredor.

De tal manera, yendo y viniendo, conseguí a buena hora llevarlo hasta donde estaban los centinelas, que era lo que yo buscaba. Allí saqué mi reloj y le dije en voz alta, para que los centinelas oyeran lo que estábamos hablando.

- Ahora sí, con su permiso, señor teniente coronel: ya se me llegó la hora de presentarme al juzgado.

Me contestó:

- Pase usted al juzgado, señor general.

Y despidiéndose de mí, vió como yo me iba por el corredor.

O sea, que los centinelas ya no tuvieron que ocuparse de mis pasos.

Capítulo XXII. (Fragmento)

Pancho Villa se evade de Santiago Tlatelolco y logra así la libertad que no sabía darle el gobierno de Madero.

Entrado al juzgado, cerré muy bien la puerta. Le dije a Carlitos, que estaba haciendo el hincapié de escribir unos papeles:

- Amiguito, buenas tardes. ¿Todo va bien?

- Todo, mi general.

Y le añadí luego en voz baja:

- ¿Cuál es el barrote?

- Este, mi general.

Entonces eché mi cobija al suelo, le pasé a Carlitos el pañuelo y, agarrando aquel barrote a dos manos, conseguí, aunque estaba muy duro, encorvarlo hacia afuera, pues en verdad que yo era muy vigoroso en aquellos tiempos y había muy pocas cosas que se me resistieran. Doblado así el barrote, me encogí para meterle el hombro, y de aquella forma, empujando hacia arriba con toda la fuerza de mis piernas y mi cintura, logré llevarlo hasta el punto conveniente.

Por entre los barrotes me pasé al interior de la oficina; y cuando estuve dentro, Carlitos sacó de donde los tenía

ocultos un sobretodo, un sombrero negro de esos que llaman de "bombín" y unos anteojos oscuros, con lo cual iba yo a cambiarme en licenciado. Me puse todo aquello, dejando sobre la mesa del juez la gorra que traía, y en seguida Carlitos me dió los cartuchos, que me repartí entre los bolsillos del sobretodo. Acomodadas bien las dos pistolas, que llevaba yo por delante, para que no se traslucieran por el bulto, me sentí a gusto dentro de mi nueva ropa. Le pregunté a Carlitos:

- ¿De veras cree usted, amigo, que así pueda pasar por un licenciado?

- Si, mi general. Nomás levántese las solapas y no se olvide de ir tapándose la boca con el pañuelo, como si tuviera mucho catarro.

Así lo hice. Pasamos luego a la otra pieza. Bajamos por una escalera que nombran de caracol. Al desembocar en la guardia, ví que el oficial estaba leyendo o escribiendo. Recuerdo ahora que estaban allí otros oficiales. Yo hacía como que me sonaba, según nos dirigíamos hacia la puerta, y tosía un poco, como hombre acatarrado. Con muy grande calma me decía Carlitos:

- ¿Lo ve usted, señor licenciado? Cuando se propone uno acabar pronto, pronto acaba. Hoy hemos terminado mucho antes que otros días.

Yo decía que sí con la cabeza, mientras seguía dizque limpiándome la boca con el pañuelo.

Así salimos a la calle. Queriendo yo apretar el paso, Carlitos que no se desamparaba de mí, me dice:

- No vaya tan aprisa, mi general.

¡Señor! Aquel muchachito se portaba con ánimo tan seguro, no sé si por ser yo el preso y no él, que parecía que iba dándome lecciones.

Llegamos hasta la puerta izquierda del edificio que nombran Casa de la Aduana de Santiago. No se veía ningún automóvil. Ya muy inquieto pregunté yo:

- ¿Y el automóvil, Carlitos?

- Está del otro lado, mi general.

- ¡Del otro lado! ¿Pero cómo lo ha dejado tan lejos, muchachito?

- No se podía ponerlo más cerca, mi general. Tenga usted calma. Allí lo encontraremos.

Y era muy cierto lo que me decía. Atravesando hasta el otro lado, allí encontramos el automóvil.

Conforme trepamos, le digo al chofer:

- Vámonos, amigo, que no soy hombre para gastar el tiempo.

Porque ya Carlitos, como antes indico, lo tenía apalabrado para que nos llevara hasta Toluca por cincuenta pesos, de modo que no había que decirle nada más.

Y sucedió, mirándome yo dentro de aquel automóvil, que vine a sentirme más inseguro que en ningún otro de los riesgos de mi vida. Porque, ¿qué movimiento podía yo hacer allí, aunque sintiera en mis manos aquellas dos pistolas? Sentado en un automóvil, al hombre más valeroso lo pueden matar. Y pensé entre mí: "Si mis enemigos tienen bastante fuerza para ponerme preso cuando quieren, como también la tienen para ofrecermé en cualquier momento mi libertad, ¿cómo no han de tenerla para cogermé por sorpresa dentro de esta caja?"

Le dije a Carlitos Jáuregui:

- Oiga, amiguito: ¿no le parece que deberíamos cambiar esto por unos caballos?

- No, mi general.

Al llegar al Contadero, punto que así se llama, dos rurales pararon el automóvil y se nos acercaron. Con la zozobra de mi inseguridad, yo eché mano a mis pistolas; pero advirtiéndolo Carlitos, me cogió el brazo, me dijo en voz baja que me estuviera quedo y dejó que los rurales llegaran. Nos preguntaron ellos que quienes éramos y para dónde íbamos, y que si no acarreábamos armas o parque. Les contestó Carlitos:

- Somos el licenciado Martínez y yo, que vamos a Toluca a una diligencia.

Ellos nos respondieron:

- A ver.

Y nos mandaron bajar del coche, para registrarlo debajo de los cojines. Después nos dejaron ir.

Al alejarnos, yo, sintiéndome intranquilo, le pedí a Carlitos que me declarara aquel suceso; y como me dijera que los rurales estaban allí para impedir el paso de armas o parque con destino a los zapatistas del estado de México, le respondí yo:

- Pero ¿cómo me trae así sin avisármelo, muchachito? Pués ¿para qué exploró entonces esta carretera? ¿No ve que un poco más y nos cogemos a los balazos?

Cuando ya íbamos entre las quebradas de la montaña, pensando yo en lo que pudiera ocurrir mandé que el automóvil parara un rato. Nos apeamos. Ya retirados del coche le dije a Jáuregui:

-¿Usted qué tal es para la pistola, amiguito?

- Muy malo, mi general.

- Bueno, pués vamos a ver quién hace los peores tiros.

Y así fue. Escogimos un blanco y nos pusimos a tirar, trás

de lo cual seguimos nuestro camino.

Llegamos a Toluca. Yo le dije al chofer:

- Amigo, déme su tarjeta, o su nombre y su domicilio en México, porque es posible que pasado mañana vuelva a necesitarlo para que me lleve de regreso con mi familia.

Hice yo eso para estar seguro de la respuesta del chofer en el caso de que alguien le preguntara sobre nuestro viaje.

En Toluca mi primer paso fue, por recomendación de Carlitos, entrar a una peluquería para que me rasuraran el bigote. De allí nos fuimos a cenar. Luego nos pusimos a buscar camas, las cuales encontramos en una casa de huéspedes de una señora nombrada doña Refugio, que nos dió unas muy buenas en un cuarto muy elegante.

Le pregunté yo:

- Diga señora, ¿es segura esta casa?

Me contestó ella:

- Si señor. Puede estar usted con confianza. En aquel cuarto de enfrente vive un mayor del ejército: siempre deja la pistola sobre la mesa y hasta ahora nunca se le ha perdido.

Yo pensé un momento si nos convendría alejarnos de aquel mayor. Luego resolvimos que no. Pero considerando también que sería prudente no mostrarnos mucho en aquella casa, pues había peligro de que el dicho mayor nos viera, y siendo muy temprano para acostarnos, le dije a Carlitos:

- ¿Y qué tal es usted para las muchachas, amiguito?

- ¿Para las muchachas, mi general?

- Si, amiguito: para las muchachas.

- No sé, mi general.

Pues ahora lo vamos a saber.

Y así fue. Los dos nos fuimos de fiesta en busca de muchas, porque es lo cierto que después de tanta cárcel sentía el vigor recreándose en todo mi cuerpo, y necesitaba desgastarme según es ley que se desgasten todos los hombres.

De cómo vino Huerta, y como se fue...

puntos para la historia de un régimen militar.

El movimiento armado de la Ciudadela

(9 de febrero)

En la prisión de Santiago

Mientras se desarrollaban estos sucesos en el centro de la capital, los reos de la prisión militar de Santiago entablaron una lucha terrible contra los guardianes, con el objeto de evadirse, habiendo durado el combate cuatro horas, en las que perecieron cerca de 200 reos, que iban siendo cazados a medida que salían del edificio. Los reclusos que allí quedaron, en la imposibilidad de poder evadirse, incendiaron la prisión.

Fernando del Paso.

José Trigo.

Primera parte: El Oeste. 8.

(UNA ODA)

(Oda o corrido, valona, tonada, inventario, romanza, aria.)

Sobre los carriles de hierro, corre el tren. Un tren es una serie de carruajes enlazados unos a otros, para conducir mercancías y pasajeros por los Caminos de Hierro. En el tren viaja el suicida que se ha de arrojar desde lo alto del puente de Metlac. El abigeo. La pareja de recién casados que cohabita en el reservado. El provinciano y el capitalino. El obispo de muceta morada y roquete bordado con imaginé-ria. El ladrón de relojes con leontina de plata. La mujer pàridera que ha de tener un hijo ferronato. Viaja también el vendedor de crucifijos, con su maletín. El viajante que se dedica a la venduta de máquinas portátiles. Los deudos que velan un cadáver embalsamado con formol. El extranjero que ha de repatriarse. El fabricante de vaporarios. El contra-bandista de morfina y otros estupefacientes. El currutaco pisaverde y chabacano necesitado de bisoné. El delincuente esposado. El árbitro de futbol. Un paseante que morirá en el viaje, de un síncope. El orfeón. Los hombres de la fàrandula, con su guardarropía. El polizón. El alienado. El lagartijo lechuguino e inelegante. El maestro en escultismo. Los carabineros. El oficial de la armada con su cutó plateado. Una caravana de amapolados homosexuales que regresan del carnaval, del antruejo, con los cabellos moteados de confeti y antifaces de ojeras, que fuman cigarrillos de color carmesí robados en los burdeles de la costa: nicotina y mentol. Y el transformista, el travestista que se transforma en notario que se transforma en cirquero, recaudador, censor, proxoneta, tiranicida, mentor... Así como todos aquellos hombres y mujeres de todas las razas, negros o blancos, huicholes, babispes, chochopopolocas, tarahumaras, acafes. Que van de gira campestre. De negocios. De vera-

neo. De excursión. De bordada. De paseatas en buena amistad. O a lugares de saltaciones y besamanos, charreadas, jaripeos y novilladas, solemnidades y relaciones, jolgorios y sanjuanadas, kermeses, torneos, tauromaquías, verbenas y luminarias; cargadas a más y mejor de velices y valijas, maletas, petacas con flejes, cartoneras arcones, bujetas, escriños y portamanteos. También con neceseres, mochilas, capoterías, carrieles, fiambreras. Con provisión de pasaportes, itinerarios que consultan, dietas que recuentan, salvoconductos. Llegan unos, parten otros, emigran, inmigran, peragran de aquí allá, trasbordan, empalman, se embarcan, hacen conexiones, continúan su viaje en automóvil, en chalanas no más seguras que armadías, en autobuses. Vienen de la zafra, van a colonizar, viajan a sus quintas y fortines, regresan de la pesca del sábalo, asisten a tomas de posesión.

Al frente, va la locomotora. Una locomotora es una máquina montada sobre ruedas que, movida con vapor, electricidad, etc., corre sobre carriles y arrastra los carruajes de un tren. Es un artificio mecánico que desciende del palanquín, de la fastuosa carruca, de la cuadriga. La locomotora y los carruajes, hacen un ferrocarril. Porque ferrocarril no es sólo el camino formado con dos barras de hierro paralelas sobre las cuales ruedan los carruajes, sino también el tren que circula por este camino. En este caso, la locomotora es de vapor. Vapor es la forma gaseosa de una sustancia que a la temperatura ordinaria es líquida o sólida. El vapor que mueve a la locomotora es vapor de agua. El agua, líquido transparente, inodoro e insípido que forma la lluvia, los veneros, las albuferas, las marismas donde cuajan las saladas, se evapora al hervir, y hierve al calentarse con el calor que se desprende de una combustión. En este caso, el combustible puede ser -o puede no ser- el carbón. El carbón mineral, por ejemplo, es una sustancia fósil, negra y bituminosa que se encuentra en el centro de la tierra.

La tierra es redonda. También es plana. También es anfractuosa. A veces tiene llanos, planicies, sirtes. A veces tiene montañas, ríos, desgaldaderos.

Por la redonda, esférica tierra, ruedan las locomotoras. Cruzan disformes llanos, suben encimbradas montañas, atra-

viesan fragorosos ríos. Ruedan desde hace casi dos siglos. O sea desde hace mucho y muy largo tiempo. El año fue 1769. El país, Francia. El acontecimiento, la construcción del primer vehículo de vapor. Pasaron los años; quince, para ser más exáctos, y se patentó el artilugio. Pero fue hasta principios del siglo que culminaría con la bella época: el siglo diecinueve, cuando nació la locomotora. Una sola locomotora hacía el trabajo de dieciséis caballos, dieciséis briosos solípedos de cuellos y colas pobladas de cerdas largas y abundantes, en las minas hulleras de Leeds.

Fracasó el ferrocarril de cremallera. La locomotora anfibia "Orukter Amphibolis" se hundió, no en el agua, más sí en el olvido. Pero triunfó la locomotora que recorrió el camino de Stockton a Darlington con cuatrocientos pasajeros a bordo, el martes 27 de septiembre de 1825. Al frente marchó un hombre, a caballo. Enarbolaba una bandera y en la bandera se leía: "Periculum privatum, utilitas publica." Allende de los cuatrocientos peregrinantes, la histórica locomotora llevaba una carga. Carga es toda cosa pesada que se transporta, y que puede ponderarse por estéreos, por arrobas, por quintales o centipondios, por toneladas. Y los ferrocarriles transportan cargas. Cargas de harina, como la que transportó la locomotora de Stockton a Darlington. O cargas de toda estirpe, de toda índole, de todo rango.

Porque si bien en un principio los ferrocarriles transportaron frutas, maderas, áridos y minerales inorgánicos, con el acaecer del tiempo (el carro diligencia se transformó en el carro aerodinámico, con gabinetes particulares, asientos afelpados), con el devenir del progreso ("Tom Thumb" y el "Leon de Stourbridge" se transformaron en la locomotora "Mallard"), además de almudes de maíz, cuarterones de frijol, serones de plátano guineo o toneladas de coke, los ferrocarriles transportan la carga más miscelánea y fántastica: desde el cultivo del protozooario ciliado que produce la disentería balantidiana, hasta el meteorito sidéreo, resto de un astro extinguido, que después de cruzar los espacios y de romper la red invisible de almicataradas y acimutes, cae en la tierra.

Los pasajeros de los ferrocarriles no tendrán ya que viajar con talaras sobretodos y gafas de gasa: los ferrocarriles transportan cápsulas de radioactivo cobalto 60 para aliviar a los enfermos del mal del cáncer, también llamado cangro. Los pasajeros de los ferrocarriles no tendrán ya que sorber el café con popotes o canulillas, porque los trenes ya no dan bandazos, ya no se cernean como antes, y porque ahora también transportan espermaceti para hacer lápices labiales, y además cactáceas, tendemes, estilográficas, árboles navideños, valores fiduciarios, curricanes y manómetros.

Los rieles ya no se romperán más con el peso de las locomotoras, ni las locomotoras arrastrarán varios carros cargados de algodón, para proteger a los pasajeros en caso de explosión de la caldera: los ferrocarriles transportan incubadoras para los niños prematuros; corníferas antas, cóndores, rapaces raposas y proboscídeos elefantes para los zoológicos de las grandes urbes, así como panteras enteramente fieras; y contraestopas, tragaperras, diásporos, almácigas para los viveros e invernaderos. No volverá un caballo a ganarle una carrera a "Tom Thumb", ni "Tom Thumb" volverá a usar cañones como tubos de vapor: las locomotoras, cuyos antiguos miriñaques barrenieves se han transformado en eléctricos limpianieves giratorios, transportan lo mismo linotipias donde se han de componer los grandes diarios matutinos, meridianos y vespertinos, que arcos voltaicos para el alumbrado de las grandes autopistas y arterias escénicas, o bidés para los burdeles, también llamados congales, donde se han de lavar vulvas, ninfas y clítoris las rameras o mozcorras, por otro nombre gamberras.

Todo esto transportan los ferrocarriles. Y todo lo que se puede imaginar. O soñar. Porque también se soñó con el ferrocarril formado por grandes cajas de agua, cajas más grandes, claro está, que la sentina de un barco de 25 000 toneladas, o que un dique de carena, que habrían de correr por una decavía transportando buques. Sí, buques de alto bordo, gran calado y gran eslora. ¿Y por qué no, si treinta barcos guerreros fueron transportados por tierra, del Bósforo al Cuerno de Oro, en 1453? ¿Y por qué no, si dos milenios antes, barcos trirremes de veintiún brazas de largo fueron

transportados por tierra, y cruzaron el Istmo de Corinto, tierra de vides efervescentes?

La guerra del ferrocarril fue ardua y larga: no todo marchó sobre rieles. Testigo de ello fue la "Puffing Billy," la locomotora más antigua que se conserva, y que se encuentra en el Museo de Ciencias de Londres. No bien empezó a cruzar las praderas donde medraban el ballico, el cinosuro, la linaria y el quinopodio, cuando ilustres sabios de la era en boga dijeron que, a su muy leal entender, humo, carbonilla y silbatazos acabarían con los sembradíos, los pájaros y el ganado. Pero no fue así; las partículas de cisco y la carbonilla incandescente que brotaban de las fumosas chimeneas de los dorados capiteles, no incendiaron los pastizales donde pastaban las vacas, hembras del toro. Y tampoco el humo atosigó los aires y mató a los pájaros voladores que se dijo iba a matar, y entre los cuales se podría mencionar el arrendajo, la cogojuda, el turpial, el vencejo y el cristofué.

Claro que de entonces acá, ya llovió...

Lejos están los tiempos en que los indios cheyenes lazaban a las locomotoras. En que poblaciones enteras se sublevaban cuando sabían que por ellas iba a pasar el ferrocarril. Lejos la época en que locomotora y ténder formaban un mismo vehículo: a la caldera seguía un combés, por llamarlo así, y luego un viejo barril que antes había contenido whisky y ahora agua, unido con correas a la plataforma. Más lejos los días en que doctorales políticos sugirieron que los ferrocarriles llevarán velas, sí, velas latinas o cuadradas como las que movían a los quechemarines, las balandras y los galeones, para aumentar la velocidad con el favor del viento.

No, no hubo tordo que se aturdiera.

Llovió, llovieron, de antuvión, argaviosos, mangas, rujiadas...

Pero a fuerza de constancia, triunfó el Caballo de Fuego, el demoniaco Caballo-Dromedario de carne píceas, domos nielados y crines de humo. No obstante que estalló "La

Mejor Amiga de Chárleston." No embargante que fracasaron exóticos intentos de construir aparatosas locomotoras neumáticas e hidráulicas. Se inventó el manómetro de mercurio para vigilar la presión. Llegó a América el "León de Stourbridge." Se maquinó el fumívoro para que el humo no inundara las estaciones, el freno eléctrico "Achard": breque, como se le decía entonces. El primer coche con literas circuló, sobre el camino de Cumberland Valley. Se descubrió que las curvas debían tener peralte, que los carriles debían tener eclisas, que los carros debían pasar bajo los gálibos o paspartús. En las plataformas del tren que iba de París a Orléans, viajaban calesas, berlinas, quitrines y diligencias completas.

No, no hubo perdiz que se desperdigara...

Llovieron, a fanegadas diluvianas, trombas y orajes, cataratas...

Y fueron naciendo todas las locomotoras que desde entonces han recorrido el mundo, y que son tantas que hoy día se clasifican por la expansión o por la carrera del émbolo, o por la superficie de las parrillas. Tan sólo por la disposición y el número de las ruedas, hay docenas de locomotoras distintas, desde la locomotora "Planet" hasta la "Artic-Mallet", pasando por las locomóviles "Baltic", "Mikado", "Mastodonte", "Javanic" y "Union Pacific." Descienden de la "Lord of the Isles", de la "Bavaria", de la locomotora experimental "L'Aigle" de ruedas más grandes que la caldera. Y también de aquéllas que intentaron conservar la belleza afectada de una centuria que no tardaría en morir. Decimonónicas, finiseculares locomotoras de estilo gótico. Renacimiento, Luis XVI, según modas y usanzas que no volverán.

Las golondrinas tampoco se atolondraron...

Y llovió tanta agua, como nunca se ha visto, contando cuantas aguas artesianas, freáticas o subválveas existen...

Y el ferrocarril creció y se extendió, y a su vera nacieron pueblos que si bien en un principio estaban formados por tambarrias, garitas o cantinas -se diga como se diga- y

poblados por gente de gallaruz, por niños correntones con ropa crecedera, fueron después grandes y prístinas ciudades. La Guerra del Ferrocarril, para alborozo de la posteridad, se ganó en 1847. Y los carros "Pullman"; los aparatos block "Staff" con galvanómetros y teléfono para la señalización ferroviaria; las locomotoras de turbina; los carros eléctricos "MU" o de "Múltiple Unidad"; los trenes conmutadores; el sistema telegráfico dúplex; los modernos subterráneos metropolitanos; las locomotoras "Deltic" de 3 300 Caballos de Fuerza; los funiculares y los teleféricos; los monorrieles; cuanto tren hay traspirenaico, trasandino o trasiberiano, y otros inventivos y descubrimientos que en el campo de la macánica el hombre excogitó, se dejaron venir...

Sí, desde entonces acá ya llovió, desde el orinal del cielo y por el compluvio de los tiempos, y tanto, que a ojo de buen cubero se puede calcular que pluviómetro alguno no podría medir, ni dique contener...

Y fue así como la locomotora, o máquina montada sobre ruedas y movida con vapor, uno más de los medios de transporte que ha inventado el hombre y por lo tanto pariente del zepelín o globo dirigible, el clíper, el tílburí, la balsa, el monociclo y el champán, recorre la redondez de la tierra desde hace más de dos siglos o espacio de doscientos años, y tras ella van los tónderes o alijos, los vagones, los furgones, los cabuses.

Y con el humo, la carbonilla y los silbatos, ni se amilanan los milanos, ni se azoran los azores.

Al llegar al campamento escuché, a lo lejos, el silbato de una locomotora.

Cien, mil veces diarias, se oyen por estos rumbos los silbatos de las locomotoras. Y sin embargo de su frecuencia, no pierden su sentido.

Cuando el maquinista abre la válvula del vapor y el silbato deja oír su largo lamento, siempre lejano como la sirena de un buque, oscuro como el grito de un monstruo herido, hondo como el ulular de un vórtice, el hombre y los animales callan.

El silbatazo suena como un golpe de mar que se quiebra en los farallones, como un trueno, como una profunda nota de órgano en el interior de un altísimo templo.

El silbatazo de una locomotora es sagrado.

Sagrado como los bosques, como las montañas, como los abismos que lo han oído y lo esconden, lo devuelven, lo tragan para siempre jamás.

Qué animal, qué piedra, qué árbol, qué río no ha escuchado alguna vez el silbatazo de una locomotora: el silbato cargado de mar, de tierra, de tiempo, y la locomotora cargada de carros y los carros cargados de frutas, de sal, de especias, de hombres, y los hombres cargados de años, de recuerdos, de sueños de otros hombres.

Escuchad. Escuchad al tren. Escuchad el silbato del tren.

Es una noche fría, negra, noche del Norte. El tigrillo de Tamaulipas se despierta, hincando sus garras en la tierra y aguarda. El lobo de Coahuila yergue sus orejas de caracol. La zorra de Chihuahua enciende sus ojos color miel. La onza de Sinaloa ondula sus músculos acuáticos bajo la pelambre sedeha.

Es el tren. El tren que viene, que pasa, que va, que fue.

Porque el silbato de un tren es el tren mismo.

Y es todo lo que lleva el tren.

Y es todos los lugares que conoce el tren.

Y todo lo que tiene que ver con el tren.

Es una locomotora, que hoy, vieja y torpe, veo caminar por los campamentos de José Trigo, pero que ayer, hace diez años, surcaba los desiertos del Norte, bajo una lluvia de copos de nieve grandes como frutas blancas hundiéndose en el mar.

Es el hombre de bigotes blancos, kepí y reloj, que fuma un habano.

Es el enjambre de mariposas nocturnas y murciélagos narigudos que se estrellan en los fanales.

Es la mujer que espulga las ladillas tenaces de su hombre, aquí, en Nonoalco, junto a una caseta de madera roja y podrida rodeada de girasoles y de humo.

Preguntad.

Preguntad quién no ha oído el silbato de un tren y quién que lo haya oído no se ha ido un poco con él.

Los animales de la tierra, lo oyen.

Los monos araña de San Luis. Los quebrantahuesos de Veracruz. Los castores de Sonora. Las comadrejas de México. Las nauyacas de Chiapas. Las martuchas y los tapires de Tabasco. Los pecaris y faisanes de Campeche. Los osos hormigueros de Quintana Roo, lo han oído.

Porque no hay lugar que no haya recorrido.

Así como no hay hombre que no lo recuerde.

Porque ninguno, nadie, nunca no se ha ido un poco con él.

Allí donde se juntan el mar y la tierra, se juntan los barcos y los trenes. Y allí también se separan. Los barcos les prestan su sirena a los trenes, y los trenes se la llevan, con toda su cargazón de tristeza y de nostalgias.

Y allí también, donde se juntan el mar y la tierra, donde los ferrocarriles entregan al mar su carga de maderajes

y cotonías para hacer arboladuras y velámenes de barcos que ya no existen: para construir masteleros y cofas, baupreses y botavaras, y coser velas cangrejeras y velas mesanas, foques y contrafoques, y allí, donde los barcos entregan a la tierra la carga preciosa del mar: esponjas y mariscos, púrpura y ámbar gris, guano y corales, allí nace el marino de la tierra, nace el viejo lobo de tierra que perdió una pierna en el descarrilamiento de El Cazadero, que perdió un ojo en la toma de Zacatecas y ganó la gloria en San Pedro de las Colonias.

Porque los ferrocarriles son como los barcos.

Los trenes de carga son como las naos mercantes, las locomotoras Gran Mogol son como los viejos piróscafos de ruedas, los trenes estacioneros son como los buques de cabotaje y las mensajerías, los trenes de recreo son como los yates veleros, las máquinas de cremallera son como los buques rompehielos, los trenes de guerra son como los acorazados, las locomotoras remolcadoras son como las falúas escampavías y los trenes plateados Diésel son como los trasatlánticos.

Los carrilanos son también como los marineros: como hay pilotos, hay conductores; como hay timoneles hay maquinistas, como hay grumetes hay peones de vía.

Y son nuestras casas redondas como los astilleros...

Silba el tren.

Y cuando silba, pienso en él, en el viejo lobo de tierra con la cara atezada, curtida por mil soles, con dedos como garfios de aferravelas, cabellos de humo, boca de caldera, vello blanco que le sube como espuma por el pecho. Y lo veo sentado en un viejo muelle de carga de estos campamentos, rodeado de furgones y vagones que naufragaron hace muchos años. Los niños, a horcajadas en cubas y barriles, se juntan en corro para oirlo. De vez en vez transcurre alguna vieja locomotora fantasma cuyo humo sube hacia el Puente como un remolino de burbujas.

Es de noche, y la luz de sus lámparas hiende el espacio polvoriento como el rayo de luz de un faro hiende el agua. El viejo enciende un cigarro, ve como el viento juega con la ropa blanca tendida a secar y la hace ondear como si fuera banderas, o velas. Los postes del telegráfo emergen de la tierra arenosa como mástiles de barcos sepultados. Y el viejo recuerda.

Recuerda cuando paleaba carbón en los fogones de las locomotoras. Bajo todos los climas: tiempos de seca, de lluvia, de calor. Sobre los meteoros y furia de los elementos: tifones, centellas y cataclismos. Después, desde lo alto de un carrotanque, como desde lo alto de una gavia, atalayaba el horizonte. Navegaban por sierras azules y grises que semejabán mares en tempestad. Singlaban por mares espumosos de niebla, por mares verdes de alfalfa mecida por el viento, por mares dorados de trigo ondulante que morían al pie de las montañas. Aportaban a estaciones pequeñas y solitarias como islotes o arrecifes. Estaciones cuyos nombres antiguos y marinos sólo él conoce, y que nunca volverán a llamarse como antes. Porque el conoció Jauja, conoció el Quiote, conoció Sacromonte y conoció Muleros. El vivió en Tortugas y Dublin Spur. Trabajó en Colombres y en Tamesí. Nació en Presidios de Abajo y lo bautizaron en Balastre Negro. Ha muerto muchas veces en Columbus, en Calera, en Arroyo de Luna y en Villa Vieja. Y ha vuelto a nacer otras tantas en Ferrería, en Paso del Cura, en Rinconada y en Brisbín.

El, el viejo lobo de tierra que navegó por la vida, por la leyenda, por el amor, por la Revolución: de año en año, de historia en historia, de mujer en mujer, de batalla en batalla.

Cuando oigas pitar un tren, acuérdate de él.

Y escuchálo contar sus viejas historias. El fue capitán de un navio que llevó de un lugar a otro de la tierra Ministros y Presidentes, Secretarías de Guerra y Hacienda, Comisiones Permanentes del Congreso, Colegios Militares, Contadurías y Tesorerías de la Federación. Oyélo, escúchalo. El te dira que la Revolución se hizo en tren. Escucha su sangre que

se le encarabina y le canta como aquella vez un jueves santo de los años quince (Corre corre maquinita no me dejes ni un vagón, nos vamos para Celaya): esa Revolución esa bendita Revolución de capotas azules y carabinas treinta-treinta, de caramañolas con agua de sotol y días y días de no comer sino biznagas y nopales o pinole y agua sucia y de hombres que dormían en las vías abandonadas como balas de canana y de botellas de aguardiente que giraban y saltaban como potros de tiovivo en los corros de los hombres de mitazas de hebillas tintineantes, esa Revolución, ésa que se fue se fue (una mañanita blanca, blanca en los rieles del tren se fue camino del Norte se fue para no volver): esa revolución se hizo en tren.

El te lo dirá.

Y tú, cuando escuches el silbato de un tren, lo recordarás.

Recordarás, como si los vieras, los cascos niquelados y caponas gualdadas de los guardias presidenciales cuyos cadáveres fueron quemados en los basureros de Zoquipa; los sables temerosos y chacots charolados de los dragones que combatieron en la Revolución; los blusones caqui, las mascaradas rojas y los sombreros tejanos de toquillas de cerda de los dorados que tomaron Ciudad Juárez. Porque todos ellos se fueron, vinieron, murieron en el tren.

Pregúntaselo a los ríos, a los lagos, a las montañas que los vieron pasar.

San Fernando y Soto la Marina, Usumacinta y Grijalva, Papaloapan y Tamesí, Balsas y Suchiate, Pánuco y Concepción, vieron pasar a los viejos ferrocarriles donde viajaban los amarillos, los colorados, los ratones y las liebres blancas. El Popocatepetl y la Malinche, el Pico de Orizaba y el Nevado de Colima, el Cerro de Mohinora y el Cerro de Zumate, vieron pasar al Ejército Libertador, el Ejército Constitucionalista y la División del Norte.

Ellos te los dirán.

Te lo dirá Pátzcuaro. Te lo dirá Cuitzeo. Te lo dirá Zapopan y Zirahuén. Te lo dirá Zempoala y Guzmán. Términos y Mayrán.

Te lo dirá él, el viejo ferrocarrilero.

Y te lo dirá el silbato de una locomotora cada vez que lo oigas, cada vez que te diga:

¿No hubo general que se afortinó en las acequias que corrían a los lados de la vía?

¿No hubo caudillo que les perdonara la vida a sus prisioneros porque los necesitaba para reparar sus ferrocarriles?

¿No hubo jefe que transportó sus tropas y su artillería de Maytorena a Cruz de Piedra con sólo quinientos metros de riel?

¿No hubo militar que cargara una locomotora con dinamita y la lanzara a todo correr contra una estación?

¿No hubo revolucionario que rompió un sitio haciendo caminar una locomotora por las piedras?

¿No hubo rebelde que hizo correr de una ciudad a los federales con un tren vacío, porque colocó fusiles en las ventanas?

El te lo dira. Ellos te lo contarán.

Ellos, los ferrocarrileros que incendiaban puentes y alcantarillas, que enterraban los cadáveres de los fusilados, que prendían fuego a los vagones repletos de mercancías, que descarrilaban a los trenes porque desclavaban los rieles, o los petardeaban, o untaban jabón en las vías, o atravesaban un caballo muerto.

Cuando un tren silba, sus recuerdos llegan en tropel. Y ellos vuelven a ser los hombres que en los talleres del ferrocarril de Topolobampo repararon el cañonero Tampico.

Los mismos que en Mapimí crearon la fuerza obrera que se unió a la Revolución. Los mismos que con jaulas de durmientes sustituían los arcos y las trabes de acero de los puentes volados, y escombraban peñascos que pesaban cientos de toneladas y trabajaban en arroyos y ríos con el agua a la cintura.

Ellos transformaron sus talleres en maestranza, ellos los carrilanos menestrales que de saber de resortes helicoidales y muelles elípticos, de sifones de circulación y válvulas de bipaso, pasaron a saber de avantranes y cureñas, afustes y escalabrones, y dejaron de limpiar con carbonato las incrustaciones de tanino en los vientres de las calderas, para hacer cañones y hacer fusiles para la Revolución.

Ellos, los que manejaron los trenes que llevaron el triunfo de Crespo a Salamanca. Los que murieron en los combates, en los aludes, en las inundaciones, en los alcances, en los carros telescopiados, en los embalados y en los desboques.

Almirantes que custodian las armas de la Revolución: cofres de granadas, cañones de retrocarga, fusiles "Remington", morteros, ametralladoras "Thompson", fusiles ametralladoras "Madsen", bombas "Martin Hale", carabinas venaderas "Winchester", cañones "Vickers" y "Schnaider Cannet"...el tren marcha hacia los escenarios de las grandes batallas.

Hombres que tenían un amor en cada puerto.

Viajeros que conocieron los lugares que tienen los nombres más hermosos del mundo. Que anduvieron por la estación de Bimbaletas. Que anochecieron en Cantabria y amanecieron en Tembladeras. Que se emborracharon en Fontezuela y bailaron en Trópico de Cancer y fornicaron en Buen País y se enamorcieron en Queréndaro. Que pasearon por Paso de Buques y miraron Miramar y olvidaron Jericó. Que trabajaron en Bellaco y en Centauro, en Tetillas y Cienfuegos. Que tenían el alma más dura que el alma de los rieles que llegan a Paredón y a Retorta, a Gigantes y a Dañú, más dura que el vanadio y el níquel, el manganeso y el acero tungsteno, y más que el corazón de los durmientes de la estación de la Polka, Alacranes y Anzaldúas.

Ellos te lo contarán.

Ellos te lo dirán.

Nosotros los ferrocarrileros de reló y kepí, gente de mucha cabalidad que tenemos nuestras vidas entre las ruedas del tren, y que en nuestros trenes tarascas sobre el ancha vía y pita y pita y caminando, en nuestras viejas queridas locomotoras que tenían nombres de canciones: "La Adelita" y "La Juventina", "La Llorona" y "La Negra Consentida", dijimos adios a nuestros viejos rincones de cantina donde adoloridos del corazón por una ingrata a escondidas del sol bebíamos una copa y otra copa y hasta 15 ó 20 tragos... Dijimos adios mi chaparrita a nuestras chachas Mariquitas lindas, a nuestras rieleras quereres nuestros, prietas malditas mancornadoras, lloronas de azul celeste y ojos de papel volando, viejos amorcitos corazón que ni se olvidan ni se dejan, y de quienes éramos amantes y seguros servidores...

Y las dejamos solitas y sus almas allá en nuestros ranchos grandes, en nuestras cuatro milpas, en nuestros nidos perfumados de jazmín a donde juramos regresar cuando florearán los arrayanes:

Porque nosotros los milamores, mexicanos y juanes de acá de este lado, afamados por entrones, malos y mal averiguados, y borrachos, parranderos y jugadores, sin cuaco sieteleguas que se nos atorara, pantalones cachiruleados y a la cintura nuestras 45 con sus cuatro cargadores, porque la vida no vale nada y si nos han de matar mañana, rayando el sol nos despedimos por las hojas de una morera, de un romero, de un limón, de un pruno, de una acacia, de un abeto, de un chopo, de un álamo temblón; y nos fuimos a pelear a las abruptas serranías entre ruido de cañones de metralla, veloces y fatigados, tristes y solos cual hojas al viento sin poder a nuestra mansión volver, a morirnos de un treintazo, de una puñalada trapera, en público de la gente, a darle cuenta al Creador, a sepultarnos en el negro y solitario olvido, al pie de los magueyales teniendo por cruz nuestras cananas y trillados por el ganado bajo la tierra bruta de nuestra tierra bravía...nuestra tierra de surianas sensitivas, de ciudades que huelen a limpias

rosas tempranas, de nectarios perfumados que son como talismanes, suelo bendito de Dios: nos llevó la leva, nos fuimos a la rejolina y a la revolufia nosotros los expertos en baquía, concedores de lenguarios...Y nadie supo nuestro paradero.

Ellos te lo contarán.

Ellos te contarán la historia de aquel día en que los revolucionarios asaltaron el tren y descubrieron en el exprés unas cajas de coñac y un cargamento de pelucas. Te contarán que vieron bailar a los dorados del Norte alrededor de las fogatas y que tenían los bigotes húmedos de coñac francés; que bebían en cascos como cráteras, y grandes rizos rubios y ondas coloradas caían de sus sombreros y rozaban sus cananas, mientras ellos y los pasajeros se morían porque los madroños estaban cubiertos de nieve; ya las garzas azules, engarzadas en el cielo, habían tomado viento para volar al Sur. Y te contarán también la historia de las prostitutas que cobraban no por las veces que estaban con ellas, ni por el tiempo, sino por las estaciones que iban pasando. Les decían: de Agua Zarca a Los Limones son tres pesos, de Agua Zarca a Pesquería son cuatro más.

Y te dirán que cuando llegaba el frío ellas también se largaban, porque iban a hacer sus nidos en los cabuses del Ferrocarril del Sureste.

Ellos te lo contarán.

Lo mismo los ferrocarrileros que viven en campamentos donde los techos de los furgones están llenos de hojas de plátano y los hombres comen pámpanos cocidos en agua de mar y aderezados con hojasanta; que los que habitan en furgones cubiertos de nieve y beben sotol en cantimploras de barro; que los que viven por los aserraderos en vagones adornados con miles de orquídeas y que por la noche contemplan callados el incendio de los bosques: algunos de ellos fuman en cachimbas de olote, algunos niños se mecen en cunas de viento, algunas mujeres calientan la lejía para lavar las entrepiernas de algodón manchadas de luna, algunos se aman dentro de los furgones y sus vientres húme-

dos están sucios de moscos apachurrados.

Porque todos ellos recuerdan la Revolución.

¿Carros pagadores y de la proveduría? Los hubo. ¿Trincheras de durmientes apilados? Los hubo. ¿Hombres que alcanzaron a los trenes a caballo bajo una lluvia de balas, y los frenaron? Los hubo. ¿Carros blancos de la Cruz Roja? ¿Góndolas blindadas para transportar a la infantería? ¿Trenes exploradores? ¿Trenes dorados de la Presidencia? ¿Trenes cargados con millones de pesos en estampillas de correos? ¿Trenes que llevaban máquinas para fabricar papel moneda y moldes para acuñar metálico? Los hubo. Como hubo batallas entre un aeroplano y un tren. Y entre un cañonero, que disparaba desde el mar, y un ferrocarril que corría paralelo a la playa, al Sur de Culiacán.

Porque la Revolución se hizo en tren.

Porque aspilleras y postas fueron las ventanas del tren. Troneras fueron las puertas del tren. Escudos fueron las ruedas del tren. Baluartes fueron las locomotoras del tren. Paredones fueron los vagones del tren. Y parapetos las plataformas, trincheras y barbacanas los terraplenes, loberas las góndolas del tren.

Y pregúntale a la extraña flora de la tierra, a la flora de esencia mineral y estirpe de fauna marítima que puebla el fondo de todos los océanos, puntos y piélagos de bosques, selvas, espesuras por donde ellos, los ferrocarrileros navegaron. Y el heliotropo, esponja de lapislázuli, y el tulipán, caracol de albéstor, te dirán que los vieron bajar, heridos, acosados, a los fondeaderos verdemar de los valles. Y la flor de nochebuena, estrellamar de oropel, y el framboyán coral de carbúnculos, te dirán que los vieron acampar en los estuarios espejeantes de las planicies. Y el girasol, medusa de génuli, te dirá que los vió, fusil en mano, avanzar pecho en tierra por las playas transparentes de los llanos cubiertos de tréboles olorosos a sargazos. Y la magnolia, madrepora de salgema, te dirá que vio como arrojaban a sus muertos por la borda de sus navíos de hierro, a la profundidad azul de los barrancos, allí donde la luz se vuelve

aleteo, y el aire sombra, y la sombra tierra hendida por cardúmenes de mariposas fosforescentes.

Y que responda. Y que escuchen, ellas mismas, el canto la canción, el canon, la trova del ferrocarrilero. Ellas, las flores. Y ellas, las tierras, y ellas, las criaturas también. Vientos contralisios y monzones, vientos alisios que nacen en las calmas tropicales, barren las tierras del Septentrión, y mueren en las calmas ecuatoriales. Huracanes que asuelan las costas del Golfo. Ventarrones de caracola que rebullen en las hondanadas umbrosas. Deltas donde los flamencos dormidos levantan al cielo sus frondas de nubes. Cielos salpullidos de cúmulos y fatigados a fuerza de vientos. Volaterías de aves marinas de rostros cárdenos y buidos. Herbazales rozados por boyezuelos. Tierras hozadas por jabatos. Trozas que se deslizan por los hocinos de los ríos tributarios. Praderas sembradas de crines de esmeralda donde se escarcha el rocío. Argayos que caen por las laderas de lomeríos arriscados. Y toda tú, tierra de carne de luto desteñido donde afloran los árboles como crespones fúnebres, tierra de los volcanes que no pueden con su alma, tierra de montañas ariscas y barrancas que les llevan la contra, tierra de cielos tropicales enjambrados de luciérnagas, y de litorales ubérrimos y de bosques donde las corolas de las flores sirven de cálices para que beban los tucanes, tierra de desiertos de fuego en polvo y de picachos coronados de llamas de alabastro y de humo de nieve y viento dormido, y de glaciares festoneados de sal espumante. Tierra a cuyos pechos multitudinarios bajan las nubes a beber blancura. Tierra a cuyas playas candentes llega el mar a morir de sed. Tierra en cuyos acantilados el mar se convierte en pájaros.

Escucha.

Y escuchad vosotros, bosques de Guerrero, ciénegas de Tabasco, valles de Puebla, lomeríos de Queretaro, acantilados de Baja California, resumideros de San Luis, llanuras de Tamaulipas, volcanes de Michoacán, eriales de Tlaxcala, costas de Colima, yermos de Coahuila, altiplanicies de México, dunas de Veracruz, playas de Nayarit, campiñas de Guanajuato, páramos de Nuevo León, mesetas de Aguasca-

lientes, arenales de Sonora, estepas de Yucatán, lagos de Jalisco, campos de Morelos, sabanas de Campeche, despeñaderos de Hidalgo, espesuras de Oaxaca, serranías de Durango, desiertos de Sinaloa, cordilleras de Zacatecas, médanos de Chihuahua, florestas de Chiapas, selvas de Quintana Roo.

Que esta es la canción, el estribillo, la odisea, el sonsonte, la canturia, el sartal, la salmodia, la retahila del ferrocarrilero.

El Sindicato de Molineros de la American Bakery se solida- riza con los ferrocarrileros.

"Viva el comunismo libertario."
"Arriba parias hambrientas,
Arriba parias del dolor,
Cantemos todos unidos,
Nuevo Mundo nace."

Contra la explotación de los obreros por los explotadores en los diferentes sectores de la industria y el comercio, el movimiento obrero se organiza en sindicatos para defender sus intereses y luchar por la liberación de la patria. Este movimiento obrero se organiza en sindicatos para defender sus intereses y luchar por la liberación de la patria. Este movimiento obrero se organiza en sindicatos para defender sus intereses y luchar por la liberación de la patria.

Elías Barrios.

El Escuadrón de Hierro.

Capítulo VI.

Agua y Bala.

Una semana después de la fecha en que los trabajadores se amotinaron contra sus líderes, el local de la calle de los Héroes presentaba el mismo aspecto de animación que aquella noche memorable. Sólo que ahora era de día, las nueve de la mañana y los obreros ocupaban los patios, las terrazas y también la calle. Y no solamente eran ferrocarrileros los que allí se encontraban reunidos, a juzgar por los cartelones y estandartes empuñados por brazos robustos que daban la impresión muy peculiar de los días de fiesta y manifestaciones proletarias.

"El Sindicato de Molineros de la American Bakery se solidariza con los ferrocarrileros."

"Abajo la Vaqueta."

"Viva el comunismo libertario."

Otros letreros con mantas clavados por los extremos en palos burdos, formaban el vistoso adorno de aquella multitud, letreros que indicaban su estado de ánimo. Uno llamaba más la atención que los demás y era una pintura colocada en su bastidor que figuraba la cara de Morones con su papada de marrano bien cebado y de cuyo cuello partían tentáculos de pulpo agarrando cada uno a un obrero con nombres de los diferentes sectores proletarios pertenecientes a la CROM. Los obreros en las garras del pulpo parecían ahogarse porque sacaban las lenguas y parecían retorcer sus extremidades desesperadamente. Esta alegoría era levantada por una larga asta y el obrero que la llevaba la alzaba lo más que podía para que la vieran todos.

Frente al edificio de la Confederación extendíase una manta con grandes letras que decía: "Exigimos la inmediata solución"

de la huelga de los mecánicos ferrocarrileros. Exigimos a la Confederación el inmediato respaldo a la misma."

Estaban los estandartes de tres Sociedades Ferrocarrileras. El de la Unión de Mecánicos, el de la Unión de Carpinteros, el de la Unión de Albañiles y nada más. Los otros Gobiernos Generales habían prohibido la participación en aquel acto, pretextando que no emanaba de un acuerdo legal, sino de una resolución adoptada en un simple mítin. Estaban los estandartes de la Confederación General de Trabajadores, de la Federación de la Industria Textil, del Sindicato Revolucionario de Panaderos y del Sindicato de Molineros.

Mientras llegaba la hora de la marcha, un grupo numeroso cantaba la "Internacional" anarquista bajo la batuta de Genaro Gómez, que al pie del estandarte del Sindicato de Panaderos rugía con voz ronca las notas del canto de los parias, haciendo el compás con su gorra empuñada en la diestra y meneando a la vez la melena bravía que adornaba su cabeza tostada:

"Arriba víctimas hambrientas,
Arriba parias del dolor,
Cantemos todos unidos,
Nuevo Mundo nace ya."

Todos los que sabían la letra de esta canción guerrera de la gleba coreaban a Genaro, y los que no la sabían se acercaban al grupo con las cabezas descubiertas y las caras radiantes. Luego se interrumpió el escaso tráfico que comúnmente había en aquella calle. Los coches, después de chillar sus claxons pidiendo paso, ponían reversa y volteaban por la esquina.

Emilio Puyol, Presidente del Consejo Divisional de México, se movía activamente tratando de organizar la columna en la forma en que había de recorrer las calles ayudándole el imprescindible Rendón, saltando con sus muletas. Laborde charlaba con un grupo y luego con otro, procurando también establecer la formación en vista que ya era hora de partir.

Los contingentes obreros allí reunidos se extendían desde el frente de la Confederación en la 2a. calle de los Héroes, hasta dos cuadras más al Norte, estando sin formación, pues ya formados, seguramente cubrirían cuatro o cinco cuadras.

Las diez. La manifestación no se ponía en marcha y la gente se impacientaba. El camarada Puyol había entrado a las Oficinas de la Confederación a inquirir el por qué de la demora, y salía en aquel momento con el rostro poco satisfecho.

"Compañeros: El Gobierno niega el permiso para que se verifique esta manifestación, pretextando que no se solicitó con tres días de anticipación. Ustedes dicen: ¿nos sometemos a tan arbitraria orden o seguimos adelante?"

¡Adelante!

¡En marcha!

¡Viva la rebeldía!

¡Muera el Turco!

Así contestó a Puyol el inmenso auditorio.

Cuando la gente se preparaba a iniciar la marcha, llegó a toda carrera un forcito de alquiler, deteniéndose bruscamente frente al edificio confederativo. Se apeó un sujeto vestido de paisano, luego uno uniformado de gendarme y luego otro. Los tres, en fila, con paso militar bien marcado, cruzaron la reja y subieron la escalinata de la terraza, plantándose en la puerta de las Oficinas.

¿Quién es el jefe de esta organización?

Preguntó con imperio el tipo de paisano.

Miguel Fernandez salió de la pieza contigua con las pecas mas amarrotadas que de costumbre.

- Yo soy.

- De parte de la Inspección General de Policía, tome usted nota de que esta manifestación no está permitida y por lo tanto los grupos deben disolverse inmediatamente.

- Pero...

- No hay pero. A disolverse o se atienden a las consecuencias.

Saludó militarmente, dió media vuelta y seguido de sus polizontes, bajó marchando a la escalinata subiendo los tres a su fotingo que arrancó rumbo al centro.

Esbirros...

¡Hijos de...!

La gente despidió al fotingo con injurias y silbidos.

Como rayo se esparció entre la multitud el recado de la policía y como tempestad fue recibido.

Las rejas de las ventanas se cubrieron de hombres que ademaneaban con una mano, mientras que con la otra sosteníanse en su incómoda tribuna. Cualquier altura del piso era buen lugar para perorar. Uno de tantos oradores decía:

"Ferrocarrileros: los catrines no sirven para líderes, tienen miedo, se asustan con cualquier soplón que los amenaza. Si ustedes quieren ganar su huelga manden al tal a sus líderes. ¡Adelante con la manifestación! ¿Desde cuando se necesita que los trabajadores pidan permiso para luchar?"

Sobre una terraza del segundo piso apareció el compañero José Bustos, de los líderes de la Confederación, con las dos manos extendidas. Quería decir algo, y algo dijo que nadie oyó, sólo se miraba su pescuezo hinchado por el esfuerzo de la voz y el movimiento de sus labios. Apenas los que estaban más cerca distinguieron estas frases:

"...pasen al patio, allí haremos un mítin..."

"Toma tu patio..." -le chilló uno haciéndole una seña.

¡Adelante, Adelante! -era el grito único.

Genaro cantaba en medio de su grupo meneando la melena.

Cinco Patas, nervioso zaqueaba en todas direcciones pretendiendo formar a la gente. Todos mandaban, nadie obedecía, y los oradores seguían perorando desde sus rejas.

Un prolongado silbido de sirena de auto se oyó en aquel momento por el lado sur y al mismo tiempo apareció en la bocacalle de Puente de Alvarado el primer carro rojo de los bomberos campanilleando ruidosamente. Detrás venía otro, y al final, el cochecito del Jefe. Este tren venía metiendo escándalo, levantando polvo, y chillando se acercaba rápidamente al lugar de la reunión.

¡Los bomberos!

Los más valientes formaron grupos y sin orden de nadie cubrieron las salidas de las bocacalles para detener la fuga. Ante el ejemplo de los decididos, la multitud se reanimó y en todas las caras asomó un sentimiento de energía, que quería decir que no tan fácilmente iba a ser dispersada aquella multitud inerme, pero resuelta.

Los brillantes carros se habían detenido y alineado a treinta metros de la cabeza de la manifestación, descendiendo los ocupantes, cubiertos de hule, y sin pérdida de tiempo desenrollaron las mangueras y preparaban el asalto obedeciendo la voz de mando que partía del carro pequeño, sobre cuyo estribo aparecía tieso el jefe. Mientras dura esta faena, instantes apenas, un obrero se adelanta de la primera fila y con voz fuerte dice:

"Bomberos: vosotros sois soldados del pueblo, que el pueblo paga para que lo defendáis de los elementos de la naturaleza y vuestra noble misión no cuadra con el papel de esbirros"

de un tirano, que aquí venís a desempeñar, tal vez contra vuestra propia voluntad. Bomberos los trabajadores son vuestros hermanos, no los atropelleís..."

Un chorro de agua dio fin al discurso. El orador recibió un duchazo en plena cara, se tambaleó y fue retrocediendo con la cabeza metida entre sus brazos. Furiosa fue la embestida de las duchas que aventaban agua sobre la vanguardia obrera.

Gritos y maldiciones, ruido endemoniado y confuso.

Nadie retrocedía. los obreros agachaban la cabeza y recibían blasfemando el chubasco. Los de atrás a donde no llegaba el aguacero, se apretaban y los decididos cubrían las bocacalles evitando cualquier intento de retirada.

Un obrero tomó en su mano derecha un ladrillo de una finca en construcción, hizo molinete con su brazo y el proyectil salió silbando en dirección a los agresores, pasó casi rozando el casco de un bombero que empuñaba una ducha apretando los dientes y fue a chocar contra un faro de uno de los coches rojos, cuyos vidrios saltaron en pedacitos. Detrás de ese primer ladrillazo salió otro y luego una lluvia de piedras. El jefe, muy parado sobre su coche, dio una orden, y como con resorte una veintena de hombres en traje de cuartel empuñando hachas, garrotes, macanas de fierro y otros instrumentos de zapa que habían estado a la retaguardia esperando, partió como un huracán al encuentro de los trabajadores. ¡Y a dar golpes!

Las duchas dejaron de funcionar un momento, mientras los garrotes y las hachas cumplían su terrible misión.

Golpes secos sobre las espaldas, las cabezas, donde caían. Forcejeo entre agresores y agredidos, luchas cuerpo a cuerpo. Un zapador enfurecido blandió su hacha sobre la cabeza de un hombre que cayó en el suelo con una oreja menos, bañado en sangre; la levantó, nuevamente para golpear sobre otra cabeza, cuando una mano empuñando un tirante de caldera cayó sobre el rostro del asesino que se desplomó sobre su arma. Esta rápida pelea no había durado ni diez

minutos. Los bomberos armados hacían retroceder a los trabajadores inermes. Estos se apretaban contra las aceras y otros se metían al patio del edificio social, no para esconderse, sino para buscar piedras, palos, cualquier arma. Las astas de los estandartes habían sido partidas en pedazos. Ya había macanas. Otros escarbaban con las uñas el cemento para hacerlo proyectiles. Las duchas funcionaban nuevamente para atacar a aquéllos a quienes no alcanzaban los garrotes y de la retaguardia seguían disparando pedradas y maldiciones. La batalla rugía, cuando por la calle de Violeta llegó un camión de la policía, de cuyo vientre salieron polizontes de uniforme azul con los rifles preparados.

¡Trás!...Una detonación de veinte armas de fuego indicó a los combatientes que la cosa se ponía seria.

¡La Tropa!...

La tropa, después de la descarga cerrada, empezó a repartir culatazos. Cogidos por un flanco, los trabajadores se sintieron perdidos y empezó la desbandada...Y los gendarmes golpeaban persiguiendo a los fugitivos, mientras los bomberos, ducha en mano, bañaban a boca de jarro a los rezagados. El refugio de la Confederación ya no era refugio. Esculcaban todos los rincones y sacaban a los obreros a la calle donde los bañaban, los golpeaban y enseguida los mandaban a la cárcel. Llegaron más gendarmes, tres, cuatro camiones repletos, para reforzar la persecución. A poco rato esos camiones partían llenos de obreros con destino a las comisarías.

Un momento después todas las calles adyacentes estaban patrulladas y guardadas sus entradas. En el campo de la lucha, el piso quedó cubierto de cartelones despedazados, gorras, piedras y sangre.

En un lujoso salón del Casino Sonora-Sinaloa dos hombres hablaban del suceso frente a una mesa cubierta de naipes, monedas y vasos de vino. Uno era gordo, casi calvo, tenía papada de marrano bien cebado, y sus manos, y corbata, estaban adornadas con diamantes que despedían chispas. El otro no era gordo ni flaco, pero tenía cara de pirata y hablaba como un ebrio. Sonó el teléfono cuando llegó

la persona que me contó esta escena y el hombre ni gordo ni flaco tomó la bocina.

¿Ya está?... ¡Vaya... hijos de un tal...! ¿Hubo siquiera una docena de muertos?... ¿Cuántos me encerró?... Vaya... Hijos de un...!

Dejó el teléfono y mirando al gordo, después de un resoplido de satisfacción, él dijo en su lenguaje cuartelario:

"Ya están bien aporreados esos hijos de la guayaba. ¿Está usted satisfecho camarada Morones?"

¡Sí, camarada Calles!... Gracias.

Y después se dieron un fuerte y efusivo apretón de manos.

Fernández y yo, encerrados en la Confederación de donde no podíamos salir porque las entradas estaban custodiadas por gente armada hasta los dientes, nos dedicamos a redactar un manifiesto donde decíamos a todo el mundo cómo un gobierno que se decía obrerista, que se decía apoyado en el proletariado, que tenía inclusive como ministro a un líder obrero, maltrataba a los trabajadores, atropellándolos, pisoteándolos, y agrediéndolos con las armas que el pueblo le había dado para sostén de la sociedad. Protestábamos ante el proletariado de ofensa tan inaudita inferida por hombres que tenían como lema "Salud y Revolución Social."

Cuando pudimos salir a la calle llevamos nuestro cálido manifiesto a todas las imprentas.

"No, camaradas, la cosa está que arde" -decían unos.

"Viva la paz" -nos contestaban otros.

Nuestro manifiesto no pudo salir,

La prensa estaba acogotada. Sólo "El Machete" dejó chorrear su indignación, pero "El Machete" circulaba clandestinamente y no lo leía todo el público.

Valentin Campa.

Mi testimonio. Memorias de un comunista mexicano.

Las huelgas ferrocarrileras de 1958-1959.

Desde el charrazo al Sindicato Ferrocarrilero, en octubre de 1948, la actividad se mantuvo latente y el descontento tendía a incrementarse. El Comité de Unidad Sindical Ferrocarrilera en el que actuábamos los trabajadores de la industria, miembros del Partido Obrero Campesino Mexicano (POCM), realizó una actividad muy constante. También ferrocarrileros del Partido Comunista, por su parte, llevaban adelante esa labor. Durante algunos años estas dos corrientes actuaron separadas e, inclusive, la influida por el Partido Comunista adoptó una actitud hostil hacia los del POCM; pero a mediados de los años 50 se logró en ambas corrientes la unidad de acción.

El "tortuguismo"

Logramos un movimiento muy fuerte entre los trenistas de camino y patio por la vigencia de los reglamentos. Estos señalaban para los transportes determinados ritmos y condiciones con objeto de impedir accidentes, pero los jefes presionaban y amenazaban con intensificar los ritmos, violando las disposiciones y, cuando se presentaba algún accidente a consecuencia de ello, responsabilizaban al trabajador por violar los reglamentos. Esa doble actitud de la empresa dio lugar a una situación muy tensa, más todavía cuando aumentaba el número de trenistas en prisión por "descuido punible", de acuerdo con el Código Penal Federal: se realizó una reunión de representantes de los trenistas de muchas secciones del Sindicato en la que acordaron fijar una fecha para que la empresa corrigiera esa anormalidad: o modificaba los reglamentos de transporte, o aceptaba por escrito no presionar, ni menos consignar, a quienes tuvieran accidentes a consecuencia de la violación de los reglamentos. La empresa no contestó el planteamiento que se le hizo, por lo que en la fecha indicada, los trenistas acordaron el movimiento que se denominó "tortuguismo."

Lamentablemente, en varias terminales, el personal cedió ante las amenazas y la campaña de propaganda intimidatoria lanzada por la empresa y por el gobierno. Sin embargo, en Monterrey, en Torreón y en otros lugares el "tortuguismo" adquirió gran fuerza al sujetarse estrictamente el personal a los reglamentos, se bloquearon los patios y se demoraron los trenes, con las consiguientes congestiones de flete y dilaciones en las terminales. El gerente de los Ferrocarriles Nacionales, licenciado Amorós, consignó a los dirigentes de estos movimientos y, en Monterrey, fueron aprehendidos varios; entre los más destacados estaba el camarada Luciano Cedillo, jefe general de patio.

Después de seis meses de prisión, aceptó la gerencia que salieran libres bajo caución, pero los mantuvo varios años con los procesos abiertos y bajo la constante amenaza de reaprehensión. A los destituidos, el gerente Amorós les concedió unas indemnizaciones miserables; sólo reinstaló en el servicio a unos cuantos. Después jubiló a otros, pero a Luciano Cedillo ni lo reinstaló, ni lo jubiló y continúa destituido: ahora trabaja como pequeño comerciante, y sigue manteniéndose como un gran camarada conciente y militante del movimiento sindical y del movimiento revolucionario.

Aunque ese movimiento "tortuguista" fue derrotado, la empresa se vió obligada a aplicar algunas medidas, muy limitadas, de protección al personal, medidas que poco a poco se fueron cancelando, hasta que, bajo el imperio del charrismo, quedaron anuladas y se volvió a la arbitraria situación anterior. En las oficinas generales de Balderas esquina con avenida Juárez (en el Distrito Federal), donde se concentraban miles de empleados de varias oficinas de los Ferrocarriles Nacionales de México, se gestó una lucha por demandas sindicales que culminó con un paro de todo el edificio. Los charros mandaron a sus "porros" armados con objeto de golpear a los paristas y asesinaron a un empleado de apellido Balmaceda. Esto indignó al personal, por lo que se armó una lucha muy violenta que al fin controló la policía; se destituyó a varios compañeros, entre ellos a Alejandro Pérez, miembro entonces del Partido Comunista.

Las comisiones pro aumentos de salarios

Se activó la agitación y la propaganda, pues la carestía se hacía sentir con los estragos consiguientes entre los trabajadores. Los ferrocarrileros, ya en unidad de acción, los del POCM y los del PCM, impulsaron la integración de comisiones por aumentos de salarios en los centros de trabajo y en todas las asambleas sindicales. El descontento, muy sofocado, comenzó a expresarse: debido a esto, bien pronto se nombraron dichas comisiones en las asambleas generales del Sindicato, que se realizaron gracias a la gran presión que ejercieron las bases y a pesar de los obstáculos y maniobras de los charros. Esas comisiones se pusieron de acuerdo y se situaron en las oficinas del Ejecutivo General del Sindicato para coordinar su acción.

Con los delegados democráticos de las comisiones pro aumento de salarios tuvimos reuniones reservadas en las que acumulamos datos estadísticos sobre los subsidios de los fletes de grandes industriales y comerciantes a través de las tarifas, sobre la gran sangría a la empresa por renta de carros extranjeros y, especialmente, sobre los aspectos de la política antiferrocarrilera del gobierno, entre ellos, el incremento de las carreteras en forma desordenada.

En esas reuniones se nombró como coordinador de nuestra corriente al compañero José María Lara, que siempre se había destacado como un sindicalista democrático. Quezada, el charro mayor del sindicato, atacó los puntos de vista de la Gran Comisión Pro Aumento de salarios y amenazó con utilizar la represión. No sabemos si por esto, o por sobornos, José María Lara nos traicionó. Con rapidéz designamos como coordinador al compañero Demetrio Vallejo, delegado de la Sección 13 de Matías Romero, quien pronto dominó los aspectos económicos y técnicos del conflicto y encabezó las discusiones en la Gran Comisión contra los charros del sindicato.

Ante el planteamiento de un aumento general de salarios de 350 pesos mensuales, Quezada y sus colegas charros resolvieron disolver la comisión, desesperados porque ésta

además de demostrar la razón que les asistía, aprobaba medidas para la movilización y la lucha por el aumento general de salarios.

Los charros propusieron, en respuesta, un aumento de sólo 150 pesos en las empresas chicas en las que se fueran presentando las revisiones de los contratos. Pensaron que con esto apaciguarían el descontento. De inmediato nos reunimos los de la corriente democrática y acordamos proponer a todos los delegados que regresaran a sus secciones y en asambleas generales informaran, con la documentación correspondiente, la razón que asistía para requerir el aumento y denunciaran la traición de los charros encabezados por Quezada. Nuestros delegados propusieron que se volvieran a nombrar comisiones pro aumento de salarios, que se reunirían en el Distrito Federal, pero ya no en el Ejecutivo General y sin sujetarse a los charros de esa dirección.

De acuerdo con lo programado, en las asambleas se discutió un plan de acción que fue afinado en las secciones del sureste -Matías Romero, Tonalá y Tierra Blanca-, en donde el movimiento adquirió un gran impulso al grado de llegar los ferrocarrileros a apoderarse de los locales de las secciones, arrojando a los charros y nombrando nuevos dirigentes locales.

Plan del Sureste

Las secciones antes mencionadas se reunieron y acordaron la elaboración del Plan Sureste, que contemplaba la exigencia de aumento salarial de 350 pesos mensuales, acordada por la Gran Comisión Pro Aumento de Salarios.

Se fijaron fechas para realizar paros escalonados progresivos, mítines y manifestaciones de frente único, a los que se invitó a todas las organizaciones y al pueblo a la lucha contra la carestía y por aumento de salarios. En el Plan Sureste, se tomó un acuerdo muy importante que consistía en que las secciones fijarían rápidamente una fecha y una hora para llamar al paro general en caso de que se presentaran actos represivos, aprehensiones y destituciones, y

mantener el paro hasta que cesaran las represiones. Este punto fue muy acertado, ya que dio una gran confianza a la colectividad ferrocarrilera, que se incorporó en forma masiva al movimiento.

En el Distrito Federal, los grupos activos convocaron a un mítin en la Alameda Central, frente al Ejecutivo General. Se reunieron unos cientos de ferrocarrileros y, con gran combatividad, habló, entre otros, el compañero Francisco Berlanga. En el núcleo que se formó frente al Ejecutivo General, se reunieron apenas unos 400 ó 500 ferrocarrileros, lo que dio motivo para que no sólo los charros, sino muchos compañeros de izquierda, pero reformistas, consideraran que el movimiento era un fracaso. Nosotros subrayamos que, independientemente del núcleo frente a la Alameda, entre los árboles, en las bancas, en todas las banquetas de la avenida Hidalgo, había muchos miles de ferrocarrileros que se solidarizaban con el llamamiento que se había hecho. Los capituladores y carentes de perspectiva sostuvieron que el mítin sólo demostraba que no había condiciones para una lucha general. No entendían el significado de que se hubieran movilizado muchos miles de ferrocarrileros del Distrito Federal. En la dirección del POCM fue expresada esa opinión capituladora por quienes conformaron luego la corriente lombardista.

Se realizaban asambleas y mítines en los centros de trabajo y se hacían colectas que alcanzaban decenas de miles de pesos.

Las secciones 15 y 16 convocaron a una asamblea general en Peralvillo, advirtiéndole que, si los charros no abrían el local, la asamblea se realizaría en el costado de la estación, en la calle, que fue donde se llevó a cabo.

Esta asamblea obtuvo concurrencia masiva. El debate fue magnífico, se aprobaron todas las orientaciones del movimiento y, por último, se acordó que todos los asistentes pasaran al local de la Sección 15 y tomaran posesión de la misma, puesto que era de ellos, cosa que hicieron rompiendo los candados y cadenas con que se pretendía impedir la entrada de los compañeros.

A partir de esta medida, Peralvillo se convirtió en el centro de operaciones. En el local cabían miles de asistentes y todos los días se hacían mítines y asambleas.

Reunidos ahora los delegados como integrantes de una convención extraordinaria, por acuerdos expresos de las asambleas masivas de las secciones, decidieron instalarse en el local de la Sección 16. Instalada la convención, ésta hizo un exámen de los problemas, se convirtió en un gran jurado contra Quezada y los charros, resolvió destituirlos, nombró un Comité Ejecutivo General y un Comité General de Vigilancia, ambos provisionales. Demetrio Vallejo fue designado por unanimidad secretario general. La convención resolvió emplazar a la empresa para el reconocimiento de sus nuevos dirigentes generales y locales.

Se acordó un plan de acción, ante la negativa de la gerencia para reconocer a los nuevos dirigentes, que preveía paros progresivos emplazando a la empresa con diez días de anticipación, de acuerdo con el Artículo 123 Constitucional. Se iniciaron los paros en plena campaña de candidatura oficial de López Mateos a la Presidencia de la república. Hubo choques en la Sección 15 y ahí la policía asesinó a un ferrocarrilero. Esto corrió como pólvora por todo el sistema y rápidamente se acordó pasar al paro general.

Se realizaron grandes manifestaciones conjuntas y paros simultáneos de ferrocarrileros, telegrafistas federales y profesores. En un momento dado se llegó al paro conjunto. El gobierno aprehendió a telegrafistas y profesores, asesinó a tres ferrocarrileros de las terminales del Distrito Federal, pero no se atrevía a encarcelar a Demetrio Vallejo, que se había convertido en el líder principal.

Los charros a paseo

La dirección democrática del Sindicato acordó pedirle al compañero Elías Terán Gómez, exsecretario general del Sindicato, que explorara con el gerente Roberto Amorós la posibilidad de examinar el conflicto. Amorós aceptó, pero con la condición de que la reunión, con carácter de secreta, fuera sólo entre él y Demetrio Vallejo. Se le insistió

en que se informara públicamente de esas conversaciones, pero no aceptó. La reunión se hizo en casa de Elías Gómez Terán. Pero Edmundo Jardón Arzate, periodista, logró colarse antes de que tuviera lugar donde pudiera escuchar la discusión para luego hacerla pública.

Los trabajadores del Ferrocarril del Pacífico, los del Mexicano y los de la Terminal de Veracruz, que habían recibido 150 pesos mensuales para ser apaciguados, se solidarizaban con la exigencia de los 350 pesos junto con el personal de los Ferrocarriles Nacionales. Se llegó al punto de orientar la huelga general hacia el desconocimiento de los líderes charros. Amorós insistía en que Vallejo no fuera el secretario general del Sindicato, aunque su corriente podía nombrar al que quisiera. Demetrio Vallejo contestó que "nosotros no aceptamos que usted sea el gerente; aunque el presidente de la república nombre al que quiera; estamos en huelga general y no aceptamos ingerencias en el Sindicato Ferrocarrilero."

Después de dos reuniones muy prolongadas, a medianoche, se aceptó como transacción el aumento de 215 pesos mensuales en los tabuladores, base de la lucha contra el charrismo, y se convino en realizar un plebiscito con las dos planillas: la democrática de la convención extraordinaria y la que presentaron los del Comité Ejecutivo charro. Esto fue objeto de muy amplias discusiones; había muchas reservas. El presidente Ruiz Cortines comentó con alguien de confianza que se trataba nada más de "taparle el ojo al macho", ya que eran sabedores de la absoluta mayoría a favor de la planilla de Vallejo (como estábamos completamente seguros de esa mayoría absoluta, acordamos que se suspendiera el paro y se realizara el plebiscito con representantes de la Secretaría del Trabajo y las dos planillas). La nuestra estaba encabezada por el compañero Vallejo.

El secretario del Trabajo pidió que esta opinión del presidente fuera considerada por nosotros como algo formal y serio aunque no apareciera en el documento. Se firmó el convenio en la Secretaría del Trabajo entre los dirigentes de la convención extraordinaria y los dirigentes charros, aceptando el plebiscito, fijando sus normas, las fechas de realización, etcétera.

Con la intervención de un inspector de la Secretaría del Trabajo en cada sección, se recogían los votos directos en los centros laborales, y se cubrían los diferentes turnos, todo dentro de un procedimiento muy limpio y muy serio. Cuando la suma de los votos, cuya información daban los inspectores a la Secretaría del Trabajo, llegó a 59 000 a favor de la planilla de Demetrio Vallejo y a 9 votos a favor de la planilla charra, encabezada por José María Lara, el que nos había traicionado, la Secretaría del Trabajo resolvió no continuar el plebiscito por no verle ningún objeto. Nosotros insistimos en que, de acuerdo con lo convenido, el plebiscito abarcara a todos los ferrocarrileros; pero el presidente Ruiz Cortines insistió en que no se continuara y que tomase posesión el nuevo comité, encabezado por Demetrio Vallejo. Esto se hizo en medio de un gran entusiasmo. El nuevo Comité Ejecutivo se instaló en el edificio del Sindicato y continuaron los trabajos de la convención extraordinaria.

Una de las condiciones que se establecieron en las reuniones secretas entre el gerente Amorós y Vallejo fue la libertad inmediata de cinco telegrafistas federales, entre ellos una compañera, aprehendidos por el paro simultáneo que habían realizado por sus demandas y en actitud solidaria con los ferrocarrileros. También se exigió la libertad de algunos profesores. Amorós pretendió escudarse en el sofisma de que él no era un gobernante como para poder decidir al respecto, pero no se le aceptó esa actitud hipócrita y se le insistió en esa condición para el arreglo. Amorós aceptó la condición, pero sobre la base de un compromiso verbal, no escrito. Todos los presos salieron en libertad. La gerencia indemnizó a los familiares de los compañeros asesinados y, aunque se exigía el castigo de los asesinos, esto no prosperó.

Así se conformó uno de los éxitos más grandes del movimiento sindical mexicano y la primera gran derrota del charrismo por las masas. El Sindicato inició una fase de lucha por la democracia interna y la elevación de la militancia sindical.

En el aumento de salarios concedieron nada más 215 pesos sobre el tabulador, sin la repercusión del 16.66 por ciento, aunque después se exigió el pago de este porcentaje por concepto de séptimo día de descanso. Se constituyó una comisión de enlace entre el Partido Comunista, el Partido Obrero Campesino y el Partido Popular, encargada de aportar la máxima solidaridad a la huelga que se estaba planteando a los Ferrocarriles Nacionales por revisión contractual. Se acordó dar sugerencias a los miembros de esos partidos en el Sindicato para lograr mayor eficacia en la acción.

En la revisión del contrato en los Ferrocarriles Nacionales se tuvo un gran éxito. Se logró la solidaridad y se ganó el problema más difícil, que era la dotación de casas. Desde 1917, todas las empresas y patronos con más de 100 obreros y empleados tenían la obligación de construir casas cómodas e higiénicas para sus asalariados, pero el derecho constitucional correspondiente (la Fracción XII del Artículo 123) nunca se había cumplido. Al discutir esta demanda con la empresa y con el licenciado Eduardo Bustamante, secretario del Patrimonio Nacional, ellos esgrimían el sofisma de que esa fracción no se había reglamentado. Pero les demostramos que el artículo XI transitorio de la Constitución era terminante en el sentido de que todos los derechos de los obreros y campesinos entraban en vigor de inmediato, sin esperar reglamentaciones. Fue así como se vieron obligados a ceder. Este triunfo se convirtió en una inmensa fuerza de atracción para el movimiento sindical democrático. La burguesía mexicana e imperialista se alarmó.

La voz del amo

En esos días, a principios de 1959, se realizó una entrevista de López Mateos con Eisenhower, en Acapulco, en la que el gobierno de éste le concedía una serie de créditos y garantías monetarias al gobierno de México. Lo que no se informó es que López Mateos se comprometió entonces a reprimir al movimiento sindical independiente.

El acuerdo era que, al emplazar a huelga a los Ferrocarriles Nacionales, al mismo tiempo se obrara de igual manera con las empresas chicas; esto último no se hizo sin haberse

aclarado el por qué. El Ferrocarril Pacífico, Mexicano y Terminal de Veracruz, emplazaron aparte. En conjunto tenían 13 700 plazas, mientras que los Ferrocarriles Nacionales tenían alrededor de 85 mil, de planta. Consideramos que la demanda era del todo justa: igualar, como siempre se había hecho, las condiciones de esas empresas chicas con las condiciones del personal de los Ferrocarriles Nacionales.

En la revisión del contrato con la empresa Ferrocarriles Nacionales se estableció un enlace político directo, extraoficial, entre el presidente López Mateos y los dirigentes ferrocarrileros. Ese enlace era el licenciado Mario Pavón Flores, quien había entablado relaciones personales con el licenciado López Mateos por su vinculación literaria con la hermana del presidente.

Hay un hecho que luego adquirió significación: entre las demandas a los Ferrocarriles Nacionales, se incluía el pago del 16.66% por concepto del séptimo día de descanso, que no se había concedido sobre el aumento general de salarios de 215 pesos mensuales obtenidos en junio de 1958; Pavón Flores hizo saber la discrepancia que había entre la cuantificación que nosotros hacíamos por ese concepto y la presentada por el presidente López Mateos; éste incluía en el cálculo el pago del 16.66% al personal de las empresas chicas y nosotros lo hacíamos sólo en relación con el personal de los Ferrocarriles Nacionales. Bien pronto el licenciado López Mateos, a pesar de lo anterior, se negó a conceder ese 16.66% a los obreros de las empresas chicas.

De inmediato, se presentó una tremenda resistencia de parte de Benjamín Méndez, gerente general de las empresas ferrocarrileras, actitud hostil que expresaba, evidentemente, la política del gobierno. En una tumultuosa asamblea general de la Sección 16 del Distrito Federal, se aprobó en forma natural, por las condiciones que existían, un plan en que se llamaba a todas las secciones de Ferrocarriles Nacionales para prepararse a dar solidaridad a las empresas chicas. Entre otras cosas, disponía que si las huelgas de las empresas chicas eran declaradas "inexistentes" por "ilegales",

el personal de la empresa iniciaría paros para exigir el respeto al derecho constitucional de huelga y la atención a sus demandas obtenidas en la revisión del contrato de los Ferrocarriles Nacionales.

Este plan de la Sección 16 prendió en todo el sistema; incluía la medida establecida con éxito en el Plan del Sureste de junio de 1958: si había represiones se aumentaría la duración de los paros hasta llegar a la huelga general. Varios insistimos en moderar la duración y los plazos de los paros señalados en ese plan.

Se inicia la represión

Nuestras opiniones no se tomaron en cuenta. Había un ambiente de gran entusiasmo por los éxitos anteriores y se exigía el respeto a la nivelación (derecho constitucional) de condiciones para el personal de las empresas chicas. En ese ambiente, el gerente Benjamín Méndez ordenó la destitución de algunos ferrocarrileros que destacaron como activistas en la preparación de los paros; ordenó también el lanzamiento del personal de vía de los carros campamentos en la línea, carros que en la mayoría de los casos se hallaban en lugares despoblados. Cuando la tropa arrojó a las familias de los ferrocarrileros de sus viviendas, inclusive mujeres y niños enfermos, y los dejó en la intemperie en los llanos, estalló la indignación colectiva y se generalizó la huelga en todas las empresas.

En la discusión con Salomón González Blanco, secretario del Trabajo, el Comité Ejecutivo y el Comité General de Huelga plantearon que el paro general sería levantado, pero que para esto se requería el compromiso de la gerencia de rectificar las medidas represivas. Subrayaban la indignación colectiva de los ferrocarrileros por el trato inhumano y arbitrario a los compañeros de vía. González Blanco, hipócritamente, expresó que le parecía muy razonable la actitud de los dirigentes del Sindicato y habló por teléfono con Benjamín Méndez. González Blanco procuró que la conversación fuera escuchada por el licenciado Mario Pavón Flores, asesor jurídico de la dirección sindical. Benjamín Méndez, en forma muy airada, contestó que no sólo no

suspendería las medidas que estaba aplicando, según él disciplinarias, sino que las generalizaría en virtud del paro general. Los compañeros de la dirección del Sindicato no aceptaron levantar la huelga en esas condiciones.

El ejército contra los ferrocarrileros

Así fue como, en la tarde de ese mismo día -sábado 28 de marzo de 1959-, el Sindicato Ferrocarrilero fue asaltado por el ejército y se generalizó la represión; en ella intervinieron, además, todas las policías del país. Después, en la prisión de Lecumberri, conocimos algunos empleados federales con puestos de significación que nos explicaron cómo en todas las oficinas de gobierno se había reclutado gente entre el personal de confianza para incorporarlos a las policías de todo tipo en la represión contra los ferrocarrileros. Todo el ejército fue movilizado. Se estableció el estado de sitio en los barrios en que vivían los ferrocarrileros. En las colonias Guerrero y Vallejo, del Distrito Federal, se prohibía reunirse en la calle a más de tres personas. El terror fue generalizado. Sin embargo, las divisiones del sureste no pudieron ser controladas por el ejército. En ellas, las pequeñas guarniciones no eran capaces de evitar el movimiento, por lo que la huelga general continuó hasta el 12 de abril.

En ese ambiente de gran represión, los dirigentes sindicales que siguieron libres acordaron que el compañero Jacinto López, secretario general de la Unión de Obreros y Campesinos, de orientación lombardista, sirviera de enlace con altos funcionarios del gobierno para tratar de encauzar el conflicto. Jacinto López tenía que tomar medidas muy estrictas -estaba extraordinariamente vigilado- para hablar con los ferrocarrileros. En una ocasión me contó que se había dado cuenta del odio que en el Estado mayor presidencial había en mi contra; por ello, reiteradamente recomendaba que se tomarán muchas precauciones en relación con mi persona. Temía mucho que me asesinaran en caso de que me localizaran. La huelga se mantuvo firme. Jacinto López proponía que se entablaran discusiones con Vallejo. La idea era que le permitieran hablar con él -cosa que no logró-, pues había el rumor de que lo habían torturado.

El rumor resultó falso.

La actitud del gobierno se mantuvo intransigente. La huelga era formidable por la unidad que había logrado a pesar de la represión. Nos llegaron informes de muy buena fuente, de que el lunes 31 de marzo, altos funcionarios de gobierno se orientaban por un arreglo sobre la base de dejar libre a Demetrio Vallejo. Pero el martes 2 de abril, en la mañana, por todos los medios de difusión (diarios, radio y televisión en cadena) se transmitió con gran alharaca la calumnia de que la huelga ferrocarrilera estaba dirigida por dos diplomáticos soviéticos y que el gobierno mexicano había pedido su salida del país. Esa campaña que señalaba de antipatriotas a los ferrocarrileros, causó mella no sólo en la opinión pública general, sino en los propios trabajadores del riel. Algunos comenzaron a regresar al servicio aun cuando la huelga había sido unánime y se había mantenido, por encima de la brutalidad del aparato represivo, en todos los locales del Sindicato y en todos los centros ferrocarrileros. Los dirigentes que estaban libres acordaron el regreso al servicio para evitar la desbandada. Sin embargo, Benjamín Méndez, que había dado un plazo hasta el día 5 de abril para que todos regresaran, se retractó y empezó a seleccionar a los que regresaban al servicio. Despidió a más de 10 mil ferrocarrileros, cantidad que disminuyó poco a poco. Así y todo, miles de ellos permanecieron en la calle por muchos meses.

Carta al general Cárdenas

Yo me hallaba muy acosado. Primero me escondí en la casa de la doctora Matilde Rodríguez Cabo; allí convinimos en que le enviase una carta al general Cárdenas en la que le explicaría la verdad sobre el conflicto, subrayándole la hipocresía del presidente López Mateos, expresada en la calumnia de la supuesta ingerencia de diplomáticos soviéticos en la huelga y en la "intransigencia" de los ferrocarrileros, siendo que éstos habían acordado dejar pendientes todas sus peticiones. Le señalaba yo como López Mateos; por conducto de Pavón Flores, había aceptado pagar el séptimo día sobre el aumento de 215 pesos, que ya se había cubierto en los Ferrocarriles Nacionales, al personal de

las empresas chicas. Sin embargo, ni eso habían aceptado conceder, mucho menos lo de las casas, que era un derecho constitucional, y otras demandas. "Para mí, le decía al general Cárdenas este comportamiento representa una política muy reaccionaria." Por conducto de Janitzio Mújica, hijo de la doctora Matilde Rodríguez, le mandaba decir que, en mi opinión, había una fuerte influencia del imperialismo yanqui en esa actitud bárbaramente represiva contra los ferrocarrileros. Janitzio me expresó que el general había recibido la carta, que la había comentado ahí con un personaje oficial y que me mandaba decir que estuviera pendiente de sus noticias, que él, en cuanto fuera posible cooperaría en este agudo conflicto que le preocupaba mucho.

A los pocos días, el ingeniero Jorge Tamayo, con quien yo tenía contacto, pidió hablar conmigo y me expresó que, en forma inopinada, le habían llamado de la presidencia para decirle que me localizara, que el licenciado López Mateos quería tener una entrevista conmigo para tratar políticamente el conflicto ferrocarrilero, sobre la base de que mientras yo estuviera en las discusiones no me detendrían, aclarando que, al no haber arreglo, me dejarían en el lugar que yo quisiera para continuar luego la persecución en mi contra. La única explicación de la entrevista, era que la situación en nuestro país resultaba caótica: más de 10 mil ferrocarrileros, muchos de ellos técnicos, estaban despedidos; había una tremenda desorganización en el tránsito ferrocarrilero y los capitalistas habían resentido muchos daños en el proceso de producción. El ingeniero Tamayo me siguió comentando que, a pesar de que se habían concretado las medidas en el sentido de que el jefe del Estado Mayor Presidencial y él me llevarían a un lugar seguro donde pudieran realizarse las pláticas, no se logró precisar la fecha de las mismas. Pasaron las semanas y nunca se hicieron.

Al salir libre, en junio de 1970, platicué con el general Cárdenas. Me explicó entonces lo que para mí era una incógnita: que cuando Janitzio le entregó mi carta a principios del 59, en Jiquilpan, Michoacán, se hallaba con Lauro Ortega, presidente del PRI, gente de su confianza, enviado por el presidente López Mateos para tratarle un problema. Le comentó la carta que en esos momentos le entregaba

Janitzio de mi parte y le pidió a Lauro Ortega que le expresara a López Mateos su gran preocupación por la gravedad de este conflicto; que le hiciera saber que él no conocía a Demetrio Vallejo, pero que si me conocía a mí, con quien había tratado problemas muy graves para la nación, y que por mí, el metía las manos donde quiera; que le pedía al señor presidente el examen de dos proposiciones de su parte; discutir conmigo directamente el aspecto general y político del conflicto para buscar su encauzamiento, o que lo nombrara a él, a Cárdenas, como gerente de los Ferrocarriles Nacionales y, una vez rebasado el conflicto, renunciaría a la gerencia. Lauro Ortega le expresó después que el presidente había aceptado su primera proposición y que había dado órdenes para localizarme y discutir conmigo políticamente el conflicto. Esta era la explicación que yo no conocía del citatorio de la Presidencia por conducto del ingeniero Jorge L. Tamayo.

La gran noticia

El general Cárdenas comentó que se había dado cuenta de que, a pesar del ofrecimiento de López Mateos en el sentido de recibirme, se había negado al trato político; que un año después, al ir a tratar unos problemas a Palacio Nacional, en el momento de entrar al salón en que estaba el presidente López Mateos, éste se levantó y le expresó: "Mi general Cárdenas, tengo una gran noticia que darle; la noticia es que acabamos de aprehender a Valentín Campa." Cárdenas comentó que él se molestó mucho y que le había contestado al presidente: "Usted me mandó decir por conducto de Lauro Ortega que estaba de acuerdo en discutir políticamente con Campa, no de aprehenderlo." La situación era muy embarazosa y cambio de tema.

Cárdenas había decidido dejar correr un poco de tiempo y, el momento más oportuno, plantear a Díaz Ordaz mi indulto por los servicios prestados a mi patria. Con ese objeto había arreglado una entrevista con Quiñones, del periódico confidencial BIP (Buro de Información Política), en el cual comentó mi participación en la nacionalización del petróleo y, muy especialmente, en las medidas militares para aplastar la rebelión del general Cedillo, actividades que acreditaban reconocermé un gran mérito en favor de la patria. Cuando el ingeniero Tamayo me expresó la idea

del general Cárdenas de solicitar el indulto para mí, yo le mande decir que, con todo respeto y estimación por su interés, yo no lo aceptaba. Después, cuando salí libre, comenté con Cárdenas los sucesos y me dijo: "Bueno, tú no aceptaste el indulto, ni Díaz Ordaz quiso concederlo."

Cárdenas decidió irnos a visitar a la prisión de Lecumberri. Por cierto que le pidió a Julio Scherer, entonces reportero estrella de Excelsior, que cubriera el reportaje de su entrevista con nosotros.

Cárdenas dió una gran demostración de su simpatía hacia nosotros al presentarse en la prisión para saludarnos y para hacer comentarios delante de los periodistas y de los funcionarios del gobierno.

En 1958, los ferrocarrileros eligieron democráticamente a sus representantes que reunidos en la Gran Comisión pro Aumento de Salarios obtuvieron a los charros a planear sus demandas. Cuando la chartería pretendió traicionar y aún en contra de las direcciones sindicales charras, los ferrocarrileros a luchar en 1958 por mejores salarios al margen industrial a maestros, telegrafistas, petroleros y ferrocarrileros el aumento del costo de la vida fueron los factores que las pérdidas del capital; la congelación de los salarios. Aquella época: la devaluación monetaria que había socializado la antipopular política económica de los regímenes de obreros la obtuvieron escrupulosamente la voluntaria en 1958-1959. En 1958, los ferrocarrileros eligieron democráticamente a sus representantes que reunidos en la Gran Comisión pro Aumento de Salarios obtuvieron a los charros a planear sus demandas. Cuando la chartería pretendió traicionar y aún en contra de las direcciones sindicales charras, los ferrocarrileros a luchar en 1958 por mejores salarios al margen industrial a maestros, telegrafistas, petroleros y ferrocarrileros el aumento del costo de la vida fueron los factores que las pérdidas del capital; la congelación de los salarios. Aquella época: la devaluación monetaria que había socializado la antipopular política económica de los regímenes de obreros la obtuvieron escrupulosamente la voluntaria en 1958-1959.

Punto Crítico. Año V. No. 51.

Segunda quincena de abril de 1976.

Historia de la lucha de clases.

1958; de cómo liquidar un sindicato.

"Desde Porfirio Díaz hasta López Mateos, todos los movimientos de huelga importantes de los ferrocarrileros han sido declarados ilegales o inexistentes, según el eufemismo oficial. En realidad, nunca ha existido para esos trabajadores el derecho constitucional de huelga. Cada vez que han tratado de hacer uso de él, han sido reprimidos con violencia." (Mario Gill, Los Ferrocarrileros, pág. 53). Sin embargo, históricamente, los trabajadores ferrocarrileros mexicanos han sido vanguardia de las luchas proletarias; y ni la represión, ni la manipulación burguesa han logrado someterlos, aún ahora, en las difíciles condiciones represivas, continúan su sorda y tenaz lucha en defensa de sus intereses. Ni la CROM, ni la CTM lograron doblegarlos; por eso fue precisamente que en los ferrocarriles fue donde el Estado puso a andar su política de charrificación sindical a través de la imposición militar en 1948 del famoso Charro Díaz de León, pero esto sólo significó mayor repudio entre las bases y una acumulación de odio que explotó violentamente en 1958-1959.

La antipopular política económica de los regímenes de aquella época: la devaluación monetaria que había socializado las pérdidas del capital; la congelación de los salarios y el aumento del costo de la vida, fueron los factores que impulsaron a maestros, telegrafistas, petroleros y ferrocarrileros a luchar en 1958-1959 por mejoras salariales, al margen y aún en contra de las direcciones sindicales charras.

En 1958, los ferrocarrileros eligieron democráticamente a sus representantes, que reunidos en la Gran Comisión pro Aumento de Salarios, obligaron a los charros a plantear sus demandas. Cuando la charrería pretendió traicionar

los acuerdos y los ferrocarrileros respondieron enarbolando el Plan Sureste y pasaron a la ofensiva desconociendo a los dirigentes seccionales charros. Con la táctica de los paros escalonados progresivos, rápidamente imponen la solución a sus demandas económicas; sin embargo, el Estado se resistía a aceptar la directiva sindical democrática; fueron necesarios nuevos paros para imponer las decisiones mayoritarias de los trabajadores.

En agosto de 1958, miles de trabajadores reunidos en la Estación Buenavista celebraron el triunfo y refrendaron la confianza en sus dirigentes cantando con música de "La Rielera" el corrido del Plan del Sureste:

Viva Demetrio Vallejo

a quien vamos a llevar

para que nos represente

en nuestro hogar sindical.

Yo soy rielero, tengo mi Plan

es el Sureste, vamos a ganar

y si me dicen: vamos a parar

con gusto paramos, vamos a triunfar.

Sólo siete meses duró en funciones la directiva sindical democrática -del 27 de agosto de 1958, en que tomó posesión, al 28 de marzo de 1959, en que fueron detenidos sus integrantes- no obstante, mucho se hizo en tan poco tiempo: se respetó escrupulosamente la voluntad de los trabajadores; se saneó el sindicato rebajando el sueldo de los funcionarios sindicales; se cancelaron las jugosas igualas que, a través del FUFO (Frente Unido de la Fuente Obrera) recibían corruptos periodistas; se suprimió el subsidio a los grupos de matraqueros priístas; se realizaron estudios y se realizaron proposiciones para reestructurar los ferrocarriles; se combatió la corrupción charra; se promovió el desarrollo de las luchas obreras de otros sectores; se alentó la formación del Consejo del Pueblo Mexicano, que reuniendo representaciones obreras, estudiantiles y populares se opuso a la elevación de las tarifas eléctricas y luchó por la nacionalización de la industria eléctrica; se denunció la política

de los Ferrocarriles Nacionales al servicio de las compañías imperialistas, en particular mineras, y se pidió la reestructuración del sistema de tarifas.

La revisión del contrato colectivo con los Ferrocarriles Nacionales interrumpió todos estos trabajos, para dedicar todos los esfuerzos, a partir de febrero, a la lucha por las demandas contractuales. Si ya en vísperas de las elecciones sindicales, el agregado de prensa de los Estados Unidos en México, Mr. Abe Kramer, a través de sus contactos con el Lic. Angel Carvajal, secretario de Gobernación y personaje vinculado a la CIA, había tratado de impedir la elección de Demetrio Vallejo; para la revisión del contrato colectivo, la CIA trasladó de París a México a su agente Stephansky, experto en provocaciones y en rompimiento de huelgas. Un sólido frente integrado por el imperialismo norteamericano y sus agencias de espionaje y el gobierno antiobrero de Adolfo López Mateos y su acólito Gustavo Díaz Ordaz desde la Secretaría de Gobernación, instrumentan y preparan una represión en gran escala contra los ferrocarrileros. Los líderes charros, con Fidel Velázquez a la cabeza y agrupados en el Bloque de Unidad Obrera (BUO); las cámaras de comercio, industriales y patronales; la prensa reaccionaria (Excelsior, Novedades y los innobles Zócalo y Tabloide dirigidos por Alfredo Kawage Ramia) y los funcionarios de toda laya compiten en histeria anticomunista preparando un intimidante clima de represión.

En este contexto se inicia la revisión del contrato colectivo del STFRM. Mucho se ha escrito tratando de culpar exclusivamente de la derrota de los ferrocarrileros a la dirección sindical, acusándola de haber cometido errores estratégicos y aún tácticos, por no haber estimado correctamente la fuerza del enemigo y por no haber dispuesto un repliegue que cediendo en las demandas contractuales, hubiera permitido a Demetrio Vallejo conservarse en la dirección sindical. Sin embargo, estas razones olvidan que, independientemente de la actitud de la dirección sindical ferrocarrilera; el Estado había decidido eliminar represivamente la insurgencia sindical que se extendía como el fuego en una pradera seca. Para el gobierno mexicano resultaba intolerable un movimiento obrero democrático e independiente orgánica

e ideológicamente, al que la dialéctica de la situación conducía inevitablemente al enfrentamiento con el imperialismo norteamericano (vía reestructuración de la política de tarifas) y al cuestionamiento y oposición radical del poder burgués, (de hecho, el STFRM durante la gestión vallejista había roto con el PRI y había llamado a los trabajadores a votar en contra de los candidatos charros en las elecciones de 1958); por ello fue que el 28 de marzo de 1959, para deshacerse de la insurgencia sindical, el gobierno despidió de su fuente de trabajo a miles de obreros ferrocarrileros, encarceló a otros tantos y pisoteó la voluntad democrática de los trabajadores, llegando a cometer crímenes tan sádicos como el de Román Guerra Montemayor, ferroviario comunista asesinado en Monterrey.

Diecisiete años después, los Ferrocarriles Nacionales tienen como gerente a Luis Gómez Z., ex-dirigente sindical charro, ex-comunista, ex-obrero, traidor a su clase y sostenedor de grupos de pistoleros que intervienen incluso en la UNAM, (Gómez Z. financió el célebre grupo Francisco Villa en la Facultad de Derecho). Diecisiete años después, los Ferrocarriles Nacionales de México soportan un déficit que asciende a la astronómica y cabalística suma de 3,333 millones de pesos. Diecisiete años después, la dirección sindical la usurpa el matraquero Tomás Rangel Perales, y la democracia e independencia sindical siguen estando ausentes en el STFRM. Pero también diecisiete años después, los trabajadores ferrocarrilleros continúan en renovada lucha y recuerdan -con nosotros- a los caídos y rememoran los días gloriosos en que parando los trenes hicieron avanzar la historia.

José Emilio Pacheco.

ALTA TRAICION

No me preguntes cómo pasa el tiempo

capítulo

VI

Alta traición



José Emilio Pacheco.

No me preguntes cómo pasa el tiempo.

Alta traición

No amó mi patria.

Su fulgor abstracto

es inasible

Pero (aunque suene mal)

daría la vida

por diez lugares suyos,

cierta gente,

puertos, bosques de pinos,

fortalezas,

una ciudad deshecha,

gris, monstruosa,

varias figuras de su historia,

montañas

- y tres o cuatro ríos.

Tiempo para hablar...

C. JUEZ PRIMERO DE DISTRITO DEL D. F. EN MATERIA PENAL.

RAUL ALVAREZ GARIN, procesado en este juzgado en el expediente arriba indicado, por mi propio derecho comparezco y digo:

Que estoy de acuerdo y sostengo en todas sus partes las conclusiones presentadas el 27 de agosto de 1970 por mi abogado defensor, Carlos Fernández del Real. Además deseo añadir unas cuantas consideraciones necesarias para aclarar algunos aspectos del proceso.

Este proceso pretende ser la justificación jurídica de la ilegal represión que sufrió el movimiento estudiantil de 1968. El proceso tiene consecuencias de gran importancia para la vida política y social del país, porque se está juzgando al movimiento estudiantil y con ello, los derechos constitucionales de que se hizo uso. En este proceso se dirimen dos principios, el gubernamental, de imponer "el principio de autoridad" aún por encima de la ley, y el principio de que el pueblo puede y debe impugnar los actos arbitrarios de los funcionarios, por más alta que sea su investidura.

El proceso 272/68 se inició con las detenciones del 26 de julio de 1968. Nuevos grupos fueron agregados cada vez que el ejército y la policía procedían a reprimir actos estudiantiles: el 18 de septiembre en Ciudad Universitaria, el 2 de octubre en Tlatelolco; en diciembre se incluyó a un grupo de dirigentes estudiantiles acusados de que "se negaban a volver a clases"; en mayo de 1969, se agregó un nuevo grupo acusado de realizar "actos terroristas". El proceso es masivo y de carácter político. De entre miles de ciudadanos detenidos se seleccionaron a aquellos que habían participado en organismos tales como el Consejo Nacional de Huelga, la Coalición de Maestros, los Comités de Lucha o en organizaciones políticas de izquierda. Después de dos años,

es todavía un proceso abierto, y en cualquier momento pueden ser detenidas otras personas y acusadas de la misma manera. Esta amenaza está dirigida principalmente contra los dirigentes estudiantiles y las organizaciones políticas y tiene la función de intimidar al pueblo e impedir el libre ejercicio de sus derechos.

Las arbitrariedades y violaciones a los derechos consagrados en las leyes son innumerables y puede decirse que son juicios viciados desde su origen. Detenciones masivas sin orden judicial; prácticamente secuestrados durante semanas enteras en cárceles militares; torturados para arrancar confesiones prefabricadas, y durante más de un año, detenidos sin conocer las acusaciones concretas y sin que se efectuara una sola diligencia judicial.

Sin ningún fundamento, y en abuso de la fantasía policial, se nos acusa, en promedio, "de diez delitos federales, que van desde robo, homicidio, lesiones, hasta sedición, asociación e incitación a la rebelión, con una falta de seriedad asombrosa en funcionarios judiciales.

En la fase de instrucción del proceso, que es donde teóricamente se presentan las pruebas de ambas partes, los testigos, los peritajes y se efectúan los careos necesarios para aclarar las contradicciones que se presentan, apenas si se efectuaron unas cuantas diligencias burocráticas en donde nada se aclaró de cuáles eran las acusaciones concretas que se nos imputan. Aún más, muchos compañeros detenidos no tienen acusaciones explícitas y nunca han sido llamados al juzgado para ninguna diligencia.

A principios de diciembre de 1969, el juez Eduardo Ferrer McGregor declaró cerrada la fase de instrucción y el Ministerio Público intempestivamente presentó sus primeras conclusiones quince días después. En este documento se formulan las acusaciones contra 52 personas procesadas y detenidas hasta el 2 de octubre inclusive. A la fecha el Ministerio Público ha presentado otros dos documentos de conclusiones acusatorias en contra del resto de los detenidos. Esencialmente, esas tres partes de la acusación son iguales:

En ese documento, por fin, nos enteramos del punto de vista del gobierno federal en torno a los sucesos de 1968 y de los cargos que nos imputa. En síntesis, el Ministerio Público mantiene la siguiente tesis: Existió un plan de proyección internacional de subversión. Ese "plan" fue concebido en La Habana y Praga y participaron en su elaboración y ejecución algunos mexicanos representantes de organizaciones políticas de izquierda tales como el Movimiento de Liberación Nacional, el Partido Comunista, grupos trotskistas, espartaquistas y otros grupos políticos menores.

Después, todo lo que sucedió de julio a octubre de 1968 manifestaciones, mítines, asambleas, brigadas que actuaban en las calles, "choques con la policía", (léase represión en actos públicos legales), y hasta la masacre del 2 de octubre fue parte de ese "plan". Todos los delitos de que se nos acusa están "adaptados" a esta tesis del "plan subversivo". Demostraremos que ni existió ese plan, ni se cometieron los delitos que se nos atribuyen, y que por el contrario, sí puede comprobarse una conducta delictuosa por parte de las autoridades gubernamentales, que llega a extremos de conculcación violenta del orden legal establecido.

Es necesario ubicar brevemente los sucesos de 1968 en su contexto social y político para comprender cabalmente todo su profundo significado. En 1968, la Ciudad de México, en gran medida todo el país, vivió una etapa de grandes convulsiones sociales. Del ambiente festivo de la Olimpiada Cultural, se pasó en sólo cinco días a un virtual estado de sitio. En los meses de agosto y septiembre, una avalancha de asambleas estudiantiles, huelgas, mítines y manifestaciones gigantescas conmovieron a la opinión pública nacional. Todavía hoy, dos años después, las repercusiones del Movimiento Estudiantil se dejan sentir en innumerables ocasiones y se puede decir sin lugar a dudas que el acontecimiento político más importante de este sexenio fue el despertar impetuoso de la juventud.

Los dos últimos se caracterizan por el impulso vigoroso de la juventud estudiosa que somete a crítica implacable el país que la "Familia Revolucionaria" ha construido en poco más de cincuenta años. En unos cuantos meses, apenas en unos cuantos días, la vida política nacional cambió bruscamente: el estudiantado se convirtió en un nuevo personaje del escenario político; armado sólo de ideas, honradez, limpieza y valentía, en julio de 1968 se lanzó a las calles a reclamar simplemente la reparación de una injusticia, pero como en México pedir que se cumpla con las leyes es un delito imperdonable, la reacción gubernamental fue incrementándose en violencia represiva hasta culminar en la masacre del 2 de octubre. Ese día murió el mito de la "revolución hecha gobierno", y los estudiantes, con el sacrificio de sus vidas entraron en la historia como la avanzada de una generación que habrá de transformar a este país.

En julio de 1968 se iniciaron los acontecimientos que dieron origen al conflicto. Conviene recordarlos, porque en ellos se encuentran las claves de una vieja táctica de manipulación de las masas. Los gobernantes acostumbran provocar conflictos para fortalecer su poder y colocarse en situaciones ventajosas. Los sucesos del 26 de julio recuerdan claramente las provocaciones abiertas o veladas que han sido un instrumento gubernamental utilizado para descabezar a la oposición, o para desviar la atención pública hacia problemas no esenciales. Fue una provocación parecida al incendio y saqueo de "El Parián en 1829, que sirvió a los criollos reaccionarios para calumniar a las fuerzas insurgentes que encabezaba D. Vicente Guerrero; también se parece a la provocación del esbirro Heriberto Barrón que en 1902 agredió con policías a los liberales reunidos en un teatro para acusarlos de sedición y encarcelarlos por ocho meses en la Penitenciaría.

Hay muchos ejemplos en México y en todo el mundo del empleo de este método de provocación. En el caso que nos afecta existen varios elementos que hacen pensar que los acontecimientos del 26 de julio respondieron a una provocación premeditada por el propio gobierno. Analicemos brevemente lo sucedido:

En la Ciudadela se produjeron los primeros incidentes cuando un juego de futbol terminó en riña colectiva, entre alumnos de la Preparatoria Isaac Ochoterena y de las Vocacionales 2 y 5 del IPN. Esto ocurrió el 22 de julio. Al día siguiente, varios camiones de estudiantes encabezados por "porristas" agredieron con piedras y palos a los estudiantes politécnicos causando destrozos en los edificios escolares. Esto ocurrió en presencia de granaderos que no intervinieron mientras los preparatorianos agredían a los politécnicos. Horas después, estos últimos se reorganizaron para responder a la agresión y atacaron a los alumnos de la Preparatoria Isaac Ochoterena en su propio plantel. Al regreso, cuando el conflicto se consideraba terminado, los estudiantes politécnicos fueron agredidos por dos batallones del cuerpo de granaderos en el parque de La Ciudadela y perseguidos hasta dentro del recinto de sus escuelas, en donde golpearon sin discriminación a estudiantes, maestros y autoridades escolares. Una prueba de la brutalidad de la agresión fue el reporte de los maestros informando que una maestra y otros varios maestros y empleados habían resultado con lesiones de gravedad. Era natural que esta intervención absurda y salvaje de la policía provocara una respuesta de indignación muy lógica, por cuanto todos los antecedentes de conflictos entre diversas escuelas se habían liquidado mediante arreglo amistosos, como ocurrió un año antes en un conflicto entre estudiantes de la Preparatoria 4 de la UNAM y la Vocacional 4 del IPN que fue resuelto mediante pláticas y culminó en un festival conjunto.

Los estudiantes de las escuelas vocacionales agredidas, organizaron formalmente la protesta; exigieron la destitución de los jefes policiacos responsables de la agresión y garantías inequívocas de que los recintos escolares serían respetados por la policía. Para el 26 de julio, anunciaron una manifestación de protesta y de apoyo a sus peticiones, encabezadas por el Comité Ejecutivo de la Federación Nacional de Estudiantes Técnicos (FNET). Para ese mismo día, la Central Nacional de Estudiantes Democráticos convocó a una manifestación para conmemorar el inicio de la Revolución Cubana. Las dos demostraciones contaban con el permiso de las autoridades y se habían trazado

recorridos diferentes. Sin embargo, en la tarde del 26 de julio ambos contingentes se unieron en el Hemiciclo a Juárez y de común acuerdo decidieron dirigirse al Zócalo para enfatizar la protesta estudiantil contra la violencia policiaca. Cuando la columna conjunta se acercaba al Zócalo, fue interceptada por la policía.

Durante varias horas, los granaderos golpearon salvajemente a cuanto joven encontraron en las calles del primer cuadro, agredieron a estudiantes de la Preparatoria Num. 3 que salían de clase y se encontraban al margen del problema, y de nueva cuenta invadieron los recintos escolares, causando innumerables destrozos. Desde esa noche, hasta el 30 de julio, los estudiantes resistieron dentro de sus escuelas el acoso policiaco. En la madrugada del 30, fuerzas del ejército, apoyadas por tanques, tomaron por asalto numerosas escuelas preparatorias y vocacionales y aprehendieron a cientos de jóvenes inermes que no habían ofrecido ninguna resistencia a la tropa. Más aún, la puerta de la Preparatoria de San Ildefonso fue derribada por una bazuca y varios estudiantes murieron ahí mismo.

Desde el 26 de julio en la noche, comenzaron las detenciones de militantes del Partido Comunista y sus oficinas fueron ocupadas por la policía. Este último acto, tenía la evidente intención de atribuir artificialmente un carácter que no tenían las acciones estudiantiles. Así, en la madrugada del 30, pocas horas después de que el ejército salió por primera vez a la calle, en una improvisada conferencia de prensa, los funcionarios Lic. Luis Echeverría, Secretario de Gobernación, Gral. Alfonso Corona del Rosal, Regente de la Ciudad de México y los dos procuradores de Justicia dieron la versión oficial de los hechos, según la cual, se atribuía la culpa de los sucesos a agitadores de ideología comunista, "extraños a los estudiantes" que se proponían "desprestigiar a México", aprovechando la vecindad de los Juegos Olímpicos. Se dijo que el acto excesivo de fuerza había sido necesario para acabar de "raíz" con la agitación. Esta fue la primera de una larga serie de afirmaciones infundadas y de calumnias a los estudiantes, que se emitieron al amparo de la investidura oficial y la impunidad que ello supone en México.

Es necesario destacar varios elementos esenciales que ilustran el carácter de provocación deliberada de estos sucesos que hemos relatado.

1. En los actos del 23 de julio, o sea, en el primer conflicto entre las escuelas, tuvieron parte principal algunos "porristas" especialmente de la Preparatoria 2 que forman parte del grupo conocido como "La Flota", manejados directamente por "Lara", "Los Corona", "El Gato", "El Loco" y otros que son controlados políticamente por "El Semilla", agente secreto de la Policía del D. F. y Sergio Romero (a) "El Fish", todos apadrinados por el grupo político de Corona del Rosal.

2. Los dirigentes de la extinta FNET, también manejados por Corona del Rosal, encabezados por José Rosalío Ceberos, se empeñaron en hacer la manifestación del 26 de julio, a pesar de que los dirigentes de la CNED les pidieron que cambiaran la fecha de la manifestación política para el día 25 o 27. Esta discusión se hizo en presencia de Guillermo López Ostazola, encargado de la oficina de Gobierno del Departamento del D. F.

3. Resulta sospechoso en extremo que las autoridades del D.F., que rara vez otorgan su autorización a manifestaciones públicas, esta vez hayan permitido que se hicieran dos en el mismo día y casi a la misma hora.

4. Al reprimir a la manifestación fusionada de ambos contingentes, se dieron tres hechos sospechosos más: a) el cerco policíaco en el Zócalo, fuera de la ruta de las dos manifestaciones, b) la expansión indiscriminada de la represión abarcando a estudiantes de preparatorias que se encontraban al margen de los hechos, y c) el hecho más grave y significativo que se ha pretendido ocultar en este proceso de que los botes de basura de la Alameda y el Primer Cuadro estuvieron llenos de piedras. (Curiosamente, los barrenderos, que también dependen del Departamento del D. F., fueron el auditorio escogido por el Gral. Corona del Rosal para emitir sus opiniones calumniosas en torno al conflicto y posteriormente fueron usados como fuerza de choque, armados con varillas, para perseguir

a las brigadas estudiantiles de propaganda.)

5. Una comisión de alumnos de la Vocacional 5, que el día 27 de julio se presentó en el despacho del Lic. Corona del Rosal para discutir soluciones al conflicto, fue arrestada en la propia antesala del funcionario. Ellos fueron Genaro López Alanís, Gasparri del Valle y Alonso N. entre otros.

6. Los acontecimientos que se desarrollaron desde el 26 de julio hasta el 30 del mismo mes, se debieron a que la policía cercó algunas escuelas, dejando encerrados en ellas a cientos de jóvenes que no podían retraerse del lugar sin riesgo de ser arrestados. El cerco a la preparatoria de San Ildefonso se mantuvo desde la noche del propio 26 de julio hasta la madrugada del día 30 en que intervino la tropa y derrumbó la puerta con una bazuca.

7. El 28 de julio, por mediación del Dr. Julio González Tejeda, encargado del Departamento de Servicios Sociales de la UNAM, los estudiantes de las preparatorias 1, 2 y 3 llegaron a un acuerdo con las autoridades policiacas para que cesara el conflicto. Los estudiantes exigían la liberación de todos los detenidos desde el 26 de julio y que cesaran las provocaciones y cerco de la policía en torno a sus escuelas. A cambio, ofrecieron deponer su actitud de resistencia. Es necesario decir que los estudiantes que negociaron este "acuerdo" eran dirigentes "porristas" que actuaban bajo la presión de la base estudiantil. Tratándose de elementos semi-controlados oficialmente, este hecho prueba que el conflicto era exclusivamente estudiantil. Las autoridades policiacas, por supuesto, no cumplieron con los términos del acuerdo que habían aceptado y el conflicto continuó.

8. Por el lado del Politécnico es necesario señalar que en varias escuelas las huelgas fueron promovidas por elementos de la FNET como Cebreros y Luis Alcaraz Ugalde, que eran los agentes del gobierno entre el estudiantado politécnico. Fue muy significativo que después de que se hizo público que Cebreros había "solicitado" la intervención de la policía para reprimir a sus propios compañeros politécnicos, el mismo Jefe de la Policía, Gral. Luis Cueto

Ramírez se molestó en redactar una carta dirigida al director del IPN, Dr. G. Massieu tratando de exculpar a Cebreros de su traición. Era tan claro el papel de títere que este individuo jugaba que durante mucho tiempo las autoridades del D. F. lo reconocieron como único representante estudiantil.

De todo lo anteriormente señalado, quedan claras varias cuestiones:

Primero. Fue la policía la que provocó el conflicto con sus medidas violentas, arbitrarias e injustificadas.

Segundo. La policía, encabezada por Cueto y Mendiola, cometió innumerables abusos, destruyó muebles y bienes de la UNAM y el IPN y después, para justificar sus tropelías y crímenes, culparon a los miembros del PC, de la JC y de la CNED de lo que los propios policías habían hecho.

Tercero. Las pruebas que ofrece el Ministerio Público para culpar a los miembros del Partido Comunista de haber provocado los sucesos del 26 de julio son prefabricadas y ridículas. Cinco días después de los sucesos, el 31 de julio, el Director de la Policía Federal de Seguridad suscribió el Oficio 279, que consta en el Tomo II, Foja 337 del expediente en el que informa de una reunión celebrada el 25 de julio en las oficinas del PC para "planear" los desórdenes. Si lo que este señor afirma fuera cierto y la policía estaba informada desde un día antes de lo que podría ocurrir, ¿por qué no tomó medidas para impedir que ocurrieran los desórdenes "planeados"? Lo cierto es que primero detuvieron a los militantes de ese partido y luego fabricaron la "prueba" para culparlos.

Cuarto. Si se quiere aclarar la verdad completamente, es necesario investigar y analizar con detalle, como le corresponde a usted, señor juez, la participación de los "porristas" en la iniciación del conflicto, la misteriosa aparición de piedras en los botes de basura de la Alameda, la intransigencia de la policía en acceder a soluciones al conflicto en esta primera época y la participación de

los dirigentes corruptos de la FNET encabezados por José Rosalío Cebreros. En todos estos hechos, aparecen las manos de Rodolfo González Guevara y del Gral. Corona del Rosal, que han sido denunciados innumerables veces como patrocinadores y protectores de las actividades delictuosas de estos individuos.

Una investigación objetiva de estos hechos necesariamente lleva a tomar en cuenta las aspiraciones presidenciales del Gral. Corona del Rosal, bien conocidas en esa época. Todavía ahora alienta las provocaciones por la necesidad que tiene de hacer acto de presencia con su fuerza en la política nacional. De otra manera, no se entiende ni el por qué de las provocaciones de 1968, ni el por qué de la protección policiaca a estos pandilleros delincuentes, ni el por qué de las armas y de las placas de policía con que ahora, en estos dos últimos años, los porristas asesinan estudiantes con impunidad dentro y fuera de las escuelas.

Las acciones estudiantiles que hemos visto hasta ahora, con excepción de las dos manifestaciones del día 26, fueron espontáneas y carecían de organización y coordinación. Fueron simplemente respuestas de los estudiantes a las agresiones del gobierno y a la intransigencia que impedía la solución razonable. Fue esta misma actitud de soberbia gubernamental, la que produjo la siguiente etapa del movimiento estudiantil, que se desarrolló en los meses de agosto y septiembre. Lo más característico de la acción estudiantil de este nuevo período fue precisamente la autonomía e independencia de la organización estudiantil, que solamente podía aglutinar a tan diversas instituciones y a un número tan grande de estudiantes gracias a la garantía de honestidad que significó su forma de representación auténticamente democrática. Contrariamente a lo que afirma el gobierno y el Ministerio Público, la organización de la masa estudiantil no era posible sin hacer a un lado la influencia política de cualquier tendencia exclusivista como ocurrió desde el principio y durante todo el tiempo que duró dicho movimiento. Fue precisamente este carácter independiente del movimiento estudiantil lo que más alarmó al gobierno y lo que más trató de desprestigiar atribuyéndole el apadri-

namiento de todo tipo de gentes y organizaciones. Para entender la razón de esta alarma, tenemos que trazar un somero esquema de las condiciones en que ha vivido nuestro país en la historia reciente.

Los últimos treinta años de la vida política y social se distinguieron por una aparente tranquilidad que contrastaba con los agitados años postrevolucionarios. En esta época pacífica, la industria se desarrolló de manera notable, las ciudades crecieron y las escuelas se multiplicaron significativamente. Sin embargo, a la par de este desarrollo positivo, surgieron fenómenos que invalidaban la democracia y mantenían un estado latente de descontento. En los sindicatos desapareció toda autonomía e independencia y se entronizó la práctica del charrismo, en tanto que los dirigentes honestos fueron sistemáticamente perseguidos. Algo similar ocurrió en las organizaciones campesinas, de burócratas y populares. El monopolio político del partido oficial se institucionalizó y las elecciones se convirtieron en una farsa. El sometimiento casi total de las organizaciones populares de masas, propició el fortalecimiento del autoritarismo presidencial invistiendo al Ejecutivo con poderes casi absolutos. Paralelamente, la libertad de expresión se limitó progresivamente hasta quedar prácticamente reducida a un nivel inofensivo.

Después de acallar y someter a las masas populares, el gobierno interpretó la pasividad resultante como un apoyo a su política. Las clases gobernantes sostienen que el orden es la condición del progreso y éste se interpreta como ausencia de crítica y de oposición. Criticar es arriesgado, disentir está prácticamente prohibido y atreverse a luchar por las propias ideas es un crimen que se persigue. Es tan eficaz el sistema represivo que amplios sectores de la población practican la autocensura como adecuación al medio para poder sobrevivir.

No obstante, el sacrificio de las libertades impuesto en nombre del progreso ha sido estéril. Después de cincuenta años de Revolución Mexicana, las desigualdades subsisten de manera ofensiva y la explotación de los sectores de trabajadores se recrudece sin que haya nada que se oponga.

La despolitización abarca amplios sectores populares. Un sentido fatalista de las luchas sociales imbuido por los gobernantes, justifica el apoliticismo de los ciudadanos y corrompe de antemano la mentalidad de quienes se dedican a la "política" que sólo se entiende como manipulación de las masas, como trampolín para conseguir privilegios y canongías.

Cincuenta años de experiencia en los métodos y las tácticas de las clases gobernantes, confirman que el "éxito" sólo se obtiene doblegándose ante los poderosos. El cinismo se naturaliza: "vivir fuera del presupuesto es vivir en el error". La sabiduría de los demagogos tiene otras muchas expresiones igual de cínicas y ese es el pan ideológico que se da a las masas. El resultado no puede ser otro que el apoliticismo, la apatía y atrás de esa aparente indiferencia, el descontento que se manifiesta en la burla zahiriente a los gobernantes.

En nuestro país, casi no hay matices políticos, sólo existen dos personajes en la escena: el pueblo y el gobierno. La oposición es comprada y en consecuencia ficticia o raquítica en extremo. Política es sinónimo de suciedad, bandidaje y corrupción. Los métodos de la política mexicana son creación de la "Familia Revolucionaria" que los ha puesto en práctica para desarrollarse y mantenerse en el poder. El "presidencialismo", el "compadrazgo", el "influyentismo", las "mordidas", el "dedazo", el "tapadismo" y otras tantas prácticas similares manifiestan el gobierno de las camarillas que se reparten el país cada seis años. Las leyes sólo rigen formalmente, pues de hecho no se respetan; sirven de instrumento para someter al pueblo y los políticos" no se consideran en la obligación de respetarlas. El poder legislativo es un simple apéndice del Ejecutivo y la corrupción del poder judicial es indignante.

Las clases gobernantes, sin oposición al frente, han organizado el país como mejor les conviene, sin tomar en cuenta sino por casualidad los intereses nacionales. Cada vez es mayor nuestra dependencia económica del imperialismo ramas y sectores estratégicos de la economía están bajo su control absoluto. La reforma agraria hace mucho que está supeditada en la práctica y los obreros y empleados sólo mejoran su situación cuando el presidente tiene a

bien conceder algunas gracias.

De esta manera se explica por qué un incidente, aparentemente sin importancia, se transformó en un conflicto político de proporciones impresionantes. La irracionalidad de la represión, la violencia de la misma y la falta de respeto a principios esenciales como el de la autonomía universitaria hicieron reaccionar masivamente al estudiantado. Cuando se lograron superar las dificultades internas y los estudiantes se presentaron ante el gobierno como un sector organizado, consciente y decidido a luchar por sus derechos, que esencialmente expresaban demandas de libertades democráticas, de las que ha sido privado todo el pueblo, en una forma natural, espontánea y masiva, la opinión pública los apoyó sin reservas.

El movimiento estudiantil se estructuró con una colección de demandas y acontecimientos de un alto contenido político, que al mismo tiempo que reforzaban la lucha, la ampliaban en perspectiva. La protesta masiva de los universitarios, encabezada por el Ing. Barros Sierra, por la violación de la autonomía, abrió el camino de la calle. La unidad de politécnicos y universitarios en un sólo objetivo destruyó para siempre las rivalidades, dio confianza en la madurez de los estudiantes y constituyó la base masiva y nacional del movimiento. La unidad de estudiantes y profesores, materializada en las acciones de la Coalición de Profesores pro Libertades Democráticas, abrió el camino del apoyo popular, al sumar la autoridad y el prestigio de los maestros al movimiento. Pronto se unió todo el pueblo y su apoyo se materializó en las Uniones de Padres de Familias, en el entusiasmo generalizado con que recibían a las brigadas estudiantiles de propaganda en las fábricas y mercados y en la presencia multitudinaria de numerosos sectores populares que participaron en los mítines y manifestaciones hasta hacerlas imponentes.

Las posiciones inequívocas y claras del Consejo Nacional de Huelga, en el sentido de mantenerse en pie de lucha hasta la solución definitiva de los Seis Puntos del Pliego Petitorio; el contenido democrático del propio pliego, sencillo en sus términos, pero trascendente en sus implicaciones;

la demanda del diálogo público, que no solamente mostraba la actitud ponderada de los estudiantes, sino que daba una oportunidad para establecer un nuevo estilo en los métodos de gobierno; y los impresionantes despliegues de organización, decisión y disciplina de que dieron muestra los estudiantes en sus actos, y particularmente en la Manifestación Silenciosa, convencían a miles de ciudadanos de que la acción política independiente no sólo era practicable, sino además era un camino rico en posibilidades.

El mejor ejemplo de la capacidad de orden y al mismo tiempo de combatividad de los estudiantes, fue esa misma Manifestación Silenciosa del 13 de septiembre, que con un solo acto masivo de magnitud considerable, refutó de golpe todas las imputaciones calumniosas del informe del 10. de septiembre, donde se pretendía presentar al movimiento estudiantil como fruto de la anarquía e incapaz de una conducta racional, y al mismo tiempo que exhibía la falta de seriedad del Ejecutivo; este acto silencioso mostró la fuerza del movimiento estudiantil e inspiró el terror que desató las represiones gubernamentales subsiguientes.

En esos días se vivía un clima distinto en la ciudad de México. A pesar de que desde el 26 de julio la represión no cesó un instante, se respiraba un ambiente de libertad. El descontento y las inconformidades tanto tiempo reprimidas afloraron en todas partes y se manifestaron públicamente. La gente discutía libremente, participaba y veía en el futuro posibilidades de cambio. Las brigadas recorrían incansablemente las fábricas, los mercados y todos los centros de reunión pública, explicando la situación y llamando al pueblo a participar directamente en la lucha. En numerosos sindicatos y centros de trabajo se organizaron grupos de oposición que exigían a las directivas tomar posición de lucha al lado de los estudiantes. Obreros petroleros, electricistas, ferrocarrileros y de otros sindicatos menores participaron abierta y organizadamente en las manifestaciones y mítines.

Los médicos residentes e internos de varios hospitales de la ciudad, se lanzaron a la huelga solidaria y entre

los maestros de primaria se gestaban movimientos por aumentos de salarios y de solidaridad con los estudiantes. La prensa, a su pesar, tuvo que dar una visión más objetiva e imparcial de los acontecimientos. Al mismo tiempo, la opinión pública internacional seguía paso a paso los sucesos de México y en numerosos países se produjeron actos de solidaridad. En pocos días, el pueblo tomó conciencia de numerosos problemas y actuó en la medida de las posibilidades de cada sector.

Si cada uno de estos fenómenos afectaba algunos de los engranes del mecanismo de control y constituía un problema para el gobierno, cuando se presentaron en conjunto, adquirieron características críticas que ponían en evidencia la corrupción del sistema en su totalidad. La represión, que se había mantenido sorda y en el terreno de la intimidación (ametrallamiento de escuelas desde carros policíacos, secuestro de estudiantes, golpizas, detenciones arbitrarias, etc.) se hizo pública y generalizada.

La Ciudad Universitaria fue ocupada por el ejército el 18 de septiembre y más de 700 personas fueron detenidas. El 23 de septiembre, el Casco de Santo Tomás fue ocupado por el ejército después de diez horas de resistencia estudiantil a los embates de la policía. Las Vocacionales 7 y 4 fueron ocupadas el 25. Al mismo tiempo, se desató una campaña furibunda para desprestigiar al movimiento y el Rector de la UNAM, escogido como cabeza de turco fue obligado a renunciar, presionado por una calumniosa campaña desatada desde la Cámara de Diputados. Con las escuelas ocupadas, las casas particulares se transformaron en centros de operación estudiantil; las brigadas continuaron actuando con redoblada energía y el país entero reaccionó en contra de la ocupación de las escuelas, exigiendo la salida de las tropas, la liberación de los detenidos, la no aceptación de la renuncia del Rector y la solución del pliego de seis puntos.

Para el 28 de septiembre, estaba claro que la campaña represiva "limitada" lejos de detener el conflicto, lo generalizaba aún más. La renuncia del Rector no fue aceptada por la Junta de Gobierno de la UNAM, ante el unánime

respaldo estudiantil y popular a la digna actitud del Ing. Barros Sierra. Las tropas tendrían que desocupar las escuelas. Del enfrentamiento salía fortalecido el movimiento y debilitada la política del gobierno en su conjunto. En las esferas gubernamentales, se decidió ante esto, la masacre del 2 de octubre.

Un mítin pacífico, como tantos otros, con discursos informativos, de análisis y perspectivas, con ambiente de triunfo por la dura prueba que acababa de pasar el movimiento, y ante la mirada imparcial de decenas de periodistas extranjeros que asistían por primera vez a un acto central del movimiento, fue masacrado inmisericordemente por la tropa. Más de diez mil personas vivieron horas de angustia, cercadas por el fuego de cientos de fusiles y ametralladoras y en la Plaza de Tlatelolco y en los edificios cercanos murieron más de trescientas personas indefensas. (Entre otras versiones, según la publicada por el periódico The Guardian.)

Inmediatamente después, el gobierno comenzó a recuperar el terreno perdido, al abrigo del terror que inspiraba. La prensa se disciplinó, la acción sindical fue silenciada, los médicos huelguistas despedidos y encarcelados. Heroicamente los estudiantes mantuvieron la huelga otros dos meses, y sólo volvieron a clases dolidos, resentidos y cuando ya no había perspectivas de triunfo, hasta el 4 de diciembre. Y así, finalmente, se cumplía otro de los objetivos del gobierno al realizar la masacre de Tlatelolco, la de abatir a los estudiantes por el terrorismo más despiadado, descabezando sistemáticamente sus organizaciones y persiguiendo a sus propagandistas.

El genocidio no tendrá jamás la justificación que se pretende dar en este proceso. El movimiento estudiantil se mantuvo siempre dentro de los marcos del ejercicio cívico de sus derechos más elementales. Sus características principales fueron la decisión inquebrantable de mantener sus demandas, fruto de una participación realmente democrática y masiva de la base y en la dirección del movimiento; la intención de limpiar el ambiente político con métodos nuevos como la demanda del diálogo público que se transformó en una verdadera pesadilla para el gobierno, quien

no está acostumbrado a obrar con limpieza, y veía en el diálogo abierto una "trampa" para ridiculizarlos; el sentido popular de las demandas estudiantiles que esencialmente significaban una apertura de cauces democráticos en la vida política nacional.

El movimiento se presentó ante el gobierno como la única fuerza real de oposición capaz de transformar el sistema de rígido control político de las masas. Esto fue así en la medida en que el pueblo adquiría conciencia y sobre todo experiencias concretas que señalaban un posible camino de acción. Se abría un camino de lucha ciudadana, de manifestaciones públicas, de crítica al gobierno en las personas de sus más altos representantes, de impugnación directa de la injusticia, de exigencia de respeto a la oposición. En esta medida, se debilitaba el control gubernamental sobre los sindicatos, las organizaciones populares, la prensa y la vida ciudadana. Eventualmente, podrían independizarse y escapar del control gubernamental las organizaciones que siguieran el camino señalado. El movimiento abría esa posibilidad, ni más ni menos. En ningún momento, y eso estuvo y está claro para cualquier observador objetivo, el triunfo del movimiento implicaba el derrocamiento del gobierno. Ni en sus demandas, ni en sus tácticas de lucha, tuvo un carácter insurreccional. La violencia, que arbitrariamente se atribuye a los estudiantes, siempre fue oficial y represiva y los estudiantes no hicieron más que defenderse cuando fueron agredidos. Sin embargo, este tipo de respuesta, justificada por los acontecimientos, no fue la norma de las acciones estudiantiles.

Para el esclarecimiento de los fines que persigue este proceso, es de gran importancia conocer con detalles la verdad de lo acontecido el 2 de octubre en Tlatelolco. Haremos primero una descripción de lo acontecido y enseguida un análisis de los objetivos inmediatos de la masacre.

El mítin del 2 de octubre se desarrollaba en un ambiente de fiesta. Después de dos semanas, la angustia y la incertidumbre producidas por la represión empezaban a disminuir y de nuevo se abrían perspectivas claras para el futuro. En ese mítin se comprobaría nuestra fortaleza, nuestro

buen estado de ánimo: ahí se haría el recuento de los que faltaban y dolorosamente nos habían abandonado en el Casco y las Vocacionales y de los nuevos refuerzos que llegaban. Era un mítin como cualquier otro de los muchos que habíamos hecho. Informes, análisis, directivas y orientaciones del Consejo. Estaba por terminar su intervención el compañero David Vega de Ingeniería Textil del IPN, cuando se notaron movimientos de tropas. En efecto, por el lado de la Vocacional 7, avanzando desde la calle de San Juan de Letrán, a través de las ruinas y en dirección a la Explanada se acercaban los soldados. En esos momentos sobrevolaban la zona dos helicópteros militares. En la tribuna habían notado a numerosos individuos sospechosos que cubrían todas las entradas al Edificio Chihuahua, así como las escaleras y pasillos. Algunos llevaban un pañuelo enrollado o un guante blanco en la mano izquierda. Eran las 18.10 horas cuando se notó que avanzaban las tropas sobre el mítin. La señal la dieron dos luces de bengala verde disparadas desde un helicóptero.

La tribuna estaba instalada en el corredor del tercer piso del Edificio Chihuahua y desde allí se observaron claramente los primeros movimientos de los militares. Los compañeros del Consejo anunciaron a los asistentes que el ejército se acercaba y que conservarían el orden. "Calma compañeros, no corran. Calma compañeros," se escuchó varias veces por los altavoces. Segundos después empezaron los disparos. Primero unos cuantos balazos e inmediatamente después varias ametralladoras comenzaron a funcionar violenta e ininterrumpidamente.

La Plaza de las Tres Culturas es un rectángulo de loza elevado dos o tres metros sobre el nivel general del piso. Está rodeado por las ruinas de Tlatelolco, la Iglesia de Santiago, el edificio de la Escuela Vocacional No. 7 del IPN y algunos edificios de viviendas de la unidad. Sus accesos principales son dos corredores angostos y una escalera central de 25 a 30 metros de ancho, solamente por el lado norte el desnivel es menor y puede librarse fácilmente.

Cuando empezó el tiroteo, la gente se abalanzó por las

escaleras de la Plaza que están situadas precisamente enfrente del Edificio Chihuahua, gritando: "El Consejo, el Consejo." Se dirigían a las escaleras del edificio con el único propósito de defender a los compañeros dirigentes. Ahí, los grupos de agentes secretos apostados en las columnas del edificio comenzaron a disparar contra la multitud, rechazándola a balazos.

La misma señal de luces verdes movilizó a los agentes apostados en el edificio. Las entradas y las escaleras fueron bloqueadas para impedir la salida de los compañeros del Consejo. Subieron los individuos del guante blanco hasta el tercer piso y empuñando pistolas y ametralladoras, encañonaron a los jóvenes que ahí se encontraban, obligándolos a pararse de cara a la pared y con las manos en alto. Algunos compañeros alcanzaron a huir, escaleras arriba y se refugiaron en los departamentos de los pisos superiores que valientemente las personas que los habitaban les abrían las puertas y los invitaban a pasar para protegerlos y ocultarlos. Inmediatamente, también desde el tercer piso, luego que detuvieron a los que ahí se encontraban, los agentes comenzaron a disparar contra la multitud que corría tratando de huir o protegerse. Cientos de personas vieron a un individuo alto y de traje oscuro que disparaba desde el tercer piso apuntando su arma contra las personas que aún se encontraban en la explanada. Fue uno de los primeros en disparar.

Participaron más de diez mil soldados y policías en la masacre. Desde los primeros segundos y durante más de dos horas se disparaban simultáneamente cientos de armas de todos calibres. La Plaza se despejaba rápidamente. Los soldados tenían controladas todas las entradas y obligaban a la gente a retirarse en unos casos, persiguiéndolas con disparos y a punta de bayoneta, en otros se les amontonó expuestos a las balas, formando otros grupos de detenidos. En unos cuantos minutos, la explanada estuvo totalmente vacía y solamente se veían decenas de muertos, heridos y soldados. Todos los lugares de acceso y la misma Plaza estaban en manos del Ejército, que además, tenía completamente acordonada la Unidad. Además un cordón de granaderos y policías protegían las calles cercanas y desviaban el tráfico de vehículos y personas. Apoyando

las acciones de la tropa, intervinieron inmediatamente carros de asalto, tanques ligeros y camiones de transporte, bloqueando las salidas y ocupando posiciones dentro de la Unidad, incluso en la propia explanada de la Plaza colocaron varios tanques.

Todas las acciones duraron escasos diez minutos y fue en ese lapso inicial cuando se produjeron la mayor parte, si no la totalidad de las muertes que ocurrieron. Después, el tiroteo duró más de dos horas. Los soldados disparaban constantemente ráfagas de ametralladoras contra las ventanas de los edificios cercanos. Los muros y fachadas eran barridos sistemáticamente por el fuego de las armas automáticas. Desde algunos de los departamentos y pasillos del Edificio Chihuahua, se escuchaban los gritos de contraseña de los agentes: "Batallón Olimpia, aquí. Batallón Olimpia. No disparen." Después, en los pasillos y corredores solamente se escuchaban los pasos de las botas militares y de los agentes. A las 20.30 horas empezaron a revisar todos los departamentos en busca de los compañeros del Consejo que se habían ocultado. Los sacaban a golpes y culatazos y los llevaban a un departamento del quinto piso acondicionado para detenerlos, allanando todas las viviendas. Las personas que quedaron detenidas en el tercer piso, estuvieron las dos horas acostadas en el suelo, protegidas por el muro-barandal del pasillo que tiene escasamente un metro de alto, encañonados por los agentes del Batallón Olimpia. (Ahí fue herida la periodista Oriana Falaci). A las 23.00 horas empezaron a enviar a los detenidos a las cárceles y a las 5.00 horas del día siguiente, salió el último grupo con destino a la Penitenciaría de Santa Marta Acatitla.

Todos los detenidos en el Chihuahua fueron vejados en forma salvaje por la tropa y los oficiales: golpeados, desnudados, atados de manos, insultados de manera soez. No habiéndolos capturado con armas en la mano, recibieron un trato que no se da ni a los peores criminales, ni a prisioneros de guerra.

La censura policíaca empezó a funcionar de inmediato. En los noticieros de media noche y en los periódicos del día siguiente, se dijo que el ejército se había presentado

con el propósito de "disolver el mítin" y que al acercarse los soldados, habían sido "recibidos a balazos" por "franco-tiradores" apostados en los edificios. Se llamaba "combate" a un crimen que recuerda a los de Cananea y Río Blanco.

Trataremos ahora de hacer una interpretación de lo acontecido. Conviene, aunque sea brevemente, hacer notar algunos hechos significativos que demuestran llanamente lo falso de la verdad oficial. En primer lugar, es necesario recordar que todos los actos convocados por el Consejo Nacional de Huelga fueron pacíficos, efectuados en un ambiente de responsabilidad y orden; la prueba más contundente fue la manifestación del 13 de septiembre, en donde participaron más de 300 mil ciudadanos. Es claro que un acto de esa naturaleza, en silencio, sólo es posible realizarlo cuando en la conciencia ciudadana existe una profunda y absoluta convicción en la justeza de la lucha. Durante más de mes y medio actuaron cientos de brigadas en toda la ciudad, explicando al pueblo la situación, organizando mítines pequeños, recolectando fondos, etc. y nunca se presentaron incidentes violentos. Sin embargo, cada vez que aparecían el ejército y la policía, ocurrió todo lo contrario. Por eso se señaló en miles de ocasiones que "una manifestación sin policías es una manifestación pacífica." Está claro que si el ejército no se hubiera presentado a Tlatelolco, el mítin se habría concluido pacíficamente y sin incidentes.

En ningún caso se ha podido probar efectivamente la existencia de propaganda escrita o hablada que inictara a la violencia, así como tampoco se ha podido probar que algunos de nosotros hubiese hecho uso de armas de fuego. Unas cuantas observaciones permiten asegurar que la presencia de las tropas en Tlatelolco tenían el propósito deliberado de masacrar a los participantes del acto que se realizaba. En efecto, ésto queda plenamente comprobado con las características que a continuación señalamos:

Primero: Si el gobierno tenía la intención de no permitir más actos públicos convocados por los organismos del movimiento, ésto debería haberse anunciado ampliamente como lo prevé la ley, difundiendo por todos los medios a su alcance las razones que justificaran tal medida. En los días inmediatos anteriores al 2 de octubre, por el

contrario, no hay ninguna advertencia, ningún indicio que permitiera prever las intenciones gubernamentales. Igual que el 18 de septiembre, cuando fue ocupada la CU, el gobierno procedió violentamente en contra de ciudadanos confiados, de gente pacífica que incluso vislumbraba una pronta solución y la presencia de decenas de periodistas nacionales y extranjeros; de miles de mujeres e incluso de niños, demuestran que se trataba de un acto legal y pacífico. Acciones de militares, planeadas por mentalidades militares, consideraron el factor sorpresa y actuaron en los momentos en que menos se esperaba que lo hiciera, en forma artera. En dos ocasiones, el ejército intervino sorpresivamente cuando se suponía, por las promesas oficiales, que podía llegarse a un acuerdo satisfactorio. El 18 de septiembre, ya estaba aceptado implícitamente el diálogo público escrito y en el curso de ese mismo día, sin previo aviso, miles de soldados invadieron CU. En la mañana del 2 de octubre, se iniciaron las pláticas con los representantes presidenciales y pocas horas después, también sin previo aviso, el ejército agredió ferozmente nuestro mítin con un trágico saldo de muertos y heridos.

Segundo. Cuando se presentaron las tropas en Tlatelolco, tampoco anunciaron su intención de disolver el mítin. En otras ocasiones, por ejemplo el 27 de septiembre, en el Zócalo, los mandos del ejército hablaron por megáfonos pidiéndole a la gente que se retirara pacíficamente y anunciando que si en un cierto plazo no lo hacían, actuarían con fuerza. Independientemente de que tuvieran razón o no, el proceder de esa forma, al desalojar a la gente de plazas y edificios con la fuerza de las armas, el hecho de que se anunciara la intención, de que se diera un plazo, evitaba que se produjeran sucesos lamentables. En efecto, si la gente decidía retirarse, lo hacía en orden y controladamente. Si la gente decidía quedarse y resistir pacíficamente, también lo hacía organizadamente, como sucedió en CU, sentándose sin correr, retirando a las mujeres y niños, etc. En Tlatelolco, las tropas simplemente llegaron disparando a la multitud.

Tercero. Aun suponiendo que hubiera habido resistencia armada en el momento en que se acercaban los soldados,

si los mandos del ejército hubieran actuado con la prudencia elemental, conscientes de la superioridad y ventaja que les confieren las armas, se habrían retirado temporalmente permitiendo que la gente desalojara la zona, para después actuar contra los supuestos agresores. Esto no sucedió así, y prácticamente el ejército ocupó la Plaza y los edificios cercanos desde el primer momento, se puede decir que en segundos, lo que demuestra que no hubo ninguna resistencia a su avance. Ya hemos dicho que los primeros disparos partieron de agentes del "Batallón Olimpia" apostados en los corredores y pasillos del Edificio Chihuahua y que inmediatamente después comenzaron a funcionar cientos de armas automáticas. La agresión se desarrolló en dos etapas: en la primera, o sea en los primeros momentos críticos, el "Batallón Olimpia" de civil y con guante blanco disparó sobre la gente reunida en la Plaza, completando esta acción la tropa uniformada que cerraba el cerco; en la segunda etapa, que duró cerca de dos horas, la tropa se dedicó a disparar sobre los edificios cercanos a la plaza, sobre cualquier persona que se asomara a las ventanas. La tropa llevaba órdenes de masacrar y lo prueba definitivamente el hecho de que hubiera tanta gente muerta y herida de bayoneta. Mujeres de distintas edades, jóvenes y ancianos, que fueron asesinados cruelmente con golpes salvajes de bayoneta y que evidentemente no eran "guerrilleros" que estuvieran "resistiendo" al ejército, sino gentes débiles e inertes que no pudieron huir a tiempo.

Cuarto. Lo anterior concuerda notablemente con el hecho de que el mítin fue cercado, impidiendo la salida de los miles de personas ahí reunidas. En otra parte ya hemos señalado que se trataba de un triple cerco militar y policia- co: el primero en torno al Edificio Chihuahua por miembros del "Batallón Olimpia" vestidos de civil, que tenía por objeto capturar a los miembros del Consejo Nacional de Huelga; el segundo, formado por la tropa y los tanques, en torno de la Plaza, para rodear a la multitud y acorralarla; y el tercero en torno a la Unidad para tapar toda posibilidad de salida y capturar a los escasos grupos de gente que lograba evadirse de los primeros.

La existencia de estos cercos queda plenamente comprobada por los miles de personas detenidas ese día. Solamente en las distintas cárceles de la ciudad fueron reclusas más de dos mil personas y si además tomamos en cuenta que otras muchas estuvieron detenidas temporalmente en el mismo lugar de los hechos, para ser puestas en libertad horas después, la cifra de los detenidos aumenta hasta cinco o seis mil personas calculada conservadoramente.

Estos datos dan una idea de la magnitud de las fuerzas públicas desplegadas para reprimir el mítin y hacer evidente que la orden no era la de dispersar a los asistentes, cosa que ya hubiera sido injustificable, sino todo lo contrario: cercarlos, acorralarlos. Las unidades del ejército se desplegaron en torno a la multitud como pinzas y en pocos minutos, todas las salidas estuvieron cerradas.

Quinto. La experiencia obtenida en la ocupación de CU, donde fracasaron al intentar detener a los integrantes del Consejo en la Facultad de Medicina, condujo a los "estrategas" policiacos a refinar sus métodos, y así idearon usar el "Batallón Olimpia." Este organismo fue integrado por soldados y oficiales escogidos de los cuerpos de Guardias Presidenciales y batallones de diversas armas y reforzado con agentes de la policía. Actuaron utilizando tácticas de "comandos" y estuvieron encargados de apoderarse del Edificio Chihuahua, detener a los miembros del Consejo que ahí se encontraban, iniciar la provocación haciendo los primeros disparos sobre la multitud y la tropa, y en la última parte de su actuación, seleccionar a los detenidos para formar un grupo de "especiales" en donde se encontraban los miembros del CNH, periodistas extranjeros y en general cualquier persona que les pareciera sospechosa. La detención inmediata de la mayoría de los miembros del CNH en el tercer piso del Chihuahua, aleja cualquier duda acerca de la posible resistencia armada que éstos pudieran haber ofrecido. Más tarde, cuando los miembros del Consejo que fuimos testigos presenciales de cómo el "Batallón Olimpia" disparó primero sobre hombres, mujeres y niños desarmados, y posteriormente -en abierta provocación- sobre la tropa que estrechaba el cerco, lo quisimos

hacer contar en nuestras declaraciones ante el Ministerio Público; se impidió a toda costa que esta afirmación fuera asentada en el acta.

Sexto. El punto de vista del gobierno mantiene como único argumento para demostrar la participación de "francotiradores", el hecho de que el general Hernández Toledo resultara herido en las "acciones" de ese día. Sin embargo, existen algunos detalles significativos que destruyen este argumento. En primer lugar, el general Toledo fue herido por la espalda, de lo que se deduce que el disparo provino de su retaguardia, probablemente de entre sus propios hombres, o bien de alguno de los helicópteros que en ese momento colaboraban a la masacre ametrallando desde el aire a la multitud inmovilizada y acorralada. En segundo lugar, refuerza esta hipótesis, el hecho de que el calibre de la bala empleada corresponde a un fusil A.R. 18, arma novedosa empleada casi exclusivamente por la infantería de marina de los Estados Unidos en la guerra de Viet Nam. Por otra parte, aunque todavía no se conocen con exactitud las circunstancias en que fue herido el general Toledo, la suposición de que los disparos partieron desde algún edificio cercano, y el hecho de que no se conozca quién o quiénes dispararon, obliga a pensar en uno o varios tiradores especializados, seguramente bien entrenados, capaces de asegurar sus disparos desde el primer momento. Todos los departamentos de los edificios cercanos a la Plaza fueron registrados cuidadosamente por el ejército y la policía y no se encontraron armas del tipo señalado.

Por cierto que entre una población de 80,000 personas que viven en la Unidad Tlatelolco, solamente se pudieron encontrar allanando todos los domicilios, 20 pistolas calibre 22 y otras pocas armas de cacería. Con lo que también se demuestra que ni hubo acopio de armas, ni hubo resistencia al ejército.

Ahora bien, el gobierno, siempre cuidadoso de cubrir ciertas apariencias banales, no se molestó por declarar el estado de sitio o de emergencia; si realmente la había a su juicio, la Constitución señala el procedimiento, tanto como para declarar el estado de emergencia, como para pedir la

intervención del ejército. Lejos de pensar siquiera en los procedimientos que la Constitución señala, el secretario de la Defensa declaró: "A las 17.30 horas se recibió una petición de la policía solicitando el apoyo del ejército, en virtud de que había empezado un tiroteo entre los mismos estudiantes." Todos los diarios coinciden en que la hora en que se inició todo fueron las 18.30 horas, y la versión del tiroteo entre los estudiantes, ya ni el mismo gobierno la sostiene. Finalmente, el mismo día 3 de octubre, en que aparecieron las declaraciones del secretario de la Defensa, fue publicada la versión de la policía: el general Cueto, tras afirmar que los balazos habían partido del Chihuahua, dejó claramente establecido que: "La policía no pidió la intervención del ejército, sino que le informó de lo que ocurría, y la determinación de intervenir la tomó el propio ejército." Y ¿qué era lo que ocurría si ahora el mismo gobierno afirma que todo se inició por la agresión que sufrió el ejército, aunque nadie pueda explicar que hacía en ese lugar?

Séptimo. Algunos datos adicionales y actos posteriores demuestran que el gobierno tenía preparado el golpe cuidando hasta los últimos detalles. Por ejemplo, días antes del dos de octubre, fue desocupado completamente el Dormitorio 4 de la Cárcel de Santa Marta Acatitla, con el propósito de dar cabida a los cientos de detenidos que se esperaban. Lo mismo sucedió en la Prisión Militar del Campo Militar Número 1, en donde se desalojaron varias "cuadras" esperando a los detenidos.

A Santa Marta fueron conducidas más de setecientas personas y a la prisión militar más de ochocientas. Otro ejemplo: los agentes del "Batallón Olimpia" y los agentes secretos emboscados en los alrededores, llevaban un cartel impreso con las fotografías de los principales dirigentes del CNH, con el propósito de identificarlos y aprehenderlos inmediatamente. Otro ejemplo más: los detenidos en la Cárcel de Santa Marta empezaron a declarar ante los agentes del Ministerio Público apenas unas horas después de su llegada.

La forma sorpresiva en que actuó el ejército, la participa-

ción de cuerpos de choque como el "Batallón Olimpia", la existencia de los cercos policiacos y militares, el gran número de muertos y heridos, el elevado número de detenidos, el inmediato control policiaco de los hospitales civiles, la rapidez con que funcionó la censura política, la rapidez y coordinación extraordinaria que mostraron todas las dependencias gubernamentales que intervinieron directamente -distintas policías, Secretaría de Defensa, Procuradurías, Secretaría de la Presidencia, Secretaría de Gobernación, Jefes de Prensa, etc.- muestran cabalmente que el gobierno tenía preparado un golpe definitivo en contra del movimiento. La masacre del 2 de octubre fue un acto planeado fría y cruelmente por funcionarios gubernamentales especializados: fue un crimen masivo que cumplió las tres agravantes del delito: premeditación, alevosía y ventaja. La responsabilidad completa de lo ocurrido recae directa y únicamente en las más altas autoridades del país. Es responsable el presidente de la República, Lic. Gustavo Díaz Ordaz, pues fue él quien decidió liquidar el Movimiento Estudiantil a cualquier precio. Es responsable el Secretario de Gobernación, Lic. Luis Echeverría, a quien corresponde tomar decisiones que afectan al orden interior de la nación. Es responsable el Secretario de la Defensa Nacional, Gral. Marcelino García Barragán, por haber empleado el ejército a su cargo en funciones diferentes a las asignadas a este cuerpo en tiempos de paz, y por la planeación y ejecución de la masacre bajo sus órdenes directas.

Son responsables los Procuradores del Distrito Federal y General de la República, por su complicidad con las atrocidades que se cometieron, y por ser ellos quienes ordenaron la fabricación de "pruebas" artificiales arrancadas a base de torturas en las cárceles y en las mazmorras del Campo Militar No. 1.

Además, tienen responsabilidad especial los generales José Hernández Toledo y Crisóforo Masón Pineda, Comandante y Sub Comandante de la "Operación Tlatelolco"; el Gral. Raúl Mendiola Cerecedo, que asumió prácticamente el mando luego que fue herido el Gral. Hernández Toledo, y el Corl. Ernesto Gómez Tagle, Comandante del "Batallón Olimpia", todos éstos como ejecutores del genocidio. Son responsables todos los jefes policiacos de todas las jerar-

quías y corporaciones por su participación directa en los hechos de Tlatelolco y adicionalmente por las torturas inflingidas a cientos de jóvenes detenidos, allanamientos de domicilios y secuestros innumerables. Por lo menos estas personas son las que debieran ser juzgadas por el crimen de Tlatelolco; debieran rendir cuentas de su actuación como funcionarios y de los abusos de poder que han cometido.

Examinaremos ahora la versión jurídica de la misma política represiva que se abatió sobre el movimiento estudiantil. En México, sería necesario designar un nuevo término para designar las actividades del gobierno. No es hipocrecía, porque es algo mucho más tortuoso, se hablan dos o tres lenguajes simultáneamente. Por una parte, el gobierno solamente acepta la muerte de poco más de 30 personas en Tlatelolco; sin embargo, los mismos funcionarios, militares, judiciales, etc., admiten en privado las versiones periodísticas que informaron de cifras muchas veces superiores. Resulta verdaderamente asombroso y ridículo en extremo que el Ministerio Público, en su afán de ocultar a como dé lugar los crímenes gubernamentales, nos acuse solamente de la muerte de dos soldados. Vamos a explicar esta aberración con todo detalle.

El Ministerio Público sostiene en las páginas 8, 9, y 10 de sus conclusiones acusatorias que "en cumplimiento de un plan subversivo de proyección internacional, todas y cada una de las personas ahora procesadas participaron en... mítines, manifestaciones y tumultos...proveyéndose de gran cantidad de armas de fuego...para atacar con ellas y piedras y palos a los agentes de la autoridad, causando lesiones y homicidio..." En este párrafo se sugiere mañosamente, por la vaguedad con que está escrito, que somos responsables de todas las muertes producidas en Tlatelolco (cualquiera que sea su número: 30, 100, 150, 300), el número depende de lo que cada quien considere como cierto, pues la cifra real es ocultada celosamente, como un secreto de Estado.

Más adelante, en la página 206, al referirse a los elementos que conforman el delito de "lesiones y homicidio contra

agentes de la autoridad", que es de lo que estamos acusados, dice que este delito se configura "con las actas de defunción de los soldados Constantino Corrales Rojas y Pedro Gustavo López Hernández." Estas dos únicas personas son los "agentes de autoridad" que murieron en Tlatelolco. Los demás elementos configurativos son actas de lesiones de militares y de policías preventivos.

En la parte de responsabilidad penal de las conclusiones del M.P., que es donde se analiza la responsabilidad individual de cada detenido, el M.P. dice que ésta se demuestra con las declaraciones de José Hernández Toledo, Ernesto Morales Soto, Sergio Alejandro Aguilar Lucero y otros militares lesionados que relatan detalladamente en sus declaraciones la forma y circunstancias en que fueron heridos. El M.P. sugiere que una lectura de esas actas demostrará, sin lugar a dudas, la responsabilidad de los acusados.

La lectura de la declaración rendida por el Gral. Hernández Toledo demuestra sin lugar a dudas una sola cosa: al general lo hirieron. Cómo y quienes, no se establece en ninguna parte. La declaración del Sargento Jesús Bautista demuestra que el "oyó varios disparos de armas de fuego que provenían de lo alto de varios edificios" y que después se le salió un tiro de fusil y se lesionó el pie derecho. El soldado Antonio Vargas, declara que fue lesionado por un tiro disparado desde la parte alta de un edificio. Después se negó a firmar el acta "por no convenir a sus intereses." Rafael Martínez Ortega, soldado del 44 Batallón de Infantería, declara que "les comenzaron a tirar balazos desde la parte alta de uno de los edificios y que al correr para protegerse detrás de unos obstáculos cayó en una parte empedrada." La lesión resultante fue la fractura del antebrazo.

Estas declaraciones, tienen en común dos circunstancias importantes: todos los militares afirman que no pudieron ver a sus agresores y que los disparos procedían de lo alto de un edificio. Lo anterior es absolutamente cierto. Veamos otras dos declaraciones que nos darán la clave de quienes fueron los provocadores y responsables de la

y el Corl. Ernesto Gómez Tagle, Comandante del "Batallón Olimpia", todos estos como ejecutores del genocidio. Son responsables todos los jefes policiacos de todas las jerar-

masacre. Todo por boca de los militares:

El capitán Ernesto Morales Soto afirma que pertenece al "Batallón Olimpia" y que el día de ayer (2 de octubre) fue comisionado para trasladarse a la Unidad Tlatelolco. El y los hombres a su mando iban vestidos de paisanos y se identificaban como militares por medio de un guante blanco; que posteriormente al lanzamiento de una luz de bengala, como señal previamente convenida (sic), debería impedir que entrara o saliera persona alguna del Edificio Chihuahua; que una vez lanzada la señal mencionada se empezaron a oír gran cantidad de disparos que provenían de la parte alta del edificio e iban dirigidos hacia las personas que se encontraban reunidas. El teniente Sergio Alejandro Aguilar Lucero, también informa que pertenece al agrupamiento Olímpico y que fue herido al llegar al Edificio Chihuahua.

Estas declaraciones rendidas por miembros del "Batallón Olimpia", (Batallón que casualmente no se menciona jamás en las conclusiones acusatorias del M.P., ni en ningún otro documento oficial que se haya dado a la publicidad), concuerdan en todas y cada una de sus partes con las rendidas por los estudiantes detenidos, en el sentido de que fueron policías y militares del "Batallón Olimpia" quienes empezaron a disparar desde el tercer piso del Edificio Chihuahua sobre la multitud.

Tiene particular importancia que durante los interrogatorios efectuados en el Campo No. 1, el agente del M.P. se haya negado a hacer constar en las actas cada vez que algún detenido en el tercer piso del Chihuahua hacía la misma declaración que el capitán Ernesto Morales Soto. El guante blanco, la luz de bengala y el traje de paisano, como elementos que prueban la preparación de la masacre, reciben así una confirmación oficial.

El hecho de que solamente se nos acuse de la muerte de dos soldados pone en evidencia varias cuestiones:

Primero: Que solamente aparezcan dos soldados muertos, prueba que los disparos no se dirigían contra la tropa, sino principalmente contra la multitud.

Segundo: El Ministerio Público no se atreve a responsabilizarnos por la muerte de civiles, por el hecho de que todos los cadáveres, civiles y militares, presentan heridas de bayoneta y de balas de calibres militares.

En el periódico El Universal del 4 de octubre de 1968, aparece un artículo titulado "Penosa identificación de la víctimas", del cual transcribimos lo siguiente:

"En el Servicio Médico Forense...las autopsias mostraron que la gran mayoría de las víctimas murieron...a consecuencia de heridas por bayoneta...Otros por disparos de armas de fuego hechos a corta distancia...Tres casos llamaron la atención de los médicos: un niño de aproximadamente 13 años que murió a consecuencia de una herida de bayoneta en el cráneo...El segundo, una anciana que sucumbió tras de recibir un bayonetazo por la espalda...El tercer caso, una jovencita que presentaba una herida por bayoneta en el costado izquierdo. La lesión nacía en la axila y terminaba en la cadera..."

Estas muestras públicas evidencian la extrema crueldad y cobardía de los ejecutores de la masacre. Y como punto tercero, es claro que el M.P. trata deliberada y dolosamente de ocultar la verdad que hubiera surgido de una investigación honrada: los disparos hechos desde el Edificio Chihuahua fueron obra de miembros del "Batallón Olimpia" y de nadie más.

Este proceso, como se ve por lo anterior, pretende ser una tapadera de los crímenes gubernamentales. Pero está llena de agujeros. Está claro que se trata de trastocar los términos de la realidad: a las víctimas de la represión se pretende hacerlas aparecer como culpables.

Históricamente, el Movimiento estudiantil ha quedado simbolizado por la fecha del 2 de Octubre y Tlatelolco como el sitio del martirio. Ese 2 de Octubre en Tlatelolco, entre el estruendo de las balas y la impotencia y el coraje de los agredidos, surgió el grito definitivo por la libertad del pueblo.

Ese 2 de Octubre simboliza a toda una generación de mexicanos. Cientos de jóvenes, algunos casi niños, ingresaron a las cárceles y aprendieron a pensar y comportarse como hombres. Las torturas físicas y morales a que se vieron sometidos, lejos de quebrantarlos, los fortalecieron: las calumnias y ultrajes de que fueron objeto, no quebrantaron su moral y su confianza en los ideales que han mantenido.

Estamos convencidos de que el compromiso que en aquellos días formulamos con nuestro pueblo aún sigue vigente. Esta generación no defraudará las esperanzas que en ella se han depositado.

A pesar de todos los obstáculos transitados, de las persecuciones, las cárceles y los asesinatos, haremos tantos intentos como sean necesarios hasta encontrar el camino que nos conduzca a un régimen pleno de justicia y democracia, donde la opinión popular sea estrictamente respetada, donde los trabajadores, los estudiantes y los profesionistas construyan conscientemente su propia historia, en donde no exista la miseria y la explotación y en donde la cultura sea patrimonio de todos los ciudadanos.

De esta responsabilidad concreta a todos los jóvenes nos corresponde un papel que no podemos eludir. En cada acto de nuestra vida, dondequiera que estemos, tendremos que confirmar la vigencia de los principios por los que luchamos, y nuestra conducta personal deberá corresponder fielmente a la imagen que el pueblo se ha formado de esta generación nacida el 2 de Octubre.

RAUL ALVAREZ GARIN

Carlos Monsivais.

Días de guardar.

13 de septiembre de 1968.

**** La manifestación del silencio.

A. José Revueltas.

El atiende a Tlaloc, dios de la lluvia, y desearía escuchar un comentario:

también el compañero prehispánico nos apoya con su silencio.

Son las tres de la tarde del 13 de septiembre y es viernes y la ciudad de México, al cabo de varias semanas de agonía, aguarda, tensa, fragmentada en hipótesis, dominada por la inhibición que declara intervenido cualquier teléfono, incierta, crédula al extremo de saturar las gasolineras ante el rumor de una escasez, sin entender cabalmente cómo conciliar simpatía y desconfianza, civismo y miedo, apoyo y empleo. El organismo central del Movimiento Estudiantil, el Consejo Nacional de Huelga, ha decidido una gran Manifestación del Silencio y la respuesta general ha sido incredulidad y recelo. El atiende a Tlaloc, y a los unos cuantos que, en espera, acumulan pancartas y mantas, fijan sitios, comparten pronósticos del triunfo o represión. A él lo ha convocado la inercia de su pesimismo, esa incapacidad de retirada ante la catástrofe que ha sido garantía de los oligarcas y frustración de los historiadores radicales de México.

"La manifestación será un fracaso," murmura pesaroso, al registrar, con percepción automatizada, a los activistas que reparten volantes, imparten listones, venden publicaciones mimeografiadas. se saludan sin indiferencia y sin complacencia. "Vamos a ser poquísimos. Es una locura, una provocación."

El Museo de Antropología es un telón de fondo ejemplar; su pretensión de una modernidad absoluta que albergue y clasifique herencias, le ha proporcionado a los manifestan-

tes un paisaje historiado, una escenografía primigenia donde los orígenes de una nación se entreveran con la costosa arrogancia de quienes la gobiernan. Aunque, aclaración importante, ninguno de los allí presentes persiste en la duda, incómoda y obsesiva, sobre la significación política concreta de los edificios públicos, lo cual sólo quiere decir que se ha vuelto imprescindible el olvido, no el olvido total, ni siquiera la falta de confianza en el recuerdo, simplemente el olvido selectivo, aquél donde la memoria utilizada como exaltación continua y sistemática de todos los acontecimientos, se vuelve atroz sobreentendido, informe del resentimiento.

El compañero Nietzsche distribuye un volante: "Es imposible vivir sin olvidar."

Porque llega el tiempo en que el cúmulo de las situaciones vividas, de tan extremo y de tan recordado, deja de proyectarse ante nuestros ojos como película o como desvarío y abdica de su calidad episódica para mostrarse como nuestra carne y nuestra sustancia, inflexión de la voz y titubeo en el andar. Esta tarde donde él se sumerge ha cuajado en esa su cualidad de espacio libre, porque acumula, sintetiza, sustancia otros momentos, convertidos ya en médula de la conducta, porción básica del entendimiento de la realidad, causa modificante incluso de nuestra manera de leer un libro o de hacer el amor o de emborracharnos, o de mortificarnos ante el espejo o de quedarnos contemplando, ignorantes de la relectura, una nota del periódico de ese día:

Nuevamente están alimentando a Vallejo por medio de una sonda. En una comunicación enviada ayer a esta redacción por la señora Isaura Vallejo, hermana del líder ferrocarrilero Demetrio Vallejo.

La falsa altanería, el ánimo fetichista, la reverencia del latinoamericano ante frente a la Historia conducen a la noción del juego: ¿irá el viacrucis de nuestro desarrollo, compañero Bolívar, de la plaza pública a la recámara, del mítin al gesto, del discurso al leve sobresalto? ¿Estará militando nuestro subconsciente, trastornarán los hechos la técnica de observar una espalda, la simple y callada

técnica personal de observar la espalda de un cuerpo dormido en el amanecer? Por ahora no hay respuesta: resta comprobar (al reconocer a un amigo, al responder al pregón del magnavoz que va señalándoles números a los contingentes) el valor de una impresión exacta: las experiencias de los días, de las semanas anteriores, transgredieron la esfera de la evocación para disolverse en la zona libre de los temperamentos. La Historia se ha vuelto intranferible.

Carne y sangre de nuestro conocimiento: todo será posible menos llamarse de algún modo preciso. Los nombres propios y los apellidos dejan de tener sentido. No es el triunfo del anonimato ni hay rebelión de las masas que obligue a la nueva filmación de Tiempos Modernos: cunde, tan sólo, una personalización más allá de las convenciones del Registro Civil, más allá de esas precarias señas de identidad que son los nombres. El empieza a saber quien es, porque empieza a enterarse de hasta dónde llega. El reacomodo del país ha decretado la suspensión de la credulidad ante el prestigio de un currículum vitae, ha obtenido la extinción del concepto "vida ejemplar."

El inicia un encogimiento de hombros. Allí están. ¿Nada, nadie logrará evitarlos? Los demagogos se extasían relejendo su expediente de lucha, dan consejos, confeccionan listas de réprobos, se asoman al estanque para ver reflejado su programa de acción. Al dictar su mensaje, al prestigiar las ventajas que la repetición de su conducta supone, alejan, ignoran a esta nueva experiencia que ya prescinde de la nostalgia de todo lo que no se ha hecho en México a partir de 1810.

El insiste: los días pasados no nos abandonan: se filtran a través de la redacción de una carta, en el desciframiento de un rechazo. Permanecen en la premura con que se hojea el periódico o se emite una opinión literaria: uno se mueve en seguimiento de otros pasos, los pasos, por ejemplo, del primero de agosto, en la marcha luctuosa que presidió el Rector de la Universidad de México, cuando todavía el instinto democrático provenía del estupor de quien se advierte, de golpe, habitando un país y no una oficina o un fin de semana.

El escucha: son los pasos de la manifestación del Instituto

Politécnico Nacional, el día cinco de agosto. Los politécnicos y un numeroso grupo de universitarios, parten de la Unidad Profesional de Zacatenco y concluyen su marcha, beligerante y radicalizada, en el Casco de Santo Tomás. El escucha: son los pasos de la manifestación del 13 de agosto, esos pasos desatados a las cinco de la tarde en la Plaza del Carrillón de Santo Tomás, pasos a la conquista del Zócalo, esa llanura vital de la República tan inaccesible, tan resguardada por símbolos de todos los poderes y tan domeñada por poderes ataviados como símbolos. Pasos incrédulos, obstinados, absortos, voluntariosos, que fueron rescatando, recreando las calles, redescubriendo la Avenida Melchor Ocampo, otorgándole otra fisonomía al Paseo de la Reforma y a la Avenida Juárez y a la calle del Cinco de Mayo. Los transeúntes se transformaron, súbitamente en ciudadanos; el reconocimiento comunal del trazo de la ciudad le ganó la batalla a la grisura de las tardes tristes, en la ciudad predestinada a definirse como hotel. La Coalición de Profesores de Enseñanza Media y Superior Pro Libertades Democráticas encabezaba la manifestación. Al frente, la enorme manta:

"LOS PROFESORES REPROBAMOS AL GOBIERNO POR SU POLITICA DE TERROR."

Son los pasos del trece de agosto/ cinco kilómetros y medio abarcaba el desfile/

¡PRESOS POLITICOS LI-BER-TAD!

pasos que al ir descifrando el terreno, al ir recibiendo tímidos o ardorosos aplausos, se iban dejando ganar por la sensación de asedio y de cruzada/

¡LIBROS SI, GRANADEROS NO!

pasos que rodearon, vulneraron el Zócalo, la Plaza de la Constitución, y lo entendieron como espacio mensurable, dimensión humana, ya no la tierra santa, ya no la propiedad exclusiva de efemérides y concentraciones en apoyo del gobierno, sus visitantes ilustres y sus actitudes nómadas/

CHE- CHE- CHE GUEVARA, CHE- CHE- CHE GUEVARA

pasos que se desgastaron en la primera vivencia emocionada, mítica y desmitificadora, del centro de un país.

Entraña, raíz, condición de melancolía: el 27 de agosto parte del Museo de Antropología la más nutrida, la más combativa de las manifestaciones del Movimiento. Es la hora del triunfo: los cálculos indican trescientas mil personas y los más jubilosos señalan medio millón. Tarde intensa de pintores que portan un cuadro como alusión a una cultura libre y la Coalición de Padres de Familia es el primer contingente y las consignas son "Orden" y "Rechazar a los provocadores." Los estudiantes de Medicina se concentran junto a la Columna de Independencia, para evitar incidentes frente a la Embajada de los Estados Unidos/ PRENSA VENDIDA/ Por segunda vez, al Zócalo adviene una honrosa fatiga que se traduce en chistes y comentarios heroicos y gozo repartido proporcionalmente. Sentados a lo largo y ancho de la plaza, todos son conscientes de la hazaña: han desacralizado el Zócalo, lo han poblado de nuevo, lo han habitado con cálida despreocupación.

Noche aciaga del Movimiento Estudiantil, noche de las provocaciones cumplidas, de la momentánea pérdida de la razón: el Movimiento, esencialmente democrático, nunca se ha propuesto tomar el poder o hacer uso de la violencia, pero por unas horas parece decidido a consentir el delirio. Acompañando el consentido estrépito de las campanas de la Catedral, se vuelcan las porras injuriosas. El error va más allá de que unos cuantos pintarrajeen con insultos las paredes del Palacio Nacional o de que alguien, pretendiendo el diálogo público, la resolución de los seis puntos, le dé cita al Presidente de la República el día primero de septiembre a las diez horas, aprovechando la decisión de instalar en el Zócalo una Guardia Permanente de tres mil seiscientos estudiantes. El error llega al límite de oír el despropósito, de asentir a gritos, de vocear la aprobación sin que medien reflexiones elementales. El error llega al límite de abdicar de una razón premiosamente ejercida. La manifestación deviene en turba que aplaude y acepta las palabras sin siquiera escucharlas. Al final, se canta el Himno Nacional y se incendian miles de antorchas de papel. Otro conocimiento privado: nuestra irracionalidad se nutre de asentimientos y doblegamientos ante el grito que se dice compromiso. Al demagogo lo propician los senti-

mientos de culpa o de ambición, lo fomenta la sordera de la entrega sin condiciones.

Y minutos después, a pesar de todo, el Zócalo se magnifica, crece, se amplía con la conducta de cientos de seres que lo viven y lo inquietan y lo descubren de modo entrañable. Es la Guardia Permanente. Circundados por una enorme cuerda, los preparatorianos juegan rondas infantiles, cantan "Doña Blanca" y "A pares y nones", se divierten y ostentan una inocencia ni real ni fingida: verdadera allí, entonces, en ese tiempo del trato diferente, de la nueva familiaridad con un lugar tan remoto como todo lo que siempre ha estado a mano. Suenan guitarras roncadas. En vivacs improvisados, que alían las enseñanzas de los boy-scouts con la imitación involuntaria de las películas de la Revolución Mexicana, los grupos recuperan canciones, recobran atmósferas. Y si acaso yo muero en campaña. También, además de "La cárcel de Cananea" y "La Valentina", se cantan canciones de protesta y las no siempre felices parodias que ha producido el Movimiento. Otros grupos desfilan, hacen ejercicios. Faltan diez minutos para la una de la mañana. Crece un ruido, como proveniente de las versiones fílmicas del drama migratorio de Adán y Eva, y al desentrañarlo, uno deletrea la expulsión, la espada de fuego: "Están ustedes violando el artículo noveno constitucional. Dentro de cinco minutos intervendrá la fuerza pública."

"Mientras tanto por las calles adyacentes al Zócalo, venían soldados del 43o. y 44o. Batallón de Infantería y 1o. de Paracaidistas, alrededor de 200 patrullas de la policía preventiva, 12 unidades blindadas y unos 10 motociclistas de la Dirección General de Tránsito, que abrían la marcha."

"Al entrar los granaderos, los estudiantes gritaron 'orden, orden.' Después, sin inmutarse, se sentaron alrededor de la explanada y aplaudieron."

"Los tres mil estudiantes fueron replegados por los soldados, policías y granaderos. Las unidades blindadas subieron a la explanada y destruyeron pancartas."

"Dos carros de bomberos, una bomba y doscientas patrullas de la policía con luz intermitente y las sirenas ululando rodearon toda la Plaza y se estacionaron en batería."

El suspende el recuerdo y contempla a un grupo de muchachas que fabrican listones con la materia prima de unas banderas rojas.

Los ataques de la prensa se han dirigido contra el uso de símbolos no mexicanos. Vamos a prescindir de las pancartas con el Che Guevara y de las porras y de las banderas rojas. Vamos a llevar las figuras de Hidalgo, Morelos y Zapata. Son nuestros héroes.

El asume el flash-back. La noche del 27 de agosto la provocación llega a su término: los tanques exigen el desalojamiento, uncen, devoran la noche. Las sirenas de las patrullas se elevan como clamor o saciedad. El campamento es una frágil estructura: el recorrido del ejército arrasa tiendas de campaña y sillas y mantas y pancartas. La retirada utiliza la Avenida Madero, la única vía libre. Las muchachas primero. La retirada es lenta, parsimoniosa, casi podría decirse: "meditada." El valor personal se acendra, no por defenderse de la exhibición de miedo ante los soldados, sino para corresponder al valor personal de los demás. El valor de cada uno es homenaje al valor de todos.

Al partir, los estudiantes se reivindican: la salida es precisa, seca, arrogante: la salida adquiere las proporciones de la épica. La palabra es terrible, pero demostrable. Los estudiantes que arengan a los soldados, los estudiantes que entonan el Himno Nacional como una manera de evocar las dimensiones perdidas de México, los estudiantes que van haciendo mítines relámpago, que van alertando a la ciudad, son un admirable proyecto épico, el vínculo de un pueblo con la espectacularidad de la Historia. La salida es un canto largo, una invocación dolorosa y rítmica que los tanques vigilan: ¡ME-XI-CO LI-BER-TAD! ¡ME-XI-CO LI-BER-TAD! No es una porra; es una imprecación. La pequeñez de la Avenida Madero acentúa los sonidos. Entre los edificios se va gestando un eco, que difunde y apresa la frase que es, a un tiempo, petición y utopía, afrenta y promesa: ¡ME-XI-CO LI-BER-TAD! ¡ME-XI-CO LI-BER-TAD!

En los prados del Museo de Antropología, él contempla el ademán febril de los organizadores, los preparativos de los estudiantes de medicina que atenderán la salud de la marcha. Maniobran las motocicletas cuyo impulso abrirá el desfile. El recibe un volante:

AL PUEBLO:

EL CONSEJO NACIONAL DE HUELGA CONVOCA A TODOS
LOS OBREROS, CAMPESINOS, MAESTROS, ESTUDIANTES
Y PUEBLO EN GENERAL, A LA

GRAN MARCHA DEL SILENCIO

en apoyo a los seis puntos de nuestro pliego petitorio:

- 1o. LIBERTAD DE TODOS LOS PRESOS POLITICOS.
- 2o. DEROGACION DEL ARTICULO 145 DEL CODIGO PENAL FEDERAL.
- 3o. DESAPARICION DEL CUERPO DE GRANADEROS.
- 4o. DESTITUCION DE LOS JEFES POLICIACOS LUIS CUE-TO, RAUL MENDIOLEA Y A. FRIAS.
- 5o. INDEMNIZACION A LOS FAMILIARES DE TODOS LOS MUERTOS Y HERIDOS DESDE EL INICIO DEL CONFLICTO.
- 6o. DESLINDAMIENTO DE RESPONSABILIDADES DE LOS FUNCIONARIOS CULPABLES DE LOS HECHOS SANGRIENTOS.

en la que exigiremos la solución inmediata y definitiva por parte del Poder Ejecutivo a nuestras demandas.

Reiteramos que nuestro movimiento es independiente de la celebración de los XIX Juegos Olímpicos y de las fiestas cívicas conmemorativas de nuestra independencia, y que no es en absoluto intención de este Consejo obstruir su desarrollo en los más mínimo. Reafirmamos, además, que toda negociación tendiente a resolver este conflicto debe ser pública.

La marcha partirá a las 16 horas del día de hoy, viernes 13, del Museo Nacional de Antropología e Historia, para culminar con un gran Mítin en la Plaza de la Constitución.

Ha llegado el día en que nuestro silencio será más elocuente que las palabras que ayer acallaron las bayonetas.

La desconfianza va cediendo. El construye el final de su sinopsis, el final de esa cronología que, en una forma u otra, todos elaboran y colman de anécdotas: "Ese día yo... Me acuerdo que estaba en casa de... Yo corría como loco y me encontré a..."

El 28 de agosto fue el desagravio a la bandera, ¿te acuerdas? En los periódicos se atacaba al Movimiento y se hablaba de blasfemia, de desacato, por la bandera rojinegra que "usurpaba el lugar del lábaro patrio." Yo había ido a arreglar un trámite al Departamento Central. Y empecé a oír gritos y ese murmullo bárbaro de multitud que no está muy conforme con serlo. Bajé corriendo y me encuentro con un espectáculo impresionante. Un cuate hablaba y gritaba ¡Viva México!, sin que nadie le respondiera y la gente lo rodeaba y se estaban infiltrando muchos grupos de estudiantes, que politizaban a como diese lugar. En un momento dado, los grupos de estudiantes rodearon el asta bandera. Y luego o entonces, que es muy difícil o imposible la cronología definitiva de los hechos, los burocratas que habían salido de la Secretaría de Hacienda, y de la Secretaría de Educación Pública para que participaran en el acto, que empiezan a gritar: "¡NO VAMOS. NOS LLEVAN! ¡NO VAMOS. NOS LLEVAN!," y balaban y repetían en coros estentóreos: "SOMOS BORREGOS. SOMOS BORREGOS." Y eso que se suponía que iban a apoyar el desagravio. Y los estudiantes hacían pequeños mítines y hablaban con la gente e incluso rescataron la bandera rojinegra que estaban quemando, dizque que para condenar la profanación de los símbolos. Se dejaron venir los granaderos con escudos y macanas. Los estudiantes organizaron de pronto un pequeño desfile, con porras y el Himno Nacional y con insultos y exhortaciones alternados para los granaderos. Serían las dos de la tarde. Y por los magnavoces se informó que la ceremonia del desagravio había terminado y que desalojaran en seguida. En ese instante, entraron los tanques y las puertas de Palacio Nacional expulsaron a varias columnas de soldados a bayoneta calada. El griterío era interminable, ¿te imaginas?, como eso que llaman ruido blanco. La gente se movía de un lado a otro, confusa, como en cine mudo, llamando a sus familiares o a sus compañeros, corriendo, tirando sus paquetes, atropellándose. A los tanques les aventaban zapatos, cáscaras, libros. Se empezaron a escuchar tiros, disparos de fusil y de ametralladora. Era el infierno.

Lo que dicen que estuvo increíble fue el desagravio de la bandera que organizó en la Plaza México un grupo de derecha con el pretexto de la profanación de Catedral. Rentaron camiones que partían de la Basílica, avisaron en las iglesias, organizaron sus huestes y no fue nadie. Todo el tiempo gritaban:

¡SAN BALTAZAR CONTRA LOS TRAIADORES!

El ya ha oído muchas otras veces esas versiones o esas combinaciones en versiones distintas. Sin embargo, en cada ocasión experimenta el mismo inevitable proceso que va de la comprobación de la impotencia a la indignación verbal, de los ojos irritados al chiste de mala gana. Se vive de nuevo en las calles, pero el precio es muy alto. El deseo de una sociedad democrática atraviesa el tamiz de las represiones, del sonido de las ambulancias como el nervio herido de la ciudad, de los rumores que multiplican los muertos y las informaciones periodísticas que esparcen la difamación. Además, la respuesta del Cuarto Informe Presidencial del Lic. Gustavo Díaz Ordaz ha sido tajante:

"No quisiéramos vernos en el caso de tomar medidas que no deseamos, pero que tomaremos si es necesario; lo que sea nuestro deber hacer, lo haremos; hasta donde estemos obligados a llegar, llegaremos."

El pregunta la hora. Son las cinco y diez y finalmente ellos han acudido, con reticencia, con desconfianza, de modo inevitable. Y el deambular de los grupos, la voluntad de someterse a una organización, describen algo específico del Movimiento Estudiantil: las brigadas políticas, las brigadas de orientación, los cuerpos pequeños de cuatro o seis o siete estudiantes desplegados por el Distrito Federal que diseminan una convicción, la ideología vital de quienes han creído en los muros de la ciudad, en los ojos de la ciudad, en el oído de la ciudad, en la inasible conciencia de la ciudad.

(PUEBLO, NO NOS ABANDONES/ UNETE PUEBLO)

Han invadido los restaurantes, las salidas de las fábricas, los mercados, las casas, las tiendas, las aceras, los camiones, las bardas, la inmovilidad ciudadana; hacen cadenas de manos para convencer a los automovilistas, trabajan la noche entera sobre los mimeógrafos, pasan a máquina sus

volantes, discuten con sus padres a la hora de la comida, empiezan a leer a Fanon y a Marcuse, pegan engomados, entablan conversaciones con los desconocidos, anhelan desmentir los infundios. Pueden ser torpes, reiterativos, enfáticos, ingenuos. Tienen a su favor una virtud básica: no dependen para su lealtad de otro argumento ajeno a la fe primera: democratizar el país.

"Como la convicción no se compra ni se rinde, nos llevará a la victoria"/ "Luchamos por los derechos del pueblo mexicano"/ "Libertad a la verdad, ¡Diálogo!"/ "Tierra para todos!"/ "Lider honesto igual a preso político."

En la alquimia de la tarde, las actitudes y las palabras se vuelven todo menos lugar común. La originalidad del acto es evidente: ¿cómo inventar esas convicciones, esos ceños de responsabilidad, esa alegría de sostener una pancarta?

Las brigadas han innovado los estilos políticos, han inaugurado procedimientos radicales en materia de comunicación. Con su conducta, con su apasionada decisión proselitista, con la modernidad de sus acciones espontáneas, trascienden la confusión y las herencias. La herencia, por ejemplo, de una acústica antigua, residuo, aparición postrera de las voces de otros movimientos, remanente de las consignas fáciles, de la devoción por el esquema: "La VERDAD es nuestra fuerza. Nuestras armas son la razón, la justicia y el apoyo unánime del pueblo." Ese sonido viene del stalinismo

y de las decisiones impuestas de arriba hacia abajo
y de las mentiras piadosas (el apoyo unánime del pueblo)
y de las grandes abstracciones (verdad, razón, justicia)
asumidas como fórmulas todopoderosas
y de la amargura ante la incomprensión de ese pueblo
por quien uno todo lo sacrifica.

Ese sonido es un énfasis prescindible, un claro signo de urbanidad frente a las generaciones anteriores, como para

compensarlas por esos años con manifestaciones de veinte personas y mítines solitarios donde los mismos aplaudían a los de siempre. Ese sonido retórico es parte de un improbable museo de la memoria auditiva, al lado del ruido proveniente del primer nacionalismo de mariachis, al lado de la apagada complicidad de las buenas maneras y las grandes bibliotecas de la cultura castiza.

Y LAS VOCES DE LOS PROFETAS ESTAN ESCRITAS EN LAS PAREDES DE LOS CALLEJONES Y LAS CASAS DE HUESPEDES.

El silencio es una estructura; el silencio articula el lenguaje de los manifestantes, de los preparatorianos arrancados del sueño de vivir en un país que se inicia en una rockola y termina en una discotheque; de los estudiantes del Politécnico conscientes ya de la falacia que les hacía ver la lucha de clases como la suma de fiestas fabulosas donde era inconcebible su presencia. El silencio organiza a quienes aceptan un ideal sin perseguirlo más allá de lo esencial, sin perseguirlo hasta el territorio de lo anecdótico y lo circunstancial, sin perseguirlo hasta su deterioro; que aceptan un ideal sin perseguirlo hasta su institucionalización.

Y prosigue el desfile de contingentes: 76: Artes Plásticas, 77: Filosofía y Letras. La marcha va resucitando el Paseo de la Reforma y él le envidia al locutor del carro de sonido esa resistencia física, ese don atesorado que podría funcionar en una de las enumeraciones de Rosa Luxemburgo a propósito de las características del militante, aunque no se halle muy alejado de Barbra Streisand, quien reseña en "One Minute Waltz", con un solo golpe respiratorio, las propiedades del oxígeno. El locutor enlista:

Economía- Ciencias Políticas- Leyes- Ingeniería- Escuela Superior de Ingeniería Mecánica y Eléctrica- Escuela Superior de Arquitectura- Filosofía- Escuela Superior de Comercio y Administración- Vocacional Cuatro- Vocacional Siete- Vocacional Cinco- Preparatorias- Colegio de México- Prevocacionales- Universidad Iberoamericana- Universidad del Valle de México- Escuela Superior de Economía- Veterinaria- Odontología- Comercio- Normal Superior- Normal de Maestros- Chapingo- Antropología- Ciencias- Medicina- Química- Arquitectura

y las representaciones de los Estados y unos cuantos obreros, emblemas de la posible existencia de un proletariado mexicano que se niegue al trueque de su dictadura por un puñado de resignaciones, y los campesinos de Topilejo

(donde los estudiantes intervinieron para apoyar al pueblo en sus demandas contra una línea camionera que se niega a pagar la indemnización a las víctimas de un accidente estúpido; donde los campesinos admitieron y fraternizaron con los estudiantes, donde se colgaron en las calles grandes retratos de Mao y el Che Guevara.)

Y al nacer la marcha, al brotar ese primer sordo premonitorio rumor que uno identifica con la inminencia de situaciones ya acontecidas, él advierte un fenómeno reciente: en el aplauso emocionado a esos campesinos de Topilejo, de rostros donde el cansancio hace las veces de la incredulidad, de expresión apagada y distante que señala el abismo entre una esclavitud de siempre y una esclavitud de nueve a cinco; en la exaltación que infunde su lento, parco, austero desfile, él decide reconocer la gana que el pueblo tiene de creer en el pueblo, el ávido indescriptible deseo de soñar que alguien, al fin, actuó con generosidad, procedió con amor y (como anhelando una justificación póstuma a tanto nacionalismo declamado que la realidad quebrantó) y, entonces, no hizo igual con ninguna otra nación. El aplauso es tribuna, espejo, valla, ceremonia, voto de confianza: México puede ser algo más que una desigual unidad habitacional con vistas a los Estados Unidos, algo más que el bronce de las estatuas invertido en Bonos del Ahorro Nacional, algo más que un sistema de metáforas por correspondencia.

La manifestación rodea la estatua de la Diana Cazadora. En la avanzada, precediendo a las motocicletas, un camión del Instituto Politécnico Nacional. Sobre el toldo, dirigentes estudiantiles. De pie, como una estatua happening, como una reseña imparcial de la decisión del activista, un estudiante, haciendo con las dos manos la V de la Victoria. Más tarde, él se enterará de su nombre: Luis Tomás Cervantes Cabeza de Vaca, líder de la Escuela de Agricultura de Chapingo. Ahora él se sorprende pensando en Rayuela y atisba una silueta: es la Maga, desconcertada, creyendo

estar en cualquiera de las manifestaciones de mayo en París. Tal vez, musita mientras la ve desaparecer, una de las funciones secretas de la literatura sea facilitarnos las teorías sobre la identidad de nuestros compañeros de marcha. A lo largo del territorio que el movimiento sojuzga se reparten volantes:

"Pueblo Mexicano: Puedes ver que no somos unos vándalos ni unos rebeldes sin causa, como se nos ha tachado con extraordinaria frecuencia. Puedes darte cuenta de nuestro silencio, un silencio impresionante, un silencio conmovedor, un silencio que expresa nuestro sentimiento y a la vez nuestra indignación."

Quienes desfilan, prepararon los adjetivos que encomían su intento (impresionante conmovedor expresivo). No es impudicia: de seguro ya están hartos de verse calificados por los demás. Los preparatorianos y los de las vocacionales, los más jóvenes, han elegido el esparadrapo, la tela adhesiva sobre los labios para acentuar su silencio: un clarísimo y violento afán simbólico los domina. El silencio existe como una llamada de atención: nuestra marcha es un discurso. El silencio existe como un castigo: denunciamos y liquidamos décadas de verbalismo inepto. El silencio existe como un autocastigo: confesamos las insuficiencias de nuestra relación con el pueblo. Simultáneamente se procede a la creación de un vacío, donde desaparecen las autoridades morales y la educación en el respeto, donde se desvanecen las soluciones al gusto de todos y la paciencia ante la adversidad.

El adapta a Susan Sontang: el silencio desempeña varias funciones: certifica la ausencia del o la renuncia al pensar-la-mexicana (ese silogismo de conclusión ineluctable:

Todos los hombres son mortales

Sócrates es hombre

Sólo el Poder tiene razón):

certifica la integración inicial de un proceso distinto del pensar; consigue tiempo, le concede una tregua al pensar; ayuda al lenguaje para el logro de su máxima seriedad y eficacia.

El Movimiento Estudiantil está relatando en esta marcha su pasado inmediato: se decidió por el idioma político o democrático de que disponía a modo de herencia nacional, y se encontró con un acervo de injurias y recelos, consignas y slogans. Decidió enriquecerlos a partir de la experiencia de la Revolución de Mayo y se vio enjuiciado por imitación extralógica y sujeción a las ideas exóticas. Como en la imagen de Sartre, al prescindir estas bocas de la mordaza, se encontraron desprovistas de sistemas lógicos o estrategias políticas; sólo les habían legado la adulación y el insulto, Gracias-Señor-Presidente y No-Aceptaremos-Héroes ajenos; el oprobio de la inarticulación y el cliché era su patrimonio natural.

Eso fue el principio, aunque el principio haya sido ayer. La vigencia de una generación empieza a producirse a través del entendimiento de su pobreza. El primer error del Movimiento, parecían afirmar las telas adhesivas que sellaban el compromiso de la marcha, fue concebirse como Generación Espontánea. No únicamente se es hijo de las propias acciones; se es también -vicios de la genética- hijo de los propios padres y Plutarco Elías Calles había redactado, sin quererlo ninguna de las dos partes, más de un discurso en más de una asamblea, solía practicarse el viejo juego latinoamericano de la teatralización: no pocas veces se escenificaban, casi voluntariamente, fragmentos selectos de las situaciones históricas consagradas. De allí que la imaginación que había dado origen a ese discurso implícito, trascendiese el rechazo a una represión continuada para relacionarse con el desafío concreto no sólo a las estructuras viciosas o vencidas, no sólo a los métodos tradicionales de la oposición, sino -y muy profundamente- a los variados estilos de vida con que se había querido entender o modificar a México, a través de operaciones convencionales de integración o marginalidad.

El recordó un hallazgo muy difundido de Marshall McLuhan: El medio es el mensaje. Y vislumbró su error inadmissible: muchas veces había calificado el Movimiento por lo que se decía y había encontrado improvisación, vulgaridad, dogmatismo, cerrazón, bravata. Mas esas eran expresiones caducas, heces, vestigios de un mundo que, así se comportasen como repertorio de ademanes o retórica imperante,

no pasaban de ser supervivencias formales, ropaje envejecido de un contenido renovador. El mensaje del Movimiento era (así le parecía a él ahora de modo inobjetable) sus medios fundamentales: las brigadas y su instinto de solidaridad, las manifestaciones y su empecinada, terca, obsesiva creencia real en la Constitución, en las perspectivas democráticas, en el respeto hacia las leyes. Eso aunque algunos radicales argumentasen lo contrario: el Movimiento no mentía y los seis puntos no hacían sino proyectar la fe masiva en un proceso de justicia moral y legal. El mensaje del Movimiento eran sus grandes medios expresivos: la férrea urgencia de compromiso público, el sentimiento de comunidad, la exigencia de diálogo. Lo otro, el dialecto rudimentario de muchas proclamas, la carencia de matices de muchos discursos, la irracionalidad de muchas intervenciones, no venían siendo sino la perspectiva del despegue, las palabras iniciales de un cuerpo colectivo que nunca antes había hecho uso de la palabra. El mensaje de pronto se aclaró, se despojó de moralejas, resultó nítido: en la petición de diálogo, había la animada disposición de forjarse un lenguaje; en la adopción del silencio se delineaba la voluntad de adquirir autonomía en el sonido, de enterarse al fin de cuál podría ser el sonido de una sola mano aplaudiendo, de captar el significado de las voces emitidas con decisión autónoma, de chingada a concientización, de pendejo a mediatización. El silencio era desdén ante el atropello, el saqueo semántico: desdén ante el cinismo que culminaba en el mandato:

POR ORDEN DE LA REVOLUCION, QUE NINGUN MEXICANO SE MUEVA DE SU LUGAR.

El silencio se oponía al otro silencio, al aterrado ante el ejercicio de las pausas, al temeroso de la corporeización de la palabra inconforme. Y él recordó otra cita citable de Wittgenstein, seguramente mal aplicada en esta ocasión: Pero no todo lo que puede ser pensado puede ser dicho.

Y se le mostraron, como en un relámpago informativo o un anuncio subliminal, las inconformidades y las rebeliones, el aburrimiento y la desesperanza, el asco y las impaciencias que no podían ser dichas, que aguardaban la hora de su acaso imposible proferición.

La manifestación avanzaba y crecía, se multiplicaba con

el abandono de los pequeños temores, con la cesión de las timideces, con el desprendimiento de la duda, con la altanería del arriesgue forzoso, con el valor y la valentona-da. Crecía en razón de cinco a uno, de cuarenta mil principiantes a los doscientos mil que colmarían el Zócalo. Las cifras se arrojaban al azar pero eran tan reales como si fuesen resultado del más estricto conteo: una colectividad tenía derecho a aplicarse el adjetivo numérico que juzgase conveniente. Y no había trampas ni estadísticas falseadas: los números aproximados se volvían verdades emotivas y eso era todo.

Y como el otro símbolo, el gesto que complementaba la ausencia de gritos, la señal que explicaba y hablaba en nombre del silencio, emergió propuesta, indicada, sugerida, pedida, la V de Venceremos. Nunca antes se había utilizado masivamente: en los días venideros le conferiría un signo a la derrota, se opondría a los rifles y sería la última imagen visible antes de la tragedia. El 13 de septiembre la V se esparció, se extendió simplemente, abarcó todas las manos, las elevó, les concedió el impulso de manifestar, de manifestarse a través de la esperanza. Y pese al enorme desprestigio de la esperanza, que desde las Hibueras y Acatitá de Baján hasta Chinameca y la declaración "Soy creyente" en labios del sucesor de Cárdenas, no había dado una como quien dice, no había mostrado mayor habilidad en materia de ayudas existenciales; pese al conocimiento teórico de cómo nos había ido a partir de Acamapichtli, la V refrendaba esa tarde variedades y matices del optimismo, enriquecía la manifestación y el catálogo de respuestas corporales frente a lo que viniese: represión o solidaridad.

Y no eran meras frases las acuñadas en esta revisión de los hechos. Eran las impresiones guardadas, difícilmente discernidas, incluso apenas atisbadas, que se vertían en el reconocimiento de que por fin, después de muchos años de vaguedad, vida a medias, raquitismo cultural, desilusión profesional; de que por fin ese elemento tan extraño, tan desconocido, ese elemento mítico para las nuevas generaciones de mexicanos, la Historia, desertaba de su condición ajena y abstracta para convertirse en una manera concreta y personal de ordenar, vivir, padecer, amar o abominar de la realidad. Puesto que la Historia existía, la realidad

se volvía modificable. Palabras sí, pero palabras que se erigían en el desarrollo impredecible del simple y banal "uno mismo"; palabras que se trasmitían hermosamente (sin palabras) en una Avenida Cinco de Mayo poblada de manos con la V, en un Paseo de la Reforma poseído por un murmullo significativo, poseído por el desprendimiento de una acepción raquíta y mohosa de la Historia, en beneficio de otra, aún borrosa, todavía entre neblinas y sin embargo vital y justa, ya añadida orgánicamente a la visión del mundo de los manifestantes.

En los vastos, infinitos días de 1968 se intentaba la tarea primordial: esencializar el país, despojarlo de sus capas superfluas de pretensión y autohalago y mímica revolucionaria. 1968 nos estaba entregando el primer contacto real (por lo mismo, sórdido y deslumbrante) con el universo político y social que había conocido su última figura dramática con el General Cárdenas, cubriéndose desde entonces con una bruma, con la vanidad del deber cumplido, con la opacidad de una disculpa ante las fallas mínimas de la Unidad Nacional. 1968 no inventaba o engendraba a México: sólo lo descubría, lo hacía visible y comprensible. Y ante la reiteración y la longevidad de los líderes sindicales, ante los jamás intelectuales metidos a siempre ministros, ante los representantes populares que ensalzaban la excelencia democrática de la represión, era legítimo reivindicar -aunque la actitud sobrellevase una carga decimonónica de romanticismo- la necesidad de actitudes heroicas, la urgencia de una política existencial donde las ideas fuesen asumidas espectacularmente por quienes ya no se identificaban en lo personal o en lo ideológico con la Revolución Mexicana, entre otras cosas para no incurrir en la tentación de dirigir hacia ellos mismos la espléndida gratitud del país.

Y la manifestación fue avasallando las inmediaciones y manejando una perspectiva insólita que desdeñaba al porfirismo escenográfico del Paseo de la Reforma. Las incorporaciones, las asimilaciones de la marcha no eran sorprendentes por el número, sino por el temor controlado de que provenían. En el aplauso, en las frases de aliento y en

los vítores de quienes la contemplaban, seguía sin darse el ánimo subversivo, aunque se desplegara el anhelo de disidencia. Muy pocas veces se había producido un desbordamiento tan declarado de amor a la legalidad y a los principios, al empeño de transformar lo circundante porque existen artículos constitucionales y valores humanos que así lo exigen. Ante la constancia en el ejercicio de la V, el público respondía con un apoyo, un aliento en última instancia político, pero generado, hecho posible por esa recreación, esa vivificación multitudinaria de un instinto moral, el instinto de solidaridad, fenómeno siempre reciente, siempre sorpresivo.

La manifestación refrendaba el itinerario de la nueva tradición: de Paseo de la Reforma a la Avenida Juárez y de allí por Cinco de Mayo hasta verse en el Zócalo reconquistado, otra vez a la disposición de esa gran multitud. Con su mentalidad retórica, él hubiese designado toda la jornada con una expresión del tipo de "Paraíso Recobrado", mas para entonces nadie sometía a las nociones de paraíso o infierno a las pruebas de los espacios abiertos, sino al rigor de los espacios cerrados.

El Zócalo estaba a la vista: ya no la Tierra Prometida, ya no una representación de la sede de los poderes, nada que no fuese, escuetamente, el Zócalo. Se había perdido la facultad de concebirlo meta, porque el país se había convertido en una sola meta o en un interminable punto de partida. La gente llegaba al Zócalo y atendía a los oradores:

"No nos afectan los ataques, las injurias ni la represión. La historia nos pondrá en su sitio a cada cual. Se nos acusa de intransigentes y lo cierto es que el gobierno ha escamoteado la verdad al pueblo. El intransigente es el gobierno que pretende discutir los problemas del pueblo a espaldas del pueblo".

El prendió un periódico y lo sumó a los miles de llamas que ardían como otro símbolo evidente que ya nadie explicaba. Y todo era posible en esa sensación de victoria popular y triunfo moral. Y todo se podía resumir en una intuición, una seguridad personal, un instante, una frase de André Malraux: "¿y qué es la libertad del hombre sino la conciencia y la organización de sus fatalidades?"

José Emilio Pacheco.

No me preguntes cómo pasa el tiempo.

LECTURA DE LOS "CANTARES MEXICANOS: MANUSCRITOS DE TLATELOLCO."*

OCTUBRE 2, 1968

Cuando todos se hallaban reunidos,
los hombres en armas de guerra
cerraron salidas, entradas y pasos.
Entonces se oyó el estruendo,
se alzaron los gritos.

Los maridos buscaban a sus mujeres.
Llevaban en brazos a sus hijos pequeños.
Con perfidia fueron muertos.
Sin saberlo murieron

Y el olor de la sangre manchaba el aire.

Y los padres y madres alzaron el llanto.
Fueron llorados.
Se lloró por los muertos.
Los mexicanos estaban muy temerosos.
Miedo y vergüenza los dominaban.

Y todo esto pasó con nosotros.
Con esta lamentable y triste suerte
nos vimos angustiados.

En los caminos yacen dardos rotos.
Las casas están destechadas.
Enrojecidos tienen sus muros.
Gusanos pululan por calles y plazas.

Golpeábamos los muros de adobe
y es nuestra herencia una red de agujeros.

* Con los textos que tradujo del nahuatl el padre Angel María Garibay y Miguel León Portilla dio a conocer en la Visión de los vencidos. (1959).

Fray Juan de Torquemada

Monarquía Indiana

Libro Catorce. Capítulo XXXV.

De los temblores de tierra; y de los ordinarios en estas Indias.

TLALOLINI

capítulo

VII

Opinión ha sido de algunos, que de estos volcanes referidos que hay en estas Indias, proceden los temblores de tierra y que por ello han sido muchos y muy frecuentes; pero porque los hay y los ha habido también en otras partes distantes de ellos, digo, que no puede ser esta toda la causa de estos movimientos. Bien es verdad que en cierta forma, tiene lo uno con lo otro cierta semejanza; porque las exhalaciones cálidas que se engendran en las íntimas concavidades de la tierra, parece que son la principal materia del fuego (acompañadas con las cosas referidas, en los capítulos antecedentes) de los volcanes; porque con ellas se enciende la otra materia más gruesa y hace aquella apariencia de humos y llamas que salen; y las mismas exhalaciones, no hallando debajo de la tierra salida fácil, mueven la tierra con aquella violencia, para salir de donde se causa aquel sonido horrible que sale debajo de ella y el movimiento de la misma tierra agitada y acometida de exhalación encendida: así como la pólvora tocada del fuego rompe peñas y muros en las minas y como la granada puesta el fuego salta y se rompe y da estallido por el concubimiento de la materia y la fuerza del fuego que lo altera.

Lo más ordinario de los temblores de tierra son los que se hacen en las tierras altas y en las que están en el medio de las montañas, así como en Europa y en las Indias, que los hay más de los del mar y los que se hacen en los puertos y en las costas, y los que se hacen en las montañas y en las llanuras. En Perú ha sido una muy villosa y de mucha potencia, que desde Cuzco a Quito, que es más de quinientas leguas, han sido terremotos que se ordenan con mucha fuerza y furor que se hacen en otras partes.

Fray Juan de Torquemada

Monarquía Indiana

Libro Catorce. Capítulo XXXV.

De los temblores de tierra; y se dice ser muy ordinarios en estas Indias.

Opinión ha sido de algunos, que de estos volcanes referidos que hay en estas Indias, proceden los temblores de tierra y que por ello han sido muchos y muy frecuentes; pero porque los hay y los ha habido también en otras partes distantes de ellos, digo, que no puede ser esta toda la causa de estos movimientos. Bien es verdad que en cierta forma, tiene lo uno con lo otro cierta semejanza; porque las exhalaciones cálidas que se engendran en las íntimas concavidades de la tierra, parece que son la principal materia del fuego (acompañadas con las cosas referidas, en los capítulos antecedentes) de los volcanes; porque con ellas se enciende la otra materia más gruesa y hace aquella apariencia de humos y llamas que salen; y las mismas exhalaciones, no hallando debajo de la tierra salida fácil, mueven la tierra con aquella violencia, para salir de donde se causa aquel sonido horrible que sale debajo de ella y el movimiento de la misma tierra agitada y acometida de exhalación encendida: así como la pólvora tocada del fuego rompe peñas y muros en las minas y como la castaña puesta al fuego salta y se rompe y da estallido en concibiendo el aire que está dentro de su cáscara el vigor y fuerza del fuego que lo altera.

Lo más ordinario de estos temblores o terremotos, suele ser en tierras marítimas que tienen el agua vecina; y así se ve en Europa y en estas Indias, que los pueblos más apartados del mar y aguas sienten menos este trabajo, y los que son puertos, o playas, o costa, o tienen vecindad con ellas, padecen más esta calamidad. En el Perú ha sido cosa maravillosa y de mucho notar, que desde Chile a Quito, que son más de quinientas leguas, han sido los terremotos, por su orden, corriendo, los grandes y famosos, que otros menores han sido ordinarios, ya en unas, ya en otras partes.

En la costa de Chile hubo uno terribleísimo, que trastornó los montes enteros y cerró con ellos la corriente a los ríos y los hizo lagunas y derribó pueblos y mató cantidad de hombres e hizo salir la mar de sí por algunas leguas, dejando en seco a los navíos muy lejos de su puesto y otras cosas semejantes y de mucho espanto y dijeron que había corrido trescientas leguas por la costa adelante aquel temblor de tierra. De ahí a pocos años, que fue el de 1582, fue el temblor de Arequipa, que asoló casi toda aquella ciudad. Este año fue, o el mismo, (sic) otro tan recio en esta Nueva España, en especial en esta comarca de México, que pensaron los moradores y vecinos ser tragados de la tierra: a lo menos yo diré, que morando en esta sazón en el convento de Tlacupan, que es una legua de México, nos salimos el guardián y yo huyendo a la huerta, temiendo el peligro de caerse la casa y vimos el campanario y torre donde están las campanas, que es muy grande y bueno, hacer muy grandes movimientos y con ellos se tañeron las campanas mayores que son muy grandes, y a cada vaiven que daba la torre, parecía inclinarse más de dos varas, que nos puso en grandísimo espanto a los dos y a otros muchos que de fuera lo vieron.

Luego el año de ochenta y seis, a nueve de julio, fue el de la ciudad de los Reyes, que según escribió el virrey que entonces gobernaba había corrido en largo por la costa ciento y setenta leguas, y en ancho adentró la Sierra cincuenta. En este temblor, fue gran misericordia del Señor, prevenir a la gente con un ruido grande que sintieron antes del temblor, y como están advertidos ahí por la costumbre, luego se pusieron en cobro saliéndose a las calles, plazas y huertas que son partes descubiertas; y así, aunque arruinó mucho aquella ciudad y los principales edificios de ella los derribó o maltrató mucho; pero de la gente sólo se refiere haber muerto hasta catorce o veinte personas. Hizo también entonces la mar el mismo movimiento que había hecho en Chile, que fue después de pasado el temblor de tierra, salir ella muy brava de sus playas y entrar la tierra adentro casi dos leguas; porque subió más de catorce brazas y cubrió toda aquella playa, nadando en el agua (que dije) las vigas y maderas que allí había. Después, en el año siguiente hubo otro temblor

semejante en el reino y ciudad de Quito, que parece han ido sucediendo por su orden en aquella costa todos estos terremotos notables; y en efecto, es sujeta a este trabajo, porque ya que no tienen en los llanos del Perú la persecución del cielo de truenos y rayos, no les falte de la tierra que temer y así todos tengan alguaciles de la divina justicia para temer a Dios; pues como dice la Sagrada Escritura: Fecit hac ut timeatur.

La provincia de Guatemala, por ser tierra más vecina al mar y tener volcanes y otras aguas que la contornan y rodean es muy acometida de estos temblores, y dicen que entre los muy recios y espantosos que ha habido fue uno tan grande, a pocos años después de ganada la tierra, que duró por algunos días con continuación y grandes bramidos de la tierra, y los moradores de la ciudad, conociendo su peligro y que no podían escapar de él, se desnudaron sus vestidos y pidiendo a Dios misericordia, se azotaron recia y prolongadamente y que yendo por las calles en la procesión se caían los hombres y no podían tenerse en pie de los grandes movimientos que la tierra hacía, que parecía hervir, como si fuera agua caliente puesta al furor del fuego. Abrióse la tierra por muchas partes y se cayeron muchos edificios de la ciudad y los más fuertes fueron los que más riesgo corrieron; quedaron los hombres de este caso muy asombrados y tan muertos y desalentados del asombro, que murieron algunos y otros no volvieron en sí en muchos días.

En tierra de Jalisco, en provincia que llaman de Avalos (porque le cupieron aquellos pueblos en encomienda) tembló la tierra y se abrió por muchas partes y pasando a la sazón por allí un arriero con una grande recua de mulas, se los tragó a todos y dicen que sin quedar cosa de ellos, que más pareciese y el día de hoy parecen por aquella parte muchas aberturas de tierra, y en las mayores hoyas que dejó este estrago se hacen unas pequeñas lagunas; es camino pasajero y aunque no ha sucedido más que aquella vez en aquella parte, es caso temeroso pasar por él, acordándose de la ruina pasada.

Junto de esta ciudad de México, poco menos de una legua, saliendo por la parte del norte a Tlanepantla, hay una

abertura de tierra que corre casi desde la calzada de Guadalupe hasta el pueblo de Azcaputzalco, en partes más y en partes menos; pero según la demostración de lo que ahora parece, fue grande el temblor que causó la abertura: y parándomela a ver una vez, en presencia de un hombre anciano y muy continuo de aquella parte, me dijo que había pedazos de aquella rotura a los principios que la abrió un temblor que ponía espanto, porque aunque el agua está luego, a poco trecho, echando una sonda por ella no se hallaba fondo y fue de ancho en partes más de una vara.

Volviendo pues a la proposición pasada, digo que son más sujetas a estos temblores las tierras marítimas, que las más apartadas; y la causa (a lo que podemos juzgar) es que con el agua se tapan y tupen los agujeros y aberturas de tierra por donde había de exhalar y despedir las exhalaciones calientes que se engendran y también la humedad condensa y aprieta la superficie de la tierra y hace que se encierren y reconcentren más allá dentro de los humos calientes que vienen a romper encendiéndose. Algunos han querido decir que tras años muy secos, viniendo tiempos lluviosos, suelen moverse tales temblores de tierra y es por la misma razón, a la cual ayuda la experiencia, que dicen de haber menos temblores donde hay muchos pozos. A esta ciudad de México, tienen algunos por opinión, que le es causa de estos temblores (aunque no grandes) la laguna en que está, pero esto acontece ya pocas veces y casi es poco lo que tiembla: en comprobación de lo cual habrá tres días, que estando escribiendo el capítulo del volcán de Masaya (como queda dicho) entre las cinco y las seis de la mañana tembló la tierra y comenzaron a crujir las vigas de la celda y yo a moverme en mi silla, y fue tan poco, que lo quise atribuir a algún desvanecimiento de cabeza y creyera ser así, si después no dijeran otros que había sido temblor de tierra. De manera que las tierras más llegadas al agua están más cerca de temblores que las apartadas y remotas: aunque también es verdad que ciudades y tierras muy mediterráneas y apartadas de mar sienten a veces grandes daños de terremotos, como en estas Indias la ciudad de Chachapoyas, y en Italia la de Ferrara, aunque esta, por la vecindad del río y no mucha distancia del mar Adriático, antes parece se debe contar

con las marítimas para el caso de que se trata. En Chiquiavo (que por otro nombre se dice La Paz, ciudad del reino del Perú), sucedió un caso en esta materia raro el año de mil quinientos y ochenta y uno y fue caer de repente un pedazo grandísimo de una altísima barranca, cerca de un pueblo llamado Angoango, donde había indios hechiceros e idólatras: tomó gran parte de este pueblo y mató cantidad de los dichos indios, y lo que apenas parece creíble (pero afirmánlo personas dignas de fé), corrió la tierra que se derribó continuamente legua y media, como si fuera agua o cera derretida: de modo que tapó una laguna y quedó aquella tierra tendida por toda esta distancia dicha.

Todavía me río cuando recuerdo la cara que puso un pobre y joven dependiente de scabada de entrar a la casa con un paquete de cartas para Calderón. Este no se arrojó, sólo por sentirse en los peñales de la escalera, tan pálido como la muerte, y parecía tener "cara de crema", como

Madame Calderón de la Barca.

La vida en México.

Carta XXIX. (Fragmento.)

Ayer comimos en Tacubaya, donde la familia Cortina, especialmente las mujeres, se encuentran en un estado de gran ansiedad.

Acababa de escribir estas palabras cuando, con tremenda sorpresa, empecé a sentir como si me jalaran para arriba y para abajo, junto con la silla y la mesa. De improviso, todo comenzó a moverse, el cuarto, las paredes y aún el suelo se balanceaba como las olas del mar. Me creí, al principio, víctima de un vértigo, pero casi en el acto me vino a las mientes que se trataba de un terremoto. Todos corrimos, o más bien haciendo esos, alcanzamos a llegar al corredor, donde los criados arrodillados, rezaban y persignábanse con una celeridad nunca vista. Duró el temblor cerca de un minuto y medio, y creó que no causó más perjuicio que el susto consiguiente y cuarteaduras en las paredes viejas. Mientras duraba el temblor, todo México se arrodilló; hasta los pobres dementes de San Hipólito, en donde se encontraba Alex en compañía del Señor... Desde ese momento tengo la sensación de mareo. Se espera que repita el temblor dentro de veinticuatro horas. ¡Qué horroroso debe ser un gran terremoto! ¡Qué horrible sentir que se mueve la tierra firme y que nuestra confianza en su estabilidad se desvanece! Y pensar que los elementos de destrucción que se agitan bajo nuestros pies son aún más veloces y poderosos para destruir que los que están por encima de nosotros.

Todavía me rio cuando recuerdo la cara que puso un pobre y joven dependiente de acababa de entrar a la casa con un paquete de cartas para Calderón. Este no se arrodilló, optó por sentarse en los peldaños de la escalera, tan pálido como la muerte, y parecía tener "cara de crema", como

Guillermo Prieto.

A...

Ayer cantamos en Tacubaya, donde la familia Cortina, especialmente las mujeres, se encuentran en un estado de gran ansiedad.

Acababa de escribir estas palabras cuando con tremenda Recinto de azucenas, pensil de amores,
La de excelsos volcanes y limpios lagos
México, a la que brinda la tierra flores
Y el aura halagos.

Bella eres si coronas a tus guerreros,
Eres bella premiando los que te adoran
Pero son tus encantos más hechiceros
Con los que lloran.

Tienen tus dignos hijos noble bravura
El honor en las lides sigue sus huellas,
Y dejas los tesoros de su ternura
Para sus bellas.

Hay una hermosa tierra que sus entrañas
Sintió las devoraba fuego tremendo;
Y miró vacilante, de sus montañas
La frente ardiendo.

Hay una hermosa tierra que se arrullaba
Al rumor de las ondas de sus trigales,
Donde el límpido arroyo sus pies bañaba
Con sus cristales.

Bajo las frescas sombras, los labradores
Animaban el juego de tiernos niños;
Los pájaros cruzaban cantando amores
A sus cariños.

¡Ay! que la tierra cruje como los mares,
Y ruedan en el suelo como deshechos,
Las torres del santuario, los dulces techos
De los hogares.

Hoy, eres ciudad bella, yermo desierto,
Hoy, son lúgubre tumba, tus tristes ruinas,
Hoy, sol de San Cristóbal...cadáver yerto,
Triste iluminas.

¿Dónde está la morada, del gozo abrigo?
¿En dónde sus claveles y enredaderas?...
¡No vuelvas tus miradas, pobre mendigo
Para tus eras!

Y llevaron los aires tristes lamentos,
Que en ecos dolorosos, ¡piedad! decían,
Y al llevarlos, las almas se estremecían
De hondos tormentos.

Y la piedad sublime, sintió sus ojos
Divinos, inundados de tierno llanto...
¡Piedad! ¡piedad! reclaman tantos despojos,
¡Tanto quebranto!

¿Quién en su hogar no tiene madre adorada?
¿Quién un hijo no mimaba con su ternura?...
Ellos piden que ampare la desventura,
Piedad sagrada!

Porque está noble patria de limpio cielo
Tiene hechizos que encantan y que enamoran,
Pero es grande y sublime...como consuelo
De los que lloran!

(Poesía leída por una distinguida actriz en la función a beneficio de las víctimas de los terremotos de Jalisco.)

Fernando Benítez.

La ruta de Hernán Cortés.

IX. Cholula. La ciudad santa de Anáhuac. (Fragmento.)

El volcán ya lo hemos dicho, constituye el leit-motiv del paisaje del altiplano. El Pico de Orizaba parece surgir del mismo Atlántico, donde es a la vez el faro de los marinos y la nota característica de la costa oriental de México. Acompaña largo trecho al viajero en su ascensión a la meseta y, cuando su cono de nieve parece borrarse entre las nubes desvaneciéndose en la distancia, la forma del Popocatepetl crece y se impone en el espacio abierto ante sus ojos. Este segundo volcán domina los extensos valles de Puebla y México. En Cholula, la tremenda fuerza de su presencia originó el ambiente de fervor religioso que privó en la Meca de Anáhuac. En México, su motivación no es tan poderosa, aunque viva ligada entrañablemente a su horizonte.

El viajero, en su marcha al Pacífico, al vislumbrar el alto valle de Toluca, tiene a su espalda el Popocatepetl, no esfumado en la distancia como el Pico de Orizaba, sino oculto por la fragorosa sierra que ha traspuesto. En ese momento, el milagro plutónico se reproduce puntual, y una figura cónica, una pirámide azul cubierta de nieve, solitaria y magnífica, se impone familiar en el nuevo paisaje.

La continuidad de una forma piramidal, la reiteración de un fenómeno que se traduce en cataclismos y temblores condicionarán los trazos peculiares de la geología y los rasgos comunes a las alturas nacidas bajo el signo de lo plutónico.

Nosotros estamos demasiado influidos por la técnica para representarnos el espíritu religioso con que el indio se acercaba a la naturaleza. Lo que sabemos de su vida, los fragmentos que nos han llegado de su arte, de su ciencia y de su religión, no bastan a recomponer satisfactoriamente

el alma del primitivo. Al mexicano moderno, para llegar a una conciencia perturbada por las sagradas y misteriosas furias de la naturaleza, sólo le queda el hilo plutónico, la constante de una fuerza que ha permanecido intacta hasta nuestros días, el cataclismo nunca conjurado que pende sobre nuestras cabezas, no cada siglo azteca de cincuenta y dos años, sino un día y una hora no determinados en calendario alguno.

Somos así testigos de acontecimientos que presenciaron los indios hace centenares de años, y las catástrofes que sepultaron sus aldeas se reproducen hoy en el campo y en las ciudades con los mismos detalles. Dionisio Pulido, el propietario del campo de maíz en que apareció el Parícutín, y los habitantes del pueblo de San Juan de las Colchas, tragados por su lava, son hombres que han sufrido emociones en todo semejantes a las de sus rēmotos abuelos cuando la lava del Ajusco se tragó sus míseras habitaciones y los dejó en el desamparo.

El diabólico carácter del suelo determina también situaciones y costumbres incomprensibles en otros países. Ciudades enteras se han construido para resistir a los temblores; un cronista de la colonia relaciona los sucesos de su reseña a los sacudimientos de la tierra y decía así: "Hoy, mientras el virrey contemplaba desde un balcón de palacio la marcha de los soldados que salieron a combatir contra Lorencillo el Pirata, ocurrió un temblor de tres credos." La medida del temblor, como la de los huevos pasados por agua, se hacía por credos o por padrenuestros, y la costumbre ha llegado a nuestra época. No es de creerse tampoco que, en naciones más tranquilas, un hombre se acueste dueño de una hectárea sembrada con maíz y se levante convertido en propietario de un flamante volcán que atrae a millares de curiosos y de turistas.

Mi conocimiento de los temblores era muy completo antes de cumplir los diez años. Muy pequeño, estuve a punto de morir a causa de un desprendimiento originado por un temblor célebre.

Con frecuencia me despertaba un viento duro que abría las puertas aullando, y desaparecía dejando la casa tambaleante. Otras veces he tenido que salir a gatas de la habitación en tinieblas, pues el suelo bailaba agitado por la epilepsia. No recuerdo haber vivido nunca en una casa que no presentara cuarteaduras motivadas por los sismos, y una noche, cerca de la madrugada, ya siendo un hombre, me sorprendió en la calle un temblor espantoso. El asfalto se abría crujiendo en largas y profundas grietas; luces lívidas iluminaban el horizonte y las personas salían a la calle, en ropas de cama, enloquecidas de terror.

Un mediodía inolvidable, a la hora de mayor tránsito, tembló en forma desusada. De un edificio de quince pisos cayeron enormes bloques de concreto; las fuentes se vaciaron, y las gentes se arrodillaban en medio de la calle, pidiendo al cielo misericordia. El desastre -suavizado por el manto de barro en que descansa la ciudad de México- lo motivó en esta ocasión el volcán de Colima. Al día siguiente, por encargo de mi periódico, volé a la ciudad, en un avión militar, pues la vía del ferrocarril estaba interrumpida por derrumbes de montañas enteras.

Al acercarse el avión, un paisaje lunar surgió entre los penachos de las palmas, a la roja claridad del crepúsculo tropical. Colima aparecía derrumbada, sin calles y sin plazas, convertida en un informe esqueleto disperso por la mano de la muerte. No logré reconocer la ciudad donde transcurrieron tantas vacaciones felices. Los portales góticos de la plaza se veían destruidos en el suelo, sin que su unidad quedara rota, y por todas partes extraños equilibrios de paredes, habitaciones recortadas por un cuchillo fabuloso, los cuadros, en fin, con que había de familiarizarnos años después la guerra, era todo lo que ofrecía Colima.

De noche, la escena era más lúgubre. Los supervivientes se hacinaban en campamentos improvisados; vecinos enlutados, alumbrándose con antorchas, removían los escombros de sus casas, y el desfile de los ataúdes era interminable. En cinco minutos ocurrieron los más variados géneros de muerte. Por asfixia y por fuego, por derrumbes y caídas.

Pecieron centenares de personas. Unas murieron por no salir de sus casas; otras por abandonarlas; la mayoría, por salvar a sus parientes atrapados.

Mi experiencia en plutología -experiencia que comparten millones de compatriotas- se completó con el nacimiento inesperado del Paricutín, cuya imagen -como la de una famosa estrella- se ha proyectado en los cines del mundo y ha sido impresa en toda publicación que se respeta.

Imaginemos los temblores y el nacimiento de los volcanes entre las tribus nómadas que poblaron los valles de la meseta. En nuestro tiempo el Paricutín, al año de nacido, ya tenía docenas de biografías y había dado mucho que hacer a una numerosa tribu de geólogos, pero en aquellas remotas edades, una catástrofe era entendida como una manifestación de la cólera de los dioses. El volcán ahogaba sus pueblos, arrasaba sus campos, mataba a sus hijos. La violencia hería su sensibilidad, virgen aún, y en su conciencia quedaba registrada con caracteres indelebles.

Para aquel curioso hombre de Anáhuac, nada de lo que ocurría a su alrededor pasaba inadvertido. El cielo inspiró sus dioses y su calendario. Amaba las plantas y conocía muchos de sus secretos. Formó los primeros jardines botánicos de que se tenga noticia y sus herbarios revelan con qué amorosa atención estudiaba los ejemplares del mundo vegetal.

El realismo del arte indígena y, más que el realismo, la estilización, que es el entendimiento personal de las formas, podrían hablarnos de la huella impresa por la naturaleza en su espíritu. Pero el tigre, el colibrí, el floripondio, el mismo cielo distante y sereno, el mar, que nunca sintió el hombre del altiplano, ¿qué valen ante el poder telúrico de los volcanes?

El indio los ve siempre y los siente en su alma. Cataclismos, terremotos, temblores, han sido sus eternos compañeros. Los primeros pobladores del valle de México están sepultados bajo el espeso manto de lava que vomitara el volcán Xitle.

Para él, todas las creaciones anteriores del hombre han sido destruidas, en los tiempos mitológicos, por sucesivos cataclismos. La generación que puebla el Anáhuac a la llegada de los españoles, no está en modo alguno exenta de la amenaza. Cada siglo de cincuenta y dos años podrá desaparecer por terremotos, en un día trágico llamado temblor.

Volviendo al arte primitivo de los indígenas, el ambiente de horror que determina y que es uno de sus rasgos privados, sólo podría explicarse por el miedo ancestral que habían heredado. El aliento de horror que sopla sobre las piedras de sus esculturas, los monstruos que pueblan sus templos, la expresión de angustia infinita que ha dejado en los rostros de sus ídolos y en las caras de las figurillas de barro que han modelado por millones -la concepción indígena de sus contemporáneos- reflejan, en forma extraordinaria, las escenas de aquellos días de tragedia comparables a los apocalípticos de la destrucción del mundo.

La influencia del volcán, no queda limitada a su impacto en la sensibilidad del pueblo. Las culturas también se clasifican por los materiales que predominan en sus creaciones. Ciertamente es que la cultura de los indios pertenece a la edad de piedra pulimentada. Sólo que no se trata de una piedra muerta y fría, sino encendida y animada por un perpetuo temblor, porque es piedra volcánica y la trabaja un hombre poseído por el demonio plutónico.

Arquitectos y escultores usaban, de preferencia, la piedra nefrítica, llamada en lengua azteca quetzilitzli; y la roja sangre petrificada del tezontli; los armeros, con el itztli, la obsidiana, hacían navajas, espadas y mazas. Durante la colonia, el tezontle y la piedra nefrítica dieron su fisonomía característica a la capital de la Nueva España, y en los salones y en las sacristías, podían verse, con frecuencia, las lunas negras de la obsidiana. Las brillantes pinturas que recubrían los templos y las estatuas se obtenían del cobre, el cinabrio y el ocre, minerales todos de procedencia volcánica.

Una teoría plutónica no estaría completa si no se tuviera en cuenta la propia psicología del mexicano. En la tierra pobre y gris, dominada por volcanes trágicos, alienta el indio. Su frágil, terrosa figura está de sol a sol inclinada sobre el surco. En la calle se le ve silencioso, tratando de ocupar el menor espacio posible, extraño a un mundo que no le pertenece, porque él es, ante todo, una parte, una expresión y no la mejor, de su paisaje, pero un día, este indio, que se deja vencer en el mercado por el regateo del cliente, que anda con los ojos bajos y que ha hecho del "sí señor" y del "quién sabe" sus expresiones favoritas, deja el arado, toma el fusil y recorre el suelo incendiado de México clamando venganza. Cada revolución ha sido en nuestra patria un cataclismo, un irrumpir desordenado de poderes ocultos, un terremoto que la ha llenado de angustia y de esperanza.

De este espíritu conturbado participan los mexicanos sin excepción alguna. La furia destructora y constructiva, los brotes de su pasión no regulados, son inundaciones de lava ardiente que a todos alcanzan. La barbarie, el fanatismo, la esclavitud en que ha vivido el pueblo no explican estos súbitos sacudimientos del alma nacional, porque no obedecen a ideas difundidas, a ideales claramente establecidos, sino a ese estremecido sentido de lo telúrico que arde detrás de su piel de piedra, poderoso y amenazante, como el fuego oculto de los volcanes que un día no registrado en ningún calendario incendia y abraza el horizonte de México.

Juan Rulfo.

El llano en llamas.

"El día del derrumbe."

Esto pasó en septiembre. No en el septiembre de este año sino en el del año pasado. ¿O fue el antepasado, Melitón?

-No, fue el pasado.

-Sí, si yo me acordaba bien. Fue en septiembre del año pasado, por el día veintiuno. Oyeme, Melitón, ¿no fue el veintiuno de septiembre el mero día del temblor?

-Fue un poco antes. Tengo entendido que fue por el dieciocho.

-Tienes razón. Yo por esos días andaba en Tuzcacuexco. Hasta ví cuando se derrumbaban las casas como si estuvieran hechas de melcocha, nomás se retorcían así, haciendo muecas y se venían las paredes enteras contra el suelo. Y la gente salía de los escombros toda aterrorizada corriendo derecho a la iglesia dando de gritos. Pero espérense. Oye, Melitón, se me hace como que en Tuzcacuexco no existe ninguna iglesia. ¿Tu no te acuerdas?

-No la hay. Allí no quedan más que unas paredes cuarteadas que dicen fue la iglesia hace algo así como doscientos años; pero nadie se acuerda de ella, ni de cómo era; aquello más bien parece un corral abandonado plagado de higuerrillas.

-Dices bien. Entonces no fue en Tuzcacuexco donde me agarró el temblor, ha de haber sido en El Pochote. ¿Pero El Pochote es un rancho, no?

-Sí, pero tiene una capillita que allí le dicen la iglesia, está un poco más allá de la hacienda de Los Alcatraces.

-Entonces fue allí ni más ni menos donde me agarró el temblor ese que les digo y cuando la tierra se pandeaba todita como si por dentro la estuvieran rebullendo. Bueno, unos pocos días después; porque me acuerdo que todavía

estábamos apuntalando paredes, llegó el gobernador; venía a ver qué ayuda podía prestar con su presencia. Todos ustedes saben que nomás con que se presente el gobernador, con tal de que la gente lo mire, todo se queda arreglado. La cuestión está en que al menos venga a ver lo que sucede, y no que se esté allá metido en su casa, nomás dando órdenes. En viniendo él, todo se arregla, y la gente, aunque se le haya caído la casa encima, queda muy contenta con haberlo conocido. ¿O no es así, Melitón?

-Eso que ni qué.

-Bueno, como les estaba diciendo, en septiembre del año pasado, un poquito después de los temblores cayó por aquí el gobernador para ver cómo nos había tratado el terremoto. Traía geólogo y gente conocedora, no crean ustedes que venía solo. Oye, Melitón, ¿como cuánto dinero nos costó darles de comer a los acompañantes del gobernador?

-Algo así como cuatro mil pesos.

-Y eso que nomás estuvieron un día y en cuanto se les hizo de noche se fueron, si no, quién sabe hasta qué alturas hubiéramos salido desfalcados, aunque eso sí, estuvimos muy contentos; la gente estaba que se le reventaba el pescuezo de tanto estirarlo para poder ver al gobernador y haciendo comentarios de cómo se había comido el guajolote y de que si había chupado los huesos, y de cómo era de rápido para levantar una tortilla tras otra rociándolas con salsa de guacamole; en todo se fijaron. Y él tan tranquilo, tan serio, limpiándose las manos en los calcetines para no ensuciar la servilleta que sólo le sirvió para espolvorearse de vez en vez los bigotes. Y después, cuando el ponche de granada se les subió a la cabeza, comenzaron a cantar todos en coro. Oye, Melitón, ¿cuál fue la canción esa que estuvieron repite y repite como disco rayado?

-Fue una que decía: "No sabes del alma las horas de luto."

-Eres bueno para eso de la memoria, Melitón, no cabe duda. Si, fue ésa. Y el gobernador nomás reía; pidió saber dónde estaba el cuarto de baño. Luego se sentó nuevamente

en su lugar, olió los claveles que estaban sobre la mesa. Miraba a los que cantaban, y movía la cabeza, llevando el compás, sonriendo. No cabe duda que se sentía feliz, porque su pueblo era feliz, hasta se le podía adivinar el pensamiento. Y a la hora de los discursos se paró uno de los acompañantes, que tenía la cara alzada un poco borneada a la izquierda. Y habló. Y no cabe duda de que se las traía. Habló de Juárez que nosotros teníamos levantado en la plaza y hasta entonces supimos que era la estatua de Juárez, pues nunca nadie nos había podido decir quién era el individuo que estaba encaramado en el monumento aquél. Siempre creíamos que podía ser Hidalgo o Morelos o Venustiano Carranza, porque en cada aniversario de cualquiera de ellos, allí les hacíamos su función. Hasta que el catrincito aquel nos vino a decir que se trataba de don Benito Juárez. ¡Y las cosas que dijo! ¿No es verdad, Melitón? Tú que tienes tan buena memoria te has de acordar bien de lo que recitó aquel fulano.

-Me acuerdo muy bien; pero ya lo he repetido tantas veces que hasta resulta enfadoso.

-Bueno, no es necesario. Sólo que estos señores se pierden de algo bueno. Ya les dirás mejor lo que dijo el gobernador.

"La cosa es que aquélla, en lugar de ser una visita a los dolientes y a los que habían perdido sus casas, se convirtió en una borrachera de las buenas. Y ya no se diga cuando entró al pueblo la música de Tepec, que llegó retrasada por eso de que todos los camiones se habían ocupado en el acarreo de la gente del gobernador y los músicos tuvieron que venirse a pie; pero llegaron. Entraron sonándole duro al arpa y a la tambora, haciendo tatachum, chum, chum, con los platillos, arréandole fuerte y con ganas al Zopilote mojado. Aquélla estaba de haberse visto, hasta el gobernador se quitó el saco y se desabrochó la corbata, y la cosa siguió de refilón. Trajeron más damajuanas de ponche y se dieron prisa en tatamar más carne de venado, porque aunque ustedes no lo quieran creer y ellos no se dieran cuenta, estaban comiendo carne de venado del que

por aquí. Nosotros nos reíamos cuando decían que estaba muy buena la barbacoa, ¿o no, Melitón?, cuando por aquí no sabemos ni lo que es eso de barbacoa. Lo cierto es que apenas les servíamos un plato y ya querían otro y ni modo, allí estábamos para servirlos; porque como dijo Liborio, el administrador del Timbre, que entre paréntesis siempre fue muy agarrado, 'no importa que esta recepción nos cueste lo que nos cueste que para algo ha de servir el dinero' y luego tú, Melitón, que por ese tiempo eras presidente municipal, y que hasta te desconocí cuando dijiste: 'que se chirrié el ponche, una visita de éstas no se desmerece.' Y sí, se chorrió el ponche, ésa es la pura verdad; hasta los manteles estaban colorados. Y la gente aquella que parecía no tener llenadero. Sólo me fijé que el gobernador no se movía de su sitio; que no estiraba ni la mano, sino que sólo se comía y bebía lo que le arrimaban; pero la bola de lambiscones se desvivía por tenerle la mesa tan llena que hasta ya no cabía ni el salero que él tenía en la mano y que cuando lo desocupaba se lo metía en la bolsa de la camisa. Hasta yo fui a decirle: '¿no gusta sal, mi general?', y él me enseñó riendo el salero que tenía en la bolsa de la camisa, por eso me di cuenta.

"Lo grande estuvo cuando él comenzó a hablar. Se nos enchinó el pellejo a todos de la pura emoción. Se fue enderezando, despacio, muy despacio, hasta que lo vimos echar la silla hacia atrás con el pie; poner sus manos en la mesa; agachar la cabeza como si fuera a agarrar vuelo y luego su tos, que nos puso a todos en silencio. ¿Qué fue lo que dijo, Melitón?

-Conciudadanos -dijo-. Rememorando mi trayectoria, vivificando el único proceder de mis promesas. Ante esta tierra que visité como anónimo compañero de un candidato a la Presidencia, cooperador omnímodo de un hombre representativo, cuya honradez no ha estado nunca desligada del contexto de sus manifestaciones políticas y que sí, en cambio, es firme glosa de principios democráticos en el supremo vínculo de unión con el pueblo, aunando a la austeridad de que ha dado muestras la síntesis evidente de idealismo revolucionario nunca hasta ahora pleno de realizaciones y de certidumbre".

-Allí hubo aplauso, ¿o no, Melitón?

-Sí, muchos aplausos. Después siguió:

"Mi trazo es el mismo, conciudadanos. Fui parco en promesas como candidato, optando por prometer lo que únicamente podía cumplir y que al cristalizar, tradujérase en beneficio colectivo y no en subjuntivo, ni participio de una familia genérica de ciudadanos. Hoy estamos aquí presentes, en este caso paradójico de la naturaleza, no previsto dentro de mi programa de gobierno...

"¡Exacto, mi general! -gritó uno de por allá-. ¡Exacto! Usted lo ha dicho.

"...En este caso, digo cuando la naturaleza nos ha castigado, nuestra presencia receptiva en el centro del epicentro telúrico que ha devastado hogares que podían haber sido los nuestros, que son los nuestros; concurrimos en el auxilio, no con el deseo neroniano de gozarnos en la desgracia ajena, más aún, inminentemente dispuestos a utilizar muníficamente nuestro esfuerzo en la reconstrucción de los hogares destruidos, hermanalmente dispuestos en los consuelos de los hogares menoscabados por la muerte. Este lugar que yo visité hace años, lejano entonces a toda ambición de poder, antaño feliz, hogaño enlutecido, me duele. Sí, conciudadanos, me laceran las heridas de los vivos por sus bienes perdidos y la clamante dolencia de los seres por sus muertos insepultos bajo estos escombros que estamos presenciando".

-Allí también hubo aplausos, ¿verdad, Melitón?

-No, allí volvió a oírse el gritón de antes: "¡Exacto, señor gobernador! Usted lo ha dicho."

Y luego otro de más acá que dijo: "¡Callen a ese borracho!"

-Ah, sí. Y hasta pareció que iba a haber un tumulto en la mera cola de la mesa, pero todos se apaciguaron cuando el gobernador habló de nuevo.

"Tuzcacuences, vuelvo a insistir: me duele vuestra desgracia,

pues a pesar de lo que decía Bernal, el gran Bernal Díaz del Castillo: "Los hombres que murieron habían sido contratados para la muerte, yo, en los considerandos de mi concepto ontológico y humano digo: ¡me duele! con el dolor que produce ver derruido el árbol en su primera inflorescencia. Os ayudaremos con nuestro poder. Las fuerzas vivas del Estado desde su faldisterio claman por socorrer a los damnificados de esta hecatombe nunca precedida ni deseada. Mi regencia no terminará sin haberos cumplido. Por otra parte, no creo que la voluntad de Dios haya sido la de causaros detrimento, la de desaposentaros..."

-Y allí terminó. Lo que dijo después no me lo aprendí porque la bulla que se soltó en las mesas de atrás creció y se volvió rete difícil conseguir lo que él siguió diciendo.

-Es muy cierto, Melitón. Aquello estuvo de haberse visto. Con eso les digo todo. Y es que el mismo sujeto de la comitiva se puso a gritar otra vez: "¡Exacto! ¡Exacto!", con unos chillidos que se oían hasta la calle. Y cuando lo quisieron callar, sacó la pistola y comenzó a darle de chacamotas por encima de su cabeza, mientras la descargaba contra el techo. Y la gente que estaba allí de mirona echó a correr a la hora de los balazos. Y tumbó las mesas en la caída que llevaba y se oyó el rompedero de platos y de vidrios y los botellazos que le tiraban al fulano de la pistola para que se calmara, y que nomás se estrellaban en la pared. Y el otro, que tuvo todavía tiempo de meter otro cargador al arma y lo descargaba de nueva cuenta, mientras se ladeaba de aquí para allá escabulléndole el bulto a las botellas voladoras que le aventaban de todas partes.

"Hubieran visto al gobernador allí de pie, muy serio, con la cara fruncida, mirando hacia donde estaba el tumulto como queriendo calmarlo con su mirada.

"Quién sabe quién fue a decirle a los músicos que tocaran algo, lo cierto es que se soltaron tocando el Himno Nacional con todas sus fuerzas, hasta que casi se le reventaba el cachete al del trombón de lo recio que pitaba; pero aquello siguió igual. Y luego resultó que allá afuera, en la calle, se había prendido también el pleito. Le vinieron a avisar

al gobernador que por allá unos se estaban dando de machetazos; y fijándose bien, era cierto, porque hasta acá se oían voces de mujeres que decían: ¡Apártenlos que se van a matar! Y al rato otro grito que decía: ¡Ya mataron a mi marido! ¡Agárrenlo! Y el gobernador ni se movía, seguía de pie. Oye, Melitón, cómo es esa palabra que se dice...

-Impávido.

-Eso es, impávido. Bueno, con el argüende de afuera la cosa aquí dentro pareció calmarse. El borrachito del "exacto" estaba dormido; le habían atinado un botellazo y se había quedado todo despatarrado tirado en el suelo. El gobernador se arrimó entonces al fulano aquel y le quitó la pistola que tenía todavía agarrada en una de sus manos agarrotadas por el desmayo. Se la dio a otro y le dijo: "Encárgate de él y toma nota de que queda desautorizado a portar armas." Y el otro contestó: "Sí, mi general."

"La música, no sé por qué, siguió toque y toque el Himno Nacional, hasta que el catrincito que había hablado en un principio, alzó los brazos y pidió silencio por las víctimas. Oye, Melitón, ¿por cuáles víctimas pidió él que todos nos asilenciáramos?"

-Por las del epifoco.

-Bueno, pues por ésas. Después todos se sentaron, enderezaron otra vez las mesas y siguieron bebiendo ponche y cantando la canción esa de las "horas de luto."

"Ora me estoy acordando que sí fue por el veintiuno de septiembre el borlote: porque mi mujer tuvo ese día a nuestro hijo Merencio, y yo llegué ya muy noche a mi casa, más bien borracho que buenisano. Y ella no me habló en muchas semanas arguyendo que la había dejado sola con su compromiso. Ya cuando se contentó me dijo que yo no había sido bueno ni para llamar a la comadrona y que tuvo que salir del paso a como Dios le dio a entender.

Fernando del Paso.

José Trigo.

Segunda parte;

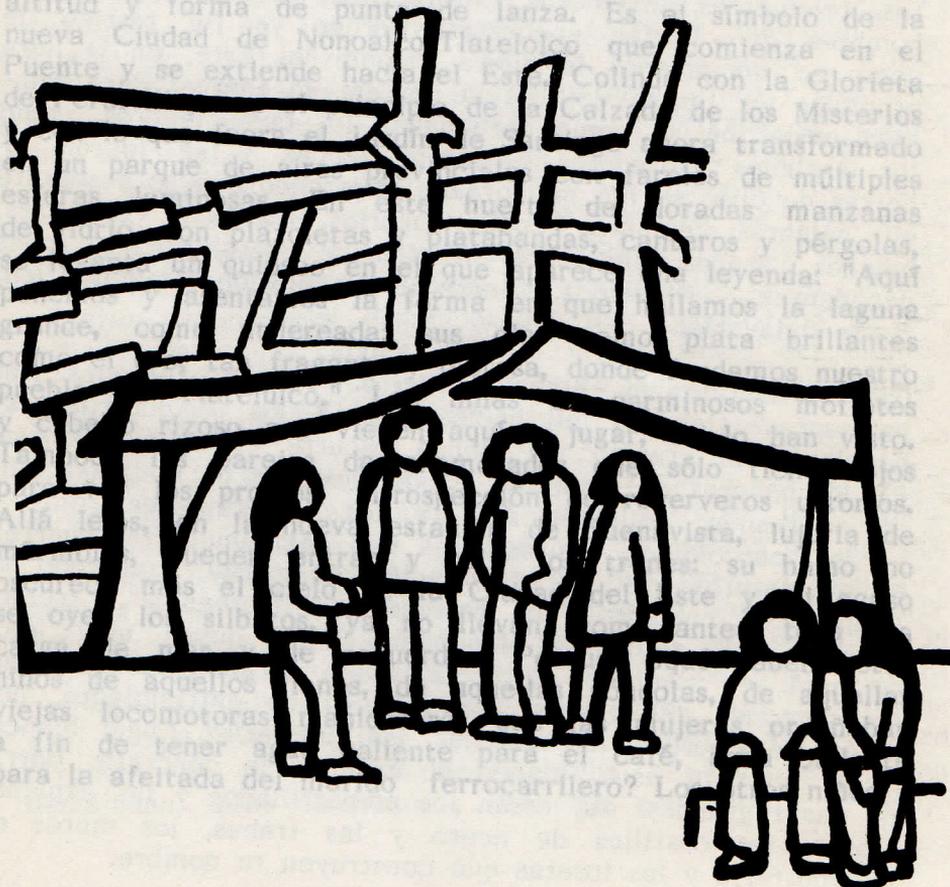
19 DE SEPTIEMBRE

capítulo

VIII

Uno. En espejos de agua, di

En espejos de agua, diáfanos, c... azules azulejos, ya no alfombrados con la vegetación criptógama que prolifera en la noches de luna llena, se refleja la imagen de una torre. Es una Torre-Insignia de concreto armado, fachada cubierta con ventanales de aluminio con cristales oscuros, que tiene veintinueve pisos, ciento veintisiete metros de altitud y forma de punta de lanza. Es el símbolo de la nueva Ciudad de Nonoalco



Fernando del Paso.

José Trigo.

Segunda parte; El Este.

Uno. En espejos de agua, diáfanos...

En espejos de agua, diáfanos, con fondos de azules azulejos, ya no alfombrados con la vegetación criptógama que prolifera en la noches de luna llena, se refleja la imagen de una torre. Es una Torre-Insignia de concreto armado, fachada cubierta con ventanales de aluminio con cristales oscuros, que tiene veintinueve pisos, ciento veintisiete metros de altitud y forma de punta de lanza. Es el símbolo de la nueva Ciudad de Nonoalco-Tlatelolco que comienza en el Puente y se extiende hacia el Este. Colinda con la Glorieta de Peralvillo, con el principio de la Calzada de los Misterios y con lo que fuera el Jardín de Santiago ahora transformado en un parque de aires provinciales con faroles de múltiples esferas luminosas. En este huerto de doradas manzanas de vidrio, con plazoletas y platabandas, canteros y pérgolas, se levanta un quiosco en el que aparece una leyenda: "Aquí ponemos y asentamos la forma en que hallamos la laguna grande, como atijereada: sus olas como plata brillantes como el oro, tan fragante y olorosa, donde fundamos nuestro pueblo de Tlatelulco." Las niñas de carminosos mofletes y cabello rizado que vienen aquí a jugar, no lo han visto. Tampoco las parejas de enamorados que sólo tienen ojos para ver los propios, introspección de reververos ustorios. Allá lejos, en la nueva estación de Buenavista, lujuria de mármoles, pueden entrar y salir los trenes: su humo no oscurece más el cielo de la Ciudad del Este y, si acaso se oyen los silbatos, ya no llevan, como antes, toda esa carga de mar y de recuerdos. Porque, ¿qué saben estos niños de aquellos llanos, de aquellas góndolas, de aquellas viejas locomotoras maniobreras que las mujeres ordeñaban a fin de tener agua caliente para el café, agua bullente para la afeitada del marido ferrocarrilero? Los otros niños,

los que aquí vivían y aquí tenían su mundo, tan y tan escaecido, se fueron lejos, los fueron. Despedregar, despoblación, urbanizar, malbaratar de trástulos: yo lo ví. Ahora estarán ya no niños: adolescentes: hombres, confinados en un apartado campamento de rieleros, dejados de la mano de Dios. Ya no traen los aires, tampoco, olores a aceite de coco y a cerveza, ni juegan con la sal de los depósitos, polen inveterado. El mismo Puente, el Puente de Nonoalco, que antes arqueaba su lomo por encima de los campamentos y fábricas, ya no se ve. Los edificios son más altos, son farallones de hormigón con piel de murano y marcolita, donde la espuma se congela en celosías. Sí, yo vi que asotaban los suelos, yo vi que traían bolones para los cimientos, vi autogiros que revolotearon sobre las llanadas y lugares comarcanos para tomar aerofotos y diapositivas; y vi teodolitos, telemétros, ingenieros, contratistas, camiones de volteo, hombres que hacían encuestas. Porque yo fuí testigo de como se fundamentó la nueva ciudad del Este, en la hora propicia: los tantos del día de un día de tantos. Pero también pesia mi, vi como cercenaban los campamentos, como los antiguos moradores batieron tiendas y se desbarató en palabras; palabras como tugurios, catastro, cojinetes, belenes, aranas, industrias fabriles y metalúrgicas, zonas decadentes, villancicos, barreños, explosión demográfica, tierra calaverial.

Ciento cuarenta y cinco edificios. ¿Y los furgones, las periqueras? Ochenta mil habitantes. ¿Y los ferrocarrilenses? Escaleras de granito por donde escurre el agua jabonosa. ¿Y las bañeras de aluminio? Revestimientos de lámina acrílica y resinas poliestéricas. ¿Y los tablerámenes rojos y verdes, carcomidos, las macetas con campánulas, el cuartel, el orfanatorio? La nueva estación de carga, con todo su gigantesco conjunto de terracerías, "screening", treinta y siete mil roldanas, planchuela, etc., queda muy lejos de aquí: en Pantaco. Y donde antes estaban las básculas, los portones del exprés, los tanques de enfriamiento, hoy están las albercas, las escuelas, las guarderías. Lugar blanco, o de sal: allí está, blanco de heleros de concreto. Barrio de casas grandes: allí están los emparrillados y las explanaciones, los castillos de acero y las trabes, los muros de mampostería y las losetas que construyen tu nombre.

Lugar verde: sitio donde debieron medrar los ramilletes de adonis morado, las dedaleras y la caléndula anisada, pero el polvo de balasto, el hollín, el petróleo, no los dejaron: ahora todo, al fin, estás empastelado, verde de verdad. La Plaza de las Tres Culturas; la clínica dental con sus consultorios de ortodoncia y exodoncia; el Templo del Señor Santiago, ahora álfico por dentro y ventanales azulinos; rúas y arcos de cruce para peatones; cancelerías; campos deportivos... todo está en el lugar de lo que fue y que ya nunca será en lo porvenir. Recuerdo la última vez que anduve por allí, preguntando por José Trigo. Unos hombres eregían postes con gallardetes y grímpolas en las puntas. Otros, plantaban carteles que decían "Concretos CARSA Alta Resistencia," "Varilla Corrugada AR-80-Acero Monterrey," "Entrepiso Reticular Celulado, S.A.": "Constructora DELCAR." Y otros hombres desembarcaban de grandes camiones, o de los ferrocarriles, extrañas maquinarias y artefactos: palas-tractores "Muir"; compresoras "Rotair 25" para la alimentación de martillos neumáticos y traxcavadores, perforadoras. Vi también a una brigada de peones que zahondaban la tierra con sus zapapicos. Uno de ellos traía un gorro de papel plateado. Me imaginé, me quise imaginar que eran soldados en la cavazón de trincheras. Luego, la muralla Sur de Nonoalco-Tlatelolco fue derribada y emergieron allá los edificios, los monumentos de la ciudad, ejército de gigantes embanderados que conquistaba al fin, después de cuatro siglos, la isla mediterránea del montón de tierra, del pueblo de mudos o gente que habla una lengua extraña, para instaurar un nuevo sol.

Pasé por la antigua bodega de la exaduana de Santiago, y ya no vi aquellas casas, las más extrañas del mundo. Las habían construido en los andenes con restos de puertas, ventanas, contraventanas. Muros de montantes y peinazos, paneles y largueros imbricados, se elevaban hasta los tejarcos en que se prolongaban las vertientes del techo de la bodega. De aquí la extraña desproporción de estos cuartos redondos así adosados: tendrían, cada uno, tres metros de lado y casi seis de altura. No todo se llevaron: vi un ropero olvidado, un cuadro que representaba el Nacimiento, una damajuana, latas alcoholeras, una caja con frascos de añejo

contenido y desgarrados marbetes, un calendario, un bote de pintura y sobre él una brocha de ralo cerdamen, una estampa de la Guadalupana. Luego fui hacia el Puente, subí, contemple por última vez estas tierras, y desacordándome de todo, desimaginándome las cosas, les dejé mis últimas palabras.

En América, en el hemisferio boreal, en la zona tórrida y montañosa comprendida entre el Trópico de Cáncer y el Trópico de Capricornio. Viejas locomotoras van, nuevas locomotoras vienen con su carga de tezontle: lava espumosa para fabricar concreto ligero. En la unidad tectónica conocida como el gran geoanticlinal occidental. De los furgones, en los muelles, se descargan los ductos de asbestocemento, los cables, las mangueras que convertirán los campamentos en tendadero de redes. En la región biogeográfica neártica, en la provincia biótica neovolcanense, donde se localizan los distritos faunísticos Tapatío, Otomí, Tarasco, Azteca y Orizaba Cempoaltépetl. Arcos de cruce para peatones, barras de acero estructural, escaleras de granito se elevan hacia el cielo. Y donde abundan toda clase de suelos, desde el castaño o chesnut hasta el litosol. Llegaban brigadas de canteros, de mamposteros, tapiadores, agrimensores y maestros de obras. En la región sísmica limitada por la fractura de San Andrés y la fractura del Clarion. Y unos baten la aragamasa, otros labran sillares, otros más arman andamios. En lo que hace millones de años era el prehistórico Mar Mexicano que por el canal del Balsas se desbordaba en el Océano Pacífico. Otros encajonan, acotan, zampean, explanan, colocan cañerías. Batida por los vientos Septentrión, Auster, Sunsulano y Favonius. Y llegan camiones cargados con selenita, con lambrines de madera de guanacaste, con alambres de acero al alto carbón, con duelas para solar a la espinapez, con albayalde y demás manobra. Sitiada por climas tropicales: de selva y sabana; por climas secos: de estepa y desértico; por climas nevados: de tundra y nieve perpetua. También excavadoras, grúas telescópicas "Loro Parisini" de brazo giratorio. Circundada por montañas donde crece el lináloe y la biznaga, el oyamel y el afile, el pirú y los abrojos; y donde medran los coyotes y los

hurones, los quebrantahuesos, las auras y los ánsares. Aquí en la altiplanicie, en el Distrito Federal, el Cuartel Norte de la Ciudad de México. Y donde antes había furgones, vagones, góndolas, bateas abandonadas. En la zona postal 2, en los Distritos Electorales 2 y 9. Y bodegas, fábricas, cuarteles, cárceles, industrias textiles. Aquí se encontraba la zona de Nonoalco-Tlatelolco. Allí las máquinas, los hombres, las cosas, construyeron supermanzanas, torres, rasca-cielos. Que medía tres kilómetros de longitud por una anchura que variaba de cuatrocientos a seicientos metros. Porque piedra sobre piedra, hilada sobre hilada, ripio sobre ripio, construyeron, erigieron, levantaron, edificaron. Y que fue devastada hace muchos años. Después de que arrasaron, asolaron, desmantelaron, desbrujaron y echaron por tierra: cuanta piedra, cuanto furgón, cuanta yerba había, hasta no dejar:

(yo lo vi)

piedra sobre piedra, furgón sobre furgón, yerba sobre yerba.

Yo lo vi.

Lo vi un día (¿o era una noche?) en que la luz de la luna brillaba tanto como la luz del sol.

Yo lo vi.

Bajo mi palabra, sobre mis palabras.

Adriana López Montjardin y Carolina Verduzco Ríos.

"Vivienda popular y reconstrucción." (Fragmento)

Cuadernos Políticos. No. 45. Enero-marzo de 1986.

Tlatelolco no se vende.

Quando se empezó a construir la unidad habitacional Nonoalco-Tlatelolco, en pleno auge desarrollista y financiada (como tantos otros milagros mexicanos) por el Banco Interamericano de Desarrollo, se decía que se estaban dando pasos en firme para terminar con las ciudades perdidas, las viviendas deterioradas y las vecindades. Por lo pronto, con las precarias habitaciones que ocupaban numerosas familias instaladas en carros de ferrocarril abandonados en los terrenos donde se levantaría la nueva unidad. Estas familias de escasos recursos fueron desalojadas "provisionalmente", en espera de que se les entregara uno de los departamentos que se estaban construyendo. Tlatelolco habría de albergar también, se decía, a los moradores de las vecindades de la colonia Guerrero. Algunos años antes, la prolongación de Reforma hacia el norte apuntaba ya en la misma dirección: abrir el paso a una ciudad moderna haciendo de lado a las vecindades. Efectivamente, gran cantidad de viviendas precarias fueron demolidas; pero no fue cierto que sus ocupantes encontraran alojamiento en Tlatelolco. Durante los años sesenta, la remodelación urbana trajo un aumento de inmuebles vacíos y terrenos baldíos, junto con un mayor hacinamiento, que pasó de 4.5 a 5.4 personas por vivienda.*

La nueva unidad habitacional se fue llenando, entonces, con gente de mayores recursos que los que tenían quienes habían sido sus destinatarios iniciales. Pero también las promesas que se hicieron a este grupo, de empleados, profesionistas, pequeños comerciantes, se fueron desvaneciendo.-

* José Antonio Rojas Loa, "La transformación de la zona central: ciudad de México, 1930-1970", en Alejandra Moreno Toscano (coordinadora), Ciudad de México. Ensayo de construcción de una Historia, Colección Científica del INAH, n. 61, México, 1978.

Se hacía propaganda para la compra de condominios, pero lo que se entregaba eran "certificados de participación inmobiliaria." Se ofrecía un desarrollo urbanístico en el que estarían integrados todos los servicios: escuelas, áreas verdes, centros deportivos y sociales; en cambio, la mayor parte de los espacios proyectados como comunes acabaron en concesión particular o albergando oficinas públicas. Se dijo que se trataba de viviendas de interés social, pero cuando a sus residentes les tocó pagar los impuestos prediales se les cobró más que lo que pagaban los capitalinos más ricos en las zonas residenciales de la ciudad. Se mostraba un departamento piloto, pero se entregaba uno distinto. Se habían ofrecido nuevas posibilidades de convivencia vecinal, pero, sobre todo después de la introducción del metro, a finales de los años sesenta lo que campeaba era el deterioro de la zona: ruido, basura, congestión del tráfico peatonal e inseguridad.*

Como el deterioro de la unidad habitacional iba creciendo con el paso de los años, los residentes iniciaron, en 1974, una lucha por mejorar sustancialmente la calidad de los servicios y por que las cuotas de mantenimiento y administración que pagaban correspondieran realmente a los servicios proporcionados. El movimiento de autoadministración surgió en los edificios Arteaga y Lerdo, cuyos habitantes se negaron a pagar el aumento de un 20% de la cuotas de mantenimiento y convocaron a una huelga de pagos a la que se sumaron los residentes de 70 edificios, exigiendo también la auditoría de la Administradora Inmobiliaria (AISA) encargada de gestionar la unidad. El Consejo de Edificios en Autoadministración mantuvo la vigilancia sobre los problemas de conservación de la zona habitacional. Estos eran cada vez más graves: no se trataba solamente de las cuestiones de limpieza y atención de los jardines, sino de mantenimiento de los propios edificios, que la Inmobiliaria se negaba a proporcionar. A partir de 1982, FONHAPO asumió la atención de la unidad habitacional y, debido a la insistencia del Consejo, se logró que se emprendieran los trabajos de recimentación y nivelación de los edificios Tamaulipas-

* "Autoadministración en Tlatelolco." Punto Crítico, n. 72, marzo de 1977.



Damnificados
Soluciones

ESTAMOS
VIVOS

Tirolalala
NO se
vende

y Juárez. En el Nuevo León, estos trabajos primero se hicieron mal y después se dejaron a medias.

El 19 de septiembre de 1985 se derrumbó el edificio Nuevo León, sepultando a sus residentes y a la manta que colgaba desde hacía mucho tiempo de su fachada, donde se exigía públicamente a FONHAPO que cumpliera con la recimentación urgente. El 20 de septiembre, los sobrevivientes del Nuevo León tomaron las oficinas de FONHAPO, obligando a su director a firmar un acta en la que se comprometía a restituir las viviendas y, mientras tanto, a entregar cuatro mil pesos diarios a los damnificados de cada departamento, como ayuda para alojamiento y alimentación. El problema fundamental -y no sólo para el Nuevo León, sino para todo Tlatelolco- se empezó a perfilar entonces: era la negativa gubernamental, de más alto nivel, a reponer las viviendas. Primero las desplomadas del Nuevo León, después las que estaban dañadas en los edificios evacuados. La primera medida encaminada en esta dirección fue el desconocimiento del acta pactada entre los sobrevivientes del Nuevo León y FONHAPO, la renuncia del director de este organismo que la había firmado, y la disposición presidencial de que fuera la Secretaría de Desarrollo Urbano y Ecología (SEDUE) la única instancia facultada para el tratamiento de los problemas de Tlatelolco.*

A principios del mes de octubre, la presión de los sobrevivientes del Nuevo León iba en aumento y ellos encabezaron las movilizaciones de los damnificados de toda la ciudad. El 12 de octubre realizaron la primera marcha conjunta con el resto de los tlatelolcas y los inquilinos de las vecindades de diversos barrios. En la entrevista que les concedió el presidente De la Madrid, éste se comprometió a que las viviendas fueran restituidas y los culpables del derrumbe castigados. Pero mientras el presidente prometía cualquier

* La información sobre Tlatelolco está recogida, fundamentalmente, del Taller de Testimonios organizado por el Centro de Información y Análisis sobre los Efectos de los Sismos (CIASES), que se reunió semanalmente durante octubre y noviembre de 1985, bajo la dirección de Daniel Molina.

cosa, sin estar dispuesto a cumplirla, SEDUE instrumentaba las verdaderas decisiones gubernamentales. Diez días más tarde el secretario Guillermo Carrillo Arena amenazaba: si las propuestas del gobierno no se aceptaban, el siguiente paso sería la intervención de la Procuraduría de Justicia y de la Secretaría de Gobernación. Además, estaba en sus manos alargar el tratamiento del conflicto mediante diversos trámites legales y así lo hizo saber.

Lo único que el gobierno no iba a hacer era reponer las viviendas. Entonces toda la negociación se centró en el monto de los seguros e indemnizaciones que habrían de pagarse por cada departamento, por cada muerto; y en la forma y magnitud que tendrían los créditos blandos que se otorgarían a cada ex-residente para que se fueran a comprar casa en otro lado. El convenio se firmó el primero de noviembre, el día de los muertos chiquitos.

Dicen que en las altas esferas gubernamentales se dio una prioridad "triple A" a la solución del conflicto del edificio Nuevo León. Pero en Tlatelolco hay 103 edificios y 31 de ellos fueron evacuados. Tal vez aquí faltaron algunas "A", o sobraron intereses especulativos y resistencia vecinal, y por eso pasan tantos meses sin que los problemas ocasionados por los sismos en Tlatelolco se resuelven globalmente. La firma del convenio del Nuevo León abrió un compás de espera, que fue ampliamente aprovechado para difundir la campaña gubernamental, publicitada por todos los medios masivos de comunicación, de nuevos convenios pactados con las asociaciones de residentes de cada edificio o bien cada residente en lo individual. Había regateos, claro está, por el monto de los seguros que se pagaron y que fluctuaron entre uno y medio y casi cinco millones de pesos sin que los beneficiarios sepan muy bien el por qué de estas diferencias, que han llevado a muchos a suponer que es cierto aquel proverbio popular que dice que "del tamaño del sapo es la pedrada." En todo caso, si con más o menos regateos y de residente en residente se iban pactando los convenios sería cuestión de tiempo que todos acabaran de firmar.*

Pero a finales de enero había solamente cuatro edificios desocupados por completo: el Nuevo León, el Oaxaca, el

Querétaro y el Guanajuato. En cambio los residentes de otros, como el Molino del Rey y el Miguel Hidalgo, informaron orgullosos que "ninguno de los vecinos había aceptado firmar ningún convenio." El resto de los edificios de la unidad habitacional están en una situación intermedia: mientras que unos ya firmaron, otros se regresaron a ocupar sus viviendas. Por todo Tlatelolco se ven letreros en las fachadas y en las ventanas de los departamentos: "No se vende."

Porque en los certificados de participación inmobiliaria que entregó BANOBRAS a cada residente desde que adquirió y empezó a pagar su departamento, hay una cláusula (la octava o la treceava, según el caso) que establece que "...son obligaciones del banco mantener en vigor un seguro suficiente contra incendios, rayo, temblor y explosión sobre el inmueble materia de esta emisión y los bienes destructibles del mismo, mientras el inmueble permanezca afecto al fideicomiso o resuelva lo contrario la asamblea de tenedores. El fiduciario deberá comprobar que ha cumplido con esta obligación cuando así lo solicite el representante común y, en caso de ocurrir el siniestro, estará obligado a invertir la indemnización precisamente en la reparación o reconstrucción del edificio dañado o destruido, así como de sus elementos, objetos, instalaciones y demás bienes perjudicados por el siniestro, en la forma que en su caso determine la asamblea." *

El problema De Tlatelolco no se resuelve porque SEDUE, la supersecretaría encargada de atenderlo por encima de cualquier otra instancia, niega el cumplimiento de lo estipulado en los certificados de participación inmobiliaria, mientras que los residentes insisten en hacerlo cumplir.

* "Cronología de acontecimientos y declaraciones en torno al sismo ocurrido en México el 19 de septiembre de 1985, aparecidos en los principales diarios", anexos especiales a los números 15, 16, 17 y 18 de las Cronologías e indicadores internacionales y nacionales editadas por SIPRO (Servicios Informativos Procesados, A.C.), de septiembre a diciembre de 1985.

No se trata nada más de quien establece el principio de legalidad o de autoridad, sino que está en juego el destino de la unidad habitacional Nonoalco-Tlatelolco; lo que está pendiente no es ni siquiera si se tiran o se conservan los edificios, sino si se destinan o no a una función habitacional.*

Siendo éste el punto central de definición, aún los actos más irracionales promovidos por SEDUE cobran coherencia: por ejemplo las presiones que se han ejercido, también sobre los habitantes de los edificios que no resultaron dañados por los sismos, para que acepten venderlos y contratar un crédito para la compra de una vivienda en la periferia de la ciudad; o la recomendación de la Secretaría a los firmantes de los convenios de que se lleven todos los pedazos de sus departamentos que puedan ser trasladados: las puertas, los pisos, los muebles del baño y los lavaderos, las ventanas y todo aquello que normalmente hace habitable una casa. También explica que cuando se den a conocer los peritajes realizados por la Secretaría para evaluar el estado de los inmuebles, los funcionarios entreguen sólo un listado que dice si el edificio es habitable o no, y si tiene daños mayores o menores, pero que nieguen a los residentes los informes detallados sobre el tipo de daños que se encontraron, bajo el argumento de que tales informaciones podrían prestarse a "interpretaciones subjetivas." Más grave todavía, pero igualmente explicable, es la forma en que los funcionarios de SEDUE entienden el convenio pactado con los residentes que aceptaron dejar sus departamentos: en él se estipulaba que quienes aceptaran una suma determinada por concepto de pago del seguro o de la venta de su vivienda tenían, en caso de que el edificio resultara habitable o reparable, la posibilidad de volver a ocuparlo si devolvían el dinero que habían recibido. Algunos ex-residentes ya intentaron que se cumpla este punto del pacto y la respuesta es que, efectivamente, cuentan con prioridad en la opción de compra, pero que los departamentos se les van a entregar a finales de 1986 y con un costo de dos a tres veces mayor de lo que les pagaron a ellos a finales de 1985.

* Entrevistas directas realizadas con los residentes de Tlatelolco, integrantes de la Coordinadora Unica de Damnificados.

Que el gobierno no trata de resolver los problemas de los damnificados, sino de dejar que otros -los especuladores y constructores privados, por ejemplo- hagan negocio a costa de ellos y que el pago de la reposición de las viviendas recaiga sobre la propia población afectada, lo muestra también el tratamiento que se dio a los damnificados de los cuartos de azoteas de Tlatelolco. Es en este sector donde sí se encuentran personas con el nivel de ingresos y de empleo equivalentes al de aquellos pobladores de las vecindades y de los carros de ferrocarril a quienes supuestamente estaba destinada la unidad Nonoalco-Tlatelolco. O sea que si vivían en los cuartos de azotea era porque no se podían comprar una casa en otro lado, y porque dependían del mismo Tlatelolco y de las áreas vecinas para encontrar algún trabajo. Haciendo abstracción de todo esto, la SEDUE les propuso conseguirles un crédito blando para la adquisición de un pie de casa en el fraccionamiento Alborada Aragón. Siempre y cuando demostraran ingresos mensuales de, por lo menos, 82 mil pesos, y estuvieran en condiciones de pagar 17,500 cada mes de 1985, que en 1986 se convertirían en 24,000 y que cada año irían subiendo hasta que se completara el equivalente al precio siempre en ascenso de la casa, lo que no podría suceder antes de quince o veinte años.*

Que no es el gobierno solo quien decide la suerte de los damnificados, lo muestra también el movimiento de los inquilinos de los cuartos de azotea. Después de tantas marchas, tantas entrevistas con los funcionarios y tantos meses de vivir en tiendas de campaña, ganaron su inclusión en el programa de Renovación Habitacional Popular y su reacomodo en unos terrenos expropiados y que se localizan a pocas cuadras de distancia de Tlatelolco. Ganaron también el acuerdo de que se iniciaría ahí la construcción de viviendas definitivas, que implicarían pagos mensuales equivalentes al 20% del salario mínimo. A principios de febrero se trasladaron de su campamento al albergue provisional. Van todos

* Ponencia presentada por la Coordinadora de Cuartos de Azotea en el Foro sobre los Efectos Sociales de los Sismos, realizado por investigadores del Instituto Nacional de Antropología e Historia y del Programa Universitario "Justo Sierra" de la UNAM, los días 6, 7 y 8 de noviembre de 1985.

juntos y van vigilantes; a construir una sección más de Tlatelolco.

Pero la cuestión central sigue estando en todo lo que queda debajo de las azoteas. A principios de enero de 1986 SEDUE informó que, según los peritajes efectuados, muchos de los edificios habían resultado inhabitables, y que las autoridades estaban estudiando la posibilidad de destinarlos a otros fines. ¿Por qué? ¿Quiere decir esto que para las autoridades es inadmisibles que los residentes ocupen viviendas peligrosas, pero que pueden aceptar que las oficinas se desplomen sobre los empleados? ¿O se trata más bien de destinar la zona, de gran potencial por su ubicación céntrica, a usos más rentables? Circulaba un proyecto para construir en Tlatelolco un centro de convenciones, con estadios deportivos y hoteles, y hubo también partidarios de una "reconstrucción" fulminante de la ciudad, que acariciaban la idea de que el complejo turístico estuviera terminado antes del Mundial de Fútbol. Serían habladorías, o los promotores de este proyecto perdieron el partido. El subgerente de Planeación Técnica de BANOBRAS -tal vez miembro de otro equipo- declaró al diario El Universal, el 24 de enero de 1985, que la unidad Nonoalco-Tlatelolco "será sometida a un programa que modificará su diseño para reincorporarla a la traza urbana, cambiará el uso del suelo en que está asentada y dará cabida a oficinas gubernamentales, así como a más servicios comunitarios."

Los residentes fueron informados por SEDUE, a principios de febrero, de algunas de las modificaciones que se planea introducir: mientras algunas áreas serán bardeadas otras se abrirán al tráfico de automóviles.* Con esta propuesta se pretende cerrar todo el círculo en el que está entrampado el urbanismo oficial, incapaz no sólo de promover, sino de tolerar la vida vecinal. Primero se planeó Tlatelolco como una unidad, en la que estaban previstos los espacios para la convivencia social; en ese entonces, la comunicación

* Véase La Antena, semanario publicado por los residentes de Tlatelolco, octubre-noviembre de 1985.

entre los residentes quedó bloqueada por la densificación, el incremento de la población flotante, el uso de los espacios colectivos para fines ajenos a los que se habían ofrecido y por el ritmo individualista y acelerado de la vida metropolitana. Con los sismos, con una tragedia y una lucha vividas en común, comenzó un renacimiento de la vida vecinal. La gente se conoció en las labores de rescate, en los campamentos, en las asambleas, en las manifestaciones y en las entrevistas con los funcionarios. Hubo verbenas populares cuando volvieron a ocuparse algunos de los edificios que habían sido evacuados y los tlatelolcas empezaron a reconocer que vivían en un sitio que era más grande y más habitable que el espacio delimitado desde la puerta hacia el interior de sus departamentos. Al unirse se hicieron fuertes y hablaron de sus derechos en voz alta y frente a los funcionarios; una vez, también delante del presidente. Entonces a los funcionarios les dio miedo y decidieron compartimentar la unidad con bardas y calles.

Juan Guerrero.

La muerte del Nuevo León.

Después que el Apocalipsis nos cayó encima en forma de un edificio llamado Nuevo León, no atinábamos a hacer nada. La mayoría de nosotros se encontraba inmerso en una nube de polvo tratando de rescatar a nuestros amigos y familiares. Usando sólo nuestras propias manos intentábamos levantar planchas de concreto que pesaban varias toneladas. El tapabocas nos ahogaba, con los ojos hinchados, las manos heridas, la ropa desgarrada. ¿Cuánto tiempo duró esta lucha? Para unos fue cuestión de minutos, no pudieron resistir más, para otros fue cuestión de varios días.

Tuvieron que pasar seis días para que se levantara el campamento del Edificio Nuevo León. Supimos entonces que mucha gente nos había buscado para ayudarnos, las fotografías del edificio ocupaban las primeras planas de los periódicos nacionales y extranjeros, la gente quería saber de nosotros y sólo hasta entonces pudieron localizarnos. Intentamos organizarnos, se vió entonces la necesidad de levantar un censo para conocer la magnitud de nuestra tragedia y nuestras necesidades. Teníamos que luchar por nuestros derechos y sólo sabiendo cuántos y quiénes éramos lo podríamos hacer. Era urgente saber cuántos y quiénes habían sucumbido, quiénes habíamos sobrevivido y cuántos habíamos perdido absolutamente todo. Era mucho más difícil saber quiénes tenían heridas de las que no se ven.

Acudimos a las oficinas del Ministerio Público que se improvisaron cerca del edificio colapsado. Las dos oficinas se alojaban en tiendas de campaña, una sobre el Paseo de la Reforma, veinte metros al norte del Nuevo León; la otra se encontraba en el patio del DIF, también en Reforma, casi enfrente de nuestro edificio caído. En todos lados la desorganización era total. Las oficinas del forense no eran la excepción, revisamos con cuidado las copias fotostáticas que logramos obtener de las relaciones de los cuerpos extraídos de los escombros durante las primeras horas. En la mayoría de los casos refieren apenas como dato la diferenciación por sexo, calificándolos a todos como "desconocidos."

Conforme pasaron las horas del fatídico día, la organización fue mejorando, los datos se hicieron más explícitos; en algunos casos se da la edad aproximada, en otros aparecen datos adicionales, como la estatura o el color del pelo. Con el avance del tiempo, las listas se hacen más completas; así, el cadáver número 50 que corresponde a una persona rescatada el 21 de septiembre a las 8 de noche aproximadamente, se describe como una mujer embarazada, de 25 años de edad aproximadamente, que vestía una bata azul a cuadros. El cuerpo número 81 fue identificado por "un familiar." El cadáver número 88 se consigna como "desconocido", rescatado a las 3.15 a.m. del día 24 de septiembre, hombre de 20 años aproximadamente, cabello negro, brasallete, chamarra de mezclilla, condición humilde. 1.60 estatura." (sic).

El cuerpo número 142 fue rescatado a las 8.20 del día 25 de septiembre, se da como "sin nombre", sexo masculino, de 60 años de edad, de 1.70 de estatura y que "fue enviado al Panteón de Dolores." El cadáver número 187 fue rescatado el 29 de septiembre a las 3.35 a.m. y "fue identificado por su esposa." De este modo el horror se prolongó hasta el día 6 de octubre.

Lo anterior es una de las caras multifacéticas de la pesadilla, otra cara la constituyen las personas que fueron rescatadas con vida. Se les trasladó arbitrariamente a los hospitales, muchos de estos heridos fueron turnados -dependiendo de su gravedad- a otros centros de auxilio. Por fortuna hay relativamente poca gente lisiada o con secuelas permanentes, pues quienes tuvieron que sufrir la mutilación de un miembro para ser rescatados de los escombros, estaban tan mal heridos que al poco tiempo fallecieron. En el caso de los heridos, el desconcierto y la desinformación fue mayor. Los hospitales tenían relaciones de las personas que habían atendido y se aclaraba el tipo de lesión que habían sufrido, pero sucedía que los nombres de muchas personas aparecían en varios hospitales. La desesperación de los familiares aumentaba cuando leían el nombre del familiar y éste no era localizado en el hospital, generalmente se pensaba lo peor. Niños, e incluso bebés fueron arrancados por los socorristas de los brazos de sus padres y luego sobrevino la pesadilla adicional de localizar a los niños.

EL CENSO. El censo del Edificio Nuevo León se construyó con los datos proporcionados por las personas sobrevivientes, por vecinos y por familiares. Nunca se ha dado absoluto crédito a las cifras oficiales, pues contienen fuertes y serias disparidades, cuando no abiertas contradicciones. No son iguales las cifras de los Ministerios Públicos de emergencia instalados junto al edificio, que las cifras del DIF, las de la Delegación Cuauhtémoc y las del Grupo Topo.

Ha sido muy difícil y doloroso para nosotros, los encargados del censo, recabar los nombres y las cifras. Los primeros días, mucha gente era incapaz de recordar en qué departamento vivía, y cuando se trataba de pedir los datos a alguna persona que había perdido uno o más familiares, generalmente los proporcionaba en un estado de ánimo sumamente alterado, que iba del susurro al llanto abierto; del dolor que corroe las entrañas, a los ojos enrojecidos, a los ojos húmedos, a los ojos hinchados de tanto llorar y la voz entrecortada.

LOS NUMEROS. Hoy se dispone de los siguientes datos: De los 288 departamentos, 102 cuartos de servicio en la azotea y 24 locales comerciales, se redujeron a escombros las dos terceras partes, es decir, se colapsaron 192 departamentos, 68 cuartos de servicio y 19 locales comerciales. Se ha estimado un promedio de cuatro personas por departamento y cuarto de servicio, lo que hace un total de 1 560 personas en todo el edificio; de ellas, 940 vivían en los dos módulos que se vinieron abajo. Hasta el presente momento, se desconoce quiénes y cuántos vivían en 49 de los departamentos colapsados; hasta la fecha, nadie ha acudido a proporcionar información. Esto significa que no saben que se está levantando un censo, lo que es improbable después de un mes, puede significar también que no quieren saber nada y que desean alejarse lo más posible de la tragedia. Se sabe de muchos que huyeron inmediatamente del Distrito Federal, y por último, puede significar que todos los miembros de la familia murieron y que no hay nadie que proporcione la información de ellos.

Creemos que a estas alturas, el término "desaparecido" es sinónimo de fallecido, o bien pudiera haber casos de gente que estando viva se encuentre extraviada, alojada en un hospital o en una situación que le impida comunicarse, pero esto también es dudoso.

Sin embargo, conforme pasaron los días, la esperanza de que un desaparecido apareciera vivo se fue alejando, e incluso se fue haciendo cada vez más remota la posibilidad de rescatar su cadáver, muchos de ellos jamás fueron localizados.

Mucha de la gente que vivía en los módulos derrumbados salvó su vida porque se encontraba ausente: había salido al trabajo, a la escuela, había salido a hacer ejercicio a los jardines cercanos. Desde luego, también se dan casos de familias enteras que encontrándose en sus departamentos en el momento del macrosismo, y habiéndose derrumbado el módulo en que vivían, salieron por su propio pie totalmente ilesos o con heridas leves.

Las cifras oficiales de la víctimas del Edificio Nuevo León varían, se contradicen. Van de 160 muertos de acuerdo con Guillermo Carrillo Arena y Gabino Fraga, secretario y subsecretario de Desarrollo Urbano y Ecología, quienes actuaron bajo la consigna de minimizar el número de muertos, a los cientos de cadáveres rescatados de las ruinas del edificio. De acuerdo con nuestro censo, se tienen 462 fallecidos, de los cuales 181 tienen acta de defunción y 281 están desaparecidos.

LAS ANECDOTAS. Todos y cada uno de nosotros habla de su propia experiencia; cada uno de nosotros se cree un caso excepcional, que vivió un infierno mayor que el del vecino. Se sabe de un departamento convertido en cascajo en el que se encontraban hospedados cuatro argentinos amigos de la familia, que habían venido a México a pasar sus vacaciones. El caso de un estudiante de secundaria que, viviendo en el Edificio Tamaulipas, pasó a buscar a un amigo que vivía en el Edificio Nuevo León, a las 7.10 de la mañana del fatídico día. La señora embarazada, que se reunió con su familia para dar a luz y tener los cuidados necesarios, y que murió aplastada, después de dar a luz a un niño que también fue encontrado muerto. Las personas empeñadas en rescatar de la fosa común a sus hijos. Los niños que salieron a la escuela y hoy son huérfanos. Hombres que salieron a trabajar y que perdieron a su esposa y a sus hijitos. El hombre que tuvo que correr tras el camión de

la basura -de los que se encargaban del transporte de los muertos- para rescatar las bolsas de plástico en que se habían depositado los restos del cuerpo de un familiar.

Quien tuvo que pagar hasta 200 mil pesos para rescatar el cadáver de un ser querido.

Quien estuvo enterrado varios días esperando ser rescatado.

Quien, a pesar de andar caminando por las calles, sigue enterrado bajo los escombros del Edificio Nuevo León.

Quien es sepultado paulatinamente bajo el horror del sistema, horror infinitamente superior al de la mole del Nuevo León.

Quien se niega a que las fieras de la SEDUE y del gobierno le maten su dignidad.

Quien dice que el cielo ese día era muy azul.

Elena Poniatowska.

He perdido a mi hermana, mi hija, mis tres nietos.

De tanto amor que he puesto en esto, ya todo el mundo me quiere.

La Jornada, 16 de octubre de 1985.

Cada vez es más impactante la fortaleza, qué digo, la grandeza de nuestras mujeres. Rosario, Chonita, doña Lupe, Cata, Romelia Navarro de Dimension Weld. Elena Rosales que sin más defensa que su suéter rojo se enfrenta al patrón Elías Zarur: "No, señor Elías", Evangelina Corona de Jeans S.A., Margarita Flores, Luz Suárez, las trabajadoras que aguardan en San Antonio Abad y permanecen a media calle, en este campo de batalla que es ahora San Antonio Abad, cubierto de maquinaria pesada, tiendas de campaña, escritorios bajo un toldo en el que se oye el teclear de máquinas de escribir, carros estacionados a una prudente distancia, esquinas de José T. Cuellar, de Manuel José Othón, 800 costureras entre escombros, trabajadoras que aguardan, literalmente en la calle, a pesar de sus 20, de sus 17, sus 12 años de antigüedad. Aquí no hay patronos, sólo esta población damnificada.

Desde lo alto del edificio de Tehuantepec 12. Antonio Lazcano vió a "las gordas" instalar una cocina. Primero llegaron en una combi y bajaron con sus delantales grandes de los que se pasan arriba de la cabeza, sus bolsas del mandado, sus cazuelas. "Traían ollotas con un chicharrón riquísimo, un arroz que olía delicioso." "Ya llegó la comida", avisaron orondas, morenas, grandes, anchas como Zúñigas. Gracias a ellas, los brigadistas comimos. Nadie les había dicho lo que tenían que hacer: por sus pistolas decidieron darle de comer a damnificados y trabajadores, y no solo eso, traían una cubeta con agua y jabón para que los rescatistas se lavaran las manos: "Tállatelas bien." Después instalaron su cocina a unos pasos y se quedaron de planta durante días.

Ahora, adosada al muro del Metro Chabacano y San Antonio Abad, en una improvisada tienda de campaña, frente a Topeka, Antonio Lazcano vuelve a encontrarse la misma

reciedumbre. Consuelo Romo Campos, una mujer grande, fuerte, gorda, morena con porte de tehuana, brazos tan generosos y gallardos que uno la siente capaz de sostener por sí sola el edificio de San Antonio Abad número 150, cuenta con una voz monocorde y apagada, parejita para poder controlarla, cómo se vino de Mazatlán.

Cuando ví en las noticias que se había caído el Nuevo León pensé: Mi hermana está allí y mi hija con mis tres nietos que se fueron de vacaciones. Me vine como pude porque no tenía dinero para nada. Cuando ví que el lado C del edificio Nuevo León en Tlatelolco -donde vivía mi hermana y estaba mi hija y mis tres nietos de visita- se había derrumbado, quedé decepcionada. Pasé toda una semana sin querer comer, sin querer dormir, nada más abrazada a un árbol esperando a que rescataran a mi familia. Tengo una testiga aquí.

Ví a mi alrededor, así como yo ví a otras madres desesperadas, entonces, en vez de destrozarme más dije: ¿Por qué no ayudar un poco? y empecé a repartirle agua a los soldados, a la gente que estaba trabajando y a los que esperaban a sus familiares, igual que yo. Después me pusieron a repartir comida. Yo soy fuerte. Seguía con la esperanza, igual que todos, de encontrar a mi familia; todavía tenía una ilusión de que fueran a encontrarla viva en un huequito. Todavía al repartir el agua tenía esperanza, pasaron los días, y no, ya no, no era posible, ya la esperanza no era posible. Perdí a una hermana que se llamaba Estela Romo, a mi hija, a tres nietos que eran míos, perdí a mi única familia, lo único que tenía, lo único, nada más a ellos, no tengo más, sólo a ellos, quede sola completamente. Lloraba yo sola. Dije, no, yo tengo que ayudar, no soy la única, tengo que ayudar, seguí con lo del agua, llorando, pero ¡a repartir agua! Alguien tenía que hacerlo ¿verdad? Luego la comida, repartirla también. Me vieron y el señor Pepe, encargado del rescate en Tlatelolco me hizo coordinador de voluntarios con tarjeta que decía coordinadora, la tengo dobladita en mi otro delantal así como las cartas que me han escrito. En ese puesto puse todo mi amor, todo lo que tengo dentro de mí para poder ayudar. Yo ya sabía lo que lo demás gente sentía, lo sentía en carne propia, porque a mí me estaba sucediendo; estaban tan destrozados como yo. Entonces puse más y más mi amor

como voluntaria; me hundí en el voluntariado, fui y vine, hice, cargué, a no sentir, acarree, repartí, preparé alimentos, calenté agua, serví café, descorché refrescos, todo hice. Barrí, escombré, saqué basura. Cargué piedras.

A mi familia no la hallaron, nada más encontraron, en los últimos días, a mi nietecita; a ella si la encontraron, a la más chiquita de los tres. (Se le quiebra la voz.) Bueno.. total, de tanto amor que he puesto en esta obra, todo el mundo me quiere, ya me dicen la voluntaria estrella, cosas muy bonitas, me dicen jefa, me dicen mamá, me dicen tía, inclusive he recibido cartas anónimas, búscalas m'hija, por allá están en la orillita, son cartas anónimas, te voy a leer ésta: "Señora Chelo, gracias por todo lo que está haciendo por nuestros hermanos en desgracia; personas como usted deberían de haber muchas, yo sé que usted está pasando por algo muy triste pero Dios es grande. Dios le dará su recompensa. A mi familia y a mí no nos afectó gracias a Dios, yo siento un dolor y una pena que me aflige el corazón, pero sabe, tengo un esposo que tiene el corazón más grande que yo y el valor de salir adelante para ayudar en lo que necesite sin pedir nada a cambio."

"Chelito -dice esta otra carta- te ofrezco mi mano de hermana, no estás sola, tienes demasiados amigos y hermanos. Tu hermana Marta." Y esta última para hacerme reír me la regaló uno de los mismos voluntarios. Dice: "Esta tarjeta es para tí, si la tiras me amas, si la rompes, me adoras, si la guardas, te quieres casar conmigo, si la regalas te gusto y si la devuelves es que quieres besarme, si la doblas me quieres, mi amor, ¿cómo vas a salir de esto?" Es un jovencito que lo hace nada más para que yo no me sienta más mal.

El ruido de las máquinas, las voces de los que entran y salen de la tienda de campaña a veces opacan la de Consuelo Romo. Afuera en la banqueta los ataúdes esperan los cuerpos de las costureras (800 bajo los escombros), los familiares se recargan contra la pared. Faltan cinco días para el 19 de octubre y cada día se vuelve más penoso el rescate de los cuerpos, en su mayoría destrozados cuando no en estado de descomposición. Como no hay ya el estímulo de encontrar gente con vida, la labor es lenta, la atmósfera se vuelve irrespirable. Doña Consuelo es la encargada de subir a los voluntarios al edificio:

Les enseño, les hablo con cariño, les digo lo que es una voluntad, por qué si encuentran un cadáver no deben de tocarlo; si tienen sed les ofrezco agua, si sienten hambre, una torta. Tienen que lavarse muy bien las manos. Si se marean, bajan a descansar a la tienda de campaña. Que no se sientan mal. Los que esperan (cuadrillas de seis, de ocho, hasta de 10 o 12) tienen que tener paciencia; metemos a un grupo a trabajar y ya pasan seis horas, siete, y veo que están cansados, les digo que se bajen y yo subo al edificio al siguiente grupo, y así van coordinándose.

Como al señor Pepe le gusto cómo trataba yo a mis voluntarios, me ascendió y me puso Jefa de Voluntarios. No soy más que una ama de casa, esta gorda -porque hasta caricaturas me hacen- esa soy yo. Cuando terminó el trabajo en Tlatelolco le dije al señor Pepe: Yo sigo con usted hasta el final. No puedo hacer otra cosa más que seguir. ¿Regresarme a Mazatlán? Si me voy a mi casa, los recuerdos, me sentaré a esperar a que llegue mi familia para estar con ellos, y no sabré cómo aguantarlo, no tengo a donde ir, esta tienda de campaña es mi casa, aquí están hoy mis familiares; de todos he recibido demasiado cariño, de don Plácido, en Tlatelolco; me ha ayudado en mi pena, anduvieron en el rescate de mi familia. Son testigos de mi desgracia, por eso no puedo irme a otro lado, no puedo regresar a Mazatlán.

"Chinito -da la orden doña Consuelo- deja pasar a las señoras que traen ollas: acompáñalas por favor." Doña Consuelo tiende su mano. Nada tiene ya que perder y tiende su mano, lo ha perdido todo y abre su mano; dentro del más absoluto desasimiento, se tienden la mano los desprotegidos. Se protegen. No pretenden pasar a la historia. No se sienten héroes. Viven su duelo, lo consumen, juntos se apoyan. Recargados los unos en los otros, ninguno quiere ir al albergue. "Al fin que doña Chelo es muy buena para levantar tiendas de campaña." A medio San Antonio Abad, doña Consuelo, los brazos en jarras, da sus instrucciones: "Me van a poner el plástico así, el techo acá, lo amarran con mecate bien apretadito, así para que no esté colgado, lo amacizan bien jalándole con fuerza; estas tiendas de campaña están garantizadas contra los aguaceros." Resulta insólito escuchar la tímida risa de una jovencita. Doña Consuelo llama a un

brigadista que arrastra su pala: "Ven a lavarte las manos para que te tomes tu torta. Quítate el casco así te desacaloras." Su sola voz es un enorme consuelo, como consuelo es la palangana despostillada en que los socorristas lavan sus limpias manos de hombres limpios mientras doña Consuelo detiene un trapo a manera de toalla y dice, ahora sí, con un infinito cansancio: "Anda hijo, regrésate a tu trabajo."

Con su negra gorra abombada en la que puede leerse "Capitán" encima de la visera, sus brazos apretados contra su pecho como para retener la emoción, Salomón Reyes mira de pie su relato.

Mira, mira, mira cómo se origina el templo desde el estacionamiento 250 en la esquina del Nuevo León y lo primero que pensé fue en mis hijos, mi mujer José porque creí que ella también estaba arriba pero se había ido a la leche a la Comarca. Vide clarísimamente cómo se cayó el edificio pero puede uno hacer, ¿convertirse en Superman y detenerlo? Esperaban mis hijos el desayuno para salir a la escuela. la más grande Gloria Leticia, de 17; Miguel Ángel, de 15; Guadalupe Adriana, de 11; Mavito, Mario, al que encontré muerto en la delegación Cuauhtémoc, de 10; Dani, de 7; Ricardo, de 5; Anna Celis, de tres años. Lo primero que pensé fue mis hijos mis hijos Dios mío, y el edificio se vino para abajo, nada más un rechido y cuando cayó a tierra atrancado de cuando salió un humo negro, negro, negro que se tendió para Reforma. Eché a correr pues toditita la gente iba a lo mismo a ver a su gente, a sus seres queridos, sus familiares, sus conocidos. Toditita a correr unos por un lado, otros por otro, a ver pa dónde, a lo llamé todos, a donde vide uno que... a ver que encontraban. Sacaban a uno acá, ya habían sacado a dos o tres más allá de los muros tirados los iban sacando. Corrí, sudé y nada, aquello duro macizo y ellos espío y como tompe uno, con las manos templadas me quedé muchos días escondiéndome a durito, duro, luego cuando las rajaron con pala, con pico. Mi familia y yo terminamos un cuarto en la azotea hasta arriba en la parte del Nuevo León que se cayó, entonces pensé que podían haberse quedado hasta más arriba ¿verdad? Pero el edificio quien sabe cómo se volteó, se

Elena Poniatowska.

Voy a seguir caminando por la esperanza de mi Ricardito.

Una buena razón para Salomón Reyes.

La Jornada, 18 de octubre de 1986.

Con su negra gorra abombada en la que puede leerse "captain" encima de la visera, sus brazos apretados contra su pecho como para retener la emoción, Salomón Reyes inicia de pie su relato.

"Vide cómo se originó el temblor desde el estacionamiento Z 650 en la esquina del Nuevo León y lo primero que pensé fue en mis hijos, mi mujer Jose porque creí que ella también estaba arriba pero se había ido a la leche a la Conasupo. Vide claritamente cómo se cayó el edificio pero ¿qué puede uno hacer? ¿Convertirse en Superman y detenerlo? Esperaban mis hijos el desayuno para salir a la escuela: la más grande Gloria Leticia, de 17; Miguel Angel, de 15; Guadalupe Adriana, de 11; Mayito, Mario, al que encontré muerto en la delegación Cuauhtémoc, de 10; Dani, de 7; Ricardo, de 5; Alma Celia, de tres añitos. Lo primero que pensé fue, mis hijos, mis hijos Dios mío, y el edificio se vino para abajo, nada más un rechinado y cuando cayó a tierra arrancado de cuajo salió un humo negro, negro, negro que se tendió para Reforma. Eché a correr pues todititita la gente iba a lo mismo, a ver a su gente, a sus seres queridos, sus familiares, sus conocidos. Toditititos a correr unos por un lado, otros por otro, a ver pa'dónde, a lo mismo todos, a donde vide uno que...a ver que encontraban. Sacaban a uno acá, ya habían sacado a dos o tres más allá; de los muros tirados los iban sacando. Corrí, subí y nada, aquello duro, macizo y ellos abajo y cómo rompe uno, con las manos rompí, me quedé muchos días escombrando a duro, duro y duro, luego cuando las trajeron, con pala, con pico. Mi familia y yo teníamos un cuarto en la azotea hasta arriba, en la parte del Nuevo León que se cayó, entonces pensé que podían haberse quedado hasta mero arriba ¿verdad? Pero el edificio quién sabe cómo se volteó, se

hizo rosca, enconchado. Cuando después de muchos días vide que no aparecían, pues a buscarlos; he andado en muchas partes, en muchos hospitales, centros infantiles, albergues y voy a seguir buscando.

"Algunos se portan muy déspotas con uno, nada más porque lo ven a uno como uno es; yo también comprendo que por los nervios, por las prisas, en los hospitales contestan de mal modo, se siente feo y más con el pesar que uno ya no lo aguanta, lo dejan a uno con la palabra en la boca, aquí no hay nadie, son muchas las malas razones, en la 27 que está en Tlatelolco me dijeron:

- Mira, todos los que recibieron golpes y eso, los mandaron al 10. de Octubre.

"Llego al 10. de Octubre, no, pues se fueron al Lomas Verdes, de allí al Hospital Militar; para allá y para acá lo traen a uno como loco, yo ya siento que la cabeza me da vueltas, quién sabe que voy a hacer pero camino, pregunto, camino de un sitio a otro y pregunto. Cuando llegué al 10. de Octubre: que ya estaban evacuados todos los niños; que sólo los tienen tres días y después los cambian en los hospitales en que dicen que los tienen y después los cambian a otro lado y si no, los encargados gritan desde la puerta: No pues a ése lo mandamos a casa. ¿A cuál casa? ¿Quién tiene casa? He recorrido tantos hospitales que olvídense, el ISSSTE, la 17, la 24, la 18, el Rubén Leñero, Xoco, La Raza, el Español, el 20 de Noviembre, el Bernardino Sahagún y muchos más que no recuerdo ahorita. También Naucalpan, la 76 y la 68; le dije a un señor diputado que me diera una carta para que me dejaran pasar y me la dio el señor Verdugo y ya con esa carta he andado en muchas partes. Mario, Mayito, murió pero pues los otros no sé dónde están y vivo así con la incertidumbre si estarán vivos o muertos. Fui hasta allá donde sa va a identificar a todos los que llevaron a la fosa común, a la Benito Juárez frente al Parque de los Venados y allí nomás mirando fotografías y no, nada, nada, nada, hasta que dí con el Hospital de la Magdalena Salinas del Seguro Social y en el segundo piso en la cama 209, el niño Néstor Quiñones, de cinco años, que lo tenían internadito y que vivía en el mismo edi-

ficio de mis hijos, me vió buscando y me dijo:

- ¿Qué pasó señor Salomón, qué anda haciendo?

- Buscando a los muchachos.

- Aquí andaba Ricardito.

- ¿Estás seguro hijo?

- Sí -dice-, mire yo estoy amoladito de mi cachete, de mi mano y de mi pie. Ricardito nomás de los puros bracitos está raspado. Estoy segurito que aquí andaba Ricardito.

"Entonces agarré fuerza y pedí la lista de los nombres, pero que no, que no aparece en ninguna de las listas de ninguna parte; en ninguna de los nombres a máquina de los traslados, los que están en los albergues o en los centros de rehabilitación. La señorita se puso a hojear un montón de papeles buscando y luego le dije préstemelos y yo también seguí viendo las listas, no sea que se le haiga pasado entre los montones de nombres porque sucede que equivocan un nombre ¿verdad? y la gente la traspapelan; en el radio dicen muchos nombres y luego van con la ilusión y que siempre no.

"He caminado de San Pablo La Merced a la Emergencia 68 de la Villa; ya se me acabaron los zapatos, los pies ni los siento de tan hinchados, he cortado calles y calles, ya las tengo todas aplanadas pero no me importa ni comer ni dormir, nada me importa, voy a seguir caminando por la esperanza de mi Ricardito porque esa esperanza si la tengo, a ver que Dios dice, me conformo con uno, Dios mío, solamente con uno, el Ricardito. Al niño Néstor Quiñones de la cama 209 he ido a buscarlo, me lo niegan porque los tienen un ratito y para afuera, como estén, a medio curar, los sacan porque necesitan la cama.

"Pues mi esposa se puso bastante enferma; hizo dos intentos por matarse. Se andaba ahorcando por allá en el baño; de allí andaba queriéndose echar a la alberca del Deportivo -

Morelos donde estamos de refugiados. Ya en la noche la encontré amarrada con las manos a la cama; la tuvieron que amarrar y me dijeron los encargados que hablara yo con ella porque así no la podían ellos tener, que viera yo que podía hacer. Tenía los nervios muy así, temblaba toda, temblaba de pies a cabeza, pues claro, es difícil aguantar esto, muy difícil. Se llama Josefina Salgado Sánchez pero estoy enojado con ella, decepcionado porque no está ayudando. Sé que está mal pero yo también estoy mal, sólo pienso en ella, está tronada, también yo voy a tronar. Se imagina, sin hijos, sin casa, sin empleo.

"Aparte de ser velador sacaba otro sueldito lavando carros, encerando carros; yo cuidaba 104 carros y mis hijos, todos, estudiaban, iban bien en la escuela, al corriente en su año con todas sus materias, sus diplomas los teníamos colgados en la pared, todo se cayó, ni una foto me quedó de ellos, ni los papeles de la prepa 9 de la Universidad, ni los de la secundaria 106, ni un comprobante de las escuelas. Yo lavando carros y diciéndoles, órale hijos, hasta donde se pueda, ustedes estudien. Y sí, daba gusto porque, mire, papá revísame mis calificaciones, papá mira esto, papá mira mi cuaderno, caray, si daba gusto, lo que me puso la maestra aquí en la esquinita, pero mire nada más, fíjese en lo que vino a acabar. De tener una familia grande, siete hijos, y luego no tener ni uno, y estudiando todos, porque todos estaban estudiando."

Néstor Quiñones, niño de 5 años, que estaba en el piso 2 cama 209, ha dejado el hospital de la Magdalena Salinas. Es la única pista. Daniel Molina, Javier González, Raúl Alvarez Garín, José Barberán esperan su llamado al 5-53-40--50, cualquier noticia a Juan de la Barrera 69, entre la segunda calle de Pachuca y Mazatlán.

Josefina Salgado Sánchez podría ser atendida por el Instituto Mexicano de Psicoanálisis, allá en Copilco. Al menos esto aliviaría un poco su tortura y la tensión en que vive Salomón Reyes. Livia Sedeño, psicóloga, mujer tierna y amorosa, también ha ofrecido sus servicios. Su teléfono es 5-74-64-46. También ella vivía en la zona de desastre y sabe lo que significa dejar morir a la gente.

Elena Poniatowska.

Lo lógico sería prepararnos para una futura catástrofe.

La incógnita es ahora cómo va a expresarse el malestar social.

La Jornada. 18 de octubre de 1985.

"La única posibilidad de estar tranquilo es encerrándome en un cuarto con mis hijos." "No puedo dormir." "Veo visiones." "Oigo voces." "Me da asco la comida." "Nunca volveré a probar carne." "Estoy obsesionado." Muchos rescatistas están en crisis. Hace unos días uno de ellos le dijo al doctor Xavier González, matemático, quien organizó una brigada de la UAM-Azcapotzalco: "Ayer toqué en una puerta y como a cinco metros de repente ví que una mujer se asomaba por la ventana y ¿sabes quién era? Era la mujer del vestido verde." La mujer del vestido verde era un cadáver rescatado por su brigada en el edificio Nuevo León. "La ví perfectamente. Era la señora que habíamos sacado unos días antes del Nuevo León." Otro rescatista que sacó el cadáver de un niño repetía una y otra vez que era idéntico a uno de sus hijos. Los traumas van en aumento. Ahora no sólo son los de los damnificados, sino también los de los rescatistas. Parecen más bien vivencias de guerra; zombies que deambulan por una ciudad devastada; nadie está acostumbrado, nadie sabe manejar el dolor.

El doctor Xavier González -quien obtuvo su doctorado en matemáticas en el Centro de Investigación del Politécnico- organizó la primera brigada de 23 personas que salió de la UAM-Azcapotzalco, y que sacó del edificio Nuevo León a 22 cadáveres. Es un hombre atlético, optimista, que mantiene su excelente condición física corriendo en los Viveros. Miembro de Punto Crítico, se ocupa ahora de Ciasas (Centro de Información y Análisis de los Efectos del Sismo).

"Nos presentamos el lunes 23 de septiembre al edificio Nuevo León; no pudimos hacerlo antes porque la UAM estaba cerrada aunque a título personal sí anduvimos trabajando en otros lugares. Como brigada nos presentamos con un

compañero de la UAM, encargado en jefe del frente norte del edificio Nuevo León. ¿Por qué era el jefe? Quién sabe por qué; en algún momento dio dos o tres órdenes que tenían sentido y se quedó como jefe. Así sucedió en varios edificios; el más capaz, el que le atinaba, el que sabía un poco más terminaba siendo el encargado. Todos nosotros nos convertimos rápidamente en ingenieros; a todos nos decían "Inge", por el casco, o el marrón, o la pala. Curiosamente una de mis primeras constataciones fue que la gente, aún sin el menor entrenamiento, es capaz de hacer trabajo físico muy fuerte durante lapsos prolongados. En el Nuevo León llegamos al cubo de una escalera y cuando lo abrimos encontramos en él seis cadáveres de personas que intentaban ir hacia arriba. Se conoce que los pisos inferiores se habían desplomado y por eso la gente decidió subir; hallamos un cadáver agarrado del pasamanos. Nos costó mucho tiempo sacarlos. Todo el mundo se habrá dado cuenta -a estas alturas- de lo que significa sacar un cadáver, desde el momento en que se encuentra el cuerpo hasta que se logra extraerlo. Pueden pasar horas y a veces días. Después de esta primera experiencia, muchos de los brigadistas se retiraron; no era un problema de fuerza de voluntad ni de fuerza física, sino más bien de rechazo emocional. Nosotros seguimos adelante, y trabajamos sin regresar a nuestro hogar durante 10 días, a partir del lunes, porque algunos compañeros profesores de la UAM, del mismo Departamento de Matemáticas, uno de Química fundador de la UAM, Jorge Campos, murió con su niño de 11 años, y otro profesor, Angulo Brown, físico, perdió a su hermano, a su cuñada y sus hijos. Emprendimos la búsqueda junto con este profesor, quien en un momento dado nos dijo: "Allí es. Reconozco esas cortinas." Unas cortinas colgaban de abajo de una losa: "Reconozco esas cortinas, seguro allí es." Después de dormir dos horas, a las 6:30 de la mañana empezamos a romper una losa; le hicimos un hueco muy pequeño y al quitar los escombros encontramos unos pies. Era el sitio. Estábamos en la cumbre del edificio, la última losa era muy grande. Allí trabajamos con los israelíes, que eran un grupo de 20 muy bueno, realmente muy entrenado, con un excelente equipo; sabían lo que hacían. Gracias a ellos y a su experiencia (de guerra) en hora y media descubrimos los cinco cadáveres. Allí estaban, pero no los podíamos sacar porque unas trabes lo impedían. Durante 12 horas/

-hasta las 7 de la noche- trabajamos frente a los cadáveres; dos eran niños, uno de cuatro y otro de seis años, efectivamente muy parecidos a los hijos de mi amigo. No ha dejado de repetir desde entonces que el niño muerto era idéntico a su hijo.

Compañeros que se pasaron buscando a un hermano, a un cuñado durante 14 o 15 días, vieron durante este lapso en anfiteatros y en el Parque Delta más de 6 mil cadáveres, al andar tratando de reconocer a los suyos. Durante 15 días, el trabajo de mi amigo consistió en ir a identificar muertos. Las imágenes que recibí, 5 mil o 6 mil, son muy difíciles de asimilar, peor que las imágenes de guerra, creo yo. Creo que si no tiene oportunidad de hablar de su sufrimiento, puede resultar peligroso para su salud mental; también para los brigadistas, para quienes habría que encontrar algún tipo de terapia; una compañera se pasó varios días inyectando formol a los cadáveres. ¿Qué pasa después de eso? Las experiencias de rescate deberían recogerse; hacer una memoria que sirva para el futuro; nunca hemos tenido una experiencia similar; ¿cómo va a expresarse el malestar social?, no podemos dejar que se vaya entre los escombros. Es indispensable para fundamentar un plan de emergencia. Si no, la ciudad quedará igual de desprotegida.

Es mentira que los rescates deban hacerlos gente especializada; que la gente común y corriente no debe tener acceso al edificio desplomado. Al contrario, el mejor rescate lo hacen los familiares, los amigos, los que saben dónde estaba la cocina, dónde se sentaba Panchita, cómo era el baño, cuántos escalones tenían los pisos entre sí, el lugar de las puertas, el de las ventanas. A los familiares es a quienes se les puede preguntar: "¿En dónde quedó Fulanito?". Fue un error criminal, un error que no tiene nombre, quitar a los familiares del sitio del derrumbe, porque no podían darle indicación alguna al rescatista. Insisto en ello. Nadie podía saber nada sin la presencia de los familiares. Es muy triste y es cierto. Los miles de hombres y de mujeres que se metieron voluntariamente a hacer trabajo de rescate saben ahora que se necesita corazón, agallas, fuerza de voluntad e implementar un método de rescate; reunir la

valiosa experiencia de los franceses, los israelíes, los españoles, los alemanes, para que nos sirva en un futuro. Muchos de los que tomaron las riendas en determinado edificio eran escuchados porque tenían razón. Ordenaban: "Esto se va a hacer así" porque a lo largo de dos días de práctica habían demostrado su razón, y al tercer día todo mundo sabía que el ingeniero Campero tenía razón, y que el ingeniero Luna tenía razón, y los escuchaban cuando hablaba, no así a otro, "no, ése no," "ese cuate no." Así tenemos noticias de médicos que solos sacaron más de 300 cuerpos y 60 gentes con vida; hicieron cosas nunca vistas en México que deben consignarse en una memoria colectiva.

Otra de nuestras conclusiones es que es muy grave que se hayan derrumbado edificios y no queden pruebas de su pésima construcción. Se apresuraron a borrarlas. Encontramos columnas cuyos estribos -unos anillos de acero que van amarrándose a las columnas, a las varillas verticales- en lugar de estar a 35 centímetros estaban a un metro 20, y cualquier ingeniero sabe que esto es una locura y de ello debe responder el señor Guillermo Carrillo Arena, secretario de Desarrollo Urbano y Ecología. Los edificios gubernamentales reflejan la corrupción de los funcionarios. Encontramos losas completas con varillas, pero que no estaban amarradas a ninguna columna ni a ninguna trabe, sino sueltas. Las losas son los techos, tienen cemento y varilla, la estructura de acero tiene que estar detenida, amarrada; resulta que las varillas no estaban agarradas a otras varillas; cualquiera que sepa de albañilería se dara cuenta del significado criminal de esta falla. En algún momento también, todos los que estuvieron en el rescate del Nuevo León, se dieron cuenta de que las losas al partirlas se venían completas. Normalmente ninguna grúa puede con una losa de regular tamaño, hay que partirla como hay que partir columnas y trabes. Para poder fragmentar una columna se pasan hasta 8 horas trabajando con el marrón y eso, entre seis muy buenos trabajadores. Resultó que muchas columnas se venían abajo, se caían solas, no tenían resistencia, como algunas losas se hacían talco, porque no tenían cemento, vaya, eran pura arena, ningún control de calidad, ningún concreto en la mezcla, nada de cemento. Resulta ahora que la corrupción no sólo tiene que ver con el robo, sino con el asesinato. Hubo edificios en la ciudad que no estaban

mal contruidos -al menos su mal estado no quedó comprobado- y efectivamente las fallas sísmicas, las ondas, el subsuelo los tiraron; pero la mayoría se cayeron por fallas de construcción; de allí que nuestra ciudad parezca estar bombardeada; se cayeron los edificios públicos, los que hacen los contratistas bandidos y ahora asesinos, y en una misma manzana, los contruidos como se debe permanecieron en pie.

La mejor forma de ayudar a damnificados y brigadistas es hacerlos hablar, que digan las cosas que padecieron y a nivel social, a nivel documental, a nivel testimonial su sufrimiento se tome en consideración. ¿Qué pasa después? Uno no sabe. Nadie sabe. La gente sufrió, la gente trabajó porque sintió que tenía que hacerlo, pero después de eso ¿qué? Hay que obligarlos a hablar, no quieren saber nada de nada. Debemos prepararnos para futuras catástrofes, hacer simulacros, iniciar tareas de salvamento, saber cómo protegernos.

Hace dos años se hicieron simulacros de evacuación en todas las camas del Centro Médico Nacional. Por eso, ahora resulta que al evacuar a todos los enfermos no se murió ninguno. Y ¿quiénes sabían hacer la evacuación? Las enfermeras. Allí estaban las enfermeras ordenándoles a los médicos qué hacer, porque ellas sí estaban entrenadas desde hace dos años.

¿Aprenderemos la lección, o vamos a seguir "de aquí pa'l real, a ver, a ver de a cómo nos toca, diciéndonos ni modo manito, aquí nos tocó?"

Elena Poniatowska.

Relato de El Chino: contador público y voluntario.

Haz de cuenta que estamos en guerra; me voy a Tlatelolco.

La Jornada, 23 de octubre de 1985.

Y usted, Chinito, ¿espera alguna recompensa por todo lo que ha hecho?

- ¿De qué?

- De que el gobierno le reconozca el haber sacado a tanta gente de entre los escombros.

Héctor Méndez, apodado El Chino, topo en San Antonio Abad número 150, donde todavía hoy están rescatando cadáveres, alza la cara con extrañeza.

- Es que usted se ha sacrificado mucho. Es normal que el gobierno le reconozca a usted todos estos días y estas noches en que ha... Bueno, es que usted dejó su trabajo ¿verdad Chinito? ¿De qué vive su familia? ¿Cómo se mantiene mientras usted está aquí matándose?

Mira con mayor altivez aún:

- Bueno yo tengo dinero, no soy rico, pero tengo para sostener mis gastos, lo necesario para que mi familia, mi mujer y dos niñas de 14 y 12 que ya están en la secundaria, no pasen apuraciones. En cuanto al reconocimiento del gobierno, no me interesa, y no me interesa puesto que no soy un niño que espera la recompensa y la caricia del padre, ni el perro que espera la caricia del amo o el pedacito de pan o el huesito. No me interesa el reconocimiento (se vuelve grave), no me importa, más que no interesarme no me importa.

- Y ¿qué es lo que le importa?

- Lo que estoy tratando de hacer. Hay mucha gente que todavía hoy domingo 20 de octubre tiene a su familia ente-

rrada bajo los escombros. Yo los comprendo, lo siento, soy sensible. Mi madre murió en marzo, por eso creó estaba hipersensible a toda esta situación. A mí lo que me interesa es que se rescaten esos cadáveres y se los entreguen a sus familiares.

Truena, llueve sobre nuestros rostros.

- ¿No quiere ponerse mi casco?— se dulcifica de pronto.

- No, bajo esta marquesina casi no llega el agua.

- Pero sí los truenos.

- Esos no mojan.

El día 19 Héctor Méndez, apodado El Chino por el pelo, de 39 años de edad, egresado de la carrera de contador público de la Facultad de Comercio de la UNAM, le dijo a su mujer:

- Haz de cuenta que estamos en guerra, me voy a ir a Tlatelolco.

"En el 68 estaba yo en el segundo año de la carrera profesional, tuve una participación mínima, pero ví nacer la Prepa Popular, movimientos sindicales independientes en la Secretaría de Programación, cooperativas; por mis inquietudes sociales fuí a ayudar en la reconstrucción de casas; autoconstrucción de vivienda en la colonia Selenita en Tláhuac, así como en el saneamiento de canales en Xochimilco, luego en Tlalnepantla y Ecatepec. Soy de la colonia Guerrero, estoy plenamente identificado con la Unidad Tlatelolco, la ví nacer, ví desde las excavaciones, cómo piloteaban, cómo fue llegando a vivir la gente, los de la Guerrero somos clase popular, pero nuestro arraigo es de años. Ví que llegaba un nuevo tipo de habitante; burocrátas con otra mentalidad, pero hubo una mezcla con nosotros, los del barrio antiguo, y nos hicimos buenos amigos. Personalmente tengo aquí en el Nuevo León muchos muertos, amigos a quienes ví crecer, hacerse universitarios, casarse. Por eso vine y desde el primer día entré a un túnel con dos muchachos, policías voluntarios de Sanidad Militar, y logramos sacar primero a una señora muy robusta de unos 85

a 90 kilos y nos costó mucho trabajo, pero a su sobrina la sacamos facilísimo, como si fuera muñeca. La señora tenía una fractura en la pierna, la sobrina en el brazo, pero vivas las dos, vivas y estuvimos excavando de las 10.30 de mañana a las 6.30 de la tarde, así es de que fue bastante rápido, porque otros rescates han durado hasta 42 horas, y en esos le va a uno creciendo por dentro la desesperación. A la señora de 90 kilos la montamos sobre una colcha; en ese rescate, ya en la nochecita nos ayudaron los militares. Hasta el domingo 22 en la tarde dormí dos horas y durante los 15 días siguientes nuestras jornadas fueron de 20 horas de trabajo continuo y cuatro de descanso.

Ahora en Topeka, con la fatiga acumulada, la situación es distinta. Trabajamos un promedio de 18 a 20 horas diarias pero ya no con la misma intensidad porque sabemos que ya no hay vida. Usamos instrumentos más descansados también: el martillo neumático, el acetileno, las motosierras, porque el estar en los túneles rescatando es físicamente agotador.

Héctor Méndez se ve exhausto, pero no lo admite:

- Como muy bien -protesta-, muy bien; aquí está el Ejército de Salvación y yo antes nunca quería darles ni un centavo en los 'altos', pero ahora voy a darles porque dan muy buen café y unas tortas calientitas. Aquí vienen las muchachas de la Anáhuac, ni un sólo día han dejado de venir y nos traen excelente comida, hasta pasteles de esos en unos platillos como de restaurante de lujo y galletas muy finas. No han fallado nunca esas muchachas. Estamos muy bien, tenemos los elementos suficientes para trabajar. Esas muchachas nos alimentan desde hace mucho. Ya pasó lo peor que fue en los primeros días, creó que del jueves 19 al domingo no comí nada, nada más tomaba agua, y no me tiraba a dormir porque un problema grave era donde dormir, después nos pusieron un campamento con casas de campaña, y ya así podíamos dormir dos o tres horas y otra vez a darle. Era imposible dormir, sabiendo que había gente sepultada allá adentro. Aquí me he mojado mucho con los aguaceros, pero mire, no está uno en condiciones de pensar que se va a enfermar porque tiene una con-

- No grite -me dijo alguien- mejor traiga un equipo.

ciencia de que está haciendo algo más importante que cuidarse de un resfriado.

- Oiga, Chinito, ¿y ese cinturón con su cierre de mariposa?

- Allí estaba tirado y como sabía que se iba a ir a la basura lo conservé como recuerdo. Es de mujer, pero no importa. También conservé una pañoleta de seda italiana que me dio un amigo que tuvo un accidente de trabajo allí en los escombros, y se lo llevaron al Hospital de la Raza y me la tendió.

Aquí trabajando me he encontrado a mucha gente que conozco desde que era estudiante de la Universidad, gente que anduvo en el 68 y veo que mantiene la misma línea de ayuda. He visto a muchos preocupados por lo de las costureras, gente que se ha enfrentado a los patrones -peritos en la cuestión laboral- a Elías Zarur y otros dueños de talleres, todos judíos y explotadores de las trabajadoras de la industria de la ropa. ¿Usted leyó a Shakespeare? ¿El mercader de Venecia? Se acuerda de Shylock, ¿verdad? Pues Shylock es el retrato del judío mexicano, pero no me refiero a la generalidad de los judíos, sino al explotador, al negrero, el de las costureras y de los talleres clandestinos. Porque hay gente de la comunidad israelita que 'mis respetos', científicos, e incluso industriales que son muy humanos. ¿No ha oído usted hablar de los hermanos Jacobo y José Zaidenweber? Tienen una fábrica de telas American Textil, sus trabajadores no sólo tienen todas las prestaciones de ley, sino que están en buenas condiciones, buenas instalaciones, con horarios justos, salarios justos. Y sé de gente valiosa así como ellos. Gente bien nacida. Me refiero a gente que por herencia ha recibido en su genética el preocuparse por los demás. Muchas costureras han muerto aquí, los responsables tendrán que pagar, pero del mismo modo de que aquí jamás se han aparecido los dueños de las fábricas ahora desplomadas, tampoco he visto a ningún responsable del gobierno. A Ramón Aguirre, a ese nunca lo ví. Ni en Tlatelolco ni aquí. Y ¿a poco no hubiera sido importante que se asomara aquí a ver la monstruosidad esa de las costureras?"

Elena Poniatowska.

Lourdes Calvario.

En busca de la maestra Carmen.

La jornada. 4 de noviembre de 1985.

"Soy Lourdes Calvario, tengo 28 años, me dedicó a trabajar en la ENEP Acatlán con los grupos de danza, tanto contemporánea como regional.

Vivo en el centro, en la calle de Ecuador, la casa donde vivo afortunadamente se mantuvo en pie, pero cuando me enteré a las 9 de la mañana que se había caído el edificio Nuevo León, del lado donde vivía la maestra Carmen Castro, directora del grupo de danza contemporánea de La Rueda, donde trabajo, me lancé inmediatamente para allá. Al ver el edificio reducido a escombros empecé a gritar: ¡Carmen!, ¡Jorge!, porque también allá vivían José Sandoval, un ex bailarín que después se dedicó a lo que él llamaba 'el lado oscuro de la luna'; o sea, a ser técnico, arreglar las luces del teatro de la ENEP Acatlán, y Jorge Sánchez, bailarín. Carmen Castro era la esposa del maestro Leonardo Velázquez y tenía dos hijos, Adrián y Gabriel; Leonardo Velázquez es músico compositor; los conocí porque asistían a nuestras funciones de baile; también a su hermana Guadalupe, bailarina.

Jorge Sánchez era cuatísimo, vivía solo; tenía a su mamá y a dos hermanitas de 15 y de 16 años; todos nos encontramos en el Centro Cultural Acatlán durante los ensayos. Por azares de la vida, esa noche José Sandoval se quedó a dormir en casa de un amigo. Se salvó.

En el Nuevo León, a las 9 de la mañana, la gente gritaba:

- Hay gente allí adentro, por favor ayuden.

Yo gritaba recorriendo los escombros:

- ¡Carmen! ¡Jorge!

- No grite -me dijo alguien- mejor traiga un equipo.

Tenía razón. Estuve un año en el grupo de montañismo de la UNAM y me dediqué también algunos años al buceo y dije: Todo lo que aprendí lo puedo aplicar. Me regresé a la casa de inmediato -vivo a seis calles- me equipé, me puse las botas, saqué mis cuerdas, mi casco, me preparé, regresé casi corriendo. Nadie sabía por donde meterse, todo eran ruinas, olía muchísimo a gas, corría el rumor de que iba a explotar la tubería subterránea, me metí en un agujero.

- Hay que oír por donde grita la gente y luego hacer una cadena para llegar hasta ella.

Adentro grité:

- ¡Carmen! ¡Jorge!

Nunca me contestaron.

- ¡Carmen! ¡Jorge! ¡Carmeeeeeeen!

Grité hasta quedar ronca. Gritaba y gritaba:

- ¿Estás bien? Por favor contéstenme...

Se oyó la voz de una mujer que contestó que estaba bien, con su niño, que por favor la sacaran. Me arrastré hasta donde oí su voz, pero estaba muy estrecho el lugar, como soy gordita no puede seguir avanzando, tenía que sacar tierra; entonces salí a avisar que otro se metiera. Hice entonces un agujero, en otro lado y seguí gritando; en los huecos en donde oíamos que gritaba la gente, salía yo rápidamente a avisar:

- Aquí hay gente.

Entraban otros topos. Y yo seguía gritando: ¡Carmeeen! ¡Carmeeennn! Era tanta mi desesperación por la maestra Carmen, que más que nada lloraba de impotencia, de rabia. Veía yo el tamaño de las lozas y decía: Esto no es posible; nunca nadie va a poder levantarlas; a pulso nadie puede hacerlo. A las tres de la tarde me dí cuenta que ya no podía gritar; estaba afónica.

- Sin máquinas no vamos a poder hacer nada; son indispensables las grúas.

Avisaron que el ejército iba a ayudar. A las 5 de la tarde me reporté a mi casa para que supieran que estaba bien. A las 11 de la mañana empezaron a sacar heridos, muchos heridos, gente aún viva, pero también ví a los muertos, no sé por qué, pero, tuve la certeza de que a Carmen y Jorge iba yo a encontrarlos, pero muertos.

Seguí ayudando; a los vivos los ayudábamos a llegar al DIF, a cruzar Reforma; allí tomaban sus datos y les decían a qué hospital ir; los canalizaban según su estado de salud. Puse atención también en los cadáveres. 'Quizá de tanta gente que están sacando se me fue alguna.' Decidí regresar a la casa a llamar por teléfono a la gente del grupo de danza de La Rueda para preguntarles si Carmen había ido a dar clases, porque todos los jueves a las 4 de la tarde daba su clase, y pensé que a lo mejor esa noche, por alguna circunstancia no había ido a dormir a su casa y ya estaba dando su clase (cuando uno sufre inventa muchas posibilidades; se empieza a imaginar otras salidas; yo estaba aterrada, una voz me decía: 'Se murió,' pero me era tan intolerable que me repetía, 'a lo mejor no estaba en el Nuevo León y ahora mismo da su clase de baile, como siempre.'). Cuando me dijeron 'no ha llegado', me lancé a la quinta delegación a donde estaban llevando los cadáveres de Tlatelolco.

La verdad todavía no me explico por qué me fui a la delegación. Pregunté:

- ¿Hay cuerpos del edificio Nuevo León?

- Aquí hay de todo, pásale, si encuentras nos dices y te hacemos el acta de defunción.

Permanecí 10 minutos fuera de la delegación dándome valor.

- Bueno, se trata de Carmen, a Carmen la adoro, la respeto, tenemos muchos lazos de trabajo, es mi maestra, tengo que entrar...

Me concentré porque jamás en mi vida había visto un cadáver, en mi vida. Era Carmen, era Jorge. Entré, pero corrien-

No había luz; una lámpara de gas alumbraba los cadáveres. Hice tres viajes a la delegación esa noche. Regresé a mi casa a las 6 de la mañana, y a las 9 me habló mi grupo de montañismo que no había ayuda en el Hospital Juárez y que si no queríamos ir mi hermana Dalila y yo -mi hermana también se dedica al montañismo.

- ¿Vamos allá?

- Órale, vamos, he dormido tres horas pero creo que sí aguanto.

Pensé que iba a ser más fácil, porque no se trataba de mi maestra Carmen, pero si en el Nuevo León se escuchaban gritos y gente que pedía auxilio, en el Hospital Juárez era impresionante oír niños. Mientras estuve en el Nuevo León nunca escuché llorar a un niño, llegando al Hospital Juárez, oí bebés. Afuera, sobre los escombros, nos decían que primero se tenía que ayudar a las mujeres que acababan de ser madres, cuando me acerqué con la pala para quitar los escombros y escuché a un bebé, me quedé petrificada, no pude, oí al bebé llorar y dije:

- Dios mío, qué hago, es qué que hago dímelo Dios mío, es que el miedo me está venciendo.

Me quedé con la pala en la mano.

Un hombre se me acercó:

- Quítese si no va a trabajar, quítese porque nada más está estorbando.

Por más que traté de darme valor y de darle órdenes a mi cuerpo, no me obedecía. Dalila me dijo:

- O ayudas o te largas y te sientas en la casa a chillar toda tu frustración.

Las dos llorábamos; ni cuenta nos dábamos de las lágrimas que nos iban escurriendo. Me pasé allí todo el día removiendo escombros, porque no había de otra más que remover escombros para hacer túneles, apuntalar y llegar lo más cerca posible de la gente. Nunca jamás pude ayudar a sacar

do, y creó que cegada por las lágrimas, me dió mucho miedo y no vi nada. Salí, me puse a llorar y me dio coraje en contra de mí misma y dije:

- Tranquila, si estoy ayudando voy a ayudar bien, si no mejor me retiro y me voy a mi casa.

Me dieron muchas ganas de correr. Me tranquilicé, entré, ví cuerpo por cuerpo; niños, mujeres, hombres; una señora que me impresionó terriblemente, porque era una anciana completamente destrozada, pero su cara estaba tan tranquila que parecía dormida, soñando algo bonito. Ví, ví muy bien y no había ningun cuerpo que fuera el de Carmen, salí y le dije muchas gracias, regresé al Nuevo León para seguir ayudando, pero a las 7 de la noche, ya estaba el ejército y no nos dejaron entrar. Alegué que inclusive tenía mis implementos, que era montañista, y me dijeron que ya estaba organizado todo, y que como civiles nos teníamos que retirar. Dije que eran familiares míos, insistí mucho, y por fin, junto con dos amigos, pudimos entrar por la parte de atrás con nuestras lámparas de mano, lo cual era absurdo. Hicimos un nuevo túnel y al alumbrar entre los escombros vi una mano, y la verdad ya no pude, me agoté, me salí muy rápido y fui y me senté bajo un árbol y allí esperé:

- Miss, dónde estás, Miss Carmen, dónde, dónde, ¿de cuál de estos malditos agujeros te puedo sacar?

Mis amigos me vinieron a buscar:

- Lulú, sabes qué onda, estás muy cansada, vámonos.

- No.

- Va a ser un verdadero milagro si encontramos a Carmen y a Jorge vivos; no hay gente viva del decimotercer piso.

Cada vez que avisaban que habían sacado más cuerpos corría yo a ver si eran ellos. Y lo más horrible es que corría también a la delegación; había tantos cuerpos en el piso que los tenía que brincar para poder buscar a tu gente.

a alguien, tenía miedo de llegar a donde estaba la gente, viva o muerta, me impresionaba mucho llegar; me puse hasta el final de la cola; ayudaba a quitar piedras, cascajo. Le dije a Dalila:

- Me regreso al Nuevo León a ver qué pasa...

Encontré a unos muchachos de la escuela de danza, que me avisaron:

- ¿Sabes que han enviado a muchos cadáveres a la delegación Cuauhtémoc, porque ya no caben en la quinta delegación?

Corrí a la quinta. Era impresionante ver la fila de gente esperando para poder pasar a identificar los cuerpos. Ya eran las 7 de la noche del viernes. Entré, empecé a caminar, y en el momento en qué me agaché para ver un cuerpo dije:

- Dios mío, ya me estoy mareando, estoy muy mal -y oigo un grito: 'Está temblando.'

Me alcanzó el segundo temblor adentro de la delegación Cuauhtémoc, identificando cadáveres. La gente empezó a gritar, mucha gente al atropellarse pisó cadáveres; había solo una escalerita de caracol para este edificio de dos pisos, alguien dijo en voz alta: 'Esto se va a venir abajo, porque está nuevo el edificio.' Me fui repegando a la pared rumbo a la escalerita; nos caímos en la escalera, nos pisaron; del suelo me levanté como pude y una mano agarró la mía: 'Ayúdeme, ayúdeme,' lo pesqué de la mano, nunca supe a quién tome de la mano para ayudarle a bajar la escalera; salimos y seguía el temblor. Fue muy impresionante ver en el aire cómo se juntaban los cables de la luz y hacían corto en la noche. Entonces pegué la carrera hacia el Eje 1 Norte, porque en lo primero que pensé fue en mi familia, corrí desde la delegación Cuauhtémoc, desde la Lagunilla hasta mi casa.

En el segundo temblor acabó de caerse lo que no se había caído en el primero. La Torre de Pino Suárez, por ejemplo, que aplastó a muchas personas que estaban en labores de rescate. esa noche ya no quise volver al Nuevo León, necesitaba quedarme con mi familia, necesitaba llenarme de

mis hermanas, verlas mucho para decir 'que bueno que estamos vivos', necesitaba mirarlas mucho, mucho rato, para decir, ellas son, grabarme bien sus caras de todos, fijarme bien en la casa, fijarme bien en todo, porque dije: 'Bueno, a lo mejor, si sigue temblando, en una de esas me quedo'. Dormimos en la calle, la verdad es que nunca en mi vida había dormido en la calle; nuestra casa en Ecuador tuvimos que desalojarla, toda cuarteada; la verdad, no sé ni como dormimos, no recuerdo ni lo que pasó, pero sí que me quedé profundamente dormida'.

Castro, directora del grupo de danza contemporánea de la Rueda. Durante los días que siguieron al terremoto, se dedicó a bailar en su maestría y a su edificio nuevo. León y también el Hospital Juárez, hizo un baile se meció en aguilones, se paró los gritos contra los edificios, como la asfixia, y sobre todo, la travesía un enorme dolor por la muerte de Carmen Castañón.

Muchas cosas se me vienen a la mente. En los últimos días de que tenía claustrofobia. Yo soy montañista; tomé algunos de espeleología, sabía en el Nevado de Toluca, el Popo, el Ixta, hacer puentes en las cordilleras para bajar por donde ir, soy muy fuerte, respondo a los retos, vivo el montañismo como un desafío, siempre he sido atrevida. Pero en el terremoto estaba me quedo aquí, ni hablar. Pero en el terremoto estaba yo quedada, era por dentro y no se podía mover. Porque en primer lugar, ni siquiera podía ver, tantas eran mis lágrimas.

Quiero también estar reflexionando: ¿por qué hago esto? En mi familia, cuando hice el primer año en el Hospital Juárez, porque el orden de las habitaciones cuando se oía el llanto de los bebés, avancé hasta que el llanto me detuvo. Así que me quedé en la habitación de mi mamá.

Elena Poniatowska.

Lourdes Calvario.

Quedarme en el rescate fue mi homenaje a la maestra Carmen.

La Jornada. 5 de noviembre de 1985.

"Ya para el sábado, en Tlatelolco, nos avisaron que los cadáveres no cabían ni en la quinta ni en la séptima -que es la delegación Cuauhtémoc- y que se los estaban llevando al Parque de la Coyuya, allá por Jamaica, y que teníamos que ir porque el 21, el 22 a más tardar -antes de las cuatro de la tarde- si los cuerpos no se identificaban los iban a calcinar y enviar a la fosa común."

Lourdes Calvario (a quien todos conocen por Lulú en la ENEP Acatlán) es montañista y trabajó junto a Carmen Castro, directora del grupo de danza contemporánea de La Rueda. Durante los días que siguieron al terremoto, se dedicó a buscar a su maestra; ayudó en el edificio Nuevo León y también en el Hospital Juárez, hizo túneles, se metió en agujeros, se paralizó de horror ante los gritos que podían escucharse bajo los escombros; luchó contra la claustrofobia y contra la asfixia, y sobre todo, la invadió un enorme dolor por la muerte de Carmen Castro.

"Muchas cosas se me vinieron abajo. En los túneles descubrí que tenía claustrofobia. Yo soy montañista; tomé cursos de espeleología, sabía en el Nevado de Toluca, el Popo, el Ixta, hacer punta en las cordadas para señalar por dónde ir, soy muy fuerte, respondo a los retos, vivo el montañismo como un desafío, siempre he sido atrabancada: 'Total, si me quedo aquí, ni hablar.' Pero en el terremoto estaba yo quebrada, rotá por dentro, ya no decía yo me aviento' porque en primer lugar, ni siquiera podía ver, tantas eran mis lágrimas.

Quería lanzarme y reflexionaba: 'Para qué hago sufrir a mi familia.' Cuando hice el primer túnel en el Hospital Juárez, porque la orden era llegar a los cuneros donde se oía el llanto de los bebés, avancé hasta que el llanto me detuvo. Salí al aire. Necesitaba seguir una persona

muy alta y muy delgada para que pudiera arrastrarse con facilidad e ir quitando escombros -como quien va nadando dentro de la tierra.

Salí y fuí a hablar por teléfono a los cuates de La Rueda y me dijeron que el marido de Carmen y la familia de Jorge Sánchez habían preguntado por mí y que si no podía ir al parque de la Coyuya a alcanzarlos; que era muy importante buscar entre los cadáveres para evitar que los echaran a la fosa común, que eran 30 los compañeros buscando a Carmen Castro, pero aún así, eran demasiados los cadáveres y solicitaban mi ayuda. Me fui a la Coyuya en Metro; era imposible andar en coche en la ciudad devastada, me fui preguntando, preguntando, que por Jamaica, que por... llegué y desde afuera me empezaron a picar mucho la nariz y los ojos por el formol que les inyectaron a los cadáveres, y la forma tan exhaustiva en que los habían fumigado.

- Haga cola, por favor.

Ibamos formados, uno tras otro, prácticamente empujándonos; en la entrada nos fumigaban, nos desinfectaban también y así pasamos, apretujándonos todos, entrábamos de 20 en 20 desfilando frente a los cadáveres para ver si reconocíamos al nuestro. El olor era intolerable. Había cuerpos tan mutilados que era imposible identificar.

- No hay nada, vámonos de aquí, no hay nada, nada de nada...

- ¿Estás segura? me decía un compañero.

- Segurísima.

Otros compañeros de danza esperaban afuera.

- ¿De veras no la viste?

- Estoy segurísima, es más, ya está difícil reconocerlos, pero si quieren vayan ustedes y revisen pero yo, por mi parte, estoy absolutamente segura que no la ví.

Llegué a la casa, me entró una crisis de llanto. Mi madre me dijo: Duérmete Lulú.

Como a las 3 de la mañana me sacudió Dalila, mi hermana:

- ¿Qué tienes Lulú? ¿Estas mal?

Grité: ¡Está temblando! y me paré como loca.

- No Lulú, no está temblando pero tú estabas durmiendo con los ojos abiertos.

- Pero yo estaba descansando. ¿Por qué me despertaste en esa forma?

- No Lulú, tenías los ojos abiertos, pensé que te habías muerto.

Le dí miedo a mi hermana Dalila y en la madrugada ordenó mi mamá:

- Nos vamos inmediatamente al médico.

El doctor dijo que tenía una tensión nerviosa espantosa, me dio medicamentos y me dijo que no saliera. Permanecí en la casa, muy inquieta, hasta que a las 6 de la tarde no aguanté:

- ¿No han localizado a Carmen? pregunté por teléfono.

- No.

Me repetí: 'No es justo que Carmen Castro y Jorge Sánchez terminen en la fosa común' y me fui al parque Delta. Allí también tuve que formarme, esperé una hora, encontré a dos maestros de la ENEP Acatlán, una de ellas mujer, y entramos. En la puerta, cuando vió los cadáveres, la maestra se desmayó. Entonces le dije al maestro:

- Mira, tú cuida a la maestra, yo voy a ver rápidamente y regreso.

Caminé entre los cuerpos y de repente, a mitad del recorrido -eran cientos, miles, muchos más que el día anterior, me dije: 'Ya no puedo ver una cadáver más, ya no puedo.' Salí -

muy mal y un señor joven de anteojos en la entrada me preguntó, al verme tan descompuesta:

- ¿Qué pasó, encontró a su gente?

- No señor, no acabé de recorrer, con permiso.

Y antes de que me detuviera salí corriendo y me senté en la banqueta a llorar:

- Es que no puedo más, que venga otra gente, ya no puedo más.

Me vieron tan agotada que me fueron a dejar a mi casa. Allí me senté junto al teléfono para ver que había pasado. Y llamaron:

- Sabes, que quedó una guardia en el parque Delta para estar esperando los cuerpos que van llegando...

Me sentí cobarde y ofrecí:

- Si quieren voy a los hospitales, a los albergues, allí donde tienen a los vivos...

El lunes vinieron los peritos a ver nuestra casa en la calle de Ecuador y nos dijeron que teníamos que desalojar porque las paredes se estaban abriendo, el techo a punto de vencerse. Empezamos a sacar cosas y creó que eso me ayudó mucho; el estar empacando, buscando un camión de mudanza. Ya habíamos pasado la segunda noche en la calle, la del viernes, pero ahora sí, ¿a dónde íbamos a ir a dar? Unos con unos parientes y otros con otros. El martes en la madrugada llamé de nuevo por teléfono a ver que sabían de Carmen Castro y me dijo un compañero:

- ¿Sabes que Adrián, el hijo de Carmen está en el DIF frente al edificio Nuevo León haciendo guardia? Son muchos los que allí esperan los cuerpos que salen para identificarlos.

- Bueno, voy a hacer guardia, pero no veo cuerpos...

- Okey, pero por lo menos acompaña a Adrián...porque el otro hermano y Leonardo están en el parque Delta.

Permanecí allí de las 7 de la mañana a las 6 de la tarde, y en ese lapso grandísimo, nunca dimos con Carmen. Me fui a casa de mis parientes; mi madre muy preocupada:

- Lulú ¿has estado tomando las medicinas?

Fui derecho al teléfono y le hablé a una de las compañeras:

- Ya encontraron a Carmen.

- ¿Está viva?

El corazón me latía, galopaba, todo me pulsaba; pensé absurdamente que a lo mejor habría salido de la ciudad.

- Está muerta.

- ¿Dónde está? ¿En qué lugar está? Quiero ir allá...

- No, tranquila, Lulú, tranquila...

- ¿Dónde está? grité.

- Carmen Castro se fue a la fosa común.

Eramos 30 personas buscando a Carmen, 30 además de su marido y sus dos hijos, y de esas 30 personas ni una sola pudo identificarla, ni una sola fue capaz de decir:

- Sí, ella es Carmen.

Me pregunté: ¿cómo es posible tanto trabajo para que nadie la hubiera reconocido?

Una mujer de las características de Carmen Castro, una mujer que buscamos en todas las delegaciones, en el Delta, en Coyuya, acabó en la fosa común. Una mujer hermosa que dedicó 10 años de su vida para formar un grupo estudiantil, que trabajó siempre con gran entrega, acabó en

la fosa común. ¡Oh Dios! ¿Cómo es posible? ¿Qué no tuvimos ojos? ¿Qué no pusimos la suficiente atención? ¡Oh Dios! ¿Por qué lloré en vez de mirar? Yo le decía a Carmen: Miss es que tú te quedas después de la clase, ensayando, pero no la danza, ensayando nuestra vida, enseñándonos cómo. Porque era capaz de sentarse y escucharte tranquilamente; tomarse un vaso de leche o un vaso de vino contigo y darte consejos que te tranquilizaban, no era nada más la maestra, era la amiga que se entregaba, podías decirle: ¿Sabes qué? Carmen, me siento mal por esto y lo otro... Y ella te escuchaba. Y ella, Carmen Castro tuvo que acabar en la fosa común.

Ella que nunca reprobaba a nadie, la vida la reprobó.

Acabó en la fosa común, como desconocida, nadie de los que anduvimos allí buscándola del jueves, nadie, ninguno, pudimos identificar ni a Jorge ni a Carmen. Sabemos que acabó en la fosa común por la familia de Jorge Sánchez, porque a ellos les avisaron que a muchos cadáveres los habían sacado por la parte de atrás del Nuevo León y los habían llevado de inmediato al Panteón de Dolores. La familia de Jorge fue a identificarlo y a Carmen la reconocieron porque traía una pulserita como de corazoncitos. A Jorge por la ropa que llevaba un día antes del temblor, y a ella por el brazo delgadito con la pulserita. Por esa descripción. Pero que nosotros podamos decir: "Sí, sí son" no, nunca hubo eso, se fueron como desconocidos.

Caray, que irónica es la vida, sigo insistiendo en que la vida reprobó a Carmen, la vida no le permitió terminar su ensayo.

Todo eso pensé después de la llamada. Fue tan frustrante que cuando llegaron los compañeros de danza y todavía me dijeron:

- Vamos a ver qué se puede hacer...

Respondí:

Se lo expliqué a uno de los médicos de guardia y me dijo que eso les pasaba a muchos con el oxígeno empujado y por eso, traje de mi casa un tanqucito de buceo que lo usaba para competencias y que llamamos mamitas. Tienes

- Saben qué, todos los que están aquí se van a chingar a su madre porque nadie, ninguno, fuimos capaces de meterlos, nadie pudo reconocerla.

Intentaron calmarme. La fosa común es una medida de higiene. Quizá ni estaba allí, a lo mejor ni le tocó quedarse en la fosa, quién sabe, la cosa es que nadie pudo verla jamás, ninguno. ¿Con cuántas gentes está enterrada la maestra?

La única posible solución a mi dolor fue regresar al rescate, esta vez, en el conjunto Pino Suárez, con 50 chavos y chavas. Si me quedo encerrada en casa de mis parientes, me vuelvo loca. Me fuí con los montañistas. Y allí ya no sentí sino rabia. Me decían:

- Lulú a tí te va a tocar tal hueco porque estás esponjadita y aguantas.

- Pues órale, me lo hecho.

Ya no lloraba. Toda la gente allí era muy joven, bien joven, la mayor era yo, de 28 años, y la más chica, una muchachita que tendría 15 años, flaquita. Hacían chistes, bromas para aguantar. Era la única forma de aguantar y yo me repetía: Pues algo tiene que valer la pena, esto. En el conjunto Pino Suárez me tocó una guardia de 48 horas y aguanté porque muchos pasantes de medicina hacían guardias de 72 horas y veías que dormían en ratitos; se levantaban, y pensé: "A esa gente, mis respetos." En los túneles, yo perdía la noción del tiempo completamente, y me preguntaba: ¿Entré de día o entré de noche? Cuando empezábamos a sentir sueño en los túneles, había que salir o si no te sacaban rapidísimo. Nos daban unas bolas de oxígeno, pero a mi no me gustaba usarlas porque se pone uno muy, muy eufórico y después cuando se te baja el oxígeno te deprimes pero no sabes en que forma.

Se lo expliqué a uno de los médicos de guardia y me dijo que eso les pasaba 'a muchos con el oxígeno embotellado, y por eso, traje de mi casa un tanquecito de buceo que lo usaba para competencias y que llamamos mamilas. Tienes

la manguera y tomas el aire en la boca y yo lo prefería a las bolas de oxígeno, pero también decía: 'Bueno, si en un momento dado, allá adentro me lo tengo que quitar, se me va a perder y me costó muy caro, y ahora, si se me pierde, me va a costar muchísima más lana, mejor lo cuido.' Por eso, lo usé dos veces. El síntoma seguro de que te está faltando oxígeno o de que el aire está saturado, es si empiezas a sentir sueño. En ese momento debes salir. Al primer parpadeo, ¡ipa'fuera! Aunque no hayas terminado de cavar, tienes que salir porque significa que tu nivel de bióxido de carbono en los pulmones es muy alto.

Nosotros trabajamos en un túnel en Pino Suárez para llegar a la cafetería, donde creían que todavía había sobrevivientes porque tenían comida y agua, pero en esa mole -el edificio ya no tenía forma- incluso los de la cafetería no lograron sobrevivir; no encontramos un solo vivo. Se llevó demasiado tiempo, y era demasiada la torpeza para remover los escombros.

En cuanto a la maestra Carmen Castro y al bailarín Jorge Sánchez, ese cuatísimo que fue Jorge Sánchez, el 6 de noviembre vamos a bailar en el Centro Cultural Acatlán. Es un homenaje final, con el grupo de La Rueda. Ahora, ya no vivo en la calle, ya no estoy con los rescatistas, ya no tengo campamento, ya no nos surten de la UNAM medicinas, cobijas o alimentos, ya nada.

Siento que lo que me indujo a seguir en esto de ayudar a sacar cuerpos -aunque nunca logré sacar a nadie vivo, sólo saqué cinco cadáveres, ni un solo vivo-, lo que me indujo a regresar allí y quedarme hasta el día primero de noviembre fue el amor, la admiración a la maestra Carmen Castro. Fue como decirle: "Miss, me acordé de tí, éstas son las rosas que te gustan a tí."

- Daniela, por favor no grites, hija, vas a despertar a los vecinos.

Elena Poniatowska.

El llanto de Gloria Guerrero.

Un gobierno que construye panteones.

Punto. México, D.F., a 16 de diciembre de 1985.

Uno vive su rutina -o la vida lo vive a uno- se acostua después de haber trajinado en las calles; se da órdenes; camina, carga, habla, come, ríete, siéntate, vive el desamparo, la soledad, la angustia por los hijos, ¿cómo les irá a ir? se deprime, se exalta, siente venir el frío, hacerse los días más cortos, las madrugadas más negras itonta de mí que no me había dado cuenta si ya estamos en septiembre! y una mañana como cualquier otra dan las siete y diecinueve minutos y los puntales caen al suelo. En el Sur caen muy despacio porque el terremoto sólo se percibe poco a poco pero ya para la tarde uno empieza entonces a girar en el vacío y el abismo no cesa hasta no encontrar otras manos, asirse a otros brazos, sentir la piel, las venas bajo la piel, mirar los ojos y verse a sí mismo reflejado en esos ojos; la reciprocidad. Porque si el otro existe, yo existo, porque si el otro vive, yo vivo; porque si él murió yo también muero aunque ande de aquí para allá y ponga un pie ante el otro, aunque en la noche me tire en una cama y me levante en una madrugada, aunque pueda pasar un peine sobre mis cabellos y hasta sacar el tubo de labios para formar otra boca sobre la mía, la boca que ahora se mueve frente a mí, los ojos que ahora se empañan frente a los míos, la piel delgada que se enrojece, la mueca del llanto, las manos nerviosas que tratan de atajar el llanto y estos labios temblorosos y salados que llueven sal y se returcen y son los míos y son los de Gloria Guerrero, Gloria Guerrero, Gloria Guerrero, a quien se le murió su hija de cinco años y medio: Alondra.

"Recuerdo que a mis hijos les compraba -a instancias de mi madre que siempre fue cuidadosa- unas canicas gigantes que se llaman 'bombochas', grandes así para que no pudieran ahogarse en caso de metérselas a la boca. Mis hijos jugaban en el piso y las canicas rodaban al extremo de la esquina norte-oriente, lo cual indicaba una peligrosísima inclinación del edificio."

Gloria Guerrero de Terán tenía 6 hijos. Desde el jueves 19 de septiembre tiene 5 y se tiene a sí misma y a su esposo Eduardo Gabriel Terán. Pero ya no tiene a Alondra.

Cuando Gloria pronuncia "Alondra" oigo un batir de alas. Gloria aprieta los puños, cierra las manos para retenerla y a su alrededor baten las alas. Barren el aire, levantan sus cabellos, vuelan hacia el techo, rozan sus oídos, revolotean en sus palabras que tiemblan en el aire apenas las emite, revientan en lágrimas que empapan sus mejillas, su cuello, sus rodillas; ruedan las lágrimas pero no le quitan el dolor; nada la alivia, ni siquiera el agua que le va drenando, cansándola hasta vaciarla. Sobre sus piernas también reposa su brazo vendado.

"Nos precipitamos todos, no sé que me cayó encima, qué más da, un pedazo de pared o de techo me golpeó; supongo que los brazos se me fueron para atrás porque caí de espaldas, el escombro encima. Había muchísimo polvo, una cantidad absurda, parecía la nube de la bomba atómica. Se me secó por completo la boca y la nariz, tenía pedazos de yeso en la cara y sentía una angustia; me estaba asfixiando. Entonces oí que mi esposo me gritaba que lo ayudara porque estaba muriéndose.

No sé por qué sentí mucha ira y pensé: ¿Cómo me puede pedir ayuda si me estoy asfixiando?"

Mi reacción fue volver violentamente la cabeza para no oírlo y entonces se resbaló el yeso que tenía en la cara. Hice un esfuerzo y le grité:

¿Cómo quieres que te ayude si me estoy asfixiando? ¡Me estoy asfixiando!

No sé cómo logró él levantarse y quitarme los escombros de encima. Pude respirar. Me ayudó a incorporarme y cogí mi brazo, lo atraje hacia mí porque colgaba como una pobre cosa, lo traje hacia adelante y lo guardé aquí en mi cintura y ya no lo quise soltar. Daniela de cinco años y medio empezó a gritar que vinieran a ayudarnos porque nuestra casa se había caído. Yo le dije:

- Daniela, por favor no grites, hija, vas a despertar a los vecinos.

Porque siempre hacía yo que mis hijos se callaran para no molestar a los vecinos.

Daniela siguió gritando. Pero la que grita ahora, grita entre sus sollozos es Gloria Guerrero.

- Mamá ¿qué no ves que se cayó nuestro edificio?

Le digo:

- Mejor grítale a Alondra, está del otro lado...

- No mamá, Alondra ya se murió.

- No es cierto, está del otro lado; estaba dormida y debe haberse despertado, grítale...

Mi hijo David estaba en la Secundaria 106, que estaba a una cuadrita del edificio y desde su misma escuela vió cómo el edificio se desplomó y corrió angustiado; para evitar el pánico los maestros no dejaban salir pero él empujó a sus compañeros, les dijo que tenía que irse porque su familia estaba entre los escombros. Después empecé a oír por atrás, atrás de mí oía su voz que decía: "¿Dónde están, dónde están?"

Mis otros tres hijos: Taír, Anisul y Anuar esperaban el autobús en la parada del Paseo de la Reforma, y también vieron caerse el edificio, pensaron que nos habíamos muerto.

Nos ayudaron a salir David y unos hombres; salí yo, atrás mi esposo y un hombre con Daniela en brazos.

- No se la lleve, déjemela...

Insistí en que no se la llevara, pero me dijo:

- Usted no puede cargarla, mire cómo tiene el brazo...A ella también tiene que revisarla un médico...no se preocupe, la llevo aquí nomás afuerita.

Cuando salí, ví a Taír llena de polvo, llevaba el uniforme de deportes, que es un verde oscuro, lleno de polvo, venía con su cara desencajada y sus ojos grandes llenos de lágrimas y me dijo:

- Mamá qué bueno que se salvaron, que no se murieron.

Quise abrazarla pero no pude porque mi brazo roto se podía caer. Más bien con esta mano me acerque a ella y le digo:

- Taír, ¿dónde están tus hermanos?

- Mamá no sé.

- Por favor hijita, estás asustada, cálmate, trata de pensar. Estaban juntos, ¿por qué no los cogiste de su mano?

- Mamá es que corrieron.

- ¿A dónde, hacía dónde corrieron?

- Hacia el edificio.

- No Taír, piensa mi amor, ¿cómo iban a correr hacia el edificio?

- Si mamá, Anuar quería ayudar, quería ver en que les podía ayudar a tí y a mi papá y atravesó el Paseo de la Reforma y corrió.

- No mi amor, **piensa** por favor, piensa para dónde se fueron.

Estaba tan asustada que dijo:

- No sé mamá, no recuerdo nada.

Mi esposo empezó a dar vueltas y vueltas en el estacionamiento y le dije:

- Por favor Eduardo. Tranquilízate.

Lo senté en una de las jardineras:

- Siéntate aquí; no te separes de Taír, voy a buscar a mis hijos.

Una mujer intervino:

- Señora, está usted sangrando mucho, está mal, yo la llevo a la ambulancia.

- Déjeme -le grité- ¿qué no entiende que estoy buscando a mis hijos?

Pero otro hombre me tomó y me subió a una ambulancia. Me llevaron al hospital y ya no pude salir a buscar a Alondra.

Fue una búsqueda de diez días horrible. Horrible porque un hombre llamó a la casa y dijo que él había sacado a las gemelas del edificio Nuevo León, que él -aunque no lo recordáramos- nos había sacado a nosotros. Y no era cierto. Lo quise creer porque era una esperanza; era más fácil creer que ese hombre decía la verdad y que Alondra se encontraba extraviada en algún hospital. Todos mis hermanos, toda mi familia hicimos posters, volantes con la carita de Daniela porque no teníamos una foto de Alondra. Pero eran muy parecidas. Pegamos el poster en muchas partes; en casi todo el sur de la ciudad, mis compañeros ayudaron a pegar; fueron 10 días que fueron 1 000 años. Acostada en la cama del hospital, con el brazo fracturado, yo también esperaba saber de Alondra. De mi brazo, se rompieron los 2 huesos, el cúbito y el radio; el doctor dijo que había que operar y poner placas y tornillos, esperar a que se hiciera una callosidad en ambas fracturas y sólo dentro de un año, por medio de una nueva cirugía sacarme tornillos y placas porque se supone que hay un rechazo natural del organismo a cuerpos extraños que empiezan a desplazarse o cuando menos a hacerse bolas, y es por donde intenta salir la placa o el tornillo de metal. Esta impotencia mía, en la cama, me deprimía aún más.

Finalmente unos compañeros de mi esposo que son rescatistas aéreos, después de rescatar a Luciano Vega y a sus 3 hijos y a su esposa que quedó muy herida, rescataron a otros dentro del Edificio Nuevo León y finalmente encontraron nuestro departamento. Mi esposo y mi cuñado los acompañaron toda la noche y vieron la cama fragmentada, el colchón que era un poco azul, una sábana de pequeñas flores y encima a Alondra muerta. Mi esposo, no sé si por no darme más dolor, no sé, -yo creo que me dijo la verdad- y mi cuñado; me contaron que una cómoda café con 6 cajones,

un poco pesada, repleta de ropita de todos mis hijos resbaló y se proyectó contra la cama de la niña y le pegó en la nuca o no sé, mi esposo me aseguró que Alondra no había sufrido y el golpe había sido inmediato.

Le pedí a mi esposo que me dejara abrazarla; muerta o viva era mi hija y seguiría siendo mi hija, había estado en mi vientre, que yo la quería besar, la quería abrazar por última vez y mi esposo dijo que no, que él me juraba por nuestros demás hijos que no mentía, que la había reconocido perfectamente, que era Alondra, que estaba bien, y que yo no podía verla.

Ya no la ví, ya la llevamos al cementerio.

Miro a Gloria Guerrero y me pregunto cómo se rehace la vida; la miro estrujar un kleenex ya hecho pedazos, su rostro, sé que jamás voy a poder borrarlo, moriré con sus ojos de dolor pegados a mi frente. Y también con el de Judith García, y el de Salomón Reyes, y el de Andrés Escoto y el de tantos más. Me pregunto cómo hizo mi madre después de la muerte de Jan, mi hermano de 21 años; qué hizo cada mañana al levantarse, cómo logró comenzar el día, poner un pie ante el otro en el piso. Recuerdo sí, que una vez me dijo que le habían ayudado mucho los paisajes, ver esa gran extensión de tierra yerma al borde de la carretera, el cielo encima también extendiéndose, a veces los árboles, los pinos que van subiendo alto y conforman pirámides verdes que apuntan hacia arriba. También me dijo -en alguna tarde- que sentía que Jan su único hijo varón (erámos tres), allí donde estaba estaba feliz, y que en espíritu la acompañaba, lo sentía al lado de ella, presente en las ondas del aire, en su propia respiración. "Esta en mí." No me atrevo a decirle casi nada a Gloria; las palabras no consueñan; es sólo la entereza de la gente que consuela. Además, a Gloria, al mes del terremoto se le murió su madre: "Yo pienso que le hizo mucho daño a mi madre mi tragedia. Nos amó profundamente, peleó siempre por que no nos desuniéramos, para que estuviese el cariño, la unidad, por encima de los caracteres tan disím-bolos de cada uno. Murió de 79 años, nunca dejó de leer; diariamente leía el periódico; amó mucho a mi padre, se dedicó a sus hijos y dejó muchos sueños fuera de casa y se acostumbró a practicar esa austeridad de las mujeres

de mi país, que siendo inteligentes (ella fue autodidácta) renunció por sus hijos a la propia vida, al propio yo interno, a su realización. No sé cómo hubo tanta capacidad de mi madre para tanta renuncia; mi padre murió pronto y ella duró viuda 32 años. Algún día, si usted no tiene inconveniente le mostraré una foto de cuando estaba joven, le puedo jurar que Greta Garbo no era tan hermosa como mi madre; de verdad, bellísima fue mi madre." Junto al llanto de Gloria por Alondra, están también sus lágrimas de rabia por la situación del "Nuevo León", el hecho de que el edificio tuviera daños estructurales mucho antes del sismo y de que en él peligrara la vida de los habitantes sin que las autoridades hicieran nada por protegerlas.

Empezó por el ruido que hacían las cadenas de los elevadores por la inclinación que sufría el Nuevo León muy por encima de lo permisible. Los habitantes del Nuevo León nos organizamos, -hubo gente maravillosa que luchó y ahora ya no existe- teníamos mucho temor de vivir en el Nuevo León; entrábamos a nuestro departamento y sentíamos cómo nos íbamos hacia un extremo, por la inclinación que tenía; insistimos frente a las autoridades de AISA que el edificio estaba mal; siempre se nos escuchó como se escucha en este país a todos: con oídos de sordo, sólo por cumplir una formalidad, justificar un salario, y de tanto pedir, fuimos evacuados hace 3 años, para qué se recimentara y pusiesen pilotes de control, para lo que se contrató a una constructora. Empezaron a hacer las obras (una compañía pequeña, de la cual era dueño un sobrino del director de Banobras) no contaron con la tecnología adecuada, se hicieron excavaciones muy profundas hasta el nivel freático alrededor del edificio, pasaron dos semanas y una vez les pregunté a los trabajadores por qué no trabajaban y me dijeron: "Señora, pues no nos pagan, la compañía que nos contrató ya desapareció." Pasaron meses, la zanja que se hizo alrededor del edificio se empezó a llenar de agua, vino otra compañía y finalmente la del ingeniero González Flores o Flores González -Premio Nacional de Ingeniería- (la compañía de este ingeniero había repiloteado la basílica de Guadalupe) empezó a hacer las obras. Nos desalojaron 7 u 8 meses en las Torres Tecpan que absurdamente son hotel (en una unidad en la que por decreto presidencial se llamó de "interés social") y pertenecen al señor Gabriel Alarcón.

Cuando por medio de una asamblea se nos convocó a regresar al edificio, aunque todos teníamos temor, quizá la mayoría no alcanzó a medir la magnitud del peligro. Las autoridades de "Banobras" enseñaron planos y más planos, tecnicismos lejos del alcance y comprensión de la gente y nos dijeron que finalmente el edificio "Nuevo León" era el más seguro, ya no de Tlatelolco, sino de toda la ciudad de México.

Fue una infamia, una espantosa trampa.

Ahora, en las negociaciones con autoridades, muchos hemos podido darnos cuenta de que no saben qué están gobernando, no saben por qué están donde están, no saben qué es lo que están haciendo. No tienen una responsabilidad, ni tienen una perspectiva. Simplemente reciben su puesto para ejercer el poder. En Banobras las autoridades sabían perfectamente que la obra que hizo González Flores no representaba más que el 25% de la seguridad del edificio; el otro 75% radicaba fundamentalmente en la estructura que jamás fue atendida. Todo desembocó en formar una comisión, en la cual quedamos 3 gentes, que iban y venían a Banobras, a la Sedue, en un papeleo interminable. Incluso ahora, las negociaciones llegaron a un punto tan infame en que se indemniza más por un menaje de casa que por una vida. Se manipula a la gente por lo económico, se pierde la calidad humana con una facilidad tremenda.

En el Edificio Nuevo León estoy segura que hubo responsabilidad oficial, que hubo una actitud canalla, corrupta, que mató a muchísima gente. Gente positiva, trabajadora. Gente joven. Niños. Allí quedó mi pequeña Alondra.

El problema del Edificio Nuevo León es un problema político; el Estado no tiene capacidad ni para gobernar ni para construir, en vez de edificios, construye panteones. Estamos solos. El gobierno está sentado encima de un montón de cenizas; llega una catástrofe y la única respuesta oficial es miserable, castrada, como el sistema mismo.

Un pequeño grupo de gente a la que nos duele la pérdida de tanta vida, ¿qué vamos a hacer? ¿Un escrito al procurador García Ramírez para suplicarle que nos diga en qué condiciones está la investigación? ¿Cuánto tiempo tardaremos en recibir una respuesta al expediente con toda la documentación y las pruebas necesarias? "Señores, aquí están las

pruebas para que se deslinde la responsabilidad oficial y se castigue a los culpables." ¿Cuánto tiempo nos va a llevar? Y finalmente, ¿tendrá este gobierno y este sistema el valor humano, civil, oficial de asumir, de castigar a la gente? ¿A qué funcionarios? ¿A cuántos funcionarios? ¿Acaso ya se dictó orden de arraigo contra el menor de los culpables? ¿Se anunció en algún sitio que habían sido detenidos los constructistas responsables, los dueños de compañías? Quizá estoy mal informada, pero no lo sé.

Perseguimos un sueño, tanta gente valiosa, tantos jóvenes, mujeres y hombres, -mi Alondra- tendrán que esperar mucho tiempo a que se les haga justicia. Sé a lo que me enfrento. Sé el sistema en el que vivo. Tendremos que luchar demasiado, demasiado tiempo.

En el Edificio Nuevo León segura que hubo responsabilidad oficial que hubo una actitud canalla corrupta que mató a muchísima gente. Gente positiva, trabajadora. Gente joven. Niños. Allí quedó mi pequeña Alondra.

El problema del Edificio Nuevo León es un problema político. El Estado no tiene capacidad ni para gobernar ni para construir, en vez de edificios construye paneles. Estamos solos. El gobierno está sembrado encima de un montón de cenizas, lleva una catástrofe y la única respuesta oficial es miserable, castrada como el sistema mismo.

Un pequeño grupo de gente a la que nos duele la pérdida de tanta vida, ¿qué vamos a hacer? ¿Un escrito al procurador García Ramírez para solicitarle que nos diga en qué condiciones está la investigación? ¿Cuánto tiempo tardaremos en recibir una respuesta al expediente con toda la documentación y las pruebas necesarias? Señores, aquí están las

¿Y vosotros quién sois?

¿ Y vosotros quién sois,
que hablabáis en este tono
tan alto, tan claro e insolente ?

- No somos nada.

Somos apenas
arena del desierto,
el agua en la cascada,
la pluma en el penacho,
el atabal de guerra,
el ulular del viento.

-No somos nadie.

Somos apenas la parte de una tribu,
venimos del fondo del tiempo y la distancia,
tatuada esta la historia en nuestros códices.
Somos mínima expresión de los mexicas,
el pueblo del sol, el errabundo,
el condenado a luchar por siempre.

Descendemos de un pueblo de artífices y sabios,
filósofos, poetas,
danzantes y guerreros,
campesinos y obreros.
Y hemos sido, ayer no más,
el hambre del tenochca,
la rabia tlatelolca,
el dolor de Cuauhtémoc,
el grito de Yanga y de Kanek,
la llama que consume al hereje, al ateo,
el silencio en la Inquisición y la tortura,
la chusma volteriana, disoluta e insurgente,
la lanza del chinaco, las blusas encarnadas,
la blasfemia anarco-magonista,
la ilusión maderista,
el mauser de Zapata,
el machete del partido,
la marcha del minero: caravana del hambre,
los que marcaron a sangre y fuego un 2 de Octubre.

¿Preguntáis quiénes somos?

No somos nada. No somos nadie.
Somos la tribu sin rostro y sin nombre.

Sólo somos los que hemos peleado por siempre en Tlatelolco.



TLATELOLCO MI AMOR

(ANTOLOGIA HOMENAJE: 1335-1985)

PROLOGO..... 7

CAPITULO I: FUNDACION.

* FRAY JUAN DE TORQUEMADA.
MONARQUIA INDIANA: LIBRO TERCERO, CAPITULO,
XXIV. LIBRO SEGUNDO: CAPITULOS XI, XII, XIV, XXX,
XXXVI, L (FRAGMENTO), LV (FRAGMENTO), LXIII
(FRAGMENTO)..... 11

CAPITULO II: CONQUISTA.

* ANONIMO:
RELATO DE LA CONQUISTA POR UN AUTOR ANONIMO
DE TLATELOLCO. REDACTADO EN 1528..... 39

CAPITULO III: COLONIA.

* HECTOR PEREZ MARTINEZ.
CUAUHTEMOC. VIDA Y MUERTE DE UNA CULTURA.
CAPITULO XIV. (FRAGMENTO)..... 61

* ANONIMO:
UNOS ANALES COLONIALES DE TLATELOLCO. 1519-
1633.....64

CAPITULO IV: PRISION DEL VIENTO.

* VICENTE RIVA PALACIO.
AL VIENTO.....93

* GILDARDO MAGAÑA.
EMILIANO ZAPATA Y EL AGRARISMO EN MEXICO,
TOMO II. CAPITULO VIII..... 94

* MARTIN LUIS GUZMAN.
MEMORIAS DE PANCHO VILLA. CAPITULO XX Y XXI
(FRAGMENTO)..... 95

* ANONIMO.
DE COMO VINO HUERTA Y COMO SE FUE.....117

CAPITULO V: FERROLANOS.

* FERNANDO DEL PASO.
JOSE TRIGO.
"PRIMERA PARTE: EL OESTE. 8. (UNA ODA)"..... 121

* ELIAS BARRIOS.
EL ESCUADRON DE HIERRO.
CAPITULO VI..... 140

* VALENTIN CAMPA.
MI TESTIMONIO. MEMORIAS DE UN COMUNISTA MEXI-
CANO..... 148

* PUNTO CRITICO.
"1958: DE COMO LIQUIDAR UN SINDICATO."..... 164

CAPITULO VI: ALTA TRACION.

* JOSE EMILIO PACHECO.
NO ME PREGUNTES COMO PASA EL TIEMPO.
"ALTA TRACION."..... 171

* RAUL ALVAREZ GARIN.
TIEMPO PARA HABLAR..... 172

* CARLOS MONSIVAIS.
DIAS DE GUARDAR.
"LA MANIFESTACION DEL SILENCIO."..... 204

* JOSE EMILIO PACHECO.
NO ME PREGUNTES COMO PASA EL TIEMPO.
"LECTURA DE LOS 'CANTARES MEXICANOS: MANUS-
CRITO DE TLATELOLCO.'"..... 223

CAPITULO VII: TLALOLINI.

* FRAY JUAN DE TORQUEMADA.
MONARQUIA INDIANA. LIBRO CATORCE, CAPITULO
XXXV..... 227

* MADAME CALDERON DE LA BARCA. <u>LA VIDA EN MEXICO.</u> CARTA XXIX. (FRAGMENTO).....	232
* GUILLERMO PRIETO. <u>A</u>	234
* FERNANDO BENITEZ. <u>LA RUTA DE HERNAN CORTES.</u> IX. CHOLULA. LA CIUDAD SANTA DE ANAHUAC. (FRAGMENTO).....	236
* JUAN RULFO. <u>EL LLANO EN LLAMAS.</u> "EL DIA DEL DERRUMBE!".....	242
<u>CAPITULO VIII. 19 DE SEPTIEMBRE.</u>	
* FERNANDO DEL PASO. <u>JOSE TRIGO.</u> SEGUNDA PARTE. EL ESTE. UNO. ESPEJOS DE AGUA, DIAFANOS... ..	251
* ADRIANA LOPEZ MONTJARDIN, CAROLINA VERDUZCO. <u>CUADERNOS POLITICOS. No. 45</u> " VIVIENDA POPULAR Y RECONSTRUCCION.".....	256
* JUAN GUERRERO. <u>LA MUERTE DEL NUEVO LEON.</u>	268
<u>LA JORNADA.</u> "DE TANTO AMOR QUE HE PUESTO EN ESTO, YA TODO EL MUNDO ME QUIERE.".....	273
<u>LA JORNADA.</u> " UNA BUENA RAZON PARA SALOMON REYES.".....	278
<u>LA JORNADA.</u> "LA INCOGNITA ES AHORA COMO VA A EXPRESARSE EL MALESTAR SOCIAL.".....	282
<u>LA JORNADA.</u> "HAZ DE CUENTA QUE ESTAMOS EN GUERRA. ME VOY A TLATELOLCO.".....	287
<u>LA JORNADA.</u> "EN BUSCA DE LA MAESTRA CAR- MEN.".....	291
<u>LA JORNADA.</u> "QUEDARME EN EL RESCATE FUE MI HOMENAJE A LA MAESTRA CARMEN.".....	298
<u>PUNTO.</u> "EL LLANTO DE GLORIA GUERRERO.".....	306

* DANIEL MOLINA ALVAREZ. *
¿Y VOSOTROS QUIEN SOIS?..... 315

CARTA XXIX. (FRAGMENTO).....

CAPITULO V: FERROLANOS.....

* GUILLERMO PRIETO.....

A.....

FERNANDO DEL PASO.....

JOSE TRIGO.....

"PRIMERA PARTE: EL OESTE (1878-1880).....

LA RUTA DE HERNAN CORTES.....

IX. CHOLULA. LA CIUDAD.....

ESCUADRON DE HIERRO.....

CAPITULO VI.....

* JUAN RULFO.....

EL LLANO EN LLAMAS.....

"EL DIA DEL TERNUMBE" SALOMON.....

CANO.....

CAPITULO VIII. 19 DE SEPTIEMBRE.....

* PUNTO CRITICO.....

"FERNANDO DEL PASO UN RADICAL COMO DE 1851".....

JOSE TRIGO.....

SEGUNDA PARTE. EL ESTE.....

DIANOS.....

* JOSE LUIS.....

ADRIANA LOPEZ MONTAÑAN.....

"ALTA TRAIACION" No. 45.....

"VIVIENDA POPULAR Y RECONSTRUCCION".....

* RAUL ALVARAZ LARA.....

TIEMPO PARA HABLAR.....

* JUAN GUERRERO.....

LA MUERTE DEL NUEVO LEON.....

CAPITULO VII.....

